EN BUSCA DEL PRÍNCIPE AZUL

ELEANOR RIGBY



En busca del príncipe azul

Ladrón de profesión

Eleanor Rigby

Título: *En busca del príncipe azul: Ladrón de profesión*
Primera edición: diciembre de 2023
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: Elena Salvador
Maquetación: Elena Salvador
Imagen: Adobe Stock

Capítulo 1



Érase una vez un collar de rubíes birmanos

Londres, Inglaterra
Pretemporada de diciembre
Año 1882

—Qué collar estilo ópera tan magnífico. ¿Cuántas perlas crees que tiene en total? Calculo que en torno a cincuenta. O quizá cien. Se le puede dar un par de vueltas en torno al cuello.

—No me parece la joya más destacada de la noche. ¿O no te has fijado en el matiné de la dama que se encuentra a mano izquierda?, ¿en la secuencia que alterna diamantes amarillos y blancos? El corte de las piedras es una rareza. Debe de costar una fortuna.

—Si hablamos de fortunas, me consta que aquel de topacios es la indiscutible reina de la noche. Me parece que ronda las ochocientas libras.

Así era como tendía a desarrollarse una conversación informal entre damas de clase sobre las últimas tendencias en materia de joyería. Salvo por el detalle de que no se trataba de una charla inofensiva, sino de la tasación de dos usureros. Y porque los interesados en las alhajas no eran un par de amigas que contemplaban el escaparate de la calle Bond, donde elegirían el próximo capricho que habrían de costear sus maridos, sino un ladrón consumado y su inestimable compinche.

Refugiados tras sus copas de brandy, Ulysses Saxby y Keith Iterley consultaban con sospechosa fijación los cuellos de la concurrencia femenina.

En plena velada aristocrática, para más señas.

—¿Tenemos ganador, entonces? —inquirió Keith, vigilando de soslayo al maleante.

—¿Lo dices por el collar estilo princesa de los topacios? En absoluto. No se me ocurriría arriesgar mi vida por la clase de joya que un duque protegería en la caja fuerte de su mansión resguardada por un foso con cocodrilos —apostilló Ulysses, torciendo el gesto en una mueca de contrariedad—. No, siempre es más prudente ir a por la segunda pieza mejor valorada de la fiesta.

Keith lo miró con socarronería a través de las pestañas.

—¿Desde cuándo eres tú prudente?

Ulysses se señaló el antifaz, sabiendo que su amigo recordaría la

cicatriz con forma de medialuna y profundidad considerable que su última correría le había dejado en la comisura del ojo. Un hombre de su condición, con sus arriesgadas aficiones y con la cara hecha un cristo solo podía acudir a eventos en los que las máscaras formaran parte del código de vestimenta, como era el caso.

Le encantaba llamar la atención, pero cuando sus objetivos eran tan deleznables prefería sacrificar su complejo de protagonista.

—Desde que para robar se necesitan los cinco sentidos. Mi prioridad es conservar la vista intacta —replicó como si fuera una evidencia.

—Tan intacta no la habrás conservado si no te has fijado en aquella gargantilla de allí. ¿Será que estás perdiendo facultades?

Con un discreto movimiento de cabeza, Keith señaló a la joven que veía morir la noche desde un rincón del salón, a un par de pasos de la mesa de los refrigerios. Segundos antes había estado sirviéndose una copa con una trágica resignación que saltaba a la vista.

A decir verdad, él también se habría sentido miserable si hubiera tenido que rebajar el vino con agua.

—Por supuesto que me he fijado, tarugo —bizqueó—. El brillo granate de los rubíes birmanos no pasaría desapercibido ni escondido en un escote. Y ese no es el único encanto de la gargantilla que mencionas, porque, además de rubíes, alterna perlas blancas y diamantes ovalados. Ha pasado por siete generaciones de la familia de Lancaster antes de llegar a la señorita que lo luce esta noche. —Hizo una pausa para refrescarse la garganta con el cálido brandy. No apartó la vista del cuello afortunado—. Y con cierto pesar, según veo. Debería ser un delito combinar una joya de ese calibre con semejante cara de pena.

—A lo mejor la pobre es consciente de que el mejor ladrón de Inglaterra anda al acecho y teme que se lo arranque del pescuezo. Si yo fuera ella, también andaría inquieto —reconoció Keith en tono burlón—. Por otro lado…, ¿sabes a quién perteneció la gargantilla y cuántos años tiene, pero no quién es la mujer que la lleva? —Meneó la cabeza, decepcionado y divertido a partes iguales.

—No es la mujer que la lleva lo que pretendo llevarle al usurero esta misma noche. Si no me fallan los cálculos, podría embolsarme hasta seiscientas libras por la pieza. A no ser que visite al señor Khing, el birmano que se ablandaría ante un rubí oriundo de su tierra y empeñaría hasta a su mujer para darme lo que le pidiera. Mil, quizá. Sinceramente, creo que tomarme la molestia de arrebatarle a la criatura su único encanto justificaría una subida del precio —agregó con malicia.

Un vistazo rápido a la futura víctima había bastado para deducir que o era retraída, o muy consciente de su insignificancia, o le

importaba un ardite el collar. Solo una mujer con escaso amor propio, tímida o sin conocimiento alguno sobre joyería de lujo se atrevería a agachar la barbilla y encogerse hacia dentro para ocultar los destellos de las piedras preciosas.

—¿Puedo preguntarte desde cuándo estás interesado en ganar lo equivalente a una asignación anual en tan solo un golpe? ¿En qué piensas trabajar el resto del año para no aburrirte como una ostra? ¿Marcharás a la vendimia francesa? O, Dios no lo quiera, ¿te buscarás un empleo respetable? —se mofaba Keith.

—Digamos que el uno de enero se subastará un bien para el que me conviene ahorrar lo máximo posible —respondió con ambigüedad—, y, entre tú y yo, soy tan manirrota que, cuando vendiera el collar de la muchacha, tendría un total de seiscientas libras con… —Se palpó la chaqueta, que hasta aquella misma tarde había pertenecido a un joven apuesto pero demasiado lento a la hora de proteger sus bienes— cuatro peniques, si no recuerdo mal.

—Y sigues refiriéndote a ella como «la muchacha». —Keith sacudió la cabeza con desaprobación—. ¿Siquiera tienes idea de quién se trata? ¿No has oído hablar de la princesa de Beltown Manor?

Ulysses entrecerró los párpados para observar a la joven con renovado interés.

—No, pero algo me dice que una mujer con semejante apodo esconderá en su tocador más collares como el que luce esta noche. Quizá deba sacarla a bailar a fin de que me conduzca a su alcoba y arrebatarle no ya la pieza que lleva, sino el joyero entero.

—Lady Guinevere no es la clase de dama que invita a los ladrones a su dormitorio.

Ulysses bufó como si hubiera dicho una estupidez.

—Ninguna mujer que me haya invitado a su dormitorio invitaba ladrones a su dormitorio. ¿Y qué clase de nombre es Guinevere, si puede saberse?

—¿Qué clase de nombre es Ulysses? —contraatacó Keith—. No es el que yo le pondría a un tipo que no está a la altura de las heroicidades de Odiseo, sino más bien lo contrario.

—¿No te parece una heroicidad robarle a lady Guinevere sin que se dé cuenta? —Enarcó una ceja castaña—. Y cuidado con lo que dices, que puede que yo prefiriera quedarme en brazos de Calipso en lugar de volver a Ítaca en busca de mi esposa Penélope, pero soy capaz de construir un caballo de Troya. Quizá porque yo mismo soy el caballo de Troya.

—Oh, desde luego, nada te define mejor que las palabras «regalo traicionero» —convino su acompañante con exasperación—. Si no lo sabré yo…

Y tanto que lo sabía.

Keith Iterley y Ulysses Saxby se habían conocido en la clase de circunstancias que deberían haberlos inclinado a proclamarse archienemigos; circunstancias de las que extrajeron el rocambolesco relato de fraternidad que hacía las delicias del público al que se lo referían.

Al menos una vez en la vida, el mejor de los ladrones cometía el craso error de meter la mano en el gabán equivocado. Tanto se equivocó Ulysses un día aciago que, antes que la cartera, sacó del bolsillo de Keith su placa de inspector de Scotland Yard. Como había sido cazado con las manos en la masa, mas no en flagrante delito porque Ulysses pudo improvisar una mentira que ni Keith, con todo su ingenio, pudo desarmar, se libró de la cárcel por los pelos. Pero sí se enzarzaron en una lluvia de acusaciones. «Es usted un ladrón», había señalado Keith sin perder el temple de caballero cruzado; «en absoluto, y ¿cómo se atreve a ofenderme de esa manera un agente de la ley? ¿Acaso he de hablar con su superior?», había replicado Ulysses en todo su esplendor indignado.

Con la aparición de la luna, no les quedó otro remedio que continuar la discusión en la taberna más cercana. Dos temperamentos tozudos como los suyos preferirían dormirse de pie y de brazos cruzados antes que ceder la razón. Y, como solía suceder, Keith se mostró más dispuesto a disculpar su condición criminal con una cerveza delante, y Ulysses hasta se olvidó de que podría haber pasado la noche en el cadalso.

El resto era historia. Una historia de recriminaciones dirigidas en ambas direcciones: el inspector insistía en que Ulysses debía abandonar su implicación en el arte de la ratería cuanto antes, y el ladrón no dejaba de repetir que tenían más cosas en común de las que podrían imaginarse, pues a fin de cuentas los funcionarios ejercían el hurto involuntario al cobrar su salario de los impuestos estatales.

—¡Pero si tú ni siquiera pagas impuestos, por Dios! —le había reprochado Keith.

—¡Ni tampoco te he robado nunca a ti en concreto, así que ni a mí me afecta tu desfachatez, ni tú sufres con la mía!

Aunque sí que le había robado alguna vez. Lo hacía jugando a las cartas, y con alarmante asiduidad. Distinto era que a Keith le aburrieran los juegos de azar y no de estrategia y se resignara a ser burlado con tal de terminar cuanto antes. Lo que a Ulysses no se le había presentado la oportunidad de birlarle eran las mujeres, pues cada uno perseguía a un tipo definido y radicalmente opuesto al de su amigo, además de que, al ser tan diferentes el uno del otro, atraían a distintos departamentos del bello sexo.

Ahí donde Ulysses era grácil y flexible como un combatiente de esgrima y podía salirse con la suya gracias a la engañosa dulzura de su

expresión inocente, a su labia arrolladora y a un gesto travieso que apelaba al niño interior de cada uno, Keith se presentaba como la alegoría del Hércules Farnesio. De una aglomeración de músculos hiperdesarrollados emergía la morena cabeza de un gran pensador que cautivaba con su inteligencia y su sonrisa zafia a partes iguales. Las fieles seguidoras de la belleza canónica se dejaban seducir por un beso en la mano de Ulysses, el príncipe encantador, y las verdaderas amantes de los hombres tal y como Dios los concibió seguían a Keith, el pirata maldito, al fin del mundo, cuyos confines coincidían con el umbral de su dormitorio.

A pesar de sus grandes diferencias, habían conseguido encajar como las dos últimas piezas de un rompecabezas. Tanto así que ahora Ulysses podía hablarle con absoluto desahogo de sus próximos golpes, contando no solo con su complicidad, sino con su experto consejo.

—La dote de lady Guinevere asciende a las cincuenta mil libras esterlinas —le informó Keith. Ulysses giró bruscamente hacia él. Se tuvo que presionar la sien con el dedo para recuperarse del mareo. «¿Cincuenta mil, ha dicho? ¿Cuántos ceros tiene esa cifra?»—, así que si lo que quieres es obtener de la forma rápida y fácil una cantidad de dinero casi infame, proponle matrimonio y reza para parecerle lo bastante atractivo como para darte el sí en un arrebato de pasión.

—Antes intentabas meterme en la cárcel, ¿y ahora pretendes casarme? Y yo que pensaba que habíamos superado la etapa de amenazarnos el uno al otro —le espetó con fingido rencor.

—Solo deseo lo mejor para ti. —Keith pestañeó con inocencia—. Si lo que quieres es el collar, compartiendo alcoba con ella una vez fuera tu esposa no tendrías ni que exponerte a que te cazaran en pleno hurto en un salón repleto de invitados. Podrías echarle la culpa de la desaparición a la memoria olvidadiza de tu mujer.

—Pretendo ser rico, Keith —le recordó con retintín—, y no sé si sabes que nada sale más caro que una esposa. Me partiría el alma recibir cincuenta mil libras para acto seguido dilapidarlas en vestidos que luego no podría quitarle, puesto que me odiaría tanto por haberla embaucado con una trampa matrimonial que echaría la llave a la puerta de su dormitorio.

—¿Tú sabes lo que son cincuenta mil libras? —Keith enarcó una ceja—. Necesitarías diez vidas para gastarlas, y me consta que lady Guinevere no es caprichosa. Es, de hecho, el carácter menos volátil y peligroso de toda la familia Varick.

—¿Varick? —repitió, de pronto interesado—. ¿Es la hija del conde de Clarence?

La larga dinastía de los condes de Clarence se remontaba a los tiempos de los Tudor. Había querido la buena suerte —o el don financiero de sus miembros— que ni uno solo de los herederos

muriera sin haber multiplicado el patrimonio que recibió en vida. Para cuando el título y las propiedades anexionadas cayeron en manos de lord Arian Varick, cuyas políticas sociales Ulysses seguía muy de cerca y con gran admiración, ya estaba podrido de dinero. Pero desde entonces habían transcurrido más de treinta años, lo que significaba que su riqueza había alcanzado una cifra astronómica. La clase de cifra que uno no debía ponerse en la boca para no atraer a advenedizos…

Como justamente acababa de ocurrir.

—Sabía que ese dato te interesaría —sonrió Keith, divertido con el entusiasmo de Ulysses—. Nunca olvidaré cuando me dijiste en La Paloma Ciega que solo te casarías con tres mujeres: la reina de Inglaterra, la última reina de España y lady Clarence una vez enviudara.

—Se nota que dije eso estando borracho, porque desde que su majestad Isabel II está en el exilio, ha perdido el encanto a mis ojos —murmuró, pensativo, mientras observaba a lo lejos a lady Guinevere.

Entendía ahora el porqué del nombre poco convencional. Bastaba con leerse los artículos que lord Arian Varick escribía para algunos medios políticos para saber que le chiflaban las historias. No perdía la oportunidad de referenciarlas para ejemplificar cuestiones intelectuales y hacerlas así inteligibles para el pueblo llano.

Y es que no existía leyenda más popular en Inglaterra que la del rey Arthur, de quien fue esposa la reina Guinevere.[1] Ulysses dudaba, no obstante, que aquella criaturilla tan anodina estuviera a la altura de la notoriedad del personaje homónimo.

De lo contrario, habría oído hablar de ella.

—Me casaría con lady Clarence si enviudara, pero no con su hija —se lamentó Ulysses—, y no solo porque tendría más dinero, sino porque lady Venetia Varick es la clase de mujer que te hace sentir un marajá con solo llevarla del brazo. Es pura elegancia y distinción. La otra muchacha… Bueno, me temo que no me hace mucha gracia.

»En cualquier caso, ¿por qué diablos conocerías datos tan concretos sobre lady Guinevere y su descabellada dote? Pareces una vieja alcahueta, siempre al corriente de los chismorreos —le recriminó con una mueca desdeñosa.

Keith se rio entre dientes.

—Tener información forma parte de mi trabajo —dijo con pedantería, a lo que Ulysses intensificó su mirada perdonavidas para que desembuchara. Keith suspiró, resignado—. Es posible que lo sepa porque un amigo mío, el duque de Richmond…

—Un amigo mío, pausa, mayúsculas, *el duque de Richmond* —repitió Ulysses en falsete—. ¡Dios santo, Iterley! A veces suenas tan pretencioso que me das vergüenza ajena.

—... ha sido invitado a Beltown Manor, la finca del conde de Clarence, para celebrar las fiestas navideñas. No es más que un pretexto para reunir en un espacio cerrado a los solteros elegibles de Inglaterra que mostraron interés en lady Guinevere esta temporada…

—Y, acto seguido, hacerles entrega de un fajo de lanzas con la punta afilada para que se despellejen entre ellos —completó Ulysses con los ojos brillantes. Se puso una mano en el pecho y alzó la barbilla con orgullo—. *Ave* Guinevere*, morituri te salutant.*[2]

Keith se rio encantado.

—Por primera vez, tu exacerbada imaginación te ha aproximado a la verdad. No me gustaría ser el yerno de Arian Varick. Dicen las malas lenguas que ha escrito una lista detallada de las características que habrá de poseer el futuro marido de su hija menor.

—¡Encima es la hija menor! ¡Acabáramos! —bufó Ulysses—. No me pintas el cortejo de milady como una divertida aventura.

—Tal vez divertida no sea, sobre todo si no le gustas al conde, pero una aventura sí es. El cíclope de *La Odisea* se te quedaría corto en comparación con la batalla que presentaría Arian Varick.

Ulysses sacudió la cabeza, descartando de inmediato la seducción.

Para emprender la carrera de ladrón, era menester que el sujeto jamás se negara a participar en un buen reto. Incluso que se metiera en camisa de once varas con tal de sentir el adictivo vértigo de caminar sobre la cuerda floja. Por eso rechazó las cincuenta mil libras: en vista de que Guinevere no estaba particularmente solicitada, su obtención sería pan comido, y, para colmo, acabaría conduciéndole a la definición contraria de aventura.

A un matrimonio.

Un matrimonio que, incluso formado por un criminal consagrado y una mujer con dinero para costear sus caprichos, una unión que a priori podía sonar prometedora, seguiría adoleciendo del defecto de unas nupcias al uso, que daba la casualidad de ser, a su vez, el mayor miedo de Ulysses: caer en la monotonía.

—Me temo que haría cualquier cosa por dinero —reconoció, dejando su copa ya vacía en la mano de Keith. Había clavado la mirada en lady Guinevere— excepto aburrirme.

—¿Entonces? ¿A dónde vas, si ni la dama ni su fortuna te han convencido?

Ulysses ya había emprendido la marcha cuando le guiñó un ojo.

—A por su collar, que sí encuentro de lo más cautivador.

Capítulo 2



Érase una vez un baile en modo alguno concedido

Uno de los grandes defectos del hombre era que se creía más listo de lo que era. O quizá solo fuera el gran defecto del hombre que llevaba mirándola con fijeza desde que el reloj marcaba las ocho y media. Ese dichoso hombre que, para acercarse a ella, compuso una falsa expresión distraída y zigzagueó entre los invitados como si no llevara toda la noche teniendo claro su destino.

Que pensara que Guinevere no se daría cuenta solo reafirmaba su ignorancia.

O tal vez no fuese un imbécil, sino simple y llanamente un espécimen masculino en la plena definición del término; un engreído que se sabía a salvo de las consecuencias de su comportamiento inapropiado, y que por ello actuaba con un descaro imperdonable.

Esta le pareció una interesante reflexión antropológica. Lamentó no poder sacar el pequeño cuaderno que llevaba en el bolsillo de la falda para anotar algunas palabras clave. Le encantaría desarrollar la idea más tarde, cuando por fin estuviera a solas en su dormitorio, delante de su próxima novela, y no a punto de ser emboscada por una presencia indeseable.

Había aceptado despedir la pretemporada acudiendo al evento de cierre por tres razones. En primer lugar, Guinevere celebraba decir adiós a los soporíferos acontecimientos sociales como la que más. En segundo lugar, su madre no le habría permitido ausentarse ni si hubiera contraído el tifus. Y, para terminar, Guinevere había albergado la esperanza de inspirarse en los invitados para moldear el carácter de su próximo villano.

Estaba trabajando en la cuarta entrega de una saga de aventuras, y la trama de cada una de las historias le exigía enfrentar al heroico detective Ignatius Talton con algún sujeto de dudosa moralidad. Si bien esta descripción les iba como anillo al dedo a los aristócratas que la rodeaban, le aterraba acercarse y entablar conversación con alguno de ellos para recabar datos importantes, como el tono de la voz, los gestos, las dobleces de sus respuestas… En definitiva, ese largo etcétera necesario para las perfeccionistas como ella.

Huelga decir que los caballeros en cuestión tampoco tenían el menor interés en satisfacer sus ambiciones literarias, de las que, de todos modos, no eran cómplices.

Guinevere no era famosa por su amabilidad al trato. De ahí que optaran por rehuirla.

La excursión a la mansión de los duques de Saint-John había sido en vano, pues. No solo no tenía ni la menor idea de cómo trabajar sobre su nuevo personaje, sino que se vería obligada a lidiar con otro cazafortunas disfrazado de fervoroso admirador.

Las únicas tres personas que podrían haberla salvado del inminente acercamiento se habían puesto de acuerdo para enfermar inesperada pero convenientemente quince minutos antes de la fiesta. Solo su hermana Ravenna, su hermano Milan y su padre se interpondrían entre un enamorado y ella: Raven porque estaba encantada de llevarle la contraria a su madre, cuyos planes casamenteros contemplaban, en casos de extrema necesidad, los viejos e inmorales trucos de alcahueta; a Miles le complacería ser de ayuda siempre que el objetivo fuera evitar que un hombre soltero se atreviera a posar sus ojos en alguna de las damas de su familia, y su padre la protegería de cualquiera que fuera el mal que la acechara, incluso si dicho mal era un matrimonio beneficioso.

Por desgracia, esa noche la vigilaban de lejos la condesa, Venetia Varick, y su hermana mayor, Marianne; las dos temibles centinelas de las que no podría librarse ni con un balde de agua hirviendo.

—Parece que a milady no le disgustaría un poco de conversación —oyó que le decía una voz masculina—, y quizá tampoco un baile.

«Lo que a milady no le habría disgustado en absoluto habría sido quedarse en su casa», se lamentó para sus adentros.

No le quedó otro remedio que girarse hacia él. En contra de sus deseos, que consistían en despreciar cada insignificante detalle de la velada, tuvo que admitir que estaba ante un atractivo caballero.

No tenía aspecto de villano, por desgracia, aunque su tono hubiera sonado sugerente y revelara una curiosa picardía.

—No veo c-correcto que hablemos sin haber sido p-presentados, señor —contestó sin mirarlo a los ojos.

Quién le iba a decir que la estricta etiqueta la salvaría de situaciones incómodas.

—Estamos a punto de entrar en el siglo veinte, milady. Creo que me lo podrán perdonar.

«¿Quiénes?», fue a preguntar, mirándolo con extrañeza. «¿Las patronas que redactan las normas sociales y nos las imponen? ¿Mis padres? ¿Los consejeros reales? ¿El calendario gregoriano vigente?».

—Es que la he visto tan sola que me he sentido impelido a entretenerla.

«Oh, Dios, ¡aquí tenemos a un héroe!».

Acto seguido pensó, resignada: «Justo lo contrario a lo que estoy buscando».

—A lo mejor estaba satisfecha c-con la c-compañía que me hacían mis p-pensamientos.

«Ahora pensará que, si mis pensamientos son tan fluidos como mi forma de hablar, me habrá salvado de torturarme», se lamentó, mirándose las manos con impotencia.

—Lo bueno de los pensamientos es que son como nuestra sombra. Sin importar lo que hagamos, nunca los echaremos de menos; permanecerán junto a nosotros en todo momento. —«Justo como usted, que parece que no me dejará tranquila por más que insinúe que deseo estar sola», pensó Guinevere—. Voy a tener que insistir, milady… —Le tendió la mano—. Bailemos.

—«Voy a tener q-que insistir» —repitió ella con incredulidad—. Curiosa elección de p-palabras, señor. «Voy a tener» indica obligación, y no veo qué le fuerza a seguir aquí.

—El deber de satisfacer mis deseos, por supuesto. —«A costa de vulnerar los míos», estuvo a punto de apostillar Guinevere—. Ya veo que es usted tímida. —Ladeó la cabeza con fingida curiosidad. En el fondo se estaba regocijando en su introversión—. ¿O acaso la intimido?

—Si lo que está sugiriendo es que balbuceo p-porque le encuentro atractivo, olvídelo. No soy tímida, solo tartamuda, y, de hecho, no quiero hablar c-con usted.

El desconocido levantó las cejas, no tan indignado por la insolencia como sorprendido al descubrir que la dama tenía dientes.

Guinevere se había acostumbrado a aquella expresión de placer asombrado. Su aspecto no transmitía la imagen de mujer temperamental, sino todo lo contrario, y que su inseguridad, su carácter asustadizo y su constante deseo de esconderse la hacían parecer incluso frágil.

—A mí me parece que no es tímida ni solo tartamuda —meditó el sujeto, escudriñándola con deleite—, sino más bien maleducada.

¿Por qué había sonado como si eso fuera una virtud?

—¡Neve! —exclamó su madre, que con toda seguridad se habría activado desde la otra punta del salón ante el presentimiento de que un soltero se le había acercado. Guinevere no tuvo ni que girarse para sentir, como un mal augurio, su sonrisa resplandeciente—. ¿Quién es este caballero tan encantador?

Resistió el impulso de bizquear cerrando los ojos y encomendándose a la ayuda divina. Sabía por experiencia, aunque no propia sino ajena, que a lady Venetia Varick no le gustaba que sus hijos pusieran los ojos en blanco: Ravenna lo hacía a la menor oportunidad y recibía de regalo interminables reprimendas.

Claro que su madre no iba a reprenderla ante el «caballero tan encantador», que estaba más fascinado si cabía ahora que gozaba de la

atención de lady Clarence.

Hasta las malas lenguas habían tenido que ser benevolentes con Venetia Varick, rendidas ante la evidencia de que tenía el tiempo y la gloria de su parte. Ni los años ni las frustraciones habían hecho mella en su piel tersa, su cintura de avispa y su cabello azabache, salpicado por un solo y grueso mechón blanco que, sin quererlo, había puesto de moda entre la alta sociedad. Dios había premiado a lady Clarence permitiéndole conservar su delicada belleza por haber predicado los valores cristianos con su humildad, de la que seguía haciendo gala al sorprenderse de ver a grandes señoras dejándose una cana sin cubrir para parecerse a ella.

—¿Te ha pedido un baile? —insistió la dama.

—Creo que hace rato dejé de pedírselo. Ahora se lo estoy suplicando —reconoció él con fingida amargura.

Lady Clarence le rio la gracia con estudiada cortesía.

—Oh, no se lo tenga en cuenta. Es culpa mía. Le aconsejé que se hiciera de rogar, ya sabe, trucos de debutante, y se lo ha tomado demasiado en serio.

El desconocido miró a la avergonzada Guinevere con un amago de sonrisita maliciosa. Se había dado cuenta del papel que desempeñaba en la familia: el de niña tonta a la que debían echar una mano incluso para salir a bailar.

—Tan en serio se lo ha tomado que por un momento me lo he creído.

—Por suerte —se apresuró a decir su madre, empujando con disimulo a Guinevere a los brazos del enmascarado—, y si no me equivoco, esos que suenan son los primeros acordes de un vals. ¡Está usted a tiempo de reclamar su baile!

A pesar de contar con una vasta experiencia en asuntos del corazón, porque tolerar un carácter como el de su padre requería cuanto menos paciencia y estómago, lady Clarence seguía pecando de condescendiente y sobreprotectora a la hora de conseguirle un compañero a sus hijas. Hija en singular, mejor dicho, porque tanto Marianne como Ravenna se libraban de la tortura, cada una por diferentes razones: una por llevar en torno a quince años casada, y la otra porque se había autoproclamado soltera de profesión y para jubilarla haría falta la intervención de la Marina Real.

No hacía falta ni mencionar cómo le sentaba a Venetia Varick que su hija mediana no solo no tuviera marido, sino que ejerciera su soltería como un vulgar empleo burgués al que le dedicaba su tiempo burlándose del bajo intelecto masculino, aireando sus malos modales y trotando por la finca sin zapatos ni enaguas suficientes.

Con estos pensamientos en mente, Guinevere fue conducida al centro del salón con el rostro pálido de un condenado a muerte.

Quizá, si hubiera correteado descalza y sin enaguas suficientes durante un período de tiempo aceptable, su madre se habría rendido con ella y ahora podría estar tumbada frente a la chimenea, no a la caza de un marido.

Se resignó a que el desconocido adoptara la pose de rigor, y se lamentó al comprobar que tenía estilo a la hora de balancearse al compás.

—Pensaba que su rechazo se debía a una terrible descoordinación —comentó el tipo—, pero es usted una excelente bailarina.

Guinevere alzó la barbilla después de inspirar hondo.

—No tengo nada en c-contra de la danza.

—Entonces lo tiene en contra del acompañante —dedujo él, incomprensiblemente divertido con su desdén—. ¿De tan mal humor la pone que no le haya dicho mi nombre? Es lo primero que me ha reprochado en cuanto me he acercado.

—Lo que me irrita es que me haya estado vigilando desde la esquina, c-como si fuera yo un bicho raro —reconoció, procurando no mirarlo a la cara y concentrarse en el ritmo—. Como ha mencionado usted, señor, estamos muy p-próximos al siglo veinte; c-creo que a estas alturas se le puede disculpar a una señorita que prefiera no entablar c-conversación con desconocidos en un ambiente multitudinario, y no se c-compadezca su deseo de soledad c-como si de una enfermedad se tratara haciéndole el favor de sacarla a bailar.

El desconocido chasqueó la lengua.

—Me temo que no hemos progresado tanto como para llegar hasta ese punto.

—Estoy de acuerdo si c-con «hasta ese punto» se refiere a «hasta que las solteras puedan hacer lo que quieran sin que las molesten». Los hombres sí p-pueden negarse a bailar y p-pasar la noche junto a la mesa de refrigerios sin recibir reproches… entre otras c-cosas.

Su última puntualización captó su atención.

—¿Como, por ejemplo…?

—Ya ve que incluso se les p-permite llevar el pelo tan largo c-como una mujer —apostilló después de lanzarle una mirada escrupulosa—. Las jóvenes, en c-cambio, no podríamos lucir el c-cabello c-corto de un c-caballero.

Él enarcó una de sus cejas, de un castaño más claro que la melena.

—Me llega por debajo de los hombros, y lo llevo recogido con pulcritud —se defendió.

—No estábamos hablando de la higiene o el desaseo, sino de las c-costumbres pasadas de moda, y el pelo largo se quedó en los tiempos de Napoleón, señor. Igual que debería haberlo hecho el vals, si nos p-ponemos quisquillosos señalando tradiciones antiguas e innecesarias que habrían de olvidarse una vez llegáramos al siglo veinte. Fue la

derrota del emperador en Waterloo lo que ayudó a la evolución del vals en Europa, porque impulsó su introducción en los salones aristocráticos, donde se identificaba con los vencedores de la contienda —dijo de corrido y sin tartamudear—, y desde entonces han transcurrido años. Décadas. Va siendo hora de que bailemos otra cosa. O de que no bailemos en absoluto —apostilló con resentimiento.

—Supongo que el hecho de que Strauss compusiera hace poco *El danubio azul* ha mantenido viva la tradición —meditó él, tratando de disimular su extrañeza hacia la elección de tópico.

Guinevere también estaba acostumbrada a esa mirada recelosa o incluso de advertencia.

«Durante un vals no se discuten estos temas. Ningún tema de los que te interesan, en realidad».

—En Viena —corrigió con retintín—, y faltaría más, dado que Strauss es austriaco. Que allí se mantenga la fama del vals p-podría disculparse porque se trata de la danza regional. Aquí, en Inglaterra, tenemos otro carácter, y, p-por tanto, deberíamos gozar de otras piezas más apropiadas. O de otras c-costumbres de cortejo que no requieran el c-contacto físico —añadió por lo bajo.

—Y si no es con la excusa de bailar, ¿cómo pretende que nosotros, los hombres, nos acerquemos a las damas que captan nuestra atención? —contraatacó con curiosidad.

—C-como las p-personas civilizadas: diciendo «buenas noches» y presentándose.

—Y empezando a discutir sobre las tendencias pasadas de moda, por lo que veo —suspiró él, no tan escarmentado por haberse atrevido a sacarla a bailar como Guinevere había esperado. De hecho, se le veía gratamente sorprendido—. Si lo que quiere es un nombre, solo tiene que pedirlo. Sin reproches, a poder ser. Dudo bastante que antes de presentarme la estuviera mirando como si fuera un bicho raro, pero si así hubiera sido, no me irá usted a decir que ahora no tengo motivos para confirmarlo. Como poco, estoy ante una mujer… particular.

—¿Por qué? —Enarcó una ceja—. ¿Porque me negué a ac-c-compañarle durante el vals a p-pesar de estar sola, aburrida y ser usted un hombre apuesto?

—Porque en menos de cinco minutos de danza, donde se suele valorar el último parte climatológico, me ha mencionado el origen histórico de la danza vienesa y al gran Napoleón, y le ha dado tiempo a criticar el trato desigual que se le da a hombres y mujeres…

—¿Cómo se atreve a decir «gran Napoléon», c-como si no hubiera sido el culpable de una guerra que se cobró miles de vidas? ¿Ac-caso no es usted inglés?

—... pero estoy dispuesto a pasarlo por alto. Eso y que acabe de intentar iniciar un debate político sobre la guerra anglo-francesa.

—¿Y por qué me iba a c-conceder semejante indulgencia? —masculló a la defensiva.

—Porque ha dicho que soy apuesto. —Y esbozó una sonrisa adorable que estuvo a punto de contagiar a Guinevere.

Ni siquiera se había parado a apreciarlo con detalle, quizá porque era uno de esos raros especímenes cuya belleza saltaba a la vista de tal manera que resultaba redundante detenerse a admirarla: estaba allí y no había más que hablar. Guinevere se percató, no obstante, de que habían sido aspectos distintos al conjunto de sus rasgos lo que había contribuido a que asumiera que era atractivo: el olor que le había llegado como una brisa cuando se acercó, a sándalo y almizcle con notas cítricas y amaderadas; el tono de su voz, aterciopelado y con el oportuno acento juguetón que dejaba la puerta abierta a la travesura, y el modo en que dirigía los giros durante el vals, con la seguridad que solo demostraría un hombre con el que la vida había sido amable.

Y es que la vida solo era amable con aquellos que eran objeto del deseo de los demás. Ni con los ricos, ni con los poderosos, ni con los solamente bellos; más bien con los raros sujetos que, con su magnetismo natural, atraían las miradas.

El tipo logró atraer la suya, en un principio recelosa, y luego intimidada.

Tenía el rostro fino y alargado, la mandíbula lo bastante marcada para recalcar su masculinidad, pero no hasta el punto de endurecer su expresión. En la piel de porcelana ni siquiera se presentía la barba, como si lo hubieran tallado en mármol.

Su aspecto delicado la ablandó. Fueron los ojos los que la pusieron en guardia. Podría pasar desapercibido como un mero jovencito travieso, un niño bonito, de no ser por la mirada taimada, propia de un hombre que tenía un objetivo y no le temía al peligro al que tuviera que exponerse para satisfacer sus ambiciones.

—Un hombre c-como usted no bailaría c-con una p-pequeña tartamuda sin habilidades sociales si no estuviera desesperado por una novia —concluyó Guinevere en voz alta.

Decir que él se quedó perplejo habría sido un eufemismo.

—¿Cómo dice?

—¿Y quién está desesperado por una novia? —continuó ella, envalentonada por las experiencias propias—. Las víctimas de una crisis financiera, los despechados que pretenden poner celosa a una amante, o los canallas que apuestan con un compinche tan miserable como él que logrará convencer de valsear a la dama más esquiva. ¿Cuál de los tres es usted?

Esperó su confesión rígida entre sus brazos, pero entonces el vals tocó a su fin y él, aún anonadado, se desprendió de su cintura como si le doliera tener que dejarla.

—Tiene usted una imaginación espectacular —le halagó. Había un brillo en sus ojos que le espesó la sangre. Nadie la había mirado así antes. Tal parecía que hubiera llegado buscando cobre y hubiese encontrado oro—. Ha sido un verdadero placer, milady.

Sorprendentemente, sonó sincero.

Una vez se marchó, Guinevere reparó en un detalle que a priori le había pasado desapercibido. Y es que había empezado a bailar notando el asfixiante peso del collar de su tía abuela en el escote, y la levedad que experimentó apenas terminó la danza no tenía nada que ver con que mecerse en brazos de un hombre elevara su espíritu.

Guinevere se llevó una mano al cuello desnudo y jadeó, nerviosa, mientras recorría el salón con la mirada.

Tal parecía que se había equivocado con él. Por supuesto que un hombre de sus características bailaría con ella, incluso si no quisiera una novia, una dote o provocar un espectáculo de celos.

La única condición era que luciese una gargantilla milenaria.

Capítulo 3



Érase una vez una dama en apuros… ocasionados por un presunto caballero

Guinevere se abalanzó hacia la salida entre angustiada y furiosa por las dichosas herencias familiares.

Sabía que tenía que recuperar el collar por el bien de lady Clarence. Caería en una profunda depresión si descubría que había perdido la pieza más valiosa del ajuar de las mujeres Varick, a quienes fue entregado después de que la difunta Marianne de Lancaster quisiera tener un detalle especial con Venetia.

Pero ¡qué rabia le daba!

A Guinevere ni siquiera le gustaban las joyas. Si su madre no la hubiera animado a cargar con la ostentosa gargantilla para que la concurrencia pasara los meses de receso recordando su esplendorosa belleza, se habría colocado unas discretas perlas.

O una soga al cuello.

El caso era que abogaba por la comodidad y la sencillez, valores que, por desgracia, solo compartían con ella los miembros de su familia que no tenían derecho a decirle cómo vestirse.

Así pues, ahora estaba persiguiendo al ladrón de una pieza de incalculable valor que no podía importarle menos.

Una forma apoteósica de finalizar una velada para el recuerdo, pensó con sarcasmo.

No encontró al misterioso caballero en los largos pasillos de la mansión de Saint-John. Tampoco en el recibidor, franqueado por una pareja de lacayos. Supuso que se habría apresurado a montarse en el carruaje para huir de la escena del crimen, así que se dirigió a la acera donde se amontonaban los coches.

A una distancia prudencial de la mayoría de los landós, un puñado de chóferes habían formado un corro para compartir batallitas y la nube de humo de un habano. El silencio y la soledad de la calle principal, tan solo alterados por la música que provenía del interior y los murmullos de los conductores, la ayudó a localizar de inmediato a la única figura sospechosa que estaba a punto de encaramarse a un caballo.

Guinevere sujetó los volantes de la falda celeste y se precipitó hacia él para agarrarlo del borde de la chaqueta.

Estaba sin aliento cuando el enmascarado reparó en ella, y como

para no. Ni las pesadas enaguas ni el polisón estaban hechos para las mujeres con su complexión.

—Sabía que volvería usted a disculparse por su actitud huraña —dijo el caballero después de suspirar, aliviado.

Guinevere se quedó de una sola pieza.

—¿Yo? ¿Disculparme? ¡Es usted el que debería p-pedirme p-perdón p-por… p-por…! —Hizo una pausa para serenarse y volvió a la carga, impotente porque la indignación agudizara su tartamudeo—. ¡Devuélvame mi collar, sinvergüenza!

El ladrón compuso una mueca de desorientación tan creíble que Guinevere estuvo a punto de alegar que se había equivocado de persona. Lo vio desmontar el caballo con agilidad y enfrentarla con la cabeza ladeada, como si lo guiara una curiosidad imperiosa.

—¿Su collar? ¿De qué está usted hablando…? —Se calló al fijar la mirada en su escote desnudo, atrevimiento que ruborizó a Guinevere—. Oh, sí, creo recordar que llevaba usted una gargantilla muy favorecedora. ¿Se le ha perdido? —inquirió con solicitud—. Tengo prisa por llegar a casa, pero, si quiere, podría colaborar en su búsqueda.

—No juegue c-conmigo, señor —le advirtió en tono de reprimenda—. Lo tenía p-puesto cuando salí a bailar con usted, y al regresar c-con mi madre, ya no estaba sobre mi pecho, y no es la c-clase de joya que se desprenda con facilidad. Entre otras c-cosas p-porque tiene c-cuatro broches traseros.

—Si tiene cuatro broches traseros, tan difícil será robarlo como que se caiga por su propio peso, ¿no le parece? ¿De verdad cree usted que un joven como yo es capaz de semejante heroicidad durante un vals, en el que uno tiene las manos ocupadas en el cuerpo de su compañera de baile? —respondió con lentitud y un ojo guiñado, como si intentara descifrar un acertijo. A Guinevere le pareció que se palmeaba para sus adentros, orgulloso, al decir «semejante heroicidad», porque por supuesto que había sido capaz—. Si esta era una excusa para seguir hablando conmigo, milady, déjeme decirle que es bastante pobre… —Se mordió el labio, mirándola con regocijo—, y que no tenía que esforzarse tanto. Estoy encantado con su compañía.

—No sé c-cómo lo habrá hecho, señor —reconoció con humildad, ignorando el flirteo con el que pretendía distraerla—, p-pero si se me hubiera caído al suelo, me habría dado c-cuenta. Créame que la gargantilla me es indiferente, y no me importaría que se la llevara si se tratara de un regalo de c-c-cumpleaños, pero es una joya representativa de la familia de Lancaster que he de devolverle a mi madre tan p-pronto como vuelva a c-casa si quiero vivir para ver el p-próximo amanecer.

Él se la quedó mirando como si acabara de contarle una historia

conmovedora.

—Milady, no sabe cuánto lamento su situación —suspiró, aun así—, pero no puedo ayudarla.

—¿No? —Guinevere entrecerró los párpados y puso los brazos en jarras—. Si tan inocente es usted, no le imp… importará mostrarme el c-contenido de sus bolsillos y del morral que cuelga de la silla de montar.

El desconocido, lejos de blindarse con una actitud defensiva, dio un paso hacia ella con una media sonrisa traviesa y extendió los brazos en una clara invitación a ser registrado. Guinevere lo miró con desconfianza y confirmó que estaban refugiados entre las sombras de dos carruajes antes de empezar a meter las manos en la chaqueta.

Si se ceñía estrictamente a la física básica, era improbable que en un espacio tan pequeño como los bolsillos de un frac o los aún más discretos del pantalón cupiera una gargantilla de semejantes dimensiones. Y eso él lo sabía, porque gracias al alumbrado público, que incidía de forma indirecta en el hueco entre los coches, vio que su sonrisa había adquirido un tinte juguetón.

—Los dos sabemos que no hay espacio en mi cuerpo para esconder una joya de la magnitud de la suya, milady… o quizá sí —apostilló, inclinándose sobre ella con intenciones perversas—, pero no sería usted tan valiente como para registrar ciertos recovecos. Solo es lo bastante valiente para poner la excusa de un robo y así venir a despedirme como Dios manda, ¿no?

—¿Qué está usted insinuando? —le reprochó con las mejillas ardiendo—. ¡No c-crea que no sé lo que hace! ¡Intenta distraerme mientras hago mi trabajo para que no confirme mis p-pesquisas!

—¿Su trabajo, dice? ¿Acaso su trabajo es manosearme sin compasión? —Exageró su asombro poniendo los ojos como platos, con los brazos aún extendidos igual que un cristo entregado a la causa—. Por Dios bendito, había oído hablar de la lucha de las mujeres de clase media para ostentar un noble empleo, pero no tenía ni idea de que estas fueran sus preferencias laborales. Sabe que ya existe un trabajo que implica tocar a los hombres, y que mayoritariamente lo ejerce el bello sexo, ¿no?

—Para su información, señor, la lucha de las mujeres no contempla la ostentación de un empleo, sino el sufragio femenino, y, de hecho, ya lo consiguieron el año pasado las solteras y viudas de la isla de Man… siempre y cuando dispongan de un certificado de propiedad para votar en las elecciones de la Casa de Llaves, claro —meditó para sí misma. Luego reparó en que se había ido por las ramas—. ¡Haga el favor de educarse antes de decir una estupidez sobre las cruzadas que ha emprendido el género! —apostilló con severidad.

Lo vio pestañear con pasmo antes de dejar caer los brazos.

—No sé si las mujeres en su totalidad, pero usted desde luego se divierte reivindicando, además del voto, lo increíblemente culta que es. ¿No sabe mantener una conversación acorde a las circunstancias? ¿Solo habla de temas sesudos?

—¿Es lo bastante acorde a las circunstancias acusarle de ladrón? Si no quiere que guíe el tema a un terreno más seguro, no haga c-comentarios que sugieran que gozo toqueteándole mientras busco mi c-collar. ¿A c-cree acaso que estoy disfrutando con esto?

—No me atrevería a asumirlo, así que se lo preguntaré. —Se inclinó aún más, intoxicando el aire que la rodeaba con su agradable aroma corporal—. ¿Lo está disfrutando?

Su tono sugerente la activó y abrumó a la vez, y fue al verse atrapada entre dos emociones contradictorias cuando Guinevere se percató de que estaba ante el villano de ensueño; el que había ido a buscar, quizá con ingenua esperanza, al baile de despedida.

Sin duda reunía todos los requisitos. Tenía un carácter moralmente gris, como delataba el hecho de que se burlara sin escrúpulos de la víctima después de atracarla, pero poseía el carisma de un adversario memorable, y que desempeñara sus actividades delictivas en una mascarada en Mayfair le hacía cuanto menos original.

Era, en definitiva, un más que digno rival para el detective Ignatius Talton.

—Interpretaré su silencio como un sí —determinó el desconocido con satisfacción, reclinándose hacia atrás.

—¡No! —exclamó en cuanto él la devolvió a la realidad—. ¡Claro que no!

—Mejor, porque si lo disfrutara demasiado y nos cazaran en una situación comprometida, me temo que hallarnos en los albores del siglo veinte no nos salvaría de un matrimonio forzado. Supongo que tendrá una opinión política al respecto: las bodas forzosas están muy pasadas de moda, ¿verdad? —No esperó a que contestara—. Yo también lo pienso.

Guinevere estuvo a punto de abandonar su propósito, estremecida ante la posibilidad de acabar casada con un hombre al que no conocía. Llegó a quitarle las manos de encima, incluso, pero al comprobar con una mirada rápida que el desconocido sonreía, burlón, comprendió que había sido una estrategia para librarse de su escrutinio. Y no lo iba a conseguir. De ninguna manera. No solo hasta que recuperara el collar, sino hasta que se diera por satisfecha después de recabar los datos que necesitaba para darle una dimensión realista a su personaje.

—Señor, no le denunciaré ante las autoridades ni p-pondré al corriente a mi madre, que en algunos aspectos puede ser más terrorífica q-que el mismísimo tribunal de Old Bailey, p-pero, p-por favor, devuélvame el collar. Sé que lo tiene en alguna p-parte, y se

estaría usted equivocando miserablemente si asumiera que no tendría yo el valor de darle la vuelta y sacudirlo boca abajo hasta dar c-con mis rubíes.

—Si hiciera tal cosa, no hallaría tesoro alguno más allá de los cuatro peniques que me dan buena suerte. En cambio, si se sacudiera a usted misma… —El corazón le dio un vuelco al ver que la rodeaba con una mano y sacaba una hermosa reliquia del bolsillo de su vestido: la hermosa reliquia que había arruinado la tediosa paz de su noche—, obtendría resultados muy diferentes.

Sonriendo de oreja a oreja, el tipo exhibió delante de sus narices la gargantilla de perlas y rubíes como si de un péndulo de hipnosis se tratara.

Se quedó maravillada por el truco. ¿Cómo lo habría conseguido, si había tenido los brazos extendidos en todo momento… o casi?

Debía incluir aquella escena en su novela.

Tuvo que sacudir la cabeza para centrarse en el presente.

—P-pero ¿quién es usted? ¿Un prestidigitador de p-pacotilla? —bufó Guinevere, alargando el brazo para arrebatárselo. Él lo situó por encima de sus cabezas, donde no podría ni siquiera soñar con alcanzarlo. No era el hombre más alto que hubiera conocido, pero cualquiera le sacaba un palmo a la pequeña Neve—. ¿Se c-cree que soy idiota y me voy a tragar que todo esto ha sido un error? Ha estado vigilándome toda la noche c-como si tuviera algo en la cara, y ahora veo que lo tenía en el escote…

—No diría yo que ese sea su mayor encanto —replicó con desahogo, posando la mirada en el borde del vestido—, aunque tampoco me voy a quejar.

—… Luego me sacó a bailar con tal de desplegar sus malas artes —prosiguió, ruborizada hasta la raíz del pelo por la valoración, que había realizado ladeando la cabeza con gesto pensativo— y c-conseguir mi c-collar…

—Insisto en que tiene usted una imaginación desbordante —la cortó con impaciencia. La instó a darse la vuelta colocándole una mano cálida en el hombro, y antes de que Guinevere pudiera quejarse, le puso la gargantilla donde correspondía y empezó a abrochar cada uno de los cierres con lentitud—, pero incluso si milady tuviera más razón que un santo y yo fuera, en efecto, un miserable ladrón al que le han frustrado los planes, podría decir con toda seguridad que, si me ha pillado, es por un motivo distinto a su astucia.

—¿Q-qué…?

Guinevere se calló al sentir sus dedos acariciándole de forma distraída los vellos más cortos de la nuca. El roce en apariencia inocente hizo que se estremeciera.

—Verá, milady. Para tener éxito, el buen ladrón solo ha de ceñirse

a un principio básico: concentrar la atención de la víctima en un punto alejado de donde se encuentra el futuro bien hurtado —Guinevere sintió que, desde atrás, le hacía cosquillas en la clavícula marcada—, quizá en el rostro del compañero de baile mientras se realizan los giros del vals, y aprovechar la distracción para tomar lo que se quiera uno llevar.

Guinevere tardó en enfocar la vista al ver que, sin moverse de donde estaba, el ladrón levantaba una mano para mostrarle el anillo con el rubí encarnado que segundos antes ella había estado luciendo en el anular.

El pulso se le aceleró de nuevo, esta vez no solo por la indignación, sino por la curiosidad.

Era innegable que aquel hombre tenía talento.

Un talento para el mal, pero talento, al fin y al cabo.

—Si la víctima se da cuenta del truco, como usted lo ha hecho —prosiguió después de colocar la joya con gentileza en el dedo correspondiente—, se debe a una sencilla razón: estaba tan pendiente del bandido que lo pilló en pleno hurto. Por lo que cabe preguntarse… —continuó, inclinándose sobre su oído para hacerle cosquillas con los labios en el borde de la oreja—. ¿Por qué lady Guinevere habría puesto sus cinco sentidos en mí durante la danza? Como muy bien dijo ella, el baile no requiere de gran destreza y deseaba estar sola. Podría haberse dejado llevar por la música y, sin embargo, me puso toda su atención. Tanta atención que se dio cuenta de que perdía el collar.

—¡Yo no le estaba p-poniendo ninguna atención! —balbuceó Guinevere, aún ruborizada—. ¡Y en el caso de haberlo hecho, p-probablemente solo tenía la sospecha de que estaba ante alguien a quien c-convenía vigilar, cosa que acaba de ser c-confirmada!

Guiada por la necesidad de recalcar que era inmune a su inquietante habilidad para sacar de sus casillas a una mujer, giró en redondo con la barbilla erguida. No había valorado que el desconocido estaría tan cerca de su cuerpo que por poco chocaría con él, ni que quedaría a una distancia tan escasa que el susodicho no podría haber obrado de forma distinta a como lo hizo: acariciándole la garganta desde el borde del collar hasta el mentón, instándola así a alzar la barbilla.

Guinevere sintió que la apretaba un nudo en el estómago al verlo abandonado a una caricia que ni siquiera recibía él; que solo estaba prodigando. Parecía que lo hiciera todo con dedicación, desde emprender un robo hasta atormentar a la víctima.

—La gargantilla no es lo peor que podría haberle robado, milady —le dijo en voz baja. Sus dedos se habían quedado anclados al borde de la barbilla, de la que tiró con suavidad para, con solo agachar la cabeza, rozarle los labios con la boca entreabierta—, y ahora sabrá a

qué me refiero.

Guinevere puso los ojos como platos al ver que el desconocido se inclinaba sobre ella.

Por un instante, tuvo la impresión de que estaba soñando.

Las aventuras no solían encontrarla. De hecho, no solo no se había visto nunca en el papel de robada y besada en la misma noche, sino que la anécdota más interesante que podría haberle relatado a sus nietos habría sido aquella vez que asistió —que no participó— a una de las brutales travesuras de su hermana Ravenna.

Pero ese pensamiento apenas duró un segundo. Un acceso de emoción los borró todos de un plumazo para apoderarse de su cuerpo y su sentido común en cuanto notó la tierna presión de la boca masculina, que de algún modo conectó con una fibra sensible de su cuerpo.

Muerta de curiosidad hacia la experiencia y tan excitada por los acontecimientos que solo se sentía el rostro ardiendo, olvidó que estaban a plena vista a pesar de hallarse ocultos entre dos carruajes para pegarse a él.

Aunque le dio miedo verse de pronto rodeada por los brazos del canalla, una parte de ella se rindió conforme él empezó a besarla. Este le cubrió las mejillas y avanzó un paso para ahondar en el delicioso contacto, al que Guinevere respondió siguiendo un impulso más animal que humano. Ante el continuo toque de los labios del ladrón, que al igual que sabían lo que decir para dejarla sin palabras, sabían dónde besar para anular su resistencia, acabó separando los suyos con timidez.

Si la aterciopelada caricia de su boca, en la que sentía crecer una sonrisa canalla, no hubiera expulsado del juego al sentido común, Guinevere habría pensado en las ganas que tenía de poner aquel encuentro por escrito. El entrechocar de sus bocas —la de él paciente y dedicada al tortuoso plan de enloquecerla; la de ella asimismo insistente— disparó sensaciones nunca antes vividas y que se quedaron a flor de piel aun después de que el desconocido diera un paso atrás.

Retiró las manos también, pero después de deslizarlas por las mejillas femeninas en un roce casi anhelante.

Fue al reparar en la magnitud y las consecuencias de lo que acababa de suceder cuando Guinevere jadeó con angustia y, recordando su posición social, sus obligaciones y su condición de dama, le golpeó el pecho con el canto del puño.

—¡Pero c-cómo se atreve…! ¡Una c-cosa es ser un ladrón, y otra muy distinta es ser un sinvergüenza!

A pesar de saber que su comportamiento no tenía sentido alguno ni casaba con la educación que había recibido, habría seguido

increpándole con mucho gusto. Pero él se rio, encantado con su queja, y el gracioso sonido la paralizó.

Quizá se burlara de ella porque la había pronunciado sin aliento, o quizá porque sabía que lo que le reprochaba era que no se hubiera quedado un rato más.

—El que roba, milady, roba de todo. Besos, también… o besos, sobre todo. —Le guiñó un ojo.

Se encaramó a su caballo con un salto ágil, desde donde estaba a salvo del arranque furioso de Guinevere y podía lanzarle una mirada brillante sin miedo a las consecuencias.

—Para la próxima vez, déjeme darle un consejo: si no quiere que le roben ni una cosa ni la otra, milady, asegúrese de darles a ambas el valor que merecen, y no permita que otros lo codicien más que usted.

»El que más quiere lo que está en juego, es el que lo consigue. No lo olvide nunca.

Capítulo 4



Érase una vez dos amigos improbables

—A ver si lo he entendido… —empezó Keith, poniendo su mano de cartas boca abajo sobre el tapete—. Como no le pudiste birlar la gargantilla, le vas a robar la libertad casándote con ella.

Ulysses torció el gesto, fingiéndose dolido con su elección de palabras.

—Prácticamente me la pusiste en bandeja la otra noche, ¿y ahora te refieres a un digno matrimonio como el sacrificio del albedrío?

—¿Cómo de digno puede ser un matrimonio cuando el novio es un afamado ladrón? —planteó a fin de abrir un debate moral.

Ulysses rechazó el guante sacudiendo la mano. Había tenido suficientes conversaciones sesudas para el resto del año después de conocer a lady Guinevere.

—No seré tan afamado si carezco de un gran apodo, como Monstruo de Ratcliffe, los Profanadores de Tumbas[3] o la Envenenadora de Sussex[4] —repuso con visible decepción. Hizo una pausa para valorar los apelativos mientras se recostaba en el asiento de cuero, manteniendo el equilibrio sobre las patas traseras. Ignoró que Keith censuraba su incapacidad para estarse quieto y siguió balanceándose al borde del peligro—. Aunque… ahora que lo pienso, son sobrenombres de lo más obvios. Sorprende cuando en Inglaterra nos caracterizamos por nuestra sutileza. Puestos a pedir, preferiría que me bautizaran con algo más sugerente, como el Hombre Lobo de Allariz, el de aquel español que abrió la lista de casos de licantropía, o como El Ángel Caído de Bremen, que hacía referencia a la alemana que envenenaba con arsénico a sus conocidos. ¿La llamarían así porque era atractiva? ¿Tú qué opinas?

Siguió meditando, pensativo, mientras confirmaba con una mirada en derredor que nadie pegaba la oreja a la conversación. Se había ganado a pulso una reputación de excéntrico y canalla en el único club de caballeros al que le permitían pasar —bajo el nombre de un miembro que no tenía a bien aparecer a menudo, nunca el suyo, claro estaba—, pero prefería no poner en bandeja el próximo comentario malintencionado de los pares.

Eran muchos los que echaban vistazos furtivos a cada tanto, como si, más que pobre, Ulysses fuera una bestia fugada del zoo. Ambas criaturas desentonaban igual en aquellos entornos, pero él decidió

mucho tiempo atrás no privarse de sus caprichos, y esa noche le había apetecido echar una partida de cartas junto a la lumbre, con su buen amigo y con una botella de brandy francés.

—Opino que no sé ni qué pensar sobre la cantidad de asesinos que conoces —suspiró Keith—. Porque los que has mencionado, y en un orden cronológico inquietante, son homicidas. ¿Debo entender con eso que pretendes llevar más lejos tus actividades delictivas?

—Lo que debes entender es que te escucho cuando hablas de los criminales de la tradición popular. Y que me ofenderá no pasar a la historia con nombre, apellidos y apodo. ¿Qué te parece… Dedos Mágicos? —Sacudió la mano enguantada como si pretendiera hechizarlo.

—No puedes bautizarte tú, tienen que ser aquellos que te temen —bufó Keith, como si fuera una obviedad—. Y si ni siquiera has pasado por la lista de trapaceros buscados gracias a mi generosidad, ¿cómo pretendes pasar a la historia? Y si a esas vamos, ¿te convendría convertirte en una leyenda popular?

—Al conde de Clarence le encantan los cuentos, y si voy a ser su yerno, qué menos que complacerlo presentándome como un protagonista proverbial.

—Creo que lo que al conde le encantaría es que te presentaras ante él sin cargos delictivos a cuestas. Pero ¿es que acaso pretendes casarte en serio con Guinevere?

—¿Podría casarme con ella en broma?

—Quiero decir… ¿No estabas provocándome?

—Por supuesto que pretendo casarme con milady. Nunca pronuncio palabra en vano cuando hay cincuenta mil libras en el ruedo. Necesito dinero con urgencia, Keith —añadió en voz baja, reacomodándose en el asiento y apoyando los codos sobre la mesa—, y de aquí a que logres colarme en otra multitudinaria fiesta de sociedad con joyas como las que vi anoche, me saldrán las primeras arrugas.

—¡Dios no lo quiera! Con arrugas, ¿cómo conseguirías que la próxima señorita quedara lo suficientemente encantada contigo como para robarle el collar en público sin ser visto? —se mofó, cruzándose de brazos—. Siempre te he considerado temerario y hasta cierto punto ingenuo, Uly, pero pecaste de soberbio al pensar que podrías salirte con la tuya después de un golpe como el del otro día.

Ulysses le había narrado con pelos y señales la no tan maestra actuación de aquella noche, de la que ya había transcurrido una semana y media.

Fingió arrepentirse de haberle puesto en bandeja una batallita que justificaba las mofas, pero en el fondo ni él podía resistirse a burlarse de sí mismo. Por no mencionar que alguien tenía que darle alegría y color a la vida del inspector, cuyo turbio trabajo solía mandarle de

vuelta a casa arrastrando los pies.

—No habría sido la primera vez que le arrebato un bien preciado a una mujer aprovechando que está ocupada admirándome con embeleso —refunfuñó Ulysses, meneando la cabeza—. El problema en este caso fue que la muchacha no cedió con facilidad a mis encantos.

«No en una primera instancia, al menos», se regocijó.

—¿Y cómo pretendes conquistarla antes de la fecha para la que necesitas efectivo si no es romántica o impulsiva? Aparte de siendo terriblemente optimista, claro —apostilló Keith en tono socarrón—. El amor toma tiempo, y ya sabes que los nobles se retiran a sus residencias de campo en cuanto acaban las sesiones parlamentarias. Lady Guinevere debe de llevar una semana en Beltown Manor. No se moverá de allí hasta el año que viene.

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma —anunció con solemnidad.

—¿A qué diablos viene ese proverbio blasfemo? —se quejó Keith.

—Tan blasfemo no sería si Francis Bacon lo dejó por escrito[5]. Y, en cualquier caso, hace unos meses le robé el zakat a un musulmán de los suburbios, así que se podría decir que ya formo parte de la comunidad y estoy en mi derecho de profetizar sobre el Islam. —Juntó las manos en un rezo y realizó una ceremoniosa genuflexión.

Keith rompió a reír, y la risa de Keith era como los ciclones del Atlántico; envolvía y atraía la atención de todo el que anduviera cerca.

La mayor parte de los jugadores empedernidos y bebedores nocturnos del salón se giraron hacia él, al principio curiosos. Luego, al ver con quién andaba compartiendo el coñac —con nada menos que con Ulysses Saxby—, asintieron, comprendiendo el porqué del escándalo, y volvieron a sus partidas de cartas.

—Es asombroso que no le tengas respeto a nada en este mundo, ni siquiera a las limosnas. —Meneó la cabeza, siempre a caballo entre la exasperación y la fascinación, y retomó el asunto que les ocupaba—. ¿Cómo es que has cambiado de opinión sobre la boda, si puede saberse?

Ulysses se puso cómodo abrazando el respaldo con dejadez.

—El resumen sería el siguiente: besé a lady Guinevere y su respuesta no me disgustó. —Encogió un hombro—. A raíz de esto, llegué a la conclusión de que no sería la peor de las ideas apostar por el premio de las cincuenta mil libras. Por más que me guste el cosquilleo que siento en el estómago cuando me llevo algo que no me pertenece, creo que a estas alturas de mi vida, y en vista de la urgente necesidad de efectivo, prefiero meterme una cantidad desorbitada en el bolsillo robándole besos a una mujer interesante. Correré menos riesgos de acabar en la cárcel y haré a la víctima mucho más feliz en

el proceso.

Por supuesto, dudaba que lady Guinevere hubiera interpretado el beso robado de esta manera. Al llegar a casa, habría maldecido al Creador por permitir que los hombres se creyeran en el derecho de cometer las peores indignidades. Ulysses prefería achacar su reacción ofendida a su estricta educación de virgen intocable antes que al hecho de que no le hubiera gustado.

Más que nada porque era imposible que no le hubiera gustado.

Ulysses le gustaba a todo el mundo.

Incluso a la policía.

A la vista estaba.

—Que definas a tu futura esposa como «víctima» me aterra —reconoció Keith.

—A mí me conmueve que la definas como «mi futura esposa».

—Creo más en tu habilidad para salirte con la tuya que en Dios.

—¿Quién es el blasfemo ahora? ¡Discúlpate antes de que su ira caiga sobre ti!

—Antes caería sobre ti por haber intentado vulnerar el séptimo mandamiento. Aunque he de decir que me alegro de que no robaras el collar al final.

Ulysses enarcó una ceja.

—¿Y eso? ¿Tú no estabas más que encantado de verme abolir la propiedad privada?

—De verte confiscar la propiedad de todos los sediciosos —corrigió con aquella paciencia exasperada de la que le tocaba armarse cuando hablaba de sus concepciones ideológicas. Sin duda era curioso que un inspector, cuyo propósito era, en teoría, preservar el orden público, se apoyara en *El manifiesto comunista* para defender sus opiniones: un libro que decía que los objetivos de las clases medias, es decir, derrocar el estado existente, se alcanzarían mediante métodos violentos—, pero por más pillo que seas, no creo que un ladrón sin apodo de Bethnal Green tenga el poder para abolir ninguna propiedad distinta a la suya.

Aquella descripción, «ladrón sin apodo», le afectó al ego, pero prefirió no señalar aquel punto y dio un largo trago a la copa de coñac. Seguía balanceándose sobre la silla, ignorando que uno de los encargados lo fulminaba con la mirada mientras avivaba el fuego de la chimenea con un atizador.

«Compórtese», parecía reprocharle.

«Por encima de mi cadáver», replicaba cada fibra de su ser.

—La conclusión es que no me has metido entre rejas, aparte de porque necesitabas un amigo, porque no te apena que la aristocracia sufra determinadas pérdidas. ¿A qué se debe el cargo de conciencia retroactivo?

—A que los Varick son de los pocos nobles a los que respeto —resumió con simplicidad—. Lord Clarence arma unos escándalos considerables en la Cámara al poner sobre la mesa ideas que ruborizan al Partido Liberal Británico, que tanto defiende la libertad. Ya has leído sus panfletos, y estoy convencido de que le censuran un buen porcentaje del contenido para que pueda conservar su asiento en el Parlamento. Su primogénito ya es algo menos progresista, y su esposa no ha logrado contagiarse del espíritu idealista de su marido ni treinta años después de la boda, pero el resto de las mujeres de la familia me caen en gracia y preferiría que no les robaras las joyas. Ni la virtud —apostilló, lanzándole una mirada de advertencia—. Besar a lady Guinevere… —Sacudió la cabeza con desaprobación—. ¡Estás loco!

—Como si fueras tú un santo con las mujeres. ¿Por qué conoces tan bien a los Varick, si puede saberse? ¿Mataron a alguien y tuviste que ir a interrogarlos?

—Por cierto, el asunto de la familia me ha hecho recordar —prosiguió, pensativo— aquello que te mencioné sobre la invitación exclusiva a Beltown Manor de cada diciembre.

A veces, Keith fingía sin ningún tipo de pudor no haber escuchado las preguntas que no quería responder. A nadie en su sano juicio le interesaría incidir en el tema si no quería seguir siendo ignorado. Ulysses recordaba haber dedicado una tarde entera a insistir en conocer los datos de un caso policial particularmente atractivo, y todo para acabar afónico y sintiéndose un idiota. Keith, en cambio, se saltaba las preguntas con naturalidad. La desesperación ajena formaba parte de muchos de sus divertimentos, que, además de perversos, entraban en la categoría de infantiles.

Pero como Ulysses incidía en costumbres igual de pueriles, no podía recriminárselo.

—Clarence celebra dos eventos anuales: la fiesta de la primavera y las festividades navideñas —le contaba Keith—, y en ambos casos abre las puertas de su casa a sus mejores amigos. Que este año haya invitado a unos cuantos desconocidos, y a hombres en su inmensa mayoría, confirma que se abre la veda para el cortejo de lady Guinevere.

—La muchacha tiene más de dieciocho años —se extrañó Ulysses. De hecho, la noche que la conoció había estado a punto de soltar una risotada muy maleducada al oír a lady Clarence referirse a su hija como «debutante»—. ¿No es tarde para buscarle marido? Explicaría las cincuenta mil libras de dote, eso sí. Un hombre no se casaría con una soltera con su carácter y su edad si no le pagaran. O eso pensé al principio —se apresuró a aclarar ante la mirada perdonavidas de Keith, que era inspector de profesión oficial y férreo defensor de la dignidad del bello sexo en sus ratos libres—. Luego la conocí mejor y

solo me pareció rara, pero los loros también son bichos de lo más extraños y me caen de maravilla, que conste. ¿Has visto los loros del zoo de Londres?

—Creo que prefiero que la llames «víctima» a «bicho de lo más extraño». Y no hace falta que establezcas comparaciones ridículas —añadió con los párpados entrecerrados, cargado de socarronería—. Puedes decirme a las claras que ahora se te antojan las cincuenta mil libras porque vienen de regalo con una muchachita que te gusta.

La mera posibilidad hizo que cambiara de postura en el asiento, revuelto de pronto.

De lejos le había parecido insulsa, pero no era tan estúpido como para dar por hecho que la primera impresión era la correcta. También había mujeres que a cierta distancia le habían parecido de un encanto sobrecogedor y, después de acercarse, lo sobrecogedor había sido tener que tolerar el olor de su aliento o una conversación de lo más insustancial. ¡O ambas!

Lady Guinevere, además de oler como si acabara de emerger de un baño de rosas y poner sobre la mesa una charla cuanto menos particular, tenía la clase de belleza serena que solo se podía apreciar en las distancias cortas.

Pero eso no era ni relevante en comparación con otros aspectos de su carácter: que fuera la clase de mujer que corría detrás de un ladrón y lo manoseaba sin miedo a que fuera armado había acabado equilibrando la balanza en su favor.

Después de todo, podría gozar de un matrimonio divertido si su compañera era una aventurera nata. Y si luego se equivocaba y su comportamiento de aquella noche solo había sido la excepción y no la regla, Ulysses podría consolarse con las cincuenta mil libras o, en su defecto, llorando en algún fastuoso rincón de la mansión que adquiriría por dicha cantidad.

Una mansión lo bastante grande para no volver a cruzarse con su esposa jamás.

—Lady Guinevere tiene veinticuatro, no veinticinco años, y es una joven encantadora si logras ganarte su simpatía —estaba diciendo Keith, ajeno a los derroteros de sus pensamientos—. Por desgracia, antes de eso habrás de ganarte la invitación del conde, y me temo que ya las envió todas. ¿Puedo saber cómo pretendes conquistarla antes de que acabe 1882?

Ulysses pestañeó, sorprendido porque no pudiera responder él mismo a su propia pregunta.

—Suplantando la identidad de alguien que ya esté invitado, por supuesto.

—Por supuesto. —repitió Keith, asintiendo muy despacio—. ¿Qué otra cosa cabía esperar? —Lo miró con sospecha—. ¿Es por eso por lo

que me has traído aquí? ¿Para instar a un desdichado a apostarse la invitación y así aparecer tú con ella y con una peluca en Beltown Manor?

—Me dio la impresión de que a milady no le gustó mi pelo largo —se lamentó, atusándose la coleta—. Más bien apareceré con un corte a la moda. Sin patillas, preferiblemente. Y no, solo tengo que disuadir al ermitaño marqués de Sutherland, que justo acaba de entrar en el establecimiento por invitación mía y, además, viene directo hacia aquí, de que estaría cometiendo un terrible error si aspirara a la mano de lady Guinevere. Cuando esté seguro de que no viajará a Beltown Manor, lo haré yo en su nombre.

—¿No te has parado a pensar en que lord Clarence ya conoce al marqués de Sutherland? O cualquier otro miembro de la familia, si a esas vamos. ¡O cualquiera de los invitados!

—Sutherland heredó el marquesado hace menos de dos semanas, aún no se ha presentado en sociedad y no tiene asiento en la Cámara de Lores, por lo que Clarence no lo ha podido tratar.

—Clarence no solo asiste a las sesiones parlamentarias; también acude a fiestas donde podría haber coincidido con Sutherland.

—¿No has leído lo que el conde opina de la nobleza? Me juego el pescuezo a que de la lista de invitados se encargó su esposa y él tuvo que ponerse pinzas en la nariz para enviar las cartas a sus destinatarios. No pisa una fiesta de sociedad si puede evitarlo.

»Pero prosigamos. Sutherland fue a Cambridge, mientras que su hijo, Milan Varick, barón no-sé-qué-título-de-cortesía, fue a Oxford; no compartieron clases en la universidad y, por tanto, tampoco se conocen. Lady Clarence apenas ha asistido a cinco o seis veladas sociales en los últimos treinta años. En otras palabras, no se conoce ni a sí misma, y de acuerdo a las malas lenguas, Sutherland es igual de reacio a salir de casa para mezclarse con la aristocracia. Y lo que es más importante: nuestro marqués no ha visto jamás a lady Guinevere, confirmado por él mismo, por lo que la víctima caerá en la trampa…

—¿Puedes dejar de llamarla «la víctima»? —se desesperó Keith.

—La única que conoce al marqués y sugirió invitarlo como posible pretendiente —prosiguió Ulysses, que había aprendido del mejor maestro (y mejor amigo) el práctico arte de ignorar las apreciaciones inconvenientes— es la hija mayor, porque su marido Lillistone y él son muy buenos amigos. Pero según tengo entendido, lady Marianne es una mujer romántica. Si le explico que me enamoré de su hermana pequeña a primera vista y tuve que suplantar la identidad de un invitado para disfrutar de su compañía en una segunda ocasión, arriesgándome hasta a morir en la horca, se derretirá e incluso le hablará maravillas de mí a lady Guinevere.

Keith puso los ojos en blanco, como cada vez que Ulysses se

explayaba para dibujarle una hermosa imagen mental.

—Desde que pasó por el altar es lady Lillistone, no lady Marianne. Si quieres suplantar la identidad de un aristócrata, tendrás que desempolvar los tratamientos nobiliarios. Y ¿quién diablos te ha dicho que es romántica? —preguntó, anonadado—. Se casó con dieciséis años con el pretendiente más rico e indiferente a sus afectos de toda la horda de enamorados que la persiguió, y todo esto después de un cortejo que consistió en paseos por el parque a tres metros de distancia.

—Su doncella me ha dicho que se ha leído *Persuasión* de Jane Austen diecinueve veces. —Ulysses se encogió de hombros—. Si eso no es ser romántica, que baje Dios y lo vea.

—¿Vas a basar tu estrategia en un gusto exacerbado por Jane Austen? Yo también he leído a Jane Austen más de una vez. Emite unas excelentes críticas sociales.

—Diecinueve veces, Keith. Diecinueve —recalcó con una mirada grave—. Y duerme con la novela en la mesita de noche.

—No sé si quiero saber cómo has averiguado ese detalle.

—La doncella, Keith, maldita sea, ¿es que no me escuchas? —rezongó, exagerando su hastío—. Y si Jane Austen no te convence como a mí no me convence tampoco su estilo narrativo, déjame decirte que a lo mejor el frío Lillistone tenía fuego reservado para la dama cuando se vieran en privado, y que se daban esos paseos a tres metros de distancia porque de lo contrario lord Arian Varick aparecería entre los setos blandiendo la espada del rey Arthur para atravesar al atrevido que se acercara una sola pulgada de más.

Keith cerró los ojos como si su detallada descripción estuviera a punto de colmar su paciencia. Solía poner esa cara cuando Ulysses se dejaba llevar por un arrebato de inspiración y adornaba apasionadamente sus descripciones.

Cuando los abrió, había tomado la determinación de pasar al siguiente tema.

—¿Y qué hay de lady Ravenna, la hija mediana? ¿No conoce a Sutherland?

—¿Lady Ravenna? ¿Quién demonios es lady Ravenna? —rezongó, como si le hubiera preguntado por el border collie del mozo de cuadras—. ¿Te refieres a esa hija que comparan con un caballo de carreras y que echaron de la escuela para señoritas a los tres días de entrar? No creo que tenga que preocuparme por ella. Y, ahora, cierra el pico: tenemos que dejarle claro a Sutherland que no puede ir a Beltown Manor.

Lo último que Ulysses escuchó antes de que el marqués tomara asiento con sus dos amigos, todos ellos listos para saquear el bolsillo de un contrincante más pobre que las ratas, fue el exasperado «conque

tenemos, en plural» de Keith.

Pero a pesar de su recelo inicial, acabó participando en la manipulación magistral sirviéndose de sus muchas habilidades.

«Ojalá todo ladrón tuviera un amigo inspector», pensó Ulysses. «Se le haría la vida más fácil».

Capítulo 5



Érase una vez una familia peculiar

Aunque había un ejército de doncellas revoloteando a su alrededor para probarle diversos peinados y su familia al completo rehusaba abandonar el dormitorio, convencida de que Guinevere interpretaría su persecución como un gesto de amor inconmensurable y apoyo ante la llegada de los pretendientes, ninguna de estas tres cosas la inquietaba en lo más mínimo: ni los tirones de pelo, ni el zumbido de la conversación de los Varick, ni la inminencia de su semana de protagonismo forzoso ante una agrupación de cazafortunas.

Lo que la preocupaba era lo que acababa de leer en la sección de críticas artísticas de la revista literaria y política *Edinburgh Review*, a la que tenía fácil acceso desde que su padre, gozando de la simpatía de los antaño llamados *whigs*, empezara a escribir para el medio.

A lo largo de su trayectoria, el autor del artículo, Daniel Landscroft, había criticado con mucho gusto los grandes poemas del Romanticismo. En los últimos años, había alabado con grandilocuencia la labor narrativa de Guinevere a propósito de sus tres primeras novelas: la primera la tildó de novedosa, y en la segunda le aplaudió la capacidad para superarse a sí misma. Pero su generosidad para con ella se había agotado, porque acababa de publicar que el creador del detective Ignatius Talton estaba perdiendo fuelle y que sus villanos carecían de carisma.

«Resulta imposible ponerse en el lugar del adversario», decía el escrito, «de manera que los papeles de los protagonistas quedan reducidos a la simplona dicotomía entre el bueno y el malo, un defecto imperdonable viniendo de un escritor con el talento y la trayectoria del señor Bellamy. Se echa de menos cierta profundidad, un mayor conocimiento de la psique humana. Si el escritor salvara este escollo, crearía villanos con una dimensión realista, a la altura de su personaje principal, y nos deleitaría por fin con una obra redonda».

El señor Bellamy era ella, por supuesto.

Guinevere no habría temido firmar con su nombre real si no hubiera sido la hija de un conde ni hubiese tenido responsabilidades que cumplir; entre ellas, no ostentar jamás un empleo ni extender sus aficiones fuera de la costura o la sala de música. También se lo habría pensado si las mujeres no hubieran utilizado históricamente seudónimos masculinos para evitar juicios, como treinta años antes

expresó Charlotte Brontë a raíz del anuncio de que sus hermanas y ellas firmaban sobre el papel como Currer, Ellis y Acton Bell. Otras, como la señorita Gaskell en su primera obra, apostaban por el anonimato y la ambigüedad —«escrito por una dama»—, lo que también la desalentó e hizo que acabara decantándose por el seudónimo «A. M. Bellamy», en referencia a las identidades que podrían haber ostentado sus padres si la vida se hubiera apiadado de ellos: «A» por Ashley, el apellido del verdadero padre de lord Clarence, que jamás pudo llevar con orgullo debido a la naturaleza ilegítima de su nacimiento; «M» por Montgomery, como se habría apellidado lady Clarence si el hombre que intentó echarla a perder para el matrimonio se hubiera casado con ella, y Bellamy en referencia a sus tíos carnales. Aquel era el apellido de la dinastía de condes de Clarence y el que tendrían que haber llevado los hermanos asimismo bastardos de su padre, pero que nunca ostentaron porque su predecesor, lord Norbert Bellamy, jamás los reconoció.

Así rendía homenaje a las personas que más quería en el mundo… O lo había estado haciendo mientras sus libros fueron apreciados por el gran público y los maestros. Ahora, y por culpa de la crítica del señor Landscroft, peligraban tanto su reconocimiento como sus ganancias.

Guinevere se giró desde el taburete del tocador con la revista aún en la mano.

—¿Creéis que tiene razón? —preguntó con timidez, interrumpiendo las diez conversaciones simultáneas que su familia estaba manteniendo—. El señor Landscroft, quiero decir. Menciona que los villanos de Bellamy c-carecen de p-profundidad.

—¿Bromeas? —bufó Ravenna, poniendo los brazos en jarras—. Si algo tienen sus personajes es profundidad. La derrochan, diría yo. Es lo que me harta del autor. Si uno escribe novelas de detectives, debería profundizar en la acción y dejar la introspección para los filósofos.

—Yo diría que solo se detiene a detallar las cuitas de Ignatius; a los demás no les presta tanta atención —valoró su hermana mayor, Marianne. Estaba sentada a su lado en el tocador. Repasó con los dedos las perturbadoras líneas de la crítica que Guinevere aún sostenía con languidez—. La pregunta es si lo hace por favoritismo o para recalcar su protagonismo. En el segundo caso, supongo que sería válido. No me molestaría de cualquier modo, porque entiendo que los villanos están para poner en jaque los objetivos del detective Talton, no para lanzar ningún mensaje.

—Lo hace por favoritismo porque está enamorada del personaje. A. M. Bellamy es una mujer —proclamó Milan con seguridad, aunque lo justo sería decir que todo lo proclamaba con seguridad, incluso «las

mayores absurdidades imaginables», como su padre definía cada palabra que salía de sus labios. Estaba cruzado de brazos en su butacón preferido, que llevaba en el dormitorio de Guinevere desde que esta empezó a tener pesadillas y el primogénito se adjudicó el título de guardián nocturno—. Solo una joven describiría con tanta sensibilidad a un antiguo soldado lisiado y sería tan escrupulosa a la hora de señalar los atributos de sus personajes femeninos. Además; las mujeres de los libros tienen roles bastante relevantes en la historia, como en las novelas de la señorita Gaskell. ¿Tú qué opinas, mamá? —le preguntó a lady Clarence, poniéndole suma atención.

—Ya sabes que no escribe la clase de libros que me gusta leer. Me frustra no averiguar nunca quién es el asesino —comentó mientras observaba con ojo crítico los vestidos expuestos sobre la cama. Todo el mundo lucía sus mejores galas a excepción de Guinevere, que esperaba a que eligieran por ella con el camisón y la bata puestos—, pero a mí me parece un excelente escritor.

—Si estáis hablando de A. M. Bellamy —interrumpió la voz grave del conde. Se abrió paso en la estancia batallando con el botón de la chaqueta—, tiene un estilo social que recuerda a Dickens y la ironía de Austen, pero no llega a perder su voz tan particular. Se nota que detrás de la escritura hay una persona, sea hombre o mujer, con opiniones fuertes que espera que hagan pensar a sus lectores. Es difícil conjugar el drama y el humor, y con Bellamy a uno se le forman tantos nudos en la garganta como las carcajadas le acaban produciendo agujetas… ¿Qué diablos le pasa a esta chaqueta? —acabó rugiendo—. ¿Por qué no se cierra?

Lady Clarence chasqueó la lengua y se acercó al conde para confirmar que era un caso perdido.

—Has vuelto a engordar —señaló sin acritud—. Tienes que cambiarte.

Guinevere observó a través del espejo que su padre rodeaba a su madre por la cintura y la besaba en la frente sin perder la expresión divertida.

—Hoy es «has vuelto a engordar», pero ayer era «gracias, Arian, por comerte mis pastelitos preferidos; así evitas que sea yo la que suba de peso». —Puso la voz en falsete para imitarla, cuando la verdad era que Venetia Varick tenía la tonalidad de una contralto que su hija mayor había heredado.

—¿Acaso me he quejado? —masculló a la defensiva—. La pregunta es… ¿Se puede saber por qué no te has afeitado? Y esos zapatos no son los apropiados para conjuntar con el frac. Te lo he mencionado en un sinfín de ocasiones.

—Debe de ser por eso que el comentario me suena tan familiar, porque me lo has dicho por lo menos un millón de veces —se burló él,

soltándola antes de que empezara a debatirse entre sus brazos. Su mirada risueña cayó sobre la retraída Guinevere, que estaba empezando a temer que la reunión familiar acabara como de costumbre: con gritos y recriminaciones—. No me acapares, mujer, que yo he venido a comprobar que la pequeña no está nerviosa. ¿Te sientes preparada, Buttercup?

—¿Podrías dejar de llamar a tu hija como si fuera el caballo de una cría de siete años? —rezongó lady Clarence—. ¡Encima su nombre lo elegiste tú! ¡Deberías usarlo!

—Todos vosotros deberíais usarlo —recalcó el conde—, porque no la bauticé como una reina para que la acabéis llamando Neve. ¿Qué diablos es «Neve»? ¿Eso no suena al caballo de una cría de siete años? N-e-v-e —pronunció el apodo con desdén antes de clamar al cielo con una mirada exasperada. Recordó que ella, Buttercup, Guinevere o solo Neve, era la prioridad e insistió—: ¿Y bien? ¿Cómo estás?

Guinevere se encogió de hombros y disfrutó del cariñoso apretón que su padre le dio en cuanto le pasó un brazo por la espalda.

Odiaba ser la única menuda de la familia, la única que no siempre encontraba la voz, la única que casi nunca podía ofrecer una respuesta ingeniosa, o no sin tartamudear en el proceso, pero no le importaba perderse en un laberinto de palabras ni sentirse una niña indefensa cuando Arian Varick la abrazaba. De hecho, se regocijaba perversamente en su tamaño y en su indefensión, como si aún tuviera cinco años y el conde la acabara de cargar en brazos para subirla a su habitación después de encontrarla dormida en el cuarto de juegos.

—Lo que padre quiere decir es que estás a tiempo de huir —bromeó Milan—. Cuentas con su beneplácito. Y, por si te sirve, también con el mío.

—Aquí nadie va a huir del matrimonio —aclaró lady Clarence, y, por si acaso, le lanzó una mirada de advertencia a su marido—. Ya debatimos esto en su día y estuviste de acuerdo. A los veinticuatro años, Guinevere pasaría por el altar. Bastante cedí permitiendo que se casara cuando ya la consideraran una solterona como para que ahora me frustres los planes.

El conde le había dejado pasar la aspereza de los primeros comentarios porque sabía que su esposa estaba histérica. Venetia Varick jamás había lograba reponerse del miedo a relacionarse con aristócratas que conocían su historia y tenían una opinión sobre ella; una opinión que no siempre se reservaban en pro de la buena educación. Su madre siempre había sido tan susceptible a las habladurías como lo era la propia Guinevere, y la mera expectativa de convertirse en el centro de atención durante una semana entera tensaba sus de por sí agitados nervios.

El hecho de que se expusiera a tan tortuoso acontecimiento hablaba

del amor inmenso que le tenía a su hija, a la que sentía que debía proteger de la crueldad aristocrática casándola antes de que la echaran de sus círculos… con todo lo que eso conllevaría.

Nada bueno.

No obstante, Arian Varick no se caracterizaba por su tolerancia a los reproches, y también tenía algo que decir respecto al asunto.

—Casaste a esa muchachita de ahí nada más cumplió los dieciséis —le recordó, señalando con el dedo a Marianne—. Después de arrebatarme a mi hija mayor, lo mínimo que podías hacer era dejarme a las otras dos en casa.

—¡Arrebatarte a tu hija! —se ofendió lady Clarence. En el fondo, con su indignación se solidarizaba con la pérdida de su marido, la misma que ella sufrió como madre al entregar a Marianne a tan temprana edad. Por desgracia, su madre jamás escogía las palabras que harían que los demás comprendieran sus sentimientos, sino las que la hacían quedar como una frívola insufrible—: ¡Ahora es marquesa!

—Tenéis numerosas razones para gritaros el uno al otro, como, por ejemplo, la elección de zapatos de papá —intervino Marianne con suavidad—. Os agradecería que trasladarais la discusión a ese punto en lugar de utilizarme a mí como cabeza de turco.

Guinevere también lo agradecería. Entre la crítica del señor Landscroft y la pelea incipiente, que no dudaba que iría adquiriendo intensidad con el correr de los minutos, había empezado a angustiarse.

Era el único miembro de la familia que no solo no disfrutaba de las discusiones, sino que se sorprendía esperándolas con el aliento contenido y un nudo en la garganta. Si tan solo sus padres supieran pelearse como dos dignos miembros de la aristocracia, con la frialdad esperada en los pares británicos, Guinevere podría respirar tranquila, pero Arian y Venetia Varick, como asimismo su descendencia, habían adquirido la perniciosa costumbre de gritarse igual que los tenderos del mercado de Billingsgate.

A fin de cortar de raíz un enfrentamiento, Guinevere hizo lo único que podía frustrarlo: distraer la atención con la primera pregunta que le vino a la cabeza.

—¿Puede una mujer quedarse embarazada con un beso?

Como cabía esperar, el pasmo se apoderó de su familia.

Sabía que la pregunta llevaba latiendo en un rincón oculto de su pensamiento desde la noche que la abordaron a traición. Se acordaba un instante antes de caer en brazos de Morfeo, tan preocupada por si las consecuencias eran irreversibles que acababa teniendo pesadillas en las que debía tomar un barco a Francia para ocultar su embarazo de la alta sociedad.

Al escucharla, su hermano se había girado tan bruscamente que

Guinevere se sobresaltó.

—¿Acaso te han besado? —jadeó Milan, alarmado. Se había levantado de un salto, como si le hubieran anunciado que la casa estaba en llamas—. ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Por qué? —Avanzó hacia ella sin ver por dónde iba. Acabó tropezando con una silla que se hallaba en su camino. La agarró por el respaldo con los nudillos pálidos y el rostro ensombrecido—. ¿Ha sido en contra de tu voluntad?

Ravenna y Marianne intercambiaron una mirada a caballo entre la risa y el asombro.

—¿Acaso te apaciguaría saber que tu hermana pequeña tomó la iniciativa? —contraatacó la primera, mirándose las uñas con una sonrisita socarrona.

Milan palideció de forma ostensible, respondiendo a la pregunta de Raven: lo más probable era que la iniciativa de su hermana pequeña le produjera terrores nocturnos.

Su padre volcó toda su desaprobación sobre lady Clarence.

—Por el amor de Dios, mujer, ¿cuántas veces he tenido que pedirte que les hables a tus hijos de la noche de bodas?

—¡Neve ni siquiera está prometida! —se defendió su madre—. ¡No veo por qué tendría que introducirla en las cuestiones de la cama antes de tiempo!

—¡Uno no necesita estar casado ni tener un pretendiente para besuquearse, o, de lo contrario, tu primogénito aparecería en el registro civil como el hombre de las mil esposas! —rugía el conde.

—¿Solo mil? —se burló Ravenna—. ¿Qué hay de las que no están empadronadas en los barrios de Mayfair y Knightsbridge?

—Dado que tú te preocupas tanto de tenerlas en el pensamiento, no seré yo quien se preocupe de contarlas —rezongó Milan, mirando desafiante a su hermana mediana.

—Porque ¿para qué tenerlas en el pensamiento después de haberlas tenido en la cama? —contraatacó Raven con un brillo malicioso en los ojos.

—Esta no es una conversación propia de una señorita, Ravenna —intervino la condesa, secándose las palmas de las manos en la falda—, y deberíamos centrarnos en la tarea que tenemos por delante. ¡Los invitados están al caer y Neve aún no se ha peinado!

—Ni tampoco se ha enterado todavía de que no, no te puedes quedar embarazada con un beso —apostilló Marianne, apaciguando a Guinevere con una mirada afectuosa.

«Menos mal que alguien se ha tomado la molestia de responder».

—Porque nadie se había parado a explicárselo —apostilló su padre con un gruñido.

—¡Podrías habérselo explicado tú con alguna de tus grandiosas historias! —rezongó su madre.

—¡Me prohibiste que mis historias contuvieran referencias eróticas!

—¡Ajá! —Lady Clarence señaló al conde con un dedo acusador—. ¡Entonces admites que un beso es un acto erótico! ¡Es decir: que tu hija no debería darlos ni recibirlos hasta la boda!

—Por Dios santo… —Su padre puso los ojos en blanco—. ¡Que levante la mano aquel soltero que *no* haya recibido un beso a fecha de hoy, y aquel casado que no incurriera en «actos eróticos» antes del casamiento!

El dormitorio se sumió en el silencio tan preciado y necesario para Guinevere, que había empezado a tensarse apenas su pregunta enrareció el aire. Disfrutó mientras pudo del momento en que padres e hijos se vigilaron los unos a los otros en busca de una mano alzada.

Las miradas acabaron cayendo indefectiblemente en Ravenna, la única que se proclamaba inocente con la palma apuntando hacia ellos.

—Miraos, sucios pervertidos —se regocijó, cruzándose de brazos—. Solo el que está libre de pecado puede tirar la primera piedra. Y seré yo la que comience las recriminaciones: madre querida —dijo, posando la mirada oscurecida en la condesa—, es usted la primera que engendró a Milan antes del matrimonio, así que no me venga con la pose de digna.

Todos se enderezaron como si la hubiera insultado. En cierto modo, así había sido. Venetia Varick podía soportar toda clase de recriminaciones, pero no una referencia directa al período más oscuro de su vida, del que Guinevere recordaba haberla oído hablar en tan solo una ocasión, después de un par de copas de jerez y con los ojos vidriosos.

—No le hables así a tu madre —la advirtió el conde con frialdad.

—Oh —Ravenna fingió sorprenderse—, ¿soy la única que no puede hablarle así a su madre? Menos mal que el conde de Clarence aboga por la igualdad en todos los ámbitos de la vida, y no solo cuando le toca redactar un artículo político…

—Eres la única que lo hace —replicó Milan, acercándose a la afectada por detrás para pasarle un brazo por los hombros. La condesa se había quedado petrificada—. Pídele disculpas ahora mismo.

Guinevere aprovechó el momento de tensión para escabullirse del dormitorio, incapaz de soportar lo que vendría a continuación. Nadie se percató a excepción de Marianne, que comprendió su huida y la disculpó con una sonrisa resignada.

A decir verdad, nadie se había fijado nunca en que se marchaba todas y cada una de las veces que su familia pasaba de la burla amistosa a la brutal recriminación. Esto sucedía a diario, pero a pesar de la frecuencia, Guinevere ni se había acostumbrado, ni quería hacerlo.

Mientras trotaba por el pasillo en dirección a la modesta biblioteca

de la planta superior, desde donde se gozaba de unas magníficas vistas de la finca, procuraba apaciguar los furiosos latidos de su corazón; el corazón sensible que había heredado de su madre.

No mucho tiempo atrás habría intentado calmar los ánimos de sus familiares, pero cuando intentaba salir en defensa de un miembro, sentía que decepcionaba al otro implicado. En el peor de los casos acababa en primera línea de fuego, sufriendo las consecuencias de una acalorada discusión en la que ella ni siquiera había pretendido participar.

Guinevere adoraba a los Varick. Estaba convencida de que no podría haber crecido rodeada de personalidades más variopintas, todas ellas dispuestas a ayudarla a conocerse a sí misma inspirándola en el proceso. Por eso se sentía injusta cuando lamentaba que le hubieran tocado unos padres con un carácter incendiario.

Sus hermanos no eran más templados. Milan había nacido con la certeza de que la razón era suya y nadie se la podría arrebatar sin llevárselo por delante; Ravenna combinaba en su temible temperamento la impetuosidad paterna y el nervio materno, y Marianne, en su afán por apartarse de los conflictos y solo participar en ellos desde una cómoda posición neutral, solía pecar de indiferente.

Al final del árbol genealógico, escondida tras un discreto arbusto y queriendo a veces borrar su nombre de la lista, estaba ella, la de la baja tolerancia a las broncas, la del miedo a los sentimientos intensos, la que no soportaba la falta de control. La que prefería escribir a vivir en primera persona.

Guinevere se dejó caer en el butacón de terciopelo ocre que tantas veces la había refugiado del mundo real. Se abrazó las rodillas y miró por la ventana, con la mala suerte de que el paisaje le mostró su inminente calvario. Algunos carruajes habían rodeado ya la fuente principal; ahora, los criados ayudaban a los invitados a bajar.

Su familia se había encargado de elaborar la lista de convidados, por lo que no tenía ni la menor idea de con quién lidiaría a lo largo de la semana. Teniendo en cuenta que Milan solo habría aportado los nombres de jóvenes universitarios que él mismo hubiera puesto a prueba —solo Dios sabía de qué manera; a Guinevere le daba miedo preguntar—, que su madre se habría referido a los herederos de la nobleza mejor considerada y que su padre habría invitado a intelectuales, médicos o abogados, Guinevere esperaba una interesante combinación entre el público.

Al que no habría esperado jamás era *a él*.

A pesar de que la primera y única noche que lo vio lucía un antifaz y una melena pasada de moda, lo reconoció en la distancia. Se había cortado el pelo castaño de manera que solo dos mechones le enmarcaban la cara a la altura de las orejas. Vestía un traje cómodo,

adecuado para un viaje tan largo, y su forma de moverse hablaba a gritos de cuánto se alegraba de estar allí.

¿Cómo diablos habría conseguido colarse? Porque de algo estaba segura: aquel descarado no tenía ni fortuna, ni carrera, ni mucho menos un título nobiliario, o la reina en persona ya se lo habría revocado en nombre de la seguridad del Imperio.

—¿Te encuentras bien, Buttercup?

Reconocería la voz de Marianne en cualquier parte: grave y áspera, y al mismo tiempo acogedora. Se había asomado bajo el umbral con prudencia, a sabiendas de que con Guinevere había que tener tiento después de una discusión.

Marianne era gentil con todo el mundo. No solo poseía el don de reconocer de un simple vistazo la verdadera naturaleza de su interlocutor —orgullosa, fría, intransigente, voluble…—, sino que tenía, además, una facilidad asombrosa para adoptar el rol que este esperara de ella. No le importaba mostrarse más afectuosa con quien buscara apoyo, más cínica con quien prefiriera el sentido del humor afilado; como una fiel seguidora de las normas si tenía delante a una anticuada patrona o como un alma caritativa con los exiliados que ansiaban aceptación. Lo que Guinevere no sabía era si Marianne transformaba su personalidad aposta o de forma involuntaria, y, de darse el primer caso, si lo hacía para sobrevivir a la rutina en sociedad, que siempre sería más llevadera si uno se adaptaba a las exigencias del guion, o si lo hacía porque se tomaba los cambios de piel como un reto y esa era la única forma que tenía de divertirse como esposa y madre de mellizos.

Su hermana había sido maleable y complaciente desde que aprendió a hablar, pero también dejaba entrever a veces un carácter de lo más peculiar que tendía a la manipulación.

En cualquier caso, ¿quién sería en realidad? ¿La afectuosa? ¿La cínica? ¿La seguidora de las normas? ¿El alma caritativa? ¿Todas a la vez? ¿Era eso posible?

—Solo estoy un p-poco nerviosa, eso es todo… y que haya aparecido cierto sujeto no me ayuda —reconoció, volviendo a lanzar una mirada ceñuda al jardín de entrada.

El canalla saludaba a unos y a otros con las manos entrelazadas a la espalda, y no con la elegancia de un par del reino, sino como si alguien le hubiera dicho que debía mantener esa pose para pasar por nuevo rico.

—¿Te refieres al joven esbelto que está charlando con el inspector Iterley? —tanteó Marianne, vacilante. Se había asomado por encima de su hombro—. No recuerdo haberlo visto nunca.

—Pues mejor para ti, p-porque sabe c-cómo evitar que lo olvides… y no p-precisamente gracias a su encanto p-personal.

Aunque procuró que su tono rezumara desdén, no pudo evitar que una nota de admiración se filtrara en su voz, y Marianne se dio cuenta. Por suerte, su hermana la conocía tan bien que supo que la estaría avergonzando si señalaba que el caballero había captado su atención. Se limitó a enarcar una ceja, esperando una historia.

Guinevere volvió a mirar a través del cristal, pensando que no solo había captado su atención, sino que había logrado mantenerla.

El muy bastardo sonreía encantado con la solicitud de los lacayos, que en ese momento iban y venían descargando baúles. Tenía una sonrisa muy característica, recordó; se le torcía más a un lado que al otro, llegando a enseñar una pequeñísima porción de encía que se las apañaba para parecer tan arrogante como él.

—Digamos que, más que venir a verme a mí, ha venido a admirar la gargantilla de rubíes birmanos.

«Y yo le voy a dar el gusto de reencontrarse con ella», pensó.

¿De qué otra manera desenmascararía al rufián, si no era poniéndole en bandeja lo que tanto ansiaba?

Capítulo 6



Érase una vez un criminal multidisciplinar

Si Ulysses no había empezado a arrepentirse del viaje aún, se debía a un simple motivo: hasta el momento, se había divertido de lo lindo siguiendo todos los pasos necesarios para estar en Beltown Manor ese veinticinco de diciembre.

Garantizarse el viaje a costa de la ausencia de lord Sutherland fue pan comido. «Como todos los idiotas que se empecinan en defender una idea fija y, por lo general, pasada de moda, es tan manejable que da pena», apostilló Keith en un momento dado.

Ulysses lo había suscrito. Ni siquiera tuvo que echar mano de sucias mentiras que luego pudieran volverse en su contra para que Sutherland se borrara del mapa por voluntad propia.

—He oído que lady Guinevere sufre de una tartamudez paralizante —había comentado Ulysses en la mesa redonda apenas el marqués mencionó sus próximas vacaciones en Beltown Manor—. ¿Está seguro de que quiere pasar no una, sino siete veladas escuchándola hablar?

—Mientras sea bonita y prefiera guardar silencio, será una candidata válida.

El comentario bastó para que Ulysses y Keith intercambiaran una mirada y acordaran en el acto la estrategia a llevar a cabo: espantarlo con las imperdonables excentricidades de los Varick.

—Si tan solo el matrimonio consistiera en la unión de los cónyuges, y no en la fusión de dos familias enteras… —había suspirado Ulysses.

Sutherland entendió enseguida a qué se refería y se defendió con el pecho inflado.

—Si lo dice por su padre, el conde de Clarence, creo que se le pueden disculpar algunas… extravagancias. Es uno de los hombres más ricos de Inglaterra, y, al final del día, son muchos los que comparten sus desacertadas opiniones.

—Pero no serán esos muchos los que tengan que escuchar dichas opiniones en cada reunión informal, como sí tendría que hacerlo usted si se comprometiera con su hija… que es lo que procurará conseguir viajando al condado de Northumberland estas Navidades —había apostillado Keith, fingiéndose absorto en su juego de cartas. Ulysses tuvo que esconderse detrás del suyo para disimular la sonrisa maliciosa—. Y, según he oído, no es un hombre transigente con quienes le llevan la contraria.

—Encontraré un aliado en lord Lillistone —había determinado Sutherland—. Tengo entendido que es el marido de su hija mayor, una criatura encantadora que sí se ciñe a las normas sociales.

Ulysses no tardó en volver a la carga.

—Ah, su hija mayor es una delicia, sin duda, pero ¿sabe que a lady Ravenna le vetaron la entrada a la catedral de San Patricio, entre otras casas de Dios, por razones que no es educado mencionar en una mesa?

—¿La catedral de San Patricio? ¿La que inauguraron en Nueva York hace tres años? ¿La que es… católica? —Sutherland torció el gesto.

—Para que usted vea, milord. No lleva ni un trienio en pie y la muchacha ya espantó a los eclesiásticos en su primer viaje al otro lado del charco. —Ulysses había sacudido la cabeza con desaprobación, mordiéndose la lengua para no prorrumpir en carcajadas.

—Su propio padre la llama «la Malvada Dama», en referencia al apodo que le pusieron a lady Katherine Fanshaw, la famosa asaltadora de caminos del siglo diecisiete —había apostillado Keith—. Se podrá figurar con qué otro carácter tendrá que lidiar en su nueva familia política.

—Y eso por no mencionar al primogénito, el barón no-sé-qué-título-de-cortesía. Lord Milan Varick es tan sobreprotector con sus hermanas que antes siquiera de preguntarle a Lillistone quién era la dama con la que estaba paseando por Hyde Park, se abalanzó sobre él y lo derribó de un puñetazo.

—Luego resultó ser su hermana carnal —había concluido Keith—, pero, como ya ve, en la familia Varick siempre se encuentra excusa para desplegar un comportamiento inapropiado.

La fiesta apenas empezaba y Sutherland ya estaba replanteándose si sería o no buena idea realizar un interminable viaje en carruaje para disputarse la mano de una mujer a todas luces inconveniente.

Justo como estaba anotado en la agenda de Ulysses.

—Si yo fuera usted, rechazaría la invitación —había insistido el ladrón—. No solo por las excentricidades de la familia, sino porque me parecería insultante tener que competir por el afecto de una dama que ni siquiera es para tanto. Un hombre con su apostura, su fortuna y sus relaciones sociales no necesita ni el dinero, ni el apoyo, ni el amor de lady Guinevere, milord.

—Tiene usted mucha razón en eso —había convenido Sutherland, bajando las cartas un instante para mirar, pensativo, la lámpara de pie que iluminaba a Ulysses como si de un inocente querubín se tratara—. Sería vergonzoso pasar siete días dándome codazos con un puñado de borregos para que me prestara atención una mujer cuyo rostro ni siquiera recuerdo.

No tuvieron que departir mucho más sobre la cuestión. El marqués se dio por disuadido en cuanto se puso sobre la mesa lo que todo

noble ansiaba escuchar: que merecía mucho más de lo que le había tocado por línea sanguínea y que podría aspirar a las princesas de la casa Hannover si así lo quisiera.

—He de admitir que tenía preparadas unas cuantas historias tenebrosas y me ha apenado no verme necesitado de ellas —le dijo Ulysses a Keith en cuanto salieron del club de caballeros. Tenía las manos metidas en los bolsillos y el rostro semioculto entre las solapas levantadas del gabán, una prenda que había conseguido por el módico precio de un tirón en Covent Garden.

—¿Crees que el ejercicio de la suplantación ha acabado aquí? Ahora necesitas un frac, amigo mío. Unos zapatos relucientes, un sombrero de copa… —Lo miró de arriba abajo— y un corte de pelo urgente, pero esto último no es nada nuevo.

—Vayamos primero a la sombrerería. No me gustaría despeinarme probándome chisteras después de visitar al barbero.

Y así lo hicieron.

Un día y medio después, con una maleta a rebosar de trajes elegantes que había obtenido mediante métodos de dudosa legalidad, un favorecedor corte de pelo que afilaba sus rasgos y un sombrero de copa, Ulysses estaba en Beltown Manor, la famosa finca de los condes de Clarence que llevaba ocupando un nada desdeñable porcentaje de las tierras de Northumberland desde los tiempos de Elizabeth I.

Lo que más le había sorprendido no era que gozaran de sirvientes suficientes para repoblar la Irlanda abandonada por la hambruna; tampoco la desproporcionada magnitud del edificio, en el que ahora no le extrañaba que pudieran acomodar a más de veinte invitados, sino toparse con un rostro conocido.

Cuando llegó, Keith Iterley estaba en el amplio jardín delantero de la mansión ataviado con un frac. Unos minutos más tarde, el inspector disfrutaba de una copita de brandy que parecía un juguete en sus manazas de Goliat, por lo que no había lugar a dudas: lo habían invitado como posible pretendiente de lady Guinevere.

Ulysses se había acercado a él con discreción para no levantar sospechas entre el variado público, que iba desde nobles venidos a menos hasta modestos trabajadores con un gran porvenir, pasando por burgueses acomodados que habían conocido la escasez e intelectuales de la Royal Society.

—¿A ti por qué te han invitado, si puede saberse? —le preguntó, mirándolo de soslayo con su propia copa en la mano—. No pretenderás robarme a la novia.

—Sin duda, sería poético: robarle al ladrón —bromeó Keith, sonriendo de lado. Pero la suya no era la sonrisa de mofa que solía bailar en sus labios cuando hablaba con Ulysses. Parecía perturbado —. Estoy aquí porque soy un viejo amigo de la familia y aún no me he

casado. Supongo que me consideran un buen partido.

—Si supieran la clase de amigos que tienes, no lo considerarían tanto —barbotó Ulysses, todavía desconfiado.

—Me consta que a Clarence no le importa que sus hijas se casen con un hombre humilde mientras ostente un trabajo honesto —prosiguió Keith—. De hecho, apuesto mi alma a que milord no quería convertir las fiestas en un desfile de palomos con monóculo.

»No se puede decir lo mismo de la madre, claro está… Si propusieran como novio al señor Rathborne, que es un brillante egiptólogo con asiento en la Royal Society y ha sido halagado por la mismísima reina, lady Clarence se las apañaría para que le surgiera un nuevo puesto de trabajo en El Cairo, y todo porque no goza de título nobiliario.

—¿Sabes? Me cuesta pensar en una razón por la que una familia noble tendría relación con el inspector de Scotland Yard. No será porque ganes una fortuna. En serio, Keith —insistió, recordando la pregunta que le había ignorado en el club de caballeros—, si voy a acabar emparentado con un tipo involucrado en un caso abierto, me gustaría saberlo.

—Espero que sea para hacer buenas migas con él, ya que tendríais vuestros intereses delictivos en común —atajó con una mirada condenatoria.

Por lo visto, en ambientes más lujosos, Keith se volvía un férreo defensor de los principios morales.

Ulysses se limitó a poner los ojos en blanco.

—Al menos podrías haberme dicho que venías.

—¿Y perderme tu cara de pasmo? De ningún modo.

—Lo que tiene que hacer un funcionario para no aburrirse. —Ulysses meneó la cabeza con desaprobación. Se activó en cuerpo y mente al localizar a lo lejos a una mujer que encajaba con la descripción de lady Marianne Varick, ahora lady Marianne Ainswick, marquesa de Lillistone. Solo podía tratarse de ella: se aproximaba con el caminar pausado de una mujer distinguida y consciente de su belleza, pero con la mirada fija de un abogado sin escrúpulos—. Oh, vaya, parece que voy a tener problemas antes de lo esperado… —farfulló por lo bajini antes de ofrecerle una sonrisa deslumbrante a la dama—. ¡Milady! ¡No sabe cuánto me complace volver a verla! ¿Cómo se encuentra su marido? Tengo entendido que es muy buen amigo mío.

Con la cabeza ladeada por la curiosidad, lady Lillistone aceptó que le besara los nudillos. El brillo divertido en sus preciosos ojos castaños le hizo saber que, antes de largarlo sin miramientos, sopesaría dejarse seducir por su descaro.

—Me alegra que al menos no vaya a perder el tiempo tomándome

por idiota. —Se giró hacia Keith, a quien no le tendió la mano. Le hizo una simple genuflexión acompañada de una sonrisa cortés—. Inspector Iterley.

—Milady —la correspondió.

La dama volvió a volcar toda su atención en Ulysses, quien no pudo concentrarse en ella sin antes pensar que el simple hecho de que una mujer de las características de Marianne reparara en él era halagador.

A excepción de Guinevere, todos los Varick eran altos y tenían las facciones angulosas, pero solo lady Lillistone había heredado los mejores rasgos de su madre —la belleza frágil, la elegancia y el aire inalcanzable— como asimismo los más destacados de su padre: el cabello color plata, la piel de porcelana y la sonrisa encantadora por naturaleza.

Solo Dios sabía de dónde habían salido los ojos avellana, el toque de calidez que necesitaba su rostro para no haber resultado sobrehumano de tan perfecto.

—Tenía la esperanza de que el mayordomo hubiera cometido un error al presentarle, pero ya veo que simplemente su desfachatez no es de este mundo, señor. Venir muy bien acompañado —Marianne cabeceó en dirección a Keith— no le servirá de mucho.

—Oh, no, no, no, lady Lillistone, no vaya usted a pensar mal de mi amigo —se apresuró a disculparse Keith con una mano sobre el pecho —. Resulta que se enamoró de su hermana apenas la vio, y como no recibió una invitación a Beltown Manor, tuvo que suplantar la identidad de un pobre hombre, a riesgo de morir en la guillotina, con tal de disfrutar de su compañía otra vez. ¿Me he dejado algo? —apostilló después de recitar la apasionada descripción que Ulysses dio en el club de caballeros.

«En la horca, no en la guillotina. Esto es Inglaterra, maldita sea; ¡conoce tu sitio!», estuvo a punto de bufar.

—¡Lo que has olvidado es decirle a lady Lillistone lo bellísima que está esta noche! —rezongó en su lugar, ocultando detrás de una sonrisa brillante el impulso de hundirle el codo en el costillar a su amigo. Volvió a hacerle una reverencia a la marquesa—. Qué mujer tan espléndida es usted, milady. Tendría que arrancarme los ojos, pues estarán satisfechos después de haber apreciado semejante espectáculo de sublimidad; uno que no podrá igualar ni siquiera un amanecer en…

—Déjese de halagos y dígame qué hace aquí si no quiere que arme un escándalo.

Incluso sin dirigirse a él, Ulysses supo que Keith acababa de lanzarle una miradita socarrona con un claro mensaje: «¿Ves como no es romántica? Es práctica. Muy práctica».

—Yo creo que a la que no le conviene que se arme un escándalo es a su familia, milady —replicó, sonriendo para descolocarla con su

combinación de aspereza y amabilidad.

Ella levantó las cejas.

—Me resulta curiosa cuanto menos la actitud que ha elegido cuando acaba de ser cazado sin invitación que justifique su presencia. Tal vez le convendría mostrarse algo más colaborador conmigo, señor…

—Saxby. Ulysses Saxby —confesó con un suspiro, porque sabía que la dama tenía razón—. Si le digo la verdad, milady, tropecé con su hermana en la última velada de la pretemporada, bailamos un vals, tuvimos unas palabras, compartimos un… momento, y algo me dice que la historia entre ella y yo no ha hecho sino empezar.

Y no estaba mintiendo.

Marianne le sostuvo la mirada en busca de la verdad, y, por un momento, Ulysses pensó que la dama había logrado acceder a sus pensamientos más íntimos, proeza de la que sus ojos parecían más que capaces. Todavía no sabía si estaba dentro o de patitas en la calle cuando ella determinó, con cierta expresión canallesca:

—Usted es el ladrón de la gargantilla de rubíes birmanos.

No era una pregunta.

—Encantado de conocerla, a no ser que usted no esté encantada de conocerme, en cuyo caso negaré ser ese condenado rufián. —La sonrisa de Ulysses se ensanchó al ver que ella cuadraba los hombros y alzaba la barbilla, divertida con su respuesta—. Un hombre fascinado tiene que hacer todo cuanto está en su mano para destacar entre el resto de los admiradores de una mujer tan solicitada como Neve. Y sospecho que conseguí causarle una gran impresión, porque si sabe quién soy, debe de ser porque ella se lo ha contado.

Marianne se estaba esforzando por tener mano dura con el delincuente, pero la vivacidad que había recuperado su mirada a raíz del descubrimiento hablaba de lo simpático que se le antojaba el sujeto.

No obstante, entrelazó las manos en el regazo de su flamante vestido de satén gris perla con la rigidez de una matrona.

—No la llame Neve. Sigue siendo lady Guinevere para usted.

—Sí, por supuesto, la legendaria reina… Solo espero que a mí me sea fiel —bromeó, esperando apreciar una sonrisa en los ojos almendrados de la dama. Marianne debía de conocer la leyenda, porque enarcó una ceja incrédula—. Disculpe, disculpe, ha sido de muy mal gusto. Pero no puede negarme que eso de llamarla como la esposa adúltera del rey Arthur tampoco fue la mejor de las ideas…

En lugar de contestarle a Ulysses, quizá porque ya había tenido suficiente, Marianne interpeló a Keith.

—Si responde usted por los actos de quien parece un… querido amigo, guardaré el secreto hasta que Neve decida qué hacer con él.

Entonces, la responsabilidad estará en manos de mi hermana.

Keith hizo una mueca de dolor antes de ladear la cabeza hacia Ulysses.

—¿Serás capaz de comportarte? —le preguntó el inspector con el tono de un padre severo.

El ladrón juró con la mano sobre el pecho.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—En ese caso, no me queda otro remedio —suspiró Keith—. Respondo por él, milady.

—Bien. Disfruten de la velada. Y recen para que mi marido no se presente por sorpresa en la finca. Él no dudaría un solo segundo en destapar la farsa por respeto al verdadero Sutherland —apostilló antes de despedirse con una reverencia.

Se alejó con el mismo caminar etéreo que instaba a los caballeros a retirarse para abrirle paso y así contemplarla a sus anchas, pero siempre con culpabilidad. Era la clase de mujer que hacía que un hombre se avergonzara de querer de ella mucho más que un romance cortés y procurara contener sus instintos primarios por miedo a ofenderla.

—¿Ves como sí es romántica? —fue lo primero que dijo Ulysses en cuanto se había marchado—. Me ha salvado ser un ladrón de joyas y besos; el canalla por el que se pirran las mujeres con el corazón sensible.

—Te ha salvado el hecho objetivo de que yo, un hombre de la ley que no introduciría a un maleante en una casa decente, responderé por ti —replicó, ceñudo—. Y antes de que digas que eso es justo lo que he hecho, lady Lillistone no tiene por qué saberlo.

—Nadie tiene por qué saberlo —corrigió Ulysses, ocultando su sonrisa victoriosa tras el cristal de la copa—. Nadie…

La fastuosa entrada de la princesa de Beltown Manor en el salón interrumpió las conversaciones. Lady Guinevere llevaba las manos entrelazadas en el regazo, una postura con la que podía disimular sus nervios y a la vez ser fiel a su carácter introvertido.

Lucía un precioso vestido con la manga larga de terciopelo y un favorecedor escote a la barca que destacaba sus mejores atributos: los hombros redondeados, las clavículas definidas y, por supuesto, el collar de rubíes birmanos. Así ofrecía el escote justo para resultar atractivo sin caer en la obscenidad, y lo remataba con una esplendorosa joya. El blanco perla del traje agregó inocencia a su mirada por naturaleza recelosa, e hizo destacar la belleza de la alhaja, que fue lo que en realidad le hizo la boca agua al futuro pretendiente.

No se la podía considerar bella con exactitud, y lo parecía menos después de haber conversado con la magnífica criatura que era su hermana mayor. Lady Guinevere tenía la barbilla redondeada, la nariz

chata y las orejas despegadas, pero si se dejaban de observar sus rasgos por separado con el cálculo de un tasador y uno se fijaba en el resultado, era cuanto menos adorable.

Y aunque no lo hubiera sido, Ulysses habría estado dispuesto a achacarle adjetivos que no se correspondieran con su aspecto a fin de convencerse de casarse con ella.

Solo una mujer que valía cincuenta mil libras merecía su atención.

Enseguida fue hacia la dama con la esperanza de que valorara su iniciativa. Confiaba en que no lo reconociera como el ladrón de la última velada, cuando las máscaras ocultaban sus identidades, y le permitiera empezar de nuevo con el carácter que cabría esperar viniendo de un caballero serio.

Por desgracia, toda la concurrencia había tomado la misma decisión, y pronto se vio acorralado por una avalancha de patillas y zapatos caros.

No resultaría tan fácil como había pensado en un primer momento, pensó, pero sonrió para su coleto.

Siempre le había gustado un buen reto.

Capítulo 7



Érase una vez el marqués de Sutherland

Guinevere había estado convenciéndose de que la obsesión con el ladrón la había afectado hasta el punto de verlo en todas partes, pero en cuanto cruzó el umbral del salón principal y lo localizó, supo que su desfachatez estaba por encima de todas las cosas; al menos de las cosas que ella valoraba enormemente, como la vergüenza y el sentido común.

¿Tanta confianza tenía en sí mismo que no se había planteado que pudiera denunciarlo a las autoridades en cuanto tropezara con él de nuevo? ¿O no confiaba en sí mismo, sino en el poder de un nuevo corte de pelo?

Tuvo que aceptar muy a regañadientes que le sentaba de maravilla. Parecía más esbelto dentro de su altura media, su mirada vibrante y ambiciosa destacaba en el rostro despejado e incluso podría pasar por un caballero de verdad: por el marqués de Sutherland, según le había informado su hermana Marianne antes de que Guinevere se viera obligada a atender una avalancha de pretendientes.

Mientras dejaba que le besaran los nudillos y apaciguaba con una sonrisa circunstancial a su hermano mayor, que vigilaba el comportamiento de los invitados con las fosas nasales dilatadas, Guinevere decidió interpretar la aparición del ladrón como un regalo de la musa.

Resultaba curioso que el día que había leído una dolorosa crítica sobre sus villanos, el último canalla que la había inspirado se hubiera presentado en su mismísimo salón, y, según creyó entender a partir de las miradas que le dirigía en la distancia, con el único objetivo de complacerla.

Guinevere todavía estaba decidiendo si un hombre de su talante podía satisfacerla en el sentido que a ella le convenía para desempeñar su trabajo de escritora. Sabía que podría sonsacarle más de una historia rocambolesca, con la que podría nutrir la cuarta entrega de la saga de detectives, pero tampoco perdía de vista que se trataba de un sujeto traicionero de tan impredecible.

¿Cómo demonios se habría infiltrado en Beltown Manor? Porque si de algo estaba segura, era de que aquel no era el marqués de Sutherland. Y no conocía al caballero que sí respondía a ese nombre, pero estaba convencida de que la broma no le haría ninguna gracia.

Solo cuando empezaba a verse libre de engorrosas presentaciones, el ladrón comenzó a aproximarse para reclamar su cuota de atención. Su gesto arrogante era un reflejo de sus pensamientos: se veía a leguas que estaba orgulloso de haber sabido cultivar la paciencia, y que quería demostrarle que él no se conformaría con un beso en la mano.

Era su día de suerte, porque Guinevere estaba muy por la labor de dedicarle unos minutos extra.

—Está usted deslumbrante, milady —le dijo, dedicándole una afectada reverencia—. Permítame presentarme: soy el marqués de Sutherland.

«Y un cuerno», estuvo a punto de espetar ella.

Guinevere le devolvió la venia con rigidez, mirándolo con cautela.

—¿Y tiene el marqués de Sutherland un nombre de p-pila, p-por c-casualidad? —inquirió con aparente amabilidad.

Estuvo a punto de poner los ojos en blanco al verle pestañear y buscar en el techo la respuesta correcta.

¿Ni siquiera se había preparado su personaje como para responder una duda tan sencilla sin vacilar?

Tal vez no fuera el villano adecuado, después de todo.

—Puede llamarme John, si lo prefiere.

—Ya. John —repitió sin ocultar su acritud. Se obligó a carraspear y cuadrar los hombros—. Lo cierto es que las p-presentaciones me han acalorado un p-poco. ¿Le importaría acompañarme al exterior a dar un p-paseo? Así le muestro los alrededores. Mi hermana me ha hablado tanto de usted que siento que ya es mi amigo.

—¿Quiere que paseemos a solas? —preguntó con tiento, solo para asegurarse.

—¿Ahora le p-preocupan las c-carabinas, acaso? —farfulló en voz baja—. Porque el otro día estuvo encantado de que nos encontráramos a solas.

—¿Disculpe, milady? —Se inclinó hacia ella con inocencia—. No la he oído.

—C-comentaba que Marianne p-podría acompañarnos… Lady Lillistone, quiero decir.

—¿No le parece que hace un frío que pela? —Enarcó una ceja—. Además, lleva usted un escote bastante prominente… si me permite decirlo.

—Me sorprende que se haya fijado, dado que no lo c-consideraba mi mayor encanto —respondió para sí misma. Él se reclinó de nuevo en su dirección, esperando que lo repitiera para que sus oídos pudieran captarlo, a lo que Guinevere sacudió la cabeza y le dirigió una sonrisa tirante—. Me cubriré con un chal, si es mi temperatura lo que le p-preocupa. Pongámonos en marcha antes de que oscurezca, milord.

Guinevere le hizo un gesto con la cabeza a su hermana Marianne para que la acompañara al exterior. Por el momento, era la única cómplice de la historia, y, aunque no lo hubiera sido, siempre era la persona adecuada para aquellas situaciones. Había comprobado a lo largo de las temporadas londinenses que ninguno de sus otros dos hermanos servían para el rol de carabina. Ravenna interrumpía la conversación privada cada tanto para dar su punto de vista, en absoluto dispuesta a permanecer en un aburrido segundo plano, y Milan se pegaba al caballero de tal manera que le echaba el aliento en la nuca. Al sentirse escudriñado, el pobre pretendiente se pasaba todo el paseo estremeciéndose de pura angustia, nada menos que la reacción que el heredero pretendía provocar.

Así pues, Marianne, solícita y, sobre todo, más curiosa de la cuenta, cortó educadamente la charla con uno de los invitados y la escoltó a cinco pasos de distancia.

De acuerdo a Milan, que era «el buen amigo» de todas las damas decentes —siempre y cuando además de decentes fueran atractivas—, los cinco pasos eran una ciencia exacta: había dedicado gran parte de su edad adulta a realizar exhaustivas pruebas con sus hermanas, en las que cada una desempeñaba un papel —la carabina y la acompañante —, para determinar que a esa justa distancia se podía mantener una conversación subida de tono sin que la doncella escuchara ni media palabra.

De este modo, las hermanas descubrieron que cuando la carabina caminaba más cerca de lo establecido, se debía a que Milan tenía la intención de seducir tanto a la dama como a la criada.

—Lo cierto es que no es el invierno más frío que recuerdo —comentó el presunto marqués mientras caminaban por el sendero que bordeaba la mansión.

Desde los ventanales del salón, los curiosos que hubieran puesto el grito en el cielo por la preferencia de Guinevere podrían cerciorarse de que no se abrazaban. Pero ella lo hizo en deferencia a su hermano mayor, al que ya veía pálido como un fantasma.

—Tengo que decir que me ha sorprendido usted, milord. Me habían dicho que era más… serio.

—En presencia de una dama tan encantadora, cualquiera se anima. —Le guiñó un ojo.

—También me mencionaron que era de mi estatura, si acaso dos p-pulgadas más alto.

Lo vio coger aire con dramatismo, echando los hombros y la cabeza hacia atrás.

—Es el orgullo de estar aquí lo que hace que aparente mayor esbeltez.

—Oí que era usted rubio —insistió con acritud.

—Solo cuando nací. Conforme fui creciendo, el pelo se me oscureció.

«Canalla», maldijo Guinevere. «¡Tiene respuestas para todo!».

No podía mentirse a sí misma, sin embargo. A la vez que indignada y casi sin palabras por la incredulidad, estaba gratamente sorprendida con su habilidad.

Había elegido al hombre indicado para suplantar su identidad. El difunto marqués de Sutherland no llevaba ni un mes enterrado en el panteón familiar, y se había llevado tan mal con su hijo que este, al recibir noticias de la herencia, había tenido que abandonar su vida disoluta en el sur de Italia, donde llevaba viviendo desde que terminó sus estudios universitarios, para reclamar sus propiedades.

—¿P-puedo p-preguntarle p-por qué ha venido a p-pretenderme?

Él se fingió sorprendido.

—Que yo sepa, hemos sido invitados a una inocente semana navideña en Beltown Manor.

Guinevere estuvo tentada de bizquear.

—No insulte mi inteligencia… ni la suya, ya que estamos. Todo el mundo sabe la razón por la que tantos solteros elegibles han sido reunidos en la misma habitación. No le recuerdo ni de esta ni de ninguna de las otras cinco temporadas a las que he asistido —prosiguió Guinevere—, p-por lo que no debe ser uno de esos hombres que dicen que sí a la p-primera invitación social que reciben.

—Soy bastante exquisito en ese aspecto, de hecho. No voy a un sitio si no sé con toda seguridad que me voy a divertir. —Guinevere se preguntó si habría respondido en nombre de Sutherland o estaba hablando de sí mismo. ¿Pretendía casarse con ella fingiendo la personalidad del marqués? La sola posibilidad le heló la sangre—. Oí que era usted una criatura deliciosa y me embarqué en el viaje esperando sorprenderme.

—¿Y soy lo q-que esperaba?

Él le lanzó una mirada de regocijo que la puso nerviosa.

Cualquiera temería la respuesta a una pregunta que revelaba su vulnerabilidad.

—Lo que a mí no me habían dicho sobre usted es que era tan directa, milady. Pero es un rasgo que me gusta —le aseguró con sinceridad, o lo que a ella le pareció sinceridad—. Claro que es lo que esperaba. Si no, no estaría dispuesto a morir congelado aquí mismo. —Abarcó el paisaje invernal con un ademán más gracioso que elegante.

Guinevere soltó su brazo y lo adelantó para detenerse cerrándole el paso.

—¿Ah, no? ¿Y q-qué es lo que le gusta de mí? —tanteó forzando el gesto coqueto—. ¿Mi dinero, quizá?

—Oh, soy superficial —desestimó con un gesto informal—, pero no hasta ese punto. Si solo hubiera tenido dinero que ofrecer, no habría venido hasta aquí.

—¿Entonces? ¿De qué se trata? ¿Mi p-pelo?

—Aún no lo he visto en todo su esplendor… —Alargó un brazo para rozar el mechón rizado que le enmarcaba la cara—, pero se intuye sedoso.

Guinevere no se atrevió a preguntar a qué se refería con eso de «en todo su esplendor». Marianne le había mencionado que era un atributo erótico entre el género masculino.

Carraspeó antes de volver a la carga.

—¿Mis labios, tal vez?

El ladrón tuvo que esforzarse para no mirarla con picardía, aun cuando a sus ojos ya había asomado una sombra de perversión.

—Si me los ofrece, no le diré que no —respondió con lentitud.

—¿Mis ojos? —continuó ella con angustia, empezando a comprender que había iniciado un juego peligroso.

Él se fijó en ellos con especial dedicación. Tuvo que hallar algo en lo que no se había fijado con anterioridad, porque levantó las cejas con una pequeña sonrisa incrédula.

—Por ejemplo —le concedió con cautela—. Ni siquiera son grises, sino completamente transparentes… —Se inclinó sobre ella para estudiarlos con detenimiento—. Como los diamantes.

—¡Diamantes! —exclamó con voz aguda. Se tambaleó al dar un paso atrás—. Eso es… es lo que le gusta también, ¿me equi… qui… equivoco? ¿O qué opina de mi c-collar? —Se puso la mano sobre la gargantilla y esperó con la barbilla alzada a que se delatase—. ¿No le gustaría tener uno así en su p-poder?

—Solo porque si lo tuviera en mi poder, podría disfrutar de la visión de un escote mucho más despejado.

Guinevere dejó caer los brazos, harta de su actitud.

—Oh, ¡p-por el amor de Dios! —espetó, apretando los puños—. ¿Quiere dejarse de idioteces de una vez? Sé que no es usted el marqués de nada, si acaso el rey de los c-canallas. Y si no me hubiera dado c-cuenta nada más verlo, lo habría deducido gracias a sus respuestas, que son de todo menos un ejemplo de la educación aristocrática. Escotes despejados… —refunfuñó por lo bajini, sacudiendo la cabeza con exasperación—. ¿Qué se p-pensaba? ¿Que no le reconocería, cuatrerillo de baja estofa?

En lugar de ruborizarse de puro bochorno, el ladrón chasqueó la lengua, como si le hubiera decepcionado poniendo fin al teatro tan pronto, cuando apenas empezaba a divertirse. En vista de que no tenía que mantener la pose ni un segundo más, relajó los hombros y la espalda, hasta el momento enderezada de forma incluso cómica, y se

encogió de hombros.
—Bueno… —empezó con desahogo—, la otra noche yo llevaba un antifaz.
—¡Y yo también! —exclamó después de pestañear varias veces seguidas—. ¿Se supone q-que eso me hace irreconocible en otras circunstancias?
—No, por supuesto que no —contestó a sabiendas de que era la respuesta obvia, de que replicando algo distinto lo habría abofeteado en el acto.
Una reacción muy merecida.
—¿Entonces? —insistió ella, a la que le costaba creerse su desfachatez—. ¿Por qué usted sí me reconocería y yo no? ¿Porque yo soy estúpida y usted p-posee una inteligencia superior? ¿En qué mundo dejaría de saber q-quién es por un simple p-pedazo de tela p-pegado a los ojos? ¡Es una ridiculez! —le jadeó a nadie en particular.
—Tiene razón, milady. —Se puso una mano en el pecho con afectación—. He subestimado su astucia, y es imperdonable teniendo en cuenta que ya me constaba que era usted una eminencia intelectual, al menos en materia napoleónica.
—¿Encima se p-pone sarcástico? ¿Está burlándose de mí?
Se mordió el labio para no soltar un improperio. No le quedó otro remedio que suspirar al ver que él sonreía de oreja a oreja con un ojo guiñado, confiado en que lo disculparía por el simple hecho de ser absolutamente adorable.
¡Y lo peor era que estaba en lo cierto!
—En fin, supongo que le p-prefiero cuando se muestra tal cual es, y no soltando halagos a diestro y siniestro c-como si de verdad estuviera aquí p-para c-conquistarme. Quiere el c-collar, ¿no es así?
Él levantó las dos manos.
—Si insiste en dármelo, yo no lo rechazaré. Es muy maleducado negarle un gusto a una dama. Pero se equivoca: claro que estoy aquí para conquistarla. Usted vale más que un collar.
—Eso sí me lo c-creo. Por supuesto que mi dote es más c-cuantiosa que la joya —masculló por lo bajini—. ¿E iba a enamorarme c-como «John», el marqués de Sutherland, c-cuando, de hecho, milord se llama George?
Él bufó.
—Para mí suenan igual.
—Por Dios… —Con cada palabra que salía de sus labios, el asombro de Guinevere solo aumentaba—. ¡Qué decepcionante ha resultado ser! Esperaba algo mejor viniendo de un tipo c-capaz de birlarle la gargantilla a una mujer durante un vals sin que ella se dé c-cuenta.
—¿Por eso me ha invitado a que se me congelen los dedos de los

pies? ¿Porque esperaba de mí algo más que del resto de sus pretendientes y, para obtener una demostración de sagacidad, necesitaba que nos encontráramos a solas en el jardín? —Se abrazó los hombros para protegerse del frío antes de añadir, en tono de sospecha—: ¿O quiere que se me congelen los dedos de los pies para vengarse de mi desdén?

—P-podría haber sido usted uno de los personajes más interesantes de mi li… —se corrigió enseguida— del salón, pero solo es otro c-cazafortunas mediocre.

—¿Mediocre?, ¿yo? —jadeó, ofendido. «¿Eso es lo que le molesta de todas mis acusaciones?», se lamentó—. Déjeme decirle que no enfrenta usted el matrimonio con una actitud alentadora que se diga, lady Guinevere. A ver si adivino por qué: basándome en sus comentarios sobre las desigualdades de género y su desprecio hacia la idiosincrasia del cortejo, como pedir un vals o invitar a una dama a un refrigerio…

—Usted no me invitó a un refrigerio. Literalmente me robó —le recriminó con rencor.

—Detalles —resumió con un aspaviento—. El caso es que no me diga que es usted una de esas mujeres que se valen por sí mismas y por eso perciben el matrimonio como una cárcel, que rehúsan acabar bajo el yugo de un desconocido, viviendo en una casa cuyas normas no respetan, y que solo se plantearían celebrar una fastuosa boda si estuvieran enamoradas del novio.

Guinevere podría valerse por sí misma gracias a las ganancias de sus novelas, pero eso no lo especificó.

—No. Quiero casarme, y, de hecho, si es c-con alguien que me es indiferente, mucho mejor. La única p-persona razonable y prudente de la familia Varick es mi hermana Marianne, y adivine q-qué hizo para ser feliz: salir de esta casa de locos sin fantasear ni por un momento c-con el amor furioso de las novelas y tomar c-como esposo al p-pretendiente ap-propiado.

»A ver si adivino yo el p-porqué de su presencia, más allá de su evidente amor p-por lo material: es usted uno de esos hombres a los que habría que atar a la silla del c-comedor para que p-pararan un segundo su vida de aventuras, p-por lo que no extraña que perciban el amor correspondido como un soberano aburrimiento y p-persigan sin tregua a las mujeres que ya les han dicho que no o que tienen temperamentos c-complicados para sentir la sangre ardiendo en las venas durante la excitante caza. Yo soy para usted un venado escurridizo, ¿no es así?

—Y particularmente rico —apostilló él sin pudor—. ¡Me ha descrito usted de maravilla!

—¡No es c-como para sentirse orgulloso! —le espetó con un jadeo

indignado.

—Oh, no irá a decir que no le gusto, milady. —Le hizo una caída de ojos—. Usted no es de esas mujeres que me dijeron que no porque entienden que el deseo es más sincero cuanto mayor es la insistencia; usted sería, en todo caso, la del temperamento complicado, porque creo recordar que, aunque se resistiera, recibió mis caricias con entusiasmo —apostilló con notable regocijo.

Guinevere se ruborizó, más por rabia hacia sí misma que avergonzada por la referencia.

—Si q-quiere mantener la identidad del marqués de Sutherland, tendrá que c-contener su lengua y no hacer ese tipo de menciones tan escandalosas.

—¿Diferenciar entre temas escandalosos y temas apropiados para una señorita no sería impropio de nuestra proximidad con el siglo veinte?, ¿una mera norma de patronas pasada de moda? —Él pestañeó repetidas veces, fingiendo incomprensión—. ¡Y yo que pensaba que estaba ante una mujer liberal que odiaba estas convenciones sociales!

—Si tanto le decepciono —le soltó de mala manera—, ahí tiene la p-puerta.

Se dio la vuelta para poner fin al absurdo encuentro, pero él la tomó de la muñeca para evitarlo y se las apañó, con sus dedos de mago, para hacerla girar sobre sí misma y, aprovechando que ya no estaban a la vista, encerrarla entre sus brazos.

—Cariño… —le dijo en tono aterciopelado—, me temo que la única «p-puerta» por la que pretendo pasar es la de tu corazón.

—¿Acaba de imitar mi tartamudeo? —jadeó con la mandíbula descolgada—, ¿y de tutearme?

—Decepcionarme, como has dicho —prosiguió, ignorándola—, te tomaría algo más que no ser tan liberal como predicas, porque, ¡sorpresa!, nadie es tan liberal como predica. Ni yo mismo. Solo respóndeme antes de volver a señalarme la «p-puerta»…

—¡Lo ha vuelto a hacer! —exclamó sin caber en su asombro—. ¿Se c-cree usted muy gracioso?

—¿No me diferencio de todos estos petimetres —abarcó los jardines en referencia al salón que habían abandonado— en que al menos yo soy honesto sobre mis intenciones? Cualquiera te dirá que te ama por tus preciosos ojos grises; yo te estoy confesando que me gusta tu collar, pero no por eso dejaré de intentar convencerte de que sería un magnífico marido.

»Dame una oportunidad, Neve. Estoy seguro de que puedo aportar cosas maravillosas a tu vida.

Guinevere fue a pedirle un ejemplo, pero no lo necesitaba porque ella misma estaba convencida de que era verdad. Podría aportar cosas maravillosas a su vida. Aventuras, sin ir más lejos, y la inspiración que

necesitaba para que su próxima novela de detectives no la condujera al fracaso. Granjeándose el respeto de Daniel Landscroft se estaría ganando a su vez la lealtad de millones de lectores a lo largo y ancho del reino, y nada en el mundo podría satisfacer sus ambiciones literarias y conmover su corazón como lo haría que sus novelas se popularizaran hasta el punto de seguir leyéndose siglos después.

Sin embargo…

—P-parecía dispuesto a c-casarse conmigo no solo bajo otra identidad, sino actuando c-como un hombre que no es. No me fío ni un p-pelo de su c-carácter traicionero, así que no quiero ni que intente c-cortejarme. Ahora bien… —Adoptó una postura diplomática y lo enfrentó—, le permitiré quedarse. P-pero con una condición: hará lo que yo le pida.

Una sonrisa perversa se abrió paso en sus labios.

—¿No se supone que estoy aquí para eso?

—Esta noche nos veremos en mi dormitorio —continuó, empezando a tramar para sus adentros la mejor manera de abordar su nuevo proyecto—. Allí, a solas y sin q-que nadie nos moleste, le haré saber lo que quiero de usted y cómo p-puede c-complacerme. Si no aparece o si se niega, p-pondré al corriente a mi padre de lo sucedido, y le aseguro que saldrá muy malparado.

Lo vio llevarse una mano al pecho, fingiéndose conmovido.

—Nada como una amenaza para que un hombre no se confíe en su victoria.

—Y ahora es cuando me dice c-cómo se llama de verdad —continuó en tono intransigente—, p-porque no pretenderá que me refiera a usted c-como «un hombre», c-como acaba de hacer, o le llame milord…, ¿verdad? Al menos en p-privado.

Ante su mirada más bien incrédula, el tipejo la tomó de la mano y se la llevó a los labios.

—Ulysses Saxby. —Esta vez, su genuflexión fue más apropiada; no así la mirada que le dirigió, en la que más que brillar el interés, bullía —. No organicé la guerra de Troya ni rescaté a toda mi tripulación de las garras de la malvada hechicera Circe, pero prometo demostrarte que, a pesar de no haber pasado siete años con la ninfa Calipso, estoy tan bien entrenado en según qué cuestiones que será como si lo hubiera hecho.

Capítulo 8



Érase una vez las peores letras del abecedario: «p» y «c»

Cada rato que pasaba con lady Guinevere era más esclarecedor que el anterior; tanto así que Ulysses concluyó después del paseo por los jardines que aquella mujer le gustaba. Porque ¿a qué hombre en su sano juicio no le gustaría una mujer con valor para decirle a las claras que lo esperaba esa noche en su dormitorio?

Empezaba a pensar que se casaría con ella incluso si la dote descendía a las cuarenta y nueve mil libras.

Ulysses se aprovechó de todas las comodidades de Beltown Manor para estar a la altura de los requerimientos de Guinevere. Y es que la dama desearía, como mínimo, que un hombre bien aseado y perfumado tocara a su puerta. Por supuesto, las abluciones previas al viaje habían contemplado hasta una revisión de uñas, pero nada era comparable al servicio que podía prestarle la horda de criados de una mansión solariega. Los molestó tanto para que frotaran aquí y allá, y estuvo tan indeciso a la hora de escoger atuendo, que una de las doncellas lo acabó aborreciendo. Estaba seguro de que daría media vuelta en el pasillo y huiría en desbandada si por casualidad volvían a cruzarse.

El reloj dio las doce, la hora que lady Guinevere había fijado para el encuentro además de señalar su dormitorio en un rudimentario plano de la casa. Ambos datos se los había proporcionado una discreta criada en un sobre.

Ulysses consultó la nota una última vez antes de mirarse en el espejo con el cabello aún húmedo y retocar la insinuante abertura de la bata. Había robado antes en una casa de esas características, casi inexpugnable y superpoblada, pero el objeto a tomar nunca había sido la virtud de una mujer.

Una mujer noble.

Una mujer inocente.

Estaba nervioso. No dudaba de sus habilidades para complacer a una amante, y ni mucho menos a una sin experiencia, sino de la capacidad de Guinevere para satisfacerlo a él.

¿Y si no le convencía lo que la joven podía ofrecer en algunos ámbitos matrimoniales? Podía casarse con una mujer sin saber qué le depararía la noche de bodas, pero no teniendo la seguridad de que no lo deleitaría en lo más mínimo.

Quizá, de darse ese segundo caso, debiera renunciar a la dote.

«Tonterías», desestimó, terminando de ajustar el batín y saliendo del dormitorio. «Por ese dinero, me caso con Clarence y hasta aprendo a hacerle los huevos como a él le gusta».

Ulysses se deslizó con sigilo por los amplios corredores de la segunda planta. A esas horas, y después de una velada que se había prorrogado hasta bien entrada la noche, todos los invitados estaban en el séptimo sueño. Por si acaso, había preparado unas cuantas excusas que justificaran su presencia en el pasillo, en el camino hasta las habitaciones de las hijas de Clarence e incluso si lo pillaban bajo el umbral del dormitorio de la pequeña.

Pero nadie lo interceptó, de modo que pudo colarse en más de una habitación para contemplar a sus anchas la grandeza de la propiedad… entre otras cosas.

Cuando dieron las doce y cuarto, tocó con los nudillos sin otro contratiempo que su respiración agitada.

«Dichosos nervios de virgen», se reprochó. «¿Acaso has olvidado lo que le estuviste haciendo a Hannah en la cama de su marido hace apenas tres días? ¿A qué viene esta mojigatería?».

Inspiró hondo, cuadró los hombros y se mentalizó para ponerse en marcha.

Estaba preparado.

¿Qué diablos? ¡Había nacido preparado!

En cuanto abrieron la puerta y Ulysses se cercioró de que era Guinevere quien estaba al otro lado, ataviada con tan solo un camisón y el cabello suelto sobre los hombros, pasó a la acción. Cruzó el umbral sin molestarse en cerrar, convencido de que la oscuridad del pasillo, de la noche y de sus perversos objetivos los mantendrían a salvo de miradas indiscretas.

No le dio pie a tener la primera palabra: la rodeó por la cintura y la ciñó a su cuerpo para besarla con la pasión que reprimió en su primer encuentro, cuando creyó que podría asustarla. Pero si Guinevere había tenido el descaro de invitarlo a su dormitorio a altas horas de la madrugada, debía ser porque estaba familiarizada con los estragos que causaba el deseo.

Sintió que la joven le palmeaba los hombros antes de decidirse a posar allí las manos, tan frías que Ulysses gimoteó una débil queja contra sus labios entreabiertos. Repartió besos por las comisuras y el arco de Cupido antes de introducir la lengua en su cavidad para seducirla con caricias atrevidas.

Ya sabía que era menuda, pero abrazándola se obtenía una perspectiva diferente, y es que tan frágil que se tuvo que obligar a prodigarle un trato más tierno. No la soltó, aun así, y deslizó las manos por sus redondeadas caderas, formas femeninas que le hicieron

ronronear de gusto. Ella soltó un jadeo ahogado al sentir los dedos de Ulysses cerrándose sobre su pecho, su pezón endurecido, pero no hizo sino retorcerse en busca de su calor.

Sus ansias le robaron una sonrisa maliciosa.

Debía reconocer que la primera noche la besó para divertirse, por el placer de observar su reacción. Ahora era diferente. El ardor empezaba a consumirlo. Le costaba contenerse para no empujar las caderas contra ella, para instarla a hacerse cargo de su dureza. No obstante, no se reprimía a la hora de saquear su boca, que devoró con besos cada vez más urgentes. Sentía la necesidad en la tensa entrepierna, en el pulso acelerado. No había nada más delicioso que una mujer recién salida del baño, con los cabellos aún húmedos y tersos, la piel de seda. Tocara donde tocase, parecía que le estuviera envolviendo una nube con aromas de primavera.

Estaba acostumbrado a acostarse con compañeras del gremio, con las meretrices que lo requerían en sus días libres para recordar cómo se sentía hacer el amor por pasión, pero sospechaba que meterse en la cama con la hija de un conde sería una experiencia diferente. Ya estaba abrumado y más excitado de lo razonable por el compendio de olores dulces y texturas suaves que presentaba aquella mujer enfundada en algodón.

Deslizó la mano hacia abajo en busca de su sexo, notando que se le hacía la boca agua de pensar en el modo en que lo recibiría. Estaba al borde de la desesperación por medir su humedad, su calidez; por eso, cuando ella se retiró de golpe, lo único que pudo hacer fue gruñir en desacuerdo.

—¿Se p-puede saber q-qué hace? —jadeó Guinevere.

Ulysses trató de recuperar la compostura para discernir cuán furiosa estaba. Era imposible saberlo. Siempre proyectaba su voz aguda con una mezcla de recelo e irritación resignada, como si no se fiara de nadie y todo el mundo le resultara decepcionante.

Fue a responder, pero le costó tanto recomponerse que antes tuvo que aclararse la garganta. Que ella lo estuviera mirando con los labios entreabiertos e hinchados, los ojos brillantes y el cabello revuelto, no ayudaba a sofocar la pasión recién desatada. Suerte que la luna llena no arrojaba luz suficiente para que Ulysses pudiera apreciar al detalle sus delicadas curvas.

—Lo que me pediste que hiciera —respondió con la voz ronca—. Me dijiste que nos veríamos en tu dormitorio, ¿no es así?

—¡En mi dormitorio —recalcó, entrecortada—, no en… la c-cama!

—Y no estamos en la cama —puntualizó en nombre del sentido común. «Por desgracia… ¿o por ahora?»—. No hay necesidad de ofenderse. Dijiste, y cito textualmente, «a solas y sin que nadie nos moleste», y yo di por hecho que querías seducción. —Y se encogió de

hombros con la esperanza de que su agitación pasara desapercibida.

La joven ahogó un grito de espanto.

—¿Cómo? ¿De d-dónde sacó semejante idea?

Ulysses ladeó la cabeza, contrariado.

¿Habían hablado en un idioma diferente, acaso?

—De que me citaras a medianoche y me abrieras la puerta en camisón, por ejemplo —respondió como si fuera una obviedad—. Y de que huelas como si tu propósito fuera que alguien te dé un mordisco.

—¿Oler bien es ahora una p-provocación?

Su indignación iba en aumento.

Mala señal.

—Reconozco que no necesito que me insistan demasiado para acompañar a una mujer al dormitorio —se justificó, ignorando adrede la pregunta. Si la respuesta no iba a concederle la razón a él, prefería actuar como si no la hubiera escuchado—, pero tú en concreto me has dado suficientes pistas para que llegara a esta conclusión. ¿Qué pensabas que interpretaría con la invitación?

—P-pues que querría… que querría… —musitó sin voz— hablar.

—Hablar —repitió, anonadado—. A solas. A medianoche. En tu dormitorio.

Guinevere se recuperó del arrebato de timidez y lo encaró con los puños crispados.

—¡Deje de repetir lo que le dije! ¡Y los asuntos… serios y secretos se debaten c-cuando no hay nadie alrededor!

—¿A qué asuntos secretos te refieres? ¿Vas a pedirme que mate a alguien?, ¿que consiga alguna joya para ti? Ni siquiera eso tendría sentido, porque no justificaría ni que estemos en tu habitación ni que lleves el camisón puesto.

—¡Llevo el c-camisón p-porque voy a dormir! —exclamó, desesperada.

Ulysses estaba cada vez más desorientado.

—Ya… ¿Estás segura de que tu apodo es Neve y no *Naive*[6]? Existe un lenguaje universal para esta clase de citas clandestinas, ¿sabes? Y resulta que tú has pronunciado todas y cada una de las palabras clave. No es culpa mía haberlo malinterpretado.

Guinevere abrió la boca para responder. El malentendido se le tuvo que antojar más inquietante de lo que su susceptibilidad podía soportar, porque acabó dirigiéndose a toda velocidad hacia el buró de madera maciza ubicado bajo el ventanal. Encima descansaban una serie de lámparas de gas, apagadas hasta que ella, con movimientos frenéticos que delataban su nerviosismo, les dio la vida.

La iluminación no ayudó a que Ulysses terminara de recomponerse. La joven llevaba un camisón desgastado por el uso que transparentaba su figura gracias al contraste de luces y sombras, acentuado al situarse

justo delante de las lámparas.

Tuvo que tomar asiento en el borde de la cama e inspirar hondo.

—Entonces esta noche no seré un hombre con suerte —dedujo al cabo de unos tensos segundos.

—¡Por supuesto que no! —bramó Guinevere, al límite de la vergüenza—. ¡Yo… le había traído hasta aquí p-para entregarle esto!

La vio apretar los labios para contener un improperio antes de sacar una hoja escrita de uno de los cajones. Se adelantó hacia él casi con rabia, como si quisiera echarlo de allí a empellones, le arrojó el papel a la cara y, acto seguido, volvió retroceder rehuyéndole la mirada. No se detuvo hasta poner entre los dos toda la distancia que el perímetro le permitió.

A Ulysses le habría encantado hacer una apreciación burlona sobre su repentina mojigatería si el contenido de la hoja no hubiera llamado su atención.

Con una hermosísima e historiada caligrafía, la dama había redactado una serie de puntos.

—«Aprender a robar y a salirme con la mía, preferiblemente objetos de valor que lleve encima la víctima de mi elección» —empezó a recitar. Conforme las palabras habían ido saliendo de su boca, se había quedado más y más patidifuso—. ¿Qué diablos es esto? —Alzó la lista para releerla desde otra perspectiva—. «Participar en una persecución…» ¿Qué pone aquí? —Acercó hasta casi tocar la celulosa con la nariz—. ¿«Peligrosa»? ¿Has subrayado y redondeado la palabra «peligrosa» en relación con «persecución»? —Pestañeó en busca del sentido, nadando en la perplejidad—. «Saber dónde esconderme tras dicha persecución»… Desde luego, eso no te vendría mal. Yo mismo te podría decir unos cuantos sitios en los que uno es proclive a acabar cuando lo persiguen y no sabe dónde meterse o no puede hacerlo a tiempo: el cementerio, por ejemplo, es un destino habitual… —Entrecerró los ojos antes de pasar al siguiente punto, que le hizo quedarse de una pieza—. «Enamorar a una mujer». —Clavó en ella una mirada no tan crítica como intrigada—. ¿Qué demonios has escrito, *Naive*?

—¡No es que p-pretenda c-conquistar a n-nadie! —se apresuró a aclarar. Que se hubiera trabado con la «n» significaba que estaba más nerviosa aún, pensó Ulysses—. Es solo q-que necesito vivir ciertas… ciertas… experiencias para… p-poder plasmarlas en mi… mi libro, y así sean más c-creíbles, el argumento t-tenga más acción, más… más… int-int-interés…

La tartamudez se había vuelto paralizante. Se apiadó de ella y no siguió disparando preguntas en tono exigente. En su lugar, bajó la hoja para mirarla sin saber muy bien qué hacer para tranquilizarla o cómo afrontar sus exigencias.

—¿Tu libro? —repitió en cuanto se recuperó del asombro inicial. No tuvo que esforzarse por sonar interesado en una respuesta—. ¿Escribes libros?

—Sí —musitó sin voz, frotándose el brazo con aire desamparado—. Y dicen q-que soy demasiado introspectiva, que a mis libros les falta acción, q-que mis villanos… Digamos que se deduce que la escritora es femenina p-porque escribo con una sensibilidad p-particular un género que debería c-contener… —Señaló la hoja con gesto aprensivo, avergonzada por su petición— p-persecuciones, escondrijos, robos… Aventuras, en definitiva.

Ulysses abrió la boca para hacer la pregunta obvia: ¿la habían publicado alguna vez, aunque fuera por fascículos en un periódico literario? Si se contuvo, fue porque tenía la impresión de que no, y era una impresión basada fundamentalmente en el hecho de que las escritoras reconocidas por los editores londinenses brillaban por su ausencia. Tampoco se lo preguntó por una razón más sencilla: ningún escritor sin contrato que hubiera conocido se había tomado bien la duda inocente, y no quería volver a irritarla después del malentendido.

Al fin y al cabo, tenía que conquistar a aquella muchacha, y le parecía que era la clase de persona a la que solo se enamoraba con paciencia y sensibilidad.

—Veamos… —comentó en su lugar, volviendo a ojear el contenido. Levantó las cejas—. Vaya; también quieres saber cómo liberarte de una silla a la que te han atado de pies y manos. —Alzó la barbilla en busca de su mirada, sonriendo con tanta incredulidad como interés—. ¿Qué te hace pensar que yo sabría hacer eso?

—Requiere maña, y se supone q-que es usted mañoso…, ¿no? —inquirió con timidez.

A la vista estaba que los acontecimientos nocturnos habían podido con la admirable determinación de la que Guinevere había hecho gala en más de una ocasión.

—Eso sí es cierto —admitió a regañadientes—, pero te aseguro que nunca me han atado a una silla. Supongo que no me importaría hacer una prueba, porque ahora que lo mencionas, es una habilidad que no me vendría mal poseer. —Ladeó la cabeza mientras revisaba los otros tantos requisitos—. En eso de escabullirse por la ventana de un segundo piso y trepar árboles sí soy experto; este va a ser tu día de suerte. Hacer trampas a las cartas, estar presente en el altercado de una taberna, ver cómo alguien recibe un puñetazo… —siguió recitando—. No está nada mal, es una lista bastante concreta. Sobre todo lo de la silla. —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué lo de la silla?

—Es p-para una escena en p-particular —balbuceó, frotándose las manos de forma compulsiva—. El villano logra inmovilizar al p-

protagonista y este debe librarse de las c-cuerdas antes de hundirse en el fondo del mar.

—No pretenderás que hagamos la prueba bajo el agua, ¿no? —jadeó, horrorizado.

—¡No! No, sería suficiente con hacerla en tierra firme. Luego, más adelante, yo realizaría unos cálculos de densidad teniendo en cuenta el peso del agua y la aceleración del movimiento estando en remojo para averiguar cuánto más se tardaría si el sujeto estuviera atrapado bajo la superficie.

Ulysses se la quedó mirando sin ser consciente de su propia fascinación.

—Tú de verdad sabes de todo, ¿me equivoco? —No esperó a que respondiera y sonrió con curiosidad—. ¿Te has dado cuenta de que no tartamudeas cuando nos deleitas con algún dato cultural o, en este caso, científico?

Por la expresión que compuso, comprendió que no.

—Quizá sea p-porque mi tartamudeo tiene su raíz en q-que raras veces sé q-qué decir en una reunión social, y solo se habla c-cuando uno está rodeado de gente. Además, las c-conversaciones se improvisan, y a mí no se me da bien la improvisación. Pero c-cuando c-cuento un dato p-particular sobre el que he estudiado, lo veo tan c-claro en mi mente que no me c-cuesta recitarlo. —Se encogió de hombros con modestia. Alzó la mirada para escudriñar su expresión y averiguar si la juzgaba por su limitada elocuencia—. Entonces… ¿me va a ayudar?

—Bueno, lo creas o no, no es lo más descabellado que me han propuesto. Si soy sincero, habría sido más novedoso que me hubieras pedido que te hiciera mujer… —añadió en tono bromista, a fin de disipar la tensión que permanecía aferrada a su cuerpo.

Guinevere lo miró a caballo entre la alarma y el reproche hasta que comprendió que solo pretendía restarle hierro al asunto.

No sonrió, por supuesto, pero sí se relajó, aunque más por resignación que por gusto.

—Me alegro de q-que hagamos llegado a un acuerdo.

—¿Cómo? —Ulysses enarcó una ceja—. No veo el acuerdo por ninguna parte.

—¿Perdón?

—Has dicho «acuerdo», y lo que se acaba de prometer aquí es un favor. El acuerdo implica un compromiso mutuo, no unilateral.

—¿Le p-parece p-poco el c-compromiso que he adquirido c-con usted p-para no sacar a la luz que no es el marqués de Sutherland? —le espetó, levantando la voz.

—¿Te has dado cuenta de que solo te cuestan las palabras con «p» y con «c»?

Su respuesta la dejó desorientada.
—¿A q-qué viene eso?
Ulysses la señaló para ejemplificar la segunda parte de su hipótesis.
—Las que empiezan con «q» solo se te atragantan de vez en cuando. En los momentos en los que te pones nerviosa, diría yo, pero no por norma general.
—¿C-cómo se ha dado cuenta, si me ha visto… tres veces?
—Soy un tipo muy observador. Es una de las habilidades que requiere el oficio. —Se levantó emitiendo un profundo suspiro de cansancio—. Si ya hemos terminado por aquí, me marcharé. Está claro que no pretendes complacerme a pesar de que lo que yo voy a hacer es considerablemente más costoso e importante para ti de lo que tú estás dispuesta a darme a mí…
—No se atreva a hacerse la víctima, o tendré q-que recordarle que… —Guinevere se calló al reparar en un detalle llamativo. Ulysses siguió la dirección de su mirada y suspiró, hastiado, al ver que se había fijado en los abultados bolsillos de su bata—. ¿Qué lleva ahí?
—Nada —respondió en tono inocente—, ¿qué voy a llevar?
Antes de poder ponerse a cubierto, Guinevere salvó el espacio que los separaba y metió las manos donde sabía que encontraría algo.
Y tanto que lo encontró.
Ulysses había contado con que la vergüenza le duraría el resto de la noche y no se percataría del detalle. Ahora era él quien había pecado de ingenuo.
—¡No me lo p-puedo c-creer! ¿De verdad? —le espetó con una mirada condenatoria.
—Quería llevarme algo de recuerdo. Nunca he estado en Northumberland —mintió, alzando las manos para restarse culpa.
Lo cierto era que no solo había visitado el condado con anterioridad, sino que había nacido y crecido allí. Tal vez habría seguido cumpliendo años por la zona si la mala suerte no lo hubiera exiliado a la capital. Guinevere habría nacido tres, quizá cuatro años después que él, y apenas habría empezado a leer y a escribir cuando él fue injustamente desahuciado.
Se dejó llevar por sus pensamientos nostálgicos hasta un pasado alternativo, diferente al que pretendía enmendar, en el que conservaba las propiedades de su familia, emplazadas a apenas unos minutos a pie de Beltown Manor. Si la ruina no hubiera llamado a su puerta, tal vez habría conocido a Guinevere en su niñez, o durante su adolescencia. Quizá incluso habría sido invitado a aquellas fiestas navideñas, pero porque sería el amigo de la infancia de la dama y no un miserable ladrón.
En otra vida no habría tenido que infiltrarse. Le habrían dado la bienvenida con los brazos abiertos.

—¿Se p-puede saber en qué momento de la noche se ha p-puesto usted a asaltar el tocador de mi madre y mi hermana? —espetaba Guinevere, sacudiendo en sus narices las perlas y brazaletes de oro y diamantes incrustados que había adquirido por mero capricho; porque era tan fácil robarlos que habría desairado a la diosa del hurto si hubiera dejado escapar la oportunidad. Con el reproche lo arrancó de los cómodos brazos de la autocompasión, cosa que en el fondo tuvo que agradecerle—. ¡Estos p-pendientes son de Ravenna!

—Tengo entendido que la dama no es una gran amante de las joyas —se defendió, distraído—. No los echaría de menos.

—Su desfachatez no c-conoce límites. ¡Deme lo demás ahora mismo! —bramó, tan ofendida que había empezado a ruborizarse.

Ulysses le entregó un par de anillos y, divertido, colocó las manos en la cintura.

Empezaba a darse cuenta de que aquella era la postura más cómoda para dejarse registrar por una Guinevere con los labios apretados.

—No evitarás que vuelva a robar si cada vez que me pillas me miras con esos ojos en llamas —susurró en tono sugerente, aprovechándose de la cercanía para hacerle cosquillas en la frente con los labios—. Recuerda que tú misma lo dijiste: los temperamentos complicados son mi debilidad.

—¡Váyase al diablo! —Empezó a empujarlo fuera de su habitación. Sus empellones fueron lo bastante convincentes para que Ulysses llegara hasta el umbral de la puerta—. ¡Y deje de tutearme! ¡No le he dado p-permiso!

Él tuvo que bajar el tono para que no lo escucharan en las habitaciones próximas.

—¿Y permiso con una sola «p»? ¿Eso tampoco?

—¡Es usted un… —apretó la mandíbula mientras buscaba el adjetivo ideal— idiota!

—¿Idiota? ¿Eso es lo mejor que tienes, como escritora que eres?

—¡Márchese de una vez!

—¿Significa eso que no quieres que te ayude con tu libro?

Guinevere abrió la boca, con toda probabilidad para repetirle que la tratara con el respeto que merecía, pero acabó volviendo a cerrarla para asentir con docilidad, aun en contra de sus principios.

—Empezaremos mañana p-por la noche, durante el baile, aunque c-creo que tendremos que escabullirnos a un sitio más tranquilo… —Se calló al comprender cómo había sonado y lo fulminó con la mirada—. ¡Más le vale no haberlo interpretado c-como le haya apetecido! Y escúcheme bien, señor Saxby: incluso si le visitara en su dormitorio c-con el c-camisón y me ofreciera c-con los brazos abiertos, no le estaría haciendo ninguna p-proposición indecente, así que no tendría p-permiso para tocarme. ¿Le ha q-quedado c-claro?

«Ha tartamudeado con la “q”», pensó con regocijo. «Está nerviosa».

—Meridianamente claro.

—¡Buenas noches! —se despidió, airada, antes de cerrarle la puerta en las narices.

La inercia del portazo le revolvió los mechones aún húmedos y le hizo reclinarse hacia atrás con una sonrisita incrédula.

Se quedó un rato más allí, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir.

—Buenas noches —respondió en voz baja con una genuflexión—, *Naive*.

Capítulo 9



Érase una vez una dama con una escopeta

Guinevere celebraba con ilusión el segundo día de Navidad[7] por lo que significaba para el servicio de la casa.

Siglos atrás, los comerciantes establecieron la costumbre de entregar a sus trabajadores una caja con temática festiva. Solía contener o bien regalos o dinero, y se hacía para agradecer sus aportaciones al negocio. Dicha costumbre se había trasladado a algunas casas aristocráticas, como Beltown Manor, de manera que cada veintiséis sin faltar uno, su padre aparecía en el ala de los sirvientes para hacerles entrega de un cofre repleto de comida, un pago extra e incluso algunos regalos para los más pequeños, todo esto antes de que los criados se marcharan a sus casas para gozar de un día ocioso rodeados de sus seres queridos.

Desde muy niñas, eran Guinevere y Ravenna quienes ayudaban al conde de Clarence a atar los bonitos y coloridos lazos que remataban las cajas. Marianne no tuvo tiempo de sumarse a la tradición, pues abandonó el hogar a los dieciséis años, y Milan nunca había estado por la labor de participar en una tradición «de clase media», como solía describirla a la menor oportunidad.

Aquello seguía pesándole a su padre.

—Este crío restaurará los anticuados principios del viejo Bellamy en cuanto me muera —rezongaba Clarence entre imprecaciones, concentrado en los nudos de las moñas—. Tendréis que ser vosotras las que le deis un toque de atención de vez en cuando para que mantenga el espíritu liberal en Beltown Manor. Como se le ocurra dejar atrás las usanzas del Boxing Day, habré de perseguirlo y hacer de su vida un tormento en mi forma sobrenatural, como el fantasma de todas las Navidades de Dickens.

—A Milan le gusta demasiado la caza del zorro como para interrumpir la tradición —lo consoló Ravenna, poniéndole una mano cariñosa en el brazo—. Mientras haya animales inocentes que masacrar, tu hijo perseverará en tu empeño por celebrar el día veintiséis.

—La caza del zorro… Por Cristo. —El conde lanzó al techo una mirada reprobadora—. No se me ocurre nada que me apetezca menos que guiar a un puñado de petimetres entre los bosques para quitarles la vida a las criaturas silvestres…, pero supongo que tenemos que

seguir los puntos de la lista. —Se dirigió a Guinevere, que estaba terminando de escribir el nombre de una de las doncellas. A ella siempre le encargaban la tarea de poner las etiquetas; la caligrafía del conde y de la hija mediana dejaba bastante que desear frente a las historiadas mayúsculas de la menor—. Espero que alguno de los invitados demuestre tener corazón y no encuentre divertido perseguir a un animal angustiado.

»¿Habéis terminado? ¿Bajamos a entregar los regalos? —Clarence suspiró en cuanto tomó entre las manos la caja que correspondía a Fellowes, la última incorporación del servicio: un mayordomo solícito que su padre no tragaba, y no porque no lo hubiera intentado—. Un año más sin las críticas sagaces de Bowler. La Navidad nunca será como era cuando me partía los cuernos para sorprender a aquel viejo cínico.

Guinevere y Ravenna intercambiaron una mirada entre divertida y nostálgica.

Bowler había sido el mayordomo de Beltown Manor durante la etapa de crecimiento de los retoños del conde de Clarence. Tan fiel fue a sus deberes domésticos como a su determinación a contribuir en la crianza de los niños, tanto así que esperó a cerciorarse de que alcanzaban la mayoría de edad y se convertían en personas de provecho para morirse en paz.

Todos en la casa recordaban el carácter taimado de Bowler, su peculiar manera de desempeñar su trabajo, su habilidad única para sacar de quicio al conde y la fiereza con la que defendía a la condesa en cualquiera que fuese el enfrentamiento, incluso si esta no tenía la razón.

El día que falleció después de una breve pero fulminante enfermedad, los Varick coincidieron en que habían perdido a un miembro de la familia. Sobre todo el conde, quien adoraba a Bowler y no solo se empeñó en pagar el tratamiento médico que al final resultó inútil, sino que no abandonó su lado de la cama ni un segundo y se dejó consumir por la pena a la par que el criado se marchitaba por la infección.

El mayordomo no se lo puso nada fácil a su padre cuando recibió la herencia, pero tampoco después se mostró más dispuesto a tolerar su temperamento. Esa era la clase de fidelidad que lord Clarence apreciaba en sus allegados: que no le bailaran el agua.

Pero era difícil que la servidumbre no se mostrara inclinada a complacerlo cuando lo consideraban el perfecto empleador.

A pesar de que la influencia de lord Arian Varick se extendía más allá de su finca, pues el trato que le prodigaba a los labriegos y ganaderos le había granjeado una reputación impecable entre las clases bajas y aldeanos de los alrededores, nunca había logrado

sofocar el fervor que levantaba la caza del zorro en el Boxing Day. Viendo que no lograría vencer al enemigo, se unió a él tomándose la libertad de añadir algunas peculiaridades a la tradición: trajo el último modelo de escopeta automática de Nueva York para dicho propósito, desairando el producto autóctono, y decidió que las mujeres podrían participar. Era la única medida liberal que su madre, Venetia, había aplaudido, porque desde que aprendió a disparar, esperaba con ganas el día que pudiera demostrar su puntería.

O desahogar sus frustraciones.

Marianne, Ravenna y Guinevere se unirían a la caza, pero la única que lo haría con entusiasmo sería la condesa; la única persona en el mundo a la que su marido le disculpaba la afición sanguinaria.

A quien incluso se la admiraba con un fervor inexplicable, mejor dicho.

—Tienes que entender que, a papá, todo lo que hace mamá le resulta de una sensualidad exquisita —solía bromear Marianne—. Incluido el deporte de portar una escopeta.

Todos los años se celebraba el Boxing Day con los invitados a las festividades navideñas. En el día presente, y como Guinevere pudo comprobar a la hora fijada apenas se incorporó a la línea de cazadores, no solo sus familiares directos cabalgarían escoltados por sus perros; también sus pretendientes.

Entre ellos, aquel que la había besado la noche anterior con una excusa de lo más pobre.

Guinevere se irguió al localizarlo a lomos de un caballo cedido por cortesía de los mozos.

En la distancia, y no sin cierto escrúpulo, lo observó mientras él estuvo de espaldas escuchando las instrucciones del cazador veterano. Temía acercarse y que hiciera alguna de sus bromas fuera de lugar sobre el malentendido, o que comentara en voz demasiado alta el pacto que habían firmado, pero la verdad era que prefería su compañía por encima de la de cualquier otro pretendiente.

Guinevere se estremecía de solo pensar en tener que soportar halagos vacíos y sonrisas lánguidas de hombres a los que únicamente les interesaba su bolsillo. Ulysses no era diferente en ese aspecto, pero por lo menos llevaba la verdad por delante. Y además de ser encantador por naturaleza, despertaba su curiosidad. Apostaba por que si le preguntaba de dónde había sacado el impecable traje y las botas de montar, este le contaría toda una historia rocambolesca de asaltos a los íntimos aposentos de un marqués.

Debía reconocerle al ladrón su ojo para las tallas. Le había robado la chaqueta ajustada a un hombre de su misma complexión. Lucía las bonitas prendas negras con el mismo orgullo que si le pertenecieran.

Notando un nudo en el estómago por el curso de sus pensamientos,

Guinevere guio a la yegua fingiendo estar distraída hasta situarse a un lado de Ulysses, que, por suerte, formaba parte del extremo de la fila horizontal. Los perros —grifones leonados de Gran Bretaña, distintos sabuesos ingleses y franceses, podencos y pointers, fundamentalmente— jadeaban y daban vueltas alrededor de los jinetes, ansiosos por comenzar el juego.

Ulysses la localizó enseguida en cuanto la oyó desmontar a su lado y cambió la expresión de escucha activa por un gesto aprensivo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —se quejó en voz baja. Señaló la escopeta que ya portaba con inseguridad, y acto seguido concentró todo su rencor en Guinevere—. Yo he venido aquí a disparar la flecha de Cupido, no a matar zorros.

—No me diga que es la p-primera vez que oye hablar de la p-partida de caza del Boxing Day.

—No, no es la primera vez, estoy familiarizado con las costumbres campestres, pero no pensé que tendría que formar parte de la matanza. Soy incapaz de sacrificar a un animal —reconoció con turbación. Guinevere lo miraba con una ceja enarcada, convencida de que exageraba—. ¿Qué va a pasar si no lo hago?, ¿si solo disparo a los troncos de los árboles? ¿Tu padre me echará de aquí por no ser lo bastante… masculino?

Guinevere no pudo evitar sonreír, conmovida con su angustia.

«Si tú supieras», pensó, recordando las palabras del conde.

—Es un alivio descubrir que aún tiene escrúpulos, señor Saxby. Uno p-pensaría que ostentar un oficio de dudosa moralidad le haría más p-proclive a incurrir en delitos p-peores.

Él giró bruscamente para mirarla sin dar crédito.

—¿En serio me has creído capaz de matar en algún momento? Apuesto mi vida a que ni siquiera estoy sujetando la escopeta en condiciones —mascculló—, entre otras cosas porque es la primera vez que veo una de estas características.

—Es una de las tantas escopetas que ha patentado el señor Lefever, un americano con la ambición de inventar armas automáticas. ¿No ha oído hablar de sus empresas? ¿Dangerfield & Lefever? ¿Barber & Lefever? ¿Nichols & Lefever?

—No, pero qué tipo tan poco original. ¿Cómo se llama su hija? ¿Lorna & Lefever también, por ejemplo? —se mofó.

—La que está usted sujetando —prosiguió Guinevere, ahogando una risa tonta— ganó un premio en el St. Louis Bench Show and Sportsman's Association hace pocos años. El galardón la nombró la mejor escopeta de retrocarga en Estados Unidos.

—¿De dónde ha sacado el conde una escopeta americana que apenas saldría al mercado hace poco?

—El señor Lefever vive en Nueva York, y resulta que cruzamos el

océano p-para disfrutar de unas vacaciones en el setenta y ocho. No p-perdimos la oportunidad de ver una de sus exhibiciones, y mi madre se empecinó en c-comprar armas. Le gusta la c-caza.

—¡Oh! Tuvo que ser en ese año cuando lady Ravenna casi le prende fuego a la catedral de San Patricio. —Ante la mirada incrédula de Guinevere, Ulysses se explicó—: He oído lo del incidente provocado con los cirios del altar.

—La versión oficial es que fue sin querer —se apresuró a aclarar ella.

—Sí, bueno. —Le hizo una caída de ojos—. No tienes por qué mentirme, *Naive*; ya soy prácticamente de la familia.

Guinevere bizqueó, ocultando el miedo a que se extendiera el rumor de lo ocurrido en Nueva York. Si Ravenna no hubiera cometido el error de narrarle la experiencia a sus amigos con pelos y señales, la historia se habría quedado al otro lado del Atlántico. Por desgracia, ahora todo el mundo sabía que su hermana había estado a punto de provocar una catástrofe, y todo porque quería llevarse un recuerdo católico, aunque fuera a costa de quemar al Cristo del altar.

Para distraerle de la anécdota, que por supuesto atraería la curiosidad de un tipo como él, Guinevere se inclinó a un lado para mostrarle las partes de la escopeta con el dedo.

—Como puede ver, el arma consta de una palanca de amartillado en el costado de la recámara. Es bastante más fácil de usar que las que se han utilizado aquí históricamente. Solo tiene que… —Se acercó por detrás y le ayudó a situar la escopeta en posición— sostenerla con la mano con la que no aprieta el gatillo utilizando un agarre medio y formando una uve con el pulgar y el dedo índice. No presione con los dedos —le regañó con paciencia—. Debe sujetarla como si diera un apretón de manos, con firmeza pero siendo al mismo tiempo gentil.

Ulysses se giró hacia Guinevere con aquella media sonrisa taimada que enseñaba una pequeña porción de encía.

—Tampoco tartamudeas cuando das órdenes, pequeña mandona —comentó con un tono sugerente que le trajo recuerdos vívidos de la noche anterior.

Carraspeó con impaciencia y le advirtió con la mirada para que se comportara.

—Ahora apoye el arma contra su hombro y rótela hacia arriba… No tanto, no tanto; así, muy bien. Empuje la cantonera contra usted, o, de lo contrario, cuando dispare, sufrirá un impacto doloroso.

—¿Tú has sufrido impactos dolorosos al disparar? —indagó Ulysses, volviendo a ladearse hacia ella—. Porque, a mi parecer, tienes unos hombros demasiado delicados para someterlos a esta presión. Si más tarde necesitaras un masaje…

Guinevere notó el acercamiento. El extraño anhelo que la atraía

hacia él y el miedo a cometer una imprudencia lucharon por tomar el control de su cuerpo. Al final, venció el primero. Se quedó donde estaba, convencida de que podría soportar la escasa distancia sin que la turbación la estremeciera. Además, no estaba haciendo nada que pudiera considerarse escandaloso.

—La asimilación de la postura es lo prioritario. Si no sigue los pasos correctamente, se hará daño —le advirtió con severidad—. Ahora, señor Saxby… —Lo rodeó, instándole a mantener la pose, para situarse a su espalda y darle un golpecito en las pantorrillas con la fusta del caballo—, tiene que alinear los pies con los hombros. Las rodillas flexionadas… No, no tanto. Habrá de girarse en torno a cuarenta grados hacia la ubicación de su objetivo.

Ulysses ignoró la indicación exacta y se dio la vuelta para quedarse mirándola con un ojo guiñado.

—Helo ahí; mi objetivo.

No pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Ha de sostener la empuñadura detrás del gatillo, con los demás dedos, y apoyar la mejilla contra la culata para alinear los ojos con la mira de la escopeta. El cuello relajado —le ordenó.

—Un beso me lo relajaría una barbaridad —comentó, batiendo las pestañas.

—¿Cómo se le ocurre d-decir eso d-delante de…? —Señaló a la fila de cazadores con un gesto de cabeza. No estaban hablando lo bastante alto para ser oídos, pero no se le ocurrió otra forma mejor de desviar el tema.

—Y volvemos al tartamudeo —sonrió Ulysses, bajando la escopeta —. ¿Sabes? Si te pararas a pensar un momento en el mensaje que quieres transmitir, podrías sustituir las palabras que empiezan por «p» y por «c» por otras más fáciles de pronunciar. Así no te trabarías a menudo. Y no me digas que no eres capaz de hacerlo, porque un cerebrito como tú debería saberse el diccionario de memoria. Apuesto a que te has estudiado las enciclopedias de Diderot y d’Alembert.

Aunque era la primera vez que un comentario sobre su pequeña dificultad sonaba verdaderamente constructivo y no como un consejo condescendiente, se envaró.

—Las enciclopedias de Diderot y d’Alembert, al menos las originales, están en francés, así que difícilmente podría optar por un sinónimo que empezara por una letra distinta a la «p» y a la «c» sin pecar de p-pretenciosa al demostrar que hablo las lenguas romances. —Pero por supuesto que se había leído las enciclopedias—. ¿Y p-por qué menciona mi tartamudeo una y otra vez, si p-puede saberse? — rezongó con los puños crispados, por esa razón y porque Ulysses acababa de enarcar una ceja con sorna, transmitiendo un claro un mensaje: ¿desde cuándo le importaba a ella pecar de pretenciosa, si

era su segundo nombre?—. ¿Acaso le molesta?

—¿A mí? —Pareció sorprendido de veras. Descansó el cañón de la escopeta en el hombro para darse un aire desenfadado—. En absoluto. En todo caso te molestará a ti, *Naive*, que eres quien debe de encontrar de lo más irritante no poder expresarse con la rapidez con la que funciona su mente. Yo me limito a darte consejos, cariño —apostilló sin una pizca de paternalismo.

—¿Y no será que solo quiere que aprenda a hablar p-para que no le dejara en evidencia si acabáramos c-casados? —contraatacó con los párpados entrecerrados.

«Cosa que no va a suceder de ninguna manera», habría apostillado si él no hubiera sido veloz al replicar.

—Hasta donde sé, ya sabes hablar, y, de hecho, ofreces una conversación muy elevada e interesante —repuso, contrariado con su reproche—. Insisto, querida. Me es indiferente que tartamudees. A mí y a cualquiera que tenga paciencia. Para ser ladrón, uno debe cultivar esta cualidad que te digo. A veces dedico meses a planear el golpe perfecto. Si puedo pasar todo ese tiempo maquinando, puedo esperar quince segundos a que organices tus ideas y las pongas sobre la mesa.

Su respuesta le extrañó.

—Que la tartamudez sea un p-problema no tiene nada que ver c-con la falta de p-paciencia, sino c-con la imagen que uno transmite al mundo no solo de sí mismo, sino de su familia, a la que en cierto modo representa. Se p-podrá imaginar la c-cantidad de hombres que no me han mirado en una segunda ocasión en c-cuanto me han escuchado hablar —continuó, encaramándose al caballo con una agilidad que supo que había sorprendido a Ulysses en cuanto lo cazó con las cejas alzadas—. Es una c-cuestión de reputación.

»Y antes de que intente hacerme sentir mejor c-con algún falso c-consuelo, p-por favor, no sea c-condescendiente —le pidió con cierto retintín—. Sé muy bien quién soy: una tartamuda de veinticuatro años que solo le resulta atractiva al p-público masculino porque tiene una dote escandalosa. No hay aquí un solo hombre que no me quiera p-por mi dinero. —Hizo una pausa para otear el horizonte, ahí donde se extendía el frondoso bosque. Más para sí misma que para que él la escuchara, añadió—: No sé qué se p-propone mi padre; c-cómo es que no se ha dado c-cuenta, c-con lo listo que es, de que al hacer de la dote mi único atractivo empeora la situación y atrae a los p-partidos menos recomendables. Desde luego, este no era su estilo hace seis años… La última vez que alguien me p-pretendió, c-cuando era joven y no tartamudeaba, y, p-por tanto, c-cuando aún p-podían quererme p-por lo que soy, mi p-padre se cercioró de que mi futuro marido no tenía una agenda oculta.

Incluso sin mirarlo, pudo sentir la curiosidad de Ulysses. La clase de

curiosidad urgente y que podía entrar en la categoría de descortés.

Al no haber crecido en un ambiente aristocrático, el ladrón se había librado de adolecer de los que Guinevere consideraba los peores defectos: no era ni indolente ni enmascaraba lo que quería decir. Su naturalidad expresiva resultaba refrescante, pero no del modo en que lo eran sus hermanos, a los que a veces quería gritarles que se guardaran algo para sí mismos; dentro de su descaro, Ulysses nunca era agresivo u ofensivo. Tampoco sentía la necesidad de encajar en las élites sociales para sobrevivir. Esto le permitía bromear y cruzar la línea de lo apropiado para divertirse sin albergar remordimientos después.

En definitiva, Ulysses Saxby tenía una vida que le pertenecía por entero, y que hiciera y deshiciera a su antojo despertaba envidia y admiración en Guinevere a partes iguales.

Quizá había sido esa admiración la que la había inclinado a desahogarse con él, o tal vez la certeza de que él sería sincero con ella al dar su opinión.

Tuvieron que posponer la conversación un segundo, pues justo en ese momento se disparó el arma que marcaba el comienzo de la cacería. El sonido de los cascos de los caballos golpeando la tierra no se extinguió hasta que se quedaron a solas.

—A ver si lo he entendido bien… —Carraspeó Ulysses, manipulando el arma—. ¿Empezaste a tartamudear a los dieciocho años? Eso significa que no es un problema del habla, sino un vicio que, igual que has adquirido, te podrías quitar.

—¿Ah, sí? ¿C-cómo?

Guinevere observó que Ulysses se quedaba un momento pensativo antes de inclinarse sobre ella con una rapidez que no había previsto y gritarle a un palmo de la cara.

Ella aulló también, asustada por lo repentino, y se llevó una mano al pecho.

—¡¿Qué hace?! —jadeó, cerciorándose con miradas alrededor de que nadie la había oído—. ¡¿Se ha vuelto loco?!

—Estaba probando —se justificó, encogiéndose de hombros—. A lo mejor el tartamudeo era como el hipo y se podía superar con un sustito de nada.

Guinevere pestañeó una, dos y hasta cinco veces seguidas, tratando, en vano, de comprender el mecanismo de funcionamiento de la mente de aquel tipo. No pudo sino romper a reír a la vez que sacudir la cabeza con exasperación, dándolo por perdido.

—Es usted increíble.

—¿En el buen o en el mal sentido? —inquirió él, como si la respuesta no fuera obvia. Su optimismo resultaba a veces contagioso —. Creo que es la primera vez que te oigo reírte con desahogo. Te

sienta de maravilla no preocuparte por nada, *Naive*.

Guinevere no pudo ni agradecerle el cumplido, ni descartarlo con un ademán abochornado, ni repetirle una vez más que dejara de llamarla ingenua. Ulysses escogió ese momento para salir disparado hacia el bosque, no sin antes lanzarle un guiño provocador.

Ella no fue menos y espoleó a su montura para incorporarse al recorrido.

Le encantaba cabalgar, y por lo que pudo ver al ladear la cabeza, el ladrón también encontraba placer en la velocidad. En todo lo que conllevara una razonable dosis de peligro, en realidad. Le pareció captar una sonrisa de regocijo en sus labios al conducir al límite a su semental para adelantarla, como si, en lugar de en plena caza, estuvieran echando una carrera de obstáculos. Tenían que sortear los árboles pelados por el invierno y los más frondosos de hoja perenne, algo que requería maña.

Y la pericia no era algo que a Ulysses Saxby le faltara.

Guinevere admiró en secreto que se arriesgara a galopar con un caballo que no había adiestrado él. Lo conducía con soltura. Eso fue lo último en lo que pensó antes de recostarse sobre el lomo de su yegua para correr aún más rápido, de manera que pudiera dejar atrás al ladrón.

Este interpretó su iniciativa como un reto personal. Guinevere le oyó reír a sus espaldas como lo haría el villano de un cuento antes de devolverle el golpe al héroe, y vio con el rabillo del ojo que azuzaba al caballo con el grito de un pirata para adelantarla por la izquierda.

El problema era que Ulysses no conocía el terreno, y Guinevere estaba tan acostumbrada a cabalgar por allí como solo podría estarlo una mujer que muy a menudo necesitaba dejar la mente en blanco después de una larga sesión de escritura. Todos los días sin faltar uno, después de concluir algún capítulo, montaba a la yegua y ponía rumbo al fin del mundo.

Ese día haría lo mismo. Llevaría al animal hasta los confines del bosque, solo que esta vez tendría compañía.

Y no cualquier compañía, sino la más excitante de la que había gozado nunca.

Capítulo 10



Érase una vez una princesa que se salvaba a sí misma

—Llevaba años sin montar a caballo —se defendió Ulysses en cuanto alcanzó a Guinevere. Todos estaban sin aliento: la yegua, el semental y los dos jinetes. El pulso aún le latía desbocado por la carrera, y estaba tan fascinado por la sensación que casi parecía que hubiera sido su primera vez—. Si me hubieras retado cuando era adolescente, te habría aplastado como a un vil gusano.

—Yo no le he retado —le recordó con una ceja enarcada, terminando de apaciguar a su caballo desbocado con rítmicas palmadas en el lomo—. ¿Y así es c-como p-pr-pr-pretende c-cortejarme? —Le lanzó una mirada fugaz cargada de sorna—. ¿Amenazándome con aplastarme?

—Amenacé con besarte y eso no te atrajo en lo más mínimo, así que he cambiado de táctica. —Encogió un hombro—. A lo mejor eres una de esas personas que encuentran placer en el sufrimiento, quién sabe.

La vio ruborizarse y sonrió para sus adentros, encantado una vez más con sus reacciones corporales. Era una delicia de criatura, digna del apodo con el que la había bautizado: ingenua, candorosa, inocente… Cualidades juveniles por las que habría sentido rechazo si no las contrarrestara con un carácter esquivo, receloso y a veces pedante, propio de una mujer intelectual con cicatrices en el corazón.

También ayudaba que estuviera favorecida con cualquier prenda que se pusiera. Quizá más con un traje de montar y una graciosa chistera ladeada sobre la cabeza que con un vestido de noche, porque se notaba a leguas que la equitación la entusiasmaba y solo se sentía ella misma con la chaquetilla abotonada y el cuello alto de la camisa interior.

Uniformada en azul marino con unas prendas que le hacían una cintura imposible, sin aliento y ruborizada, Guinevere presentaba toda una tentación.

Sobre todo ahora que estaban a solas en el bosque.

—Cuando dice que llevaba años sin c-cabalgar, ¿se refiere a décadas? —tanteó ella, como si hubiera averiguado sus pensamientos y quisiera dejar claro que solo podría disfrutar de su encantadora conversación—. Hace p-por lo menos una década y media que no es usted un adolescente.

—Si me estás llamando anciano, que sepas que aún no he cumplido treinta —repuso, fingiendo ofenderse.

Acarició la cabeza del semental, agradeciéndole su resistencia y confianza, y lo condujo con las riendas hacia Guinevere, que tampoco había desmontado.

Debían de haber llegado a la frontera natural entre Gateshead y Newcastle, porque se hallaban en un bonito claro donde el río Tyne hacía una pequeña parada. A los pies de los árboles desnudos, una fina lámina de hielo que destellaba como la plata cubría lo que en verano sería un lago de ensueño. La bruma de la mañana espesaba el aire, dándole a la escena un toque de misterio que Ulysses se encargó de resolver:

—Cuando tenía ocho años, mi padre me regaló uno de los últimos tarpanes del continente. —Le lanzó una mirada de ojos brillantes con la cabeza ladeada—. ¿Has oído hablar de los caballos salvajes euroasiáticos?

Guinevere levantó las cejas, asombrada.

—Tengo entendido que se extinguieron.

—El último murió en el zoológico de Moscú hará cinco o seis años —le confirmó con fingida indiferencia. Notó una punzada en el pecho, y a fin de disimularla, se concentró en apaciguar al animal todavía intranquilo con lentas caricias en la crin—. Pues yo no solo monté uno, sino que la yegua fue mi amiga inseparable durante toda mi infancia y adolescencia. Creció conmigo.

»Los tarpanes de las estepas son criaturas de sangre caliente. Se decía que eran capaces de escapar de la persecución más encarnizada, y te puedo asegurar que así es, porque monté muchos caballos durante aquella época y ninguno corría como mi bestia turcomana. No se podían utilizar ni látigos ni espuelas con ella, además. Si le hacían el menor daño, hincaba los cascos en la tierra y te arrojaba por los aires. Con un caballo así como referencia, uno aprende a montar cualquier tipo de raza igual que un profesional.

—¿Qué p-pasó con ella? —inquirió Guinevere, muerta de seguridad. Su montura se había acercado con timidez al borde del lago para beber agua de la única parte que no cubría el hielo—. ¿Murió?

Ulysses presionó los labios para contener una sonrisa de amargura.

—Tuvimos que venderla para sobrevivir. —Enseguida condujo la charla por otros derroteros—. Me gusta pensar que sigue viva, aunque solo sea porque cualquiera que entienda de caballos reconocerá en mi yegua nada más verla una raza incomparable. Esos animales viven hasta un cuarto de siglo, y calculo que la mía acabará de cumplir los veinte años.

—¿C-cómo se llamaba? —siguió preguntando con tono aterciopelado.

Ulysses alzó la barbilla para mirarla y comprobó en su expresión suavizada que la había ablandado al mencionar a su querida yegua.

Por un momento no supo si responderle o cambiar rápido de tema contando alguna que otra anécdota divertida. No le gustaba ni un pelo la lástima que veía en su mirada, todavía vidriosa y enrojecida después de la carrera contra el viento.

—Ítaca —confesó al fin.

Su sonrisa divertida lo apaciguó lo suficiente para rendirse a proporcionarle detalles.

—Muy ap-propiado.

—No tanto —se lamentó con un suspiro—. Mi padre me perseguía para que leyera *La Odisea*; estaba empecinado en que comprendiera por qué mi nombre era tan importante, y por qué debía estar a su altura, pero yo no me la leí a escondidas con ocho años para complacerle, sino en busca del nombre del barco que comandó el protagonista durante su travesía. Fuera cual fuera, estaba seguro de que era el único que podría ponerle a mi caballo. Por desgracia, nunca se menciona que la embarcación de Ulises hubiera sido bautizada, y me tuve que conformar con ponerle el nombre del destino, no del medio de transporte, que sí habría sido apropiado.

—P-podrías haberle p-puesto Argo —meditó ella en voz alta—. Fue el barco de Jasón, otro p-personaje de mitología griega.

—No, no, tenía que estar relacionado conmigo, con la leyenda de Odiseo, porque Ítaca sería quien me conduciría hasta las aventuras. Como comprenderás, haberla llamado Penélope o algo así habría estado fuera de lugar. Imagina ponerle el nombre de mi amada a un caballo. —Fingió estremecerse—. Le habría dado unas connotaciones inquietantes, y habría acabado haciéndome famoso por lo mismo que Ekaterina II de Rusia[8].

Guinevere seguía mirándolo como si esa mañana lo encontrara particularmente encantador.

Debería haber sabido que conocer su lado más sentimental le tocaría la fibra sensible, pero él aún no decidía si le parecía bien que le tomaran por un joven emotivo.

—Parece que te gustan los c-caballos —dijo al fin, librando a Ulysses de la vergüenza de preguntarle, exasperado, en qué demonios estaba pensando al observarlo de aquella manera—. ¿Por qué no te dedicaste a ellos en lugar de a robar c-collares? Creo que se te habría dado bien.

—Sin duda. Para cuando cumplí diez años, había leído más sobre el bello arte de la equitación que los mejores jinetes de Ascot, y sabía montar de pie y de espaldas, como un guerrero mongol. Pero cepillando sementales uno no se hace de oro, *Naive*, y sabía que para solo aspirar a volver a montar un tarpán de las estepas, tendría que

estar en posesión de una fortuna desorbitada.

—No me diga que es p-por eso por lo que me p-pretende. —No perdió de vista la incredulidad en su tono—: Para p-poder permitirse c-comprar una raza extinguida.

—Bueno, todo el mundo sabe que el dinero hace milagros. —Encogió un hombro—. Si alguien puede volver a montar un tarpán de las estepas, ese será un hombre rico, no me cabe la menor duda. Lo sé tan bien como me consta que solo la riqueza puede garantizarnos el bienestar con el que soñamos.

Guinevere meneó la cabeza con desaprobación.

—Eso no es cierto. En todo c-caso dependería del individuo; de si es o no materialista.

Ulysses enarcó una ceja con aire irónico.

—De acuerdo, dependería del individuo en unos cuantos casos, pero te sugiero darte una vuelta por el barrio en el que yo vivo antes de afirmar que no es cierto con rotundidad. —Animó al caballo a acercarse a Guinevere, cansado de la absurda distancia entre los dos y del eco que rebotaba contra los árboles—. Es fácil decir que el dinero no da la felicidad cuando se puede ofrecer una dote de cincuenta mil libras, se vive en una finca de trescientas hectáreas cultivables y se viene de un linaje relacionado con la Corona.

—P-puede que el dinero facilite las c-cosas —le concedió ella a regañadientes—, p-pero el que es miserable en la p-pobreza por razones ajenas a la escasez, p-probablemente lo sería también p-podrido de dinero.

—Oh, yo no me siento miserable a día de hoy. Eso son palabras mayores —desestimó con un ademán informal—. Tan solo soy consciente de que no tengo la vida que deseo y hago cuanto está en mi mano para acercarme a ella. ¿No has oído eso de que la felicidad está en las pequeñas cosas, *Naive*? Si esas pequeñas cosas que a mí me entusiasman son los tarpanes de la gobernación rusa de Táurida, la pasta *choux* rellena de crema bávara y poder alojarme en el Hotel Windsor de la Quinta Avenida cuando viaje a Nueva York en el *SS Ravenna* de la P&O Line[9], te podrás imaginar que esté un pelín frustrado. Son golosinas que ahora mismo quedan muy lejos de mi alcance.

—Solo si se c-casa c-conmigo p-podrá darse todos esos c-caprichos. —No era una afirmación que esperara respuesta—. La p-pregunta es… ¿tener que c-compartirlos c-con una p-persona p-por la que no siente nada no le fastidiaría tanto que sería incapaz de disfrutarlos?

—¿Por qué compartirlos me fastidiaría? ¿Y por qué te fastidiaría a ti, si a esas vamos? Ambos gozaríamos de lo lindo. ¿O me estás diciendo que a ti no te gustan los profiteroles? —Arqueó una ceja—. Porque no me lo creo.

—Y yo no me c-creo que no p-pudieras disfrutar igual de una carrera c-con un caballo que no fuera p-purasangre, un simple p-pudín y una escapada a Cornualles —replicó con severidad. Incluso se había animado por fin a tutearlo, una victoria amarga en vista de que lo observaba desde su montura con desánimo—. Te he visto sonreír mientras c-competíamos, y dudo que te hubieras divertido más montando un Ajal-Teké.

—¿Un semental turcomano de la Transcaspia con el pelaje casi metálico? ¿Los divinos caballos «bañados en oro»? —Puso los ojos como platos—. ¿Bromeas? ¡Me habría puesto a llorar como un niño nada más verlo!

Guinevere giró la cara, tan decepcionada que no podía ni mirarlo.

Ulysses estaba sonriendo burlón por su reacción, pero el gesto se le fue agriando en los labios al comprender que de veras la había herido con su frivolidad. Se dijo que arruinar su buen humor solo le importaba de cara al éxito del cortejo, e ignoró el nudo que se le formó en el estómago.

La joven arreó al caballo para continuar —o más bien iniciar— la caza. Ulysses la imitó con impaciencia. Tenía que arreglar el brusco giro en la conversación de alguna manera.

Abrió la boca para disculparse antes de que salieran del claro, pero unas voces lejanas los distrajeron a ambos.

Guinevere frenó sin emitir sonido alguno, y Ulysses afinó el oído.

—… elegido. Dos días llevamos aquí, ¡dos!, y ya tiene a su favorito. ¿Cuál es la necesidad de invitarnos a esta farsa si es obvio que únicamente le interesa el marqués de Sutherland? —decía un hombre al que no supo reconocer, aunque su tono exasperado le sonaba familiar.

—Tal vez la dama desee mantener sus opciones abiertas —sugirió al que localizó de inmediato como el duque de Richmond.

Ulysses lo tenía en el punto de mira porque se hablaba de él en términos de lo más halagadores: «un político prometedor», «propietario de una fortuna desproporcionada», «colmo del buen gusto», «adonis personificado»… No podía casarse con él para tener acceso a su fortuna, como era obvio, pero sí había acariciado la posibilidad de infiltrarse en su gloriosa casa de campo y husmear en los cajones. Tuvo que descartarlo cuando lo conoció en persona y descubrió, a su pesar, que se trataba de la clase de hombre respetable que ni siquiera los canallas osarían a perturbar. No si no querían acabar en la cárcel, o peor: con remordimiento de conciencia.

—No tengo tiempo que perder intentando cortejar a una mujer que ya sabe a quién quiere —seguía rezongando el acompañante del duque —. He de pagar las deudas que heredé de mi padre, y si su dote no va a ser para mí, haría bien en marcharme y buscar alternativas. Unas

más suculentas, dicho sea de paso.

Ulysses observó que Guinevere se había tensado sobre su montura. Se esforzaba por respirar con discreción, temiendo interrumpir el arrebato de sinceridad. Ni siquiera sabían de dónde salían, porque no estaban a la vista. Tanto a ellos como a los pretendientes les protegía la vegetación que rodeaba el claro.

—Si tanto le urge el dinero, tal vez debería pedir un préstamo al Banco de Inglaterra —sugería el duque de Richmond con su característica practicidad. Hablaba de forma pausada con un tono sereno que a la vez imponía.

También lo llamaban «la voz de la razón» en el Parlamento, tanto de manera literal como figurada.

«Ese hombre tiene mil apodos, y yo, ninguno», se lamentó Ulysses.

—No me lo concederían. ¿Te crees que no lo he intentado?, ¿que no preferiría devolver unos intereses desorbitados mucho antes que casarme con una mujer como lady Guinevere?

—Dado que está aquí, cualquiera habría dicho que no, que eso no es lo que prefiere.

—Oh, ¡vamos! Si acepté la invitación es porque veo más viable conquistar a una solterona que no sabe ni hablar que conseguir un crédito. O lo veía hasta que se ha cruzado ese maldito Sutherland. Curioso, porque yo pensaba que era rubio. Y menudo —apostilló—. ¿No lo llamaban Rumpelstiltskin en Cambridge?

Ulysses se lamentó por no haber nacido con el cabello besado por el sol, detalle que ya le habían reprochado en tres ocasiones. Luego se lamentó porque Guinevere tuviera que escuchar comentarios tan desacertados. La miró y le hizo un gesto con la mano para continuar su camino, para ponerse a salvo de un sufrimiento innecesario, pero ella negó con sequedad, concentrada en la conversación.

—Creo que lo llamaban así por su carácter traicionero. En cualquier caso, estoy seguro de que podrá usted encontrar a otra mujer que se adapte a sus requerimientos. —La templanza del duque hacía quedar a su acompañante, por comparación, como un pobre histérico—. Lady Guinevere no es la única soltera solvente del reino.

—Es de las pocas ricas que no tienen derecho a ponerse exquisitas —insistía el tipejo. Hablaba con un desahogo que debería haberle ruborizado. Incluso Ulysses, que no tenía pelos en la lengua, empezaba a sentirse violento—. Pensaba que con un par de sonrisas la tendría postrada a mis pies, pero según parece no solo es fea, sino que para colmo se cree tan bonita como para rechazar a los hombres por afición.

—No ha sido esa mi impresión de la dama —acotó el duque.

Ulysses oyó su voz más cerca, y muy pronto lo localizó entre unos árboles alejados.

Se aproximaban en su dirección.

—Será porque no has hablado con ella. Cuando uno la tiene delante, lo entiende. Es un absoluto esperpento.

La contundencia de aquella afirmación terminó de descolocar a Guinevere. Más que eso: le sentó como una bofetada. En cuanto a Ulysses, había estado contemplando la escena lo suficiente para decidirse a desempeñar el papel activo.

Ya había tenido suficiente.

Aprovechando que los dos caballeros aparecían en ese momento en su campo de visión, colocó la escopeta tal y como Guinevere le había enseñado un rato antes, y apretó el gatillo. No con la intención de matar, por supuesto: solo de escarmentarlos, de manera que la bala pasó silbando junto a la oreja del aristócrata desvergonzado.

El grito del que ahora reconocía como lord Bevers reverberó en las profundidades del bosque. Era cuestión de tiempo que todos los cazadores cabalgaran hacia aquel punto para ver qué había ocurrido. Quizá por eso Guinevere no perdió el tiempo y, en cuanto se recuperó del susto, le lanzó una mirada de reproche con los ojos rebosantes de energía vengativa.

—Idiota —le espetó a Ulysses, aferrando su propia escopeta con mayor desenvoltura—, no necesito que me defienda. ¡Puedo hacer justicia yo sola! —Y apuntó con el arma a los dos caballeros para, acto seguido, descargar la escopeta tan cerca del hombro de Bevers que este gritó de nuevo como una niña asustada. En cuanto clavó en ella una mirada entre aterrada y pasmada, localizando por fin el origen de las dos balas, Guinevere exageró un jadeo y se llevó la mano a la boca —. ¡Oh, Dios! ¡Lord Bevers! ¡No sabe c-cuánto lo lamento! ¡Ha sido sin querer…! En fin, ¿qué p-puedo decir? Ya saben… ¡Mujeres con armas! —exclamó, extendiendo los brazos con una expresión inocente—. ¡A quién se le ocurre!

—¡Y que lo diga! —la apoyó Ulysses con una risotada condescendiente.

Como cabía esperar, los caballeros se dieron por satisfechos con la justificación. Al menos Bevers, que superó el resentimiento comprendiendo que no era culpa de una pobre jovencita ser una negada para las actividades masculinas. El duque de Richmond solo asistió a la escena con impavidez, y despidió a Guinevere con un asentimiento educado antes de agarrar las riendas de su montura y continuar la caza por el sendero.

Debía de haber comprendido que la guerra no iba contra él.

Guinevere mantuvo la pose mientras los caballeros estuvieron en su campo de visión, pero, al cabo de unos segundos, y de nuevo a solas en aquella parte del bosque, se le escapó una carcajada.

Ulysses se rio también.

—¿No se suponía que no sabía disparar? —le preguntó Guinevere en cuanto logró controlar las carcajadas, más histéricas que divertidas.

—Y no sé —admitió con humildad—. Según parece, solo tengo puntería además de suerte. No negaré que podría haberlo matado, pero como lo peor no ha sucedido, dejaremos correr el incidente —determinó con toda naturalidad.

Guinevere lo miraba con una mezcla de incredulidad y fascinación; así lo miraba también Keith, y todo aquel forastero que se hubiera cruzado con él. Ulysses estaba acostumbrado a despertar aquella rara combinación de emociones, pero que Guinevere hiciera hueco entre su asombro para admirarlo le resultaba particularmente halagador. No porque fuera rica y eso la hiciera especial; más bien porque no era en absoluto impresionable. No en lo relativo a la naturaleza de las personas, que parecían incapaces de sorprenderla.

—Ya veo que no es usted un hombre que se torture p-por sus errores —comentó, ya más tranquila.

—¿Para qué torturarme por ellos cuando puedo buscar la manera de arreglarlos? —Le guiñó un ojo. Pensando en que la conversación entre los aristócratas había apagado el brillo de sus ojos, añadió con intención—: ¿Y por qué torturarme con mis defectos, o con los que los demás creen que son mis defectos, si puedo hacer de ellos mi seña de identidad?

Guinevere captó al vuelo el porqué del comentario.

—¿Menciona lo de torturarse o no con los defectos de uno p-por mis recriminaciones sobre su frivolidad, o p-por mi tartamudez? —inquirió ella con una ceja alzada—. La que plantea usted es una forma un p-poco egoísta de vivir. Más que hacer de sus defectos su seña de identidad, debería corregirlos, porque haciendo o deshaciendo en función única y exclusiva de c-cómo se siente usted sobre sí mismo p-podría acabar hiriendo a los demás.

Como por lo visto la había herido a ella al dar a entender que solo la quería por su dinero.

—Bueno… —meditó en voz alta, pensando en cómo esperanzarla de manera que volviera a verlo con buenos ojos sin caer en la mentira—. Soy el que se va a aguantar toda la vida, y, por tanto, a quien ante todo he de tener contento. Ahora bien; le daré la bienvenida a la mujer que intente cambiar mi parecer o, en su defecto, limar mis asperezas. Si la admirara lo suficiente, no me importaría dejar de ser egoísta para ser, simplemente, todo suyo.

Le sonrió, invitándola a recoger el guante, y arreó al caballo para volver por donde habían venido.

Capítulo 11



Érase una vez un beso de amor verdadero

Guinevere se dejó caer contra la puerta de la biblioteca. La empujó con la espalda, esperando que concentrar la fuerza en un movimiento la salvara de las lágrimas. Levantó la barbilla con los ojos presionados y se amenazó entre dientes con terribles consecuencias si se le ocurría romper a llorar. Había toda una horda de caballeros esperándola al otro lado de la puerta, caballeros que la pretendían por una razón u otra, todas ellas deleznables, y lo último que quería hacer era demostrarles que estaban en lo cierto al describirla como «un auténtico esperpento».

Todo había empezado dos horas atrás, cuando Guinevere se presentó en la velada posterior a la caza con la intención de hacer pagar a Bevers por sus crudas palabras. Como toda Varick que se preciara, poseía un espíritu vengativo que rozaba lo irracional y que siempre la llevaba a tomar las decisiones equivocadas, como, en ese caso, tratar de robarle a Bevers un reloj de bolsillo de oro macizo que llevaba consigo.

Guinevere se lo había visto mientras este jugaba a las cartas en el salón principal. El aristócrata lo consultaba cada quince minutos, como si llevara la cuenta de cuánto tiempo estaba perdiendo cortejándola… o fingiendo que lo hacía. Había sido entonces cuando Guinevere había decidido unirse a la partida, tomar asiento al lado de Bevers y matar dos pájaros de un tiro: llevarse el talismán del miserable consigo y aprender a robar.

El problema era que lo había intentado antes de recibir una clase magistral de Ulysses, que estaba presente en la mesa, al igual que el duque de Richmond, y se habían percatado de cuáles eran sus intenciones.

Guinevere cometió el error de desoír la advertencia latente en la mirada del ladrón, y de no cerciorarse de que Richmond no estaba mirando. El resultado había sido catastrófico: el duque había visto con sus propios ojos que Guinevere trataba de meter la mano en el bolsillo de la chaqueta de Bevers, y Ulysses había tenido que actuar con rapidez para que por lo menos la víctima no se enterase.

—¡Diablos! —había exclamado Ulysses después de golpear la mesa con el canto del puño, atrayendo así la atención y dándole a Guinevere la oportunidad de sacar la mano—. ¿Quién ha barajado?

¡Me han tocado las peores cartas!

—He sido yo —había respondido el duque, haciendo gala de una prudencia que habría despertado la curiosidad de Guinevere si no hubiera estado avergonzada.

Se había planteado robarle a Richmond también, pero optó por dejarlo tranquilo considerando que no había sido directamente despectivo con ella; tan solo había pecado de cómplice cuando debería haber confrontado a Bevers.

En realidad, en el gesto de que no hubiera señalado su pequeña travesura y hubiese fingido no ver nada para que siguiera adelante, Guinevere había creído entender que el duque consideraba justo el atrevimiento.

En cualquier caso, la actuación había sido un completo desastre. Solo le había servido para acabar retirándose balbuceando unas disculpas, rabiosa consigo misma por más de una razón.

Para robarle a Bevers había tenido que poner en práctica la ley fundamental de Ulysses: distraerlo antes de llevar a cabo el golpe. La distracción iba a ser una simple conversación plagada de insinuaciones, pero Guinevere no había podido dejar de pensar en la baja opinión que Bevers tenía de ella. Y, con sus palabras incrustadas en la cabeza, había acabado tartamudeando más de la cuenta, llegando a quedarse paralizada.

Se había avergonzado tanto a sí misma que ni siquiera podía hablar. De ahí que hubiera ido a refugiarse a la biblioteca. Allí se encontraba ahora, luchando por contener las lágrimas.

Sintió que alguien intentaba abrir la puerta, y aunque en un principio Guinevere trató de impedirlo bloqueando el acceso con su propia fuerza, se acabó rindiendo. Imaginaba que sería su padre, o su madre, o tal vez Marianne. Si Milan o Ravenna la vieran sufrir rodeada de pretendientes, antes se enfrentarían a ellos que salir en pos de su hermana.

No fue la voz de sus familiares la que escuchó, sin embargo.

—Caray —se quejó Ulysses, que se había colado, escurridizo como era, por la rendija que había conseguido abrir. Ahora cerraba la puerta con aire reprobador—. Las mujeres siempre nos complicáis cuanto podéis la tarea de perseguiros cuando estáis disgustadas. Cualquiera diría que no es compañía lo que queréis.

—Por supuesto que no quiero c-compañía —le espetó Guinevere—. Deseo estar sola.

Él le lanzó una mirada interrogante.

—¿Así es como piensas tratar al héroe que te ha salvado de dar unas bochornosas explicaciones? ¿Cómo te habrías defendido si Bevers te hubiera acusado de robarle? Y no me trates como si fueras la primera mujer a la que conozco. Todo el género femenino quiere que

su hombre la siga y la consuele cuando está frustrada.

—Tú no eres mi hombre —le ladró, olvidando el protocolo.

—Discutiremos eso en un rato —determinó sin inmutarse. Aprovechó que Guinevere había bajado la guardia un instante para acercarse—. Si tanto interés tienes en robar algo, esta noche te llevaré a una de las tabernas de Gateshead y empezaremos a poner en marcha los puntos de tu lista, ¿te parece bien? Pero no lo hagas en una velada multitudinaria, o te puedo asegurar, esto por experiencia propia, que alguien acabará siguiéndote hasta tu caballo para manosearte sin compasión.

Guinevere ignoró la provocación y alzó la barbilla para clavar en él una mirada angustiada.

—¿Cómo? ¿Hoy? Pero hoy quería escribir. Voy muy atrasada con la historia, y…

—Por supuesto que vas atrasada con la historia, *Naive*. Tienes que averiguar cómo demonios se desata uno de una silla en el fondo del mar, y aún ni siquiera sabes cómo trepar un árbol. Debemos ponernos en marcha de una vez por todas. ¿A qué estás esperando? Dentro de cinco días volveré a Londres.

Guinevere se envaró al escuchar aquello.

Sí, en seis días estaría de vuelta en la capital. Lo sabía, claro que lo sabía; llevaba desde que era una niña celebrando las festividades en Beltown Manor y estaba acostumbrada a los saludos protocolarios, a la formación de los criados, al menú tradicional, a las actividades programadas y al «hasta el año que viene». Sin embargo, pensar en perderlo de vista para siempre, o, al menos, hasta la siguiente temporada, la disgustó tanto que quiso abofetearse.

¿A qué se debía esa melancolía anticipada? ¿Siquiera le gustaba aquel sujeto?

No, claro que no. Lo más probable era que solo le interesara lo que tenía que ofrecer.

Aventuras.

—De acuerdo —dijo de carrerilla, esperando que la acción le sacara de la cabeza ideas tan absurdas como que echaría de menos a Ulysses Saxby. Pero entonces él sonrió, satisfecho con sus poderes de persuasión, y ella se sintió inclinada a devolverle el gesto aun cuando se le había formado un nudo en la garganta—. Nos veremos a las diez en la p-puerta trasera, por donde salen los c-cr-criados, e iremos a c-caballo hasta donde mandes.

—Magnífico. Y ahora… ¿sería posible que me respondieras a una duda? ¿A qué demonios ha venido ese intento de llamar la atención de Bevers? —inquirió antes de que ella le diera carta blanca—. Lo que deberías hacer es echarlo de aquí, no dedicarle carantoñas. Ya sabes que es un ser despreciable.

—No quería hacerle carantoñas —se defendió, prácticamente escupiendo las palabras—, solo p-practicar un atraco y… y… y vengarme de él —confesó, agachando la cabeza. Cayó en la cuenta de que aquel era un gesto vulnerable y volvió a enfrentarse a la mirada de Ulysses con los ojos echando chispas—. ¡Se merecía que le robara el reloj! ¡Tú mismo has dicho que es un ser despreciable! ¡Él y todos los demás!

—Vaya, tampoco tartamudeas cuando estás furiosa con razón.

—¡Deja de hablar de mi maldito tartamudeo, idiota! ¡Yo no hablo de tu… de tu… de tu…!

—Parece que sí tartamudeas cuando intentas buscarme un defecto y no lo encuentras.

—¡Estúpido presuntuoso!

Ulysses soltó una carcajada que la dejó perpleja.

—Dios santo, eres tremenda —siguió riéndose. Ninguno de los dos dijo nada hasta que su sonrisa se extinguió, momento en el que la miró con cierta ternura—. No todos los demás pretendientes dejan que desear. El duque de Richmond parece un tipo con principios. Y luego estoy yo, que carezco de ellos, pero me considero bastante atractivo. Podría ser un poco más alto, eso sí…

—No hablaba de mis p-pretendientes actuales, o no de ellos, sino de los tipos c-como Bevers, los que te ablandan c-con p-palabras bonitas y luego te abandonan p-porque en realidad solo querían…

—¿Estamos llegando a la razón por la que tartamudeas? —inquirió con cautela, viendo que ella de quedaba sin palabras—. No puede ser casualidad que cuando más se te ha acentuado haya sido con un hombre que te ha ofendido. Que te ha ofendido de veras, no como yo, que solo lo hago dentro de un razonable margen —se apresuró a aclarar con los brazos en alto.

—Razonable margen según tus estándares, no los míos —le espetó, pero no siguió agraviándolo porque, aparte de que no tenía efecto alguno, había dado en el clavo.

Guinevere se dio la vuelta para que no viera la emoción adueñarse de su expresión, torciéndole el gesto en una mueca de dolor de la que no supo cómo reponerse.

Sintió que unas manos cariñosas la rodeaban por detrás. Esperó a que Ulysses hiciera algún comentario propio de su carácter, pero permaneció callado, y su silencio siempre era expectante; no habría cerrado el pico si no esperara una confesión que satisficiera su inagotable curiosidad.

—Estuve a p-punto de casarme en mi p-primera temporada. Con un… un barón. El barón Richter. No sé si habrás oído hablar de él.

—He oído que es más pobre que yo. —Escuchó su voz tan cerca que tuvo que contener un estremecimiento—. ¿Lo era cuando te

pretendía?

—Sí.

—Vergonzoso —bufó, asqueado.

—¿Vergonzoso que me p-pretenda un hombre sin recursos p-porque ni p-puede ofrecerme nada, ni me querrá p-por algo distinto a mi dinero? Hasta donde sé, tú estás haciendo lo mismo —le recordó con resquemor.

—Por eso he dicho que es vergonzoso. Es vergonzoso para mí no estar siendo ni siquiera original. Quería ser el primero, al menos. —Guinevere bizqueó—. Bueno, ¿y qué pasó con el barón *Poorer*[10]? ¿Para colmo de males también era pobre de ingenio?

—No, era… —suspiró— era encantador.

—¡Encima! —se quejó Ulysses—. Espero diferenciarme aunque sea en el color de ojos.

Sus idioteces acabaron por sacarle una sonrisa.

—Era p-perfecto. Por eso me enamoré de él c-como una idiota. Apenas había c-cumplido los dieciocho años y era uno de los p-pocos hombres que yo sentía que me p-prestaban atención p-porque de verdad le gustaba, al que no le importaba que mi familia fuera c-cuanto menos p-peculiar y tuviera un pasado escandaloso a las espaldas. Mi p-padre intentaba advertirme p-para que fuera c-con p-pies de p-plomo, aun así. Me decía que no es oro todo lo que reluce; que ni un dedo hace mano, ni una golondrina verano…

—Nada como el refranero popular para disuadir a tu hija de casarse —comentó con jovialidad—. ¡Me apunto el truco!

Guinevere soltó una carcajada en contra de su voluntad.

—¡Basta ya con las interrupciones! ¡Vas a arruinar el giro dramático de mi historia!

—La que se ha reído has sido tú —le recordó muy cerca del oído.

Ella llevó las manos a la cintura, por donde Ulysses la había rodeado para sostenerla contra su cuerpo. El objetivo era apartarlo, pero las dejó sobre las de él, rendida ante su calor.

—El c-caso es que… —retomó después de tragar saliva—. Cuando el barón fue a visitar a mi p-padre p-para p-pedirle mi mano formalmente, él le dijo que estábamos en la ruina, y que no p-podría ofrecerle una dote. Pretendía averiguar si de verdad me amaba, c-como yo no dejaba de repetirle p-para tranquilizarlo, y…

—Y, para variar, tu padre tenía razón.

—Sí. Yo estaba escuchando detrás de la p-puerta… —Alzó la mirada al techo alto de la biblioteca, donde relucía una gloriosa lámpara de araña. Rememoró la conversación que tantas noches había repetido para sus adentros, las sensaciones que la invadieron; esos síntomas del corazón roto que años después se hacían notar—. Le oí echarse atrás y marcharse c-con el rabo entre las p-piernas. Lo alcancé

antes de que se fuera, en el p-porche de nuestra casa de Knightsbridge…

—«En el porche de nuestra casa de Knightsbridge»… Serás engreída —se mofó Ulysses.

Guinevere fue a reprenderle por interrumpirla en plena confesión y reprocharle aquel irritante aspecto de su carácter. Sin embargo, entendió que nunca lo hacía para molestar o porque la anécdota no le pareciera importante, sino porque con ello esperaba suavizar la tensión; animarla a tomarse la historia de otra manera.

No lo consiguió, aun así.

—Dije su nombre, p-porque nos llamábamos p-por… p-por nuestros nombres, y c-cuando él se giró, yo… —Cerró los ojos—. Toda su mirada había c-cambiado. Había c-cambiado p-por c-completo. Parecía otra p-persona. Le dije que era mentira, que mi familia no estaba arruinada, que solo era una prueba del c-conde. Me enfadé más con mi padre que con el barón, p-porque… p-porque supongo que eso hace el amor, te vuelve idiota, ajeno a la realidad, y… y a él le habría p-perdonado c-cualquier c-cosa. Y entonces… entonces… me dijo… Él me dijo… Yo ni siquiera tartamudeaba entonces, era c-capaz de expresarme perfectamente, y de… de mantener una c-conversación coherente. —Se giró hacia Ulysses, no supo por qué, si no deseaba que viera las lágrimas estriando sus mejillas. Quizá solo esperaba su comprensión, que entendiera que ella no siempre había sido imperfecta; «un auténtico esperpento». Lo sujetó por los brazos, tratando así de mantener toda su atención—. Era… era joven, y… y… Pero él me dijo… me dijo que estaba loca si por algún instante p-pensé… No, sé qué dijo textualmente, lo recuerdo c-como si fuera ayer: «Estás loca si has pensado, aunque fuera por un segundo, que me casaría con una mujer tan mediocre como tú». —Pudo citarlo de carrerilla gracias a la cantidad de veces que lo había pensado e incluso pronunciado en voz baja en su dormitorio, ya bien entrada la noche—. Le p-pregunté a qué se refería, qué era una mujer mediocre c-como yo, y se giró c-completamente hacia mí y empezó a enumerar… a enumerar… Llevaba meses c-cortejándome, c-casi medio año en total. Habíamos ido a todas p-partes juntos: al parque, al teatro, a la ópera; venía a mi c-casa c-con frecuencia, me mandaba flores, y se acordaba tan bien c-como yo de todos esos momentos, p-pero no de la misma manera, p-porque empezó… empezó a… mencionar uno p-por uno esos días juntos y se desahogó c-contando lo soporíferos que le resultaron, lo insoportable que era estar c-conmigo, c-cuánto se aburría c-cuando yo le hablaba de… esto o de aquello… —Agachó la mirada—. Era c-como si… —retomó unos instantes después—. Como si él hubiera vivido una… o c-como si yo hubiera vivido algo… algo… Era como si nunca hubiéramos estado en el mismo sitio al mismo

tiempo. Y, para acabar, agregó que… —Tragó saliva y volvió a mirarlo a la cara. Fue la primera vez que vio a Ulysses serio, con los labios tensos en una línea y los ojos sin ese brillo pícaro con el que parecía que siempre estaba riendo. Guinevere sonrió esperando que él le devolviera el gesto, aunque fuera la sonrisa más triste del mundo—. Me dijo que estaba enamorado de otra mujer y que su intención había sido fugarse c-con ella c-con mi dote.

Guinevere no sabía qué reacción esperar viniendo de Ulysses, pero definitivamente no había contemplado que soltara:

—Hizo lo correcto.

Su conclusión la ofendió tanto que tuvo que apartar sus manos y dar un paso atrás.

—¿Perdón? —jadeó en tono admonitorio, recomendándole no seguir por ahí.

—Hizo lo correcto —insistió él, avanzando de nuevo hacia ella—. Si te hubiera contado una mentira piadosa para no hacerte daño, te habría arruinado la vida. Estabas enamorada de *Poorer*, ¿no? —No esperó a que respondiera—. ¿Qué no habrías hecho por tu final feliz con él si, al seguirlo a la salida, te hubiera dicho que, como no tiene dinero y tú tampoco, le avergüenza no poder darte el futuro que mereces y lo mejor sería poner fin al cortejo? ¿No habrías metido la mano en la bolsa de tu padre y te habrías fugado a Gretna Green para casarte con *Poorer* si te hubiera mirado con ojos de cordero degollado, con ojos de hombre enamorado de un imposible y herido en el alma, y te hubiera dicho que te ama con locura pero que teme que acabes odiándole por no poder proporcionarte el mismo nivel de vida del que ya gozabas?

—Eso es muy retorcido —replicó Guinevere, aunque dispuesta a ver su argumento con otros ojos después de la explicación—, y yo no soy tan valiente c-como para fugarme a Gretna Green.

—El otro día insinuaste que te casarías con cualquiera que te sacara de esta casa de locos, y si eres lo bastante temeraria para seguir al ladrón de tu collar y luego pedirle que te enseñe a robar, a trepar y a huir, lo eres para tomar esponsales en Escocia —atajó como si tuviera la verdad sobre las cosas. Y sobre todas tal vez no, pero sí tenía la razón en ese caso—. En definitiva, me temo que el tipo no es tan mala persona como se cree… o como intentó ser; quizá porque nadie le dijo que un mago nunca revela sus trucos, ni siquiera cuando se queda sin recursos. Un verdadero manipulador habría llegado hasta mi final alternativo para salirse con la suya.

—¿Un verdadero manipulador c-como tú, quieres decir? —inquirió, y no con el propósito de ofenderlo, sino inquieta después de su retorcida argumentación.

¿Estaba acaso ante un hombre que sí sería capaz de llegar hasta el

final?

Ulysses cortó su duda de raíz con un ademán sincero.

—En absoluto. Me alegra que *Poorer* y yo nos diferenciemos en más de un aspecto. Para empezar, que yo me retirara del cortejo si estuvieras en bancarrota no te sorprendería porque he sido sincero. Y, por supuesto, no huiría con otra mujer una vez tuviera tu dote.

—¿Porque no estás enamorado de otra c-con fecha de hoy?

—Porque sería muy descortés por mi parte.

—Vaya, agradezco tu generosidad —contestó con sarcasmo.

Así intentó enmascarar el malestar que la invadió, y que quiso asociar con el miedo a revivir una situación similar intercambiando a Richter por Ulysses. Sin embargo, su inteligencia le impedía engañarse a sí misma con facilidad. Simple y llanamente le molestaba, como no le importaba con ningún otro, que no la pretendiera por gusto.

—No me malinterpretes —prosiguió Ulysses—. Creo que ese tipo es un hijo de puta, y debería habérselo pensado antes de adoptar esta bajísima categoría como la clave de su personalidad. Ser pobre ya es bastante malo como para encima ser un miserable bastardo. Ahora bien… podría haber sido peor. ¿Tu padre no lo buscó para romperle el cráneo de un testarazo? —inquirió con toda naturalidad—. Parece esa clase de caballero.

«Oh… Lo habría partido en dos usando una sola mano».

—Nunca le dije lo que había p-pasado, y, aun así, quiso escarmentarlo. No lo hizo p-porque yo se lo p-pedí, y p-porque él se sentía demasiado culpable c-como para desoír mis ruegos. Creo que hoy día sigue afectado p-porque por su culpa yo no tuviera mi final feliz, incluso si es evidente que me hizo un favor.

—Y desde entonces tartamudeas con tus pretendientes.

—Con todo el mundo.

—A lo mejor te cura un beso de amor verdadero —sugirió él, recuperando la mirada pizpireta.

Guinevere ni siquiera se había dado cuenta de que la había echado de menos el minuto que había demorado en regresar. Quizá por eso mismo tardó en reaccionar a su tono sugerente.

En cuanto se percató de que la atmósfera había cambiado, retrocedió por impulso.

—¿Qué?

—Un beso de amor verdadero —insistió, avanzando hacia ella con las manos entrelazadas a la espalda. Parecía un niño a punto de preguntarle en qué puño escondía la canica—. ¿No has leído el cuento de los hermanos Grimm? ¿*La bella durmiente del bosque*? La princesa está muerta hasta que el príncipe la salva con un beso. De amor verdadero, evidentemente.

—Que si me he leído el c-cuento —repitió Guinevere en tono

sarcástico—. Mi p-padre se c-conoce todas las leyendas, historias y tradiciones orales del mundo entero, así que no solo me sé la versión edulcorada de los hermanos Grimm, sino la original, *Sol, Luna y Talía*, y *La bella del bosque durmiente* de Perrault. Solo la salva el beso en el texto de los alemanes, p-por cierto. En los otros c-casos no ocurre nada celestial o romántico.

—Yo también me he leído unos cuantos cuentos —prosiguió Ulysses, encantado de contraatacar y de acorralarla donde no pudiera huir de sus intenciones. ¿Quería huir, en realidad, o solo lo hacía porque era lo que le habían enseñado? Su media sonrisa provocativa era hipnotizadora—. ¿Qué me dices de aquel sobre el príncipe rana? También lo besan para que vuelva a ser un hombre. ¿Y qué hay de *La bella y la bestia*? Beaumont publicó en el siglo dieciocho una historia sobre un tipo con una maldición que solo regresa a su forma humana cuando la hermosa doncella le dice que le ama y desea ser su esposa.

—¿Me estás endosando el rol de la bestia?

—En absoluto, pero no sería descabellado que yo fuera el bello, ¿a que no?

Quiso recriminarle su descarado amor propio, pero estaba cada vez más cerca y no veía cómo un reproche podría retenerlo en el sitio si le divertía de lo lindo que le insultaran.

—No me c-consta que la doncella lo besara en la historia. Solo le expresa sus sentimientos —balbuceó Guinevere, y respingó al chocar con una de las estanterías de la biblioteca.

Ulysses se detuvo a un suspiro de rozar sus labios.

—Los besos de amor verdadero también se pueden dar con las palabras —replicó con dulzura, acariciándole el óvalo de la cara con los dedos—. Igual que a ti un par de frases te envenenaron el alma y te despojaron de toda esperanza, otro conjunto de sílabas podría salvarte. Sobre todo en vista de la consideración en la que tienes las letras… y las ciencias… y la economía… y…

—Esto es… es… es… ridículo —lo cortó, agobiada—. Ni un beso ni nada va a c-curarme el tartamudeo, y en el c-caso de que esa fuera la c-cura, tú… tú eres quien menos p-podría p-pronunciar las palabras románticas que necesitaría.

Quiso decir más, mucho más, pero Ulysses escrutaba su rostro como si deseara memorizarla.

—No soy romántico, pero sí honesto. Creo que a veces eso es mucho más importante. Neve… —susurró con paciencia, continuando la caricia por su cuello, por el borde del escote. Logró que lo mirara sin pestañear, sin respirar, con miedo a perderse un detalle—. Eres increíblemente inteligente, lo que hace de tu conversación toda una delicia. Aunque te trabes al expresarte, el mensaje es cabal, propio de una persona culta y reflexiva, y siempre resulta interesante. Sigues

siendo joven. Mi madre me trajo al mundo con seis años más de los que has cumplido tú, y era su primer y único hijo.

—Q-que seas hijo único explica q-que seas tan egocéntrico —balbuceó con voz aguda.

Él sonrió, pero no permitió que le distrajera.

—Ser lista no te hace en exceso analítica o pedante, solo lo justo para parecer adorable. En realidad, eres dulce y tierna, y que tu corazón se haya mantenido fiel a valores contrarios a la frivolidad quiere decir que la adversidad no tiene la fuerza suficiente para transformarte. E incluso si la mujer con la que iba a fugarse era la bellísima actriz de teatro Wendoline Lyndon en sus años de juventud —continuó, pegándose a ella lo suficiente para, ahora sí, por fin, rozarle los labios entreabiertos— no consideraría justificado tu abandono. Tienes una melena que me recuerda a la legendaria Sissí… y me consta que eres una delicia para los sentidos; firme donde debes estarlo, blanda donde a un hombre le gusta hundir los dedos… —Esquivó su boca para hablarle al oído con un descaro que la estremeció—; incluso húmeda en los momentos que toca, y cuando te tocan.

Guinevere no supo por qué dejó que la rodeara. Tampoco supo por qué se dejó besar la primera vez; o la segunda, ya puestos. No sabía por qué reaccionaba a sus caricias y se las devolvía, ya no con curiosidad, sino con un ansia intoxicada que la dejaba exhausta cuando él se marchaba, como si se hubiera llevado una parte de ella consigo. Quizá solo le gustara la sensación de pesadez y a la vez de ligereza. Quizá solo le gustara sentirse deseada. Pero en el fondo sabía que no era así. Le gustaba que él le prestara atención, pero no así las razones por las que lo hacía, y estaría dándole la espalda a una verdad monumental y dolorosa, además de engañándose a sí misma e incurriendo en el mismo error que en el pasado si se dejaba seducir por un hombre que no la quería. Que probablemente no podría quererla nunca porque era superficial, egocéntrico y nada le parecía lo bastante solemne como para tomárselo en serio.

Tenía tan reciente el ridículo en el salón y los recuerdos del barón que casi no sufrió al escabullirse de entre sus brazos. No se dio la vuelta hacia Ulysses hasta que hubo interpuesto la suficiente distancia para que no se le ocurriera acercarse de nuevo.

Guinevere había perdido el aliento, y él parecía extrañado, como si no comprendiera que estaba poniéndola en una situación muy complicada.

Se enamoró a los dieciocho años con una ingenuidad imperdonable, pero no podía culpar a la inexperiencia de su error. Podría volver a caer en las garras del amor equivocado con un hombre tan encantador como aquel, y esto la aterraba por razones justificadas.

—No tienes derecho a adularme c-como si mis sentimientos te importaran, p-porque si de verdad lo hicieran, no p-pecarías de lo mismo que Richter. Quieres mi dinero, no a mí —le recordó, y no pudo evitar sonar dolida—. No hay necesidad de mezclarlo todo c-con palabras bonitas. Ya sé que están vacías.

—Esa es una visión un tanto reduccionista e injusta conmigo, cariño —respondió, inmóvil a unos pasos de distancia. Y por una vez no sonó divertido o sugerente, sino admonitorio; casi como una amenaza—. Que me interese ser rico no significa que no puedas interesarme tú también.

Odió que el corazón se le acelerara, inclinado a tomarse el comentario como una pequeña confesión.

—Limítate a atenerte a mis deseos —lo cortó alzando una mano—. Ten claro aquí y ahora que no p-puedo interesarte p-porque no te veo c-como un posible candidato, p-por impostor y p-por aprovechado. Tú no me estás c-cortejando, en definitiva, sino solo ayudándome —aclaró, tajante—, p-por lo que no sigas p-por ese camino o te las verás c-con más de un p-problema.

Guinevere se dio la vuelta temblando todavía, como si acabara de salir a la intemperie sin antes cubrirse. El símil no era del todo desacertado, porque al huir bruscamente de un tórrido abrazo se había arrebatado la oportunidad de entrar en calor.

Fue hacia la salida acto seguido, negándose a escuchar una réplica que pudiera ablandarla. Aun así la escuchó, por desgracia, o al menos creyó oírle decir:

—Eso ya lo veremos.

Capítulo 12



Érase una vez un arrebato de violencia descontrolada

—Que no soy su pretendiente… —mascullaba Ulysses, prácticamente arrancándose la camisa para sustituirla por una menos elegante. No quería llamar la atención como posible víctima de atraco en la taberna del pueblo—. ¿Quién se ha creído que es? ¡Tener cincuenta mil libras no te hace mejor que los demás!

—Que conste que lo has dicho tú, no yo —le señaló Keith, acomodado en el sillón de la esquina con una sonrisa de triunfo bailando en los labios. Nada le divertía más que la frustración de Ulysses Saxby—. Aunque algo mejor que los demás tiene que ser si ha conseguido irritarte. Sabe Dios que yo, por mucho que lo he intentado, nunca he logrado tal hazaña.

Hizo una pausa para dar una calada a un puro que Ulysses miró con envidia malsana.

—Por supuesto, el gran amigo del conde de Clarence obtiene esa clase de concesiones: fumarse todos los habanos importados de Cuba que le dé la real gana. Yo ni siquiera he conseguido que Arian Varick mire en mi dirección. Al final serás tú quien se case con *Naive*, y todo porque le gusta el maldito funcionario para su hija.

—¿*Naive*? —Puso los ojos como platos—. ¡Hasta le has puesto apodo! ¡Otro privilegio del que yo no gozo como único amigo tuyo que soy!

—No eres mi único amigo —le replicó con desdén mientras se vestía de lugareño con movimientos airados—. Por si no lo sabes, soy encantador y todo el mundo me quiere.

«Excepto Neve», pensó con amargura.

Keith se incorporó para apoyar los codos sobre los muslos, tan separados el uno del otro en una postura indecente como se lo permitía la flexibilidad. Desde allí, oculto entre las sombras como un animal al acecho, le lanzó una mirada de brillantes ojos negros.

—¿Qué otros amigos tienes? —tanteó con gesto taimado.

—Pues… John. Sí, Johnny —improvisó sin mucho interés. La verdad era que no le costaba ganarse el afecto de la gente; solo mantenerlo una vez descubrían que los había estado timando—. ¡Qué sé yo! ¡Esa no es la cuestión!

—Cierto —cabeceó Keith, conforme. Volvió a recostarse cómodamente, aliviado ahora que había quedado confirmado que

Ulysses y él eran almas gemelas—. La cuestión era que lady Guinevere no te considera un pretendiente serio. ¿Puedes culparla?

—¡Y tanto que puedo culparla! He puesto en marcha todos mis mecanismos de seducción, y ella no parece inmune hasta que de pronto da un salto hacia atrás y me mira como si fuera un vil traidor.

—No se lo tengas en cuenta. Como muy bien has dicho, cincuenta mil libras no la hacen mejor que tú.

—No la hacen mejor que yo, pero sí mejor que el resto; por eso me enfurece que me descarte sin más. —Tomó asiento para calzarse las botas, sacudiendo la cabeza—. ¿Tienes idea de lo difícil que es encontrar una mujer apta para el matrimonio?

—Aptas para el matrimonio lo son todas. Que sean aptas para el matrimonio contigo, por otro lado… —Keith dejó la frase al aire.

—¡Exacto! ¡Y *Naive* es ideal! —rezongaba—. Ha nacido en una cuna de oro, pero no se comporta con la frivolidad y la presunción de los privilegiados porque le han hecho daño, y ha tomado ese dolor como impulso para crecer. Es inteligente, pero no te trata como si fueras idiota si no sabes algo; está encantada de explicártelo y compartir contigo su sabiduría. Es bella de esa manera secreta, particular, que hace que te regocijes cuando la tienes a solas en una habitación; sabes que has encontrado un tesoro, y que de aquí a que otro idiota se dé cuenta de que te lo has llevado, pueden pasar mil años, porque hay que ser observador y la gente no ve la verdad ni aunque se la estampen en las narices. Es divertida, y digo divertida en el pleno sentido de la palabra, no «divertida» de que se ríe con mis chistes y me sigue la corriente.

—Ah, claro, ese tipo de «divertido», una definición que solo podía inventarse un egocéntrico como tú.

—Y que sea vulnerable no quiere decir que carezca de arrestos —proseguía, tan sumido en su descripción que no se daba cuenta del gesto sardónico de su amigo—. ¿Te he contado que casi le vuela la tapa de los sesos a Bevers? Dios, ¡está loca! —Y lo exclamó como si fuera la mejor de las virtudes.

—Parece que la joven te gusta. Lo he deducido porque ya no la llamas «la víctima»… y porque no dejas de dar vueltas por la habitación, como cuando planeas un golpe y no puedes esperar para llevarlo a cabo.

Ulysses frenó en cuanto se dio cuenta de que le había poseído una energía desbordante. Solo que no estaba ilusionado por el éxito de una misión, sino lleno de resentimiento hacia la discusión en la biblioteca y al mismo tiempo impaciente por verla otra vez.

—No me gusta. O sí, pero no como tú estás dando a entender con ese tonillo. La conocí ayer, más o menos —le respondió como si fuera idiota—, pero parece que hayan fusionado a todas las mujeres que me

han atraído en una sola. Hannah me gustaba por su ingenio, pero tenía cara de caballo. Evelyn era bellísima, pero incapaz de pensar por sí misma. Arabella era bonita y divertida, pero mala como el demonio. Intento buscarle un pero a Neve y simplemente no lo hay. Para colmo, me desdeña como si no valiera nada. ¡Eso la hace aún más perfecta!

Keith soltó una carcajada cargada de desdén.

—Cómo se nota que nunca te han roto el corazón. Si ella o cualquier otra mujer que te interesara te hubiera desdeñado de veras, estarías llorando ahora mismo.

—No puedo llorar, tengo asuntos urgentes que atender. Me voy a llevar a milady a la taberna del pueblo a cumplir los requisitos de su lista. Creo que me molesta su ingenuidad —reconoció, pensativo—, y solo de vez en cuando. ¿No sabe que el roce hace el cariño, acaso? Se va a enamorar de mí porque la voy a llevar a conocer el mundo, a vivir aventuras…

—Y tú te vas a enamorar de ella sin salir ni de su casa. Eres patético.

Ulysses lo fulminó con la mirada.

—Tú eres patético —replicó en tono infantil, señalándolo condenatorio—. Y ahora, si me disculpas, la dama me espera. Tengo mucho que demostrar esta noche.

Ulysses no sabía cómo lo había hecho ni de dónde había conseguido prendas de aspecto raído para hacerse pasar por un muchacho del pueblo, pero Guinevere había seguido al pie de la letra sus instrucciones. Le costó reconocerla cuando la vio en la puerta trasera de la mansión, la que daba al ala de la servidumbre.

—Bonito disfraz. —Le señaló la cabeza con un gesto de barbilla. Había recogido aquella interminable melena suya de modo que cupiera en un pañuelo que le daba aspecto de grumete—. Pareces el amante de un pirata.

—La amante tal vez no, p-pero desde luego soy la c-compinche de un pirata —comentó, frotándose los hombros para entrar en calor mientras miraba alrededor—. ¿Sabes a dónde vamos?

—Ajá. Viví en Gateshead de niño, así que si las cosas no han cambiado mucho (y, admitámoslo —agregó, bajando el tono—, en los pueblos no suele cambiar nada), me conduciré hasta la taberna sin mayor problema.

—¿Viviste en Gateshead, dices? —inquirió con latente curiosidad. Ulysses, que ya había emprendido la marcha al cobertizo para sacar a los caballos, se detuvo un momento para mirarla con sorna—. ¿Qué?

—¿No estabas enfadada conmigo por alguna razón que solo

entiendes tú? ¿Ahora volvemos a hacernos preguntas personales, como dos amigos del alma?

La oscuridad le impidió apreciarlo, pero tuvo la corazonada de que Guinevere se había ruborizado.

Siendo del todo sincero, Ulysses podía imaginarse por qué había reaccionado de mala manera a su intento de seducción. Era una mujer sensible y al mismo tiempo trataba de ser práctica. Si se le sumaba la traición de *Poorer*, no le extrañaba que se hubiera propuesto condenar sus acercamientos para no salir herida.

—Supongo que sé que no me c-conviene seguir molesta c-cuando p-pretendemos p-pelearnos con un p-puñado de jornaleros en una taberna —acotó sin más.

Se adelantó a él para cortar la conversación, y no le permitió pronunciar ni media palabra hasta que sacó a los caballos del establo. Cuando salió, montaba su yegua con soltura y agarraba las riendas del mismo semental en el que Ulysses había cabalgado.

—¿No vas a hacer algún comentario sarcástico, como «lamento que no sea un Ajal-Teké»?

—No soy partidaria de las p-puntadas maliciosas. ¿Eso te decepciona?

—En absoluto. Con bastantes sujetos taimados tengo que lidiar en el día a día como para colmo soportar ese carácter en mi futura esposa. —No le dio tiempo a reaccionar más allá de poner los ojos en blanco, y añadió—: Te sigo.

Unos minutos de silencio después, silencio que le inquietó, desmontaron a las puertas de una de las tabernas más famosas y queridas de la zona, El Zorro Viejo.

Guinevere seguía callada y pensativa, y por un momento Ulysses llegó a temer que la hubiera decepcionado hasta el punto de perder su simpatía.

—Vamos —lo animó ella, esperando a que fuera él quien empujara las puertas.

En una mesa redonda situada al fondo del establecimiento, dos parejas de lugareños terminaban una partida de *bridge*, justo a tiempo para que Ulysses interrumpiera y solicitara permiso para unirse. Eran los perfiles perfectos para cumplir los puntos de Guinevere. Tenían el aspecto rudo y el gesto contrariado de hombres que bastante obedecían ya en la jornada de trabajo como para capear idioteces al caer la noche.

Uno de ellos en particular, pelirrojo y robusto, parecía más que capaz de romperle los dientes al que le respirara demasiado cerca.

—Buenas noches, caballeros. —Ulysses sacudió delante de sus narices una bolsa de tela de arpillera. Las monedas tintinearon en el interior, captando la atención de los jugadores codiciosos—. ¿Tienen

sitio para una pareja más?

—Depende de lo que lleves ahí.

—Doce chelines. El salario de todo un mes. ¿Les parece suficiente?

Fue el labriego pelirrojo quien le hizo un gesto seco para que tomaran asiento.

Tal y como había sospechado, era quien partía el bacalao.

—¿Sabes jugar al *bridge*? —le preguntó Ulysses en voz baja—. No es que te haga falta, porque no hemos venido a ganar, sino a hacer trampas, pero…

—Sí, claro que sé jugar al *bridge* —le cortó ella.

Se hizo oír sin querer.

—Vaya, hablas como una mujer —se burló el acompañante del pelirrojo, que, por lo demás, parecía un tipo bastante prudente. Ofreció uno de sus cigarrillos baratos a la concurrencia—. ¿Os apetece uno?

—No, gracias —rechazó Ulysses después de dejarse caer con cansancio.

—Yo sí acepto —le sorprendió diciendo Guinevere.

Ulysses fue a censurarla con una mirada rayana en la preocupación, temiendo que se delatara rompiendo en toses secas, pero dio un par de caladas con naturalidad.

Tan solo…

—También fumas como una mujer —señaló el acompañante del pelirrojo.

Guinevere solo se encogió de hombros, cuidando no hablar más de la cuenta.

Solo retomó la palabra cuando ya habían comenzado la partida y la llevaban bastante avanzada. Se inclinó sobre el costado, y procurando que solo la escuchara Ulysses, preguntó:

—¿Cómo p-pretendes hacer…? Ya sabes.

—Lo verás en unos segundos.

Cuando le tocó el turno de arrojar la carta del mismo palo inicial, Ulysses inspiró hondo, sabiendo que vendría el revuelo, y echó el comodín.

—¿Qué diablos es eso? —rugió uno de los labriegos, alternando una mirada asqueada entre la sonrisa de celulosa del arlequín y la triunfal de Ulysses.

—Un *joker* o comodín, si lo prefieres. He pensado que la baraja estaba un poco anticuada y me he tomado la libertad de introducir estas cartas extra. Hace ya un par de años desde que se fabrican con la figura del comodín, señor… ¿No lo sabía? —fingió sorprenderse; incluso compadecerse de su ignorancia, cosa que irritó al pelirrojo.

—¿Y qué significa? —inquirió uno de los silenciosos muchachos de la otra pareja, alargando el brazo para cogerla y estudiarla de cerca. El

labriego malhumorado le dio un manotazo en la muñeca para evitarlo, como si la carta fuera a echar arder.

—Significa que este jugador está eliminado —gruñó. Su rostro se ensombreció al enfrentar de nuevo a Ulysses—. Ha hecho trampas.

—No, no las he hecho —repuso con naturalidad—. El *joker* es un elemento aceptado en las partidas desde el año ochenta, caballero. Desde los sesenta, si nos vamos a América.

—¡No estamos en América! —ladró después de golpear la mesa con el canto de la mano—. ¡Estamos en Gateshead, y esa carta no es válida! ¡Si no tiene otra del palo de referencia, retírese de la partida!

—El comodín vale por la carta que yo quiera, señores —insistió Ulysses. Quizá en una noche que no se sintiera particularmente juguetón habría recogido sus pertenencias y se habría marchado de inmediato, pero Guinevere quería trifulca, y la iba a encontrar—. Que tenga usted mal perder no es mi culpa.

El labriego empezó a ruborizarse de pura indignación. Entonces habló otro de los presentes, este mucho más sereno.

—Yo había oído hablar de los comodines —reconoció con tiento—, pero creo que si íbamos a incluirlos en la partida, debería haberse mencionado antes de comenzar. Pretender que este juego suyo tenga validez, señor, cuenta como hacer trampas.

—Y un carajo —espetó Ulysses, fingiendo enfurecerse—. He ganado, y por tanto exijo mi recompensa.

—¡Va a tener suerte si no se larga con un ojo morado de regalo, bastardo! —seguía rugiendo el pelirrojo, que se había levantado del asiento con tanto ímpetu que la silla había salido disparada hacia atrás. Ulysses sospechaba que esa había sido la intención—. ¡Fuera!

—Que yo sepa, este establecimiento no es suyo.

—Pero he sido quien le ha permitido sentarse, e igual que le he invitado, le revoco la invitación. ¡Largo! ¡Ahora!

—De acuerdo. —Ulysses fingió claudicar poniéndose en pie a su vez con las dos manos en alto. Le hizo un gesto sutil con la cabeza a la silenciosa Guinevere para que lo imitara—. Me marcharé porque no quiero arruinarles la noche de juego… —En un visto y no visto, Ulysses alargó el brazo y agarró la bolsa de monedas que descansaba en el centro de la mesa. Le sonrió, provocador, al labriego—, pero esto me lo voy a llevar.

Agarró a Guinevere del brazo con la mano libre y tiró para echar a correr hacia la salida. Ulysses escuchó el bramido animal del pelirrojo y las maldiciones de su hasta ahora prudente acompañante. Supo, por el escándalo de sillas y golpes que se armó a sus espaldas, que el tipo no se resignaría y cumpliría uno de los sueños de Guinevere: los perseguiría hasta donde hiciera falta para recuperar su bolsa.

Mientras se adentraban en la noche, oscura como la boca del lobo,

Ulysses se preguntó si no habría sido más razonable hablar antes con los caballeros y pagarles una buena suma a cambio de llevar a cabo el teatro. No le sobraba el dinero para ir repartiéndolo entre labriegos, pero se habría curado en salud, y ahora no estarían corriendo peligro al sortear los obstáculos ocultos entre las sombras, huyendo de un enemigo enérgico y alimentado por la furia.

—¡¿A dónde vamos?! —gritó Guinevere, mirando por encima del hombro para comprobar que el pelirrojo los seguía. El otro se había dado por vencido, valorando más su salud y el calor de la chimenea que su salario. Ulysses no podía culparlo—. ¡Nos va a alcanzar! ¡Tenemos que c-correr más rápido!

—¡Míralo! —aullaba el labriego—. ¡Incluso corre como una mujer!

Guinevere tropezó con la rama saliente de un árbol y estuvo a punto de caerse. Gritó por el susto y el miedo de que la alcanzaran, a lo que el perseguidor se rio con malicia. No le costó dar con ella segundos después, tan solo alargando el brazo y agarrándola del cuello de la chaqueta.

—¡Y también chillas como una mujer! ¡Dame mi dinero! —exigió, y antes de que Ulysses pudiera poner en marcha un mecanismo de defensa, observó, horrorizado, que el tipejo le daba la vuelta a Guinevere como si apenas fuera una muñeca y le asestaba un puñetazo en la cara.

Una emoción indescriptible le subió por el estómago hasta quemarle en las mejillas.

Nunca se había considerado un hombre violento, pero ni siquiera tuvo que pensárselo dos veces. Agarró al labriego de la pechera de la camisa, guiado por una fuerza que jamás había tenido.

—¡Porque es una mujer, imbécil! —le espetó a un palmo de la nariz, solo un segundo antes de devolverle el golpe. Tuvo que ser uno de los buenos, porque le borró la expresión sanguinaria e incluso le hizo perder el equilibrio; y eso por no mencionar que un dolor agudo le recorrió el brazo entero como un latigazo—. ¡Joder! —aulló, sacudiendo la mano antes de cubrírsela con la otra—. ¡Creo que me la he roto!

—Y yo… —balbuceó Guinevere, sujetándose la mejilla como si temiera que se le deshiciera como una máscara de barro— yo c-creo q-que me he roto la c-cara.

—¡Cielo santo, es verdad! —exclamó, recordando a qué se había debido el arranque violento. Se giró hacia la joven, ignorando la presencia del labriego y su pasmo, y le retiró la mano para valorar los daños—. Esto es terrible… Por más frío que apliques, mañana tendrás un cardenal muy visible. ¿A usted le parece normal ir por ahí golpeando a las mujeres? —le ladró al jugador, que permanecía en pie con la mandíbula desencajada y los ojos como platos—. Que sepa que

se lo voy a decir al conde de Clarence. Le tiene muchísimo aprecio a esta muchacha que ve aquí.

—¿A milord? —oyó una nota de temor en su voz—. No, por favor, se lo ruego. No… no sabía… Yo no sabía que ella… que usted… que usted y ella… Por Dios se lo pido, no le comuniquen este pequeño malentendido al conde. Me advirtió que comportamientos como el mío no tenían cabida en su finca y me dio una última oportunidad después de un arrebato que sufrí, y… no… no puedo decepcionarlo, ni perder mi trabajo, yo no… —Juntó las manos en un ruego. Balbuceaba y estaba a punto de romper a llorar—. Señor…

—Puede irse en p-paz —le dijo Guinevere con la voz nasal. Se había cubierto parte de la cara con la vana esperanza de sofocar el furioso palpitar de la zona afectada. Ulysses bien podía haber estrenado sus nudillos esa noche, pero conocía de sobra la reacción corporal a un puñetazo y lamentaba que Guinevere hubiera tenido que sufrirla—. No se lo diré… y tome su dinero.

—Que Dios la bendiga… —Hizo una pausa dubitativa después de aceptar la bolsa— sea quien sea usted.

Los dos vieron marchar al pelirrojo con una actitud muy diferente a la inicial. Se quedaron en silencio hasta que lo perdieron de vista, para lo que tuvieron que esperar unos minutos de más. El hombre no dejaba de mirar por encima del hombro, entre preocupado porque cambiaran de opinión y muerto de curiosidad, y hasta se tropezó con la misma rama que había mandado a Guinevere de cabeza al suelo.

—Otra de las razones por las que ser rico es un sueño hecho realidad —señaló Ulysses, orgulloso de haber encontrado otro motivo para sustentar sus argumentos—. Nadie se atreve a toserte.

—Eso tiene su p-parte buena, sin duda —reconoció ella a regañadientes—, p-pero ¿no te daría miedo no llegar a saber si te dan la razón p-porque de verdad p-piensan que la tienes, o p-porque te temen?

—En absoluto. Lo importante es que me den la razón.

—Eres un idiota —bufó.

—Solo por hoy, voy a permitir que me insultes. Te han abofeteado por mi culpa, a fin de cuentas.

—Si fuera una bofetada, no dolería tanto —se lamentó Guinevere, y solo un segundo antes de esbozar una sonrisa incrédula—. Aunque, visto de otra manera, quería p-presenciar una p-pelea de taberna y me he llevado una experiencia incluso más enriquecedora: ahora sé exactamente c-cómo duele y p-podré realizar una descripción muy creíble.

—Dios santo —musitó, a caballo entre la perplejidad y la retorcida admiración—, los escritores estáis tarados.

—Necesito c-convencer a mi hermano de que Bellamy no es una

escritora, sino el colmo de la masculinidad, y c-creo que solo podré hacerlo si detallo escenas de acción c-como si las hubiera vivido en p-primera p-persona… —empezó a meditar en voz alta.

Ulysses puso los ojos como platos.

—¡¿Eres A. M. Bellamy?! —la interrumpió con un grito de puro asombro. Guinevere le chistó para que bajara el tono. Él miró alrededor para confirmar que estaban a solas y repitió en voz baja, sin perder el tono admirativo—: ¿Eres A. M. Bellamy?

Guinevere seguía presionándose la mejilla afectada, esta vez mirándolo con desorientación.

—Juraría que te lo había dicho.

—Disculpa —replicó en tono pedante—, pero me acordaría de haber conocido a mi escritor preferido.

—¿Tu escritor p-preferido? —repitió con incredulidad y una nota esperanzada—. ¿De verdad?

—¡De verdad! —Asintió de forma frenética—. Y soy un lector empedernido, que lo sepas. Es la única afición que tengo que me obliga a permanecer sentado, y solo porque es otra manera de acumular experiencias; puedo elevarme a donde el autor quiera llevarme. No me lo puedo creer… —Le puso las manos sobre los hombros para mirarla como si la viera por primera vez—. ¿Tú escribiste *El beso venenoso*? ¡Dios! ¡Aquel misterio fue inmejorable! ¡Espectacular! ¡No lo vi venir! ¡El hecho de que la mujer fuera la asesina, y la justicia poética que encerraba el hecho de que matara a su marido con *manna di San Nicola*[11] en referencia a la primera envenenadora italiana…! ¡Fue brillante! ¿Y qué me dices del primer libro, *Lazos de sangre*? ¡Me volvió loco ese giro argumental en el que la víctima era la hija de su supuesta hermana!

—Gra… gracias —tartamudeó con las mejillas ardiendo. La oscuridad le impedía verla con claridad, pero casi podía sentir en su propia piel el ardor de la suya—. Me gustaría q-que no lo mencionaras en voz alta, ni c-con t-tus amigos, ni… Yo he de p-permanecer en el… anonimato.

—Por supuesto, descuida, guardaré el secreto…, pero si yo fuera tú, firmaría con mi nombre. Hasta con mi segundo nombre. Y con el apellido de soltera de mi madre. Es… magnífico —insistió, entusiasmado—. ¿Y dices que vas a basar las actuaciones del villano en lo que yo te enseñe? ¡Qué honor! Tenemos que llevarte de vuelta para que empieces a escribir. Vamos, ¡en marcha!

Guinevere obedeció en completo silencio. Ulysses estaba tan emocionado por el descubrimiento que tardó en darse cuenta de que era la inseguridad lo que la hacía encogerse sobre sí misma. Solo entonces dejó de parlotear sin descanso acerca de los misterios novelescos que le habían dejado en el borde del asiento y detuvo el

paseo.

A esas alturas ya habían llegado a la puerta de servicio de Beltown Manor.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, girándose hacia ella para mirarla bien ahora que por fin las lamparillas de la cocina iluminaban sus rasgos—. ¿Te he ofendido?

—¡No! No, no…, todo lo c-contrario.

—Es que te has puesto a tartamudear con las letras que no son. Con la «g» y con la «t» no tienes problema… que yo sepa. ¿No querías que me enterara de que eres el señor Bellamy? ¿Acaso no lo sabe nadie más?

—No, no se lo he c-contado a nadie p-porque… En fin, mi madre es… —Sonrió de pronto—. Iba a decir que mi madre es p-peculiar, pero no. Mi madre es una aristócrata normal y c-corriente a la que no le gustaría saber que su hija arriesga su honra, la reputación de su familia y la p-posibilidad de c-casarse al entregarse a una afición reservada para los hombres. O para los burgueses. Creo que el resto de mi familia se alegraría de saber que yo también tengo iniciativa, que no me limito a bordar, p-pero… No lo sé. —Se frotó los hombros con desamparo—. Si sé que algún Varick o persona que c-conozco va a leer la historia, me reprimiría a la hora de escribirla —admitió al fin.

—¿Y temes reprimirte ahora que lo sé yo? Porque he leído todos los libros eróticos, prohibidos o no, que se han publicado hasta el día presente. Si pretendes prescindir de las escenas indecentes, por mí no te cortes.

—Lo c-curioso es que no me importa que tú lo sepas —confesó, pensativa—. O eso c-creo.

Ulysses le pasó un brazo por la cintura, sonriendo con orgullo.

—¿Será porque de un tiempo a esta parte has empezado a confiar en mí?

—¿Con «de un tiempo a esta p-parte» te refieres a… —fingió consultar un reloj de bolsillo invisible— en las últimas cuarenta y ocho horas?

—No he dicho «p-parte», de hecho, sino «parte», con una sola «p».

Se ilusionó inexplicablemente al ver que por una vez no se ofendía, sino que se limitaba a bizquear e incluso sacudía la cabeza con una sombra de sonrisa que no le dejó ver en toda su extensión.

Guinevere se estaba dando la vuelta cuando Ulysses intentó cerrarle el paso poniendo una mano sobre la puerta.

—¿Y ya está? ¿No hay premio ni agradecimiento para el hombre que te ha llevado a vivir la aventura más emocionante de tu vida…? —Hizo una pausa pensativa—. Después de cruzar el Atlántico para visitar Nueva York, supongo.

—Me temo que me espera una larga noche de escritura… y también

p-pensando en cómo voy a ocultarle a mis p-padres el cardenal que luciré mañana en la mejilla —apostilló con un suspiro cansino. Luego lo miró a la cara con aquellos melancólicos ojos, transparentes e insólitos como el diamante—, p-pero te lo agradezco. Solo con p-palabras —advirtió.

Guinevere se escabulló al interior de la cocina antes de que Ulysses intentara disuadirla. Pero ni siquiera él le habría insistido a una mujer a la que acababan de girarle la cara de un puñetazo.

Aun así, se quedó donde estaba con el cuerpo en tensión, como si le hubieran negado algo necesario.

—Me puedo conformar por hoy —le dijo al viento—. Mañana… ya veremos.

Capítulo 13



Érase una vez una hermana salvavidas

—Dime ahora mismo quién te ha hecho eso —exigió el conde por decimocuarta vez.

Naturalmente, Guinevere se había preparado para el interrogatorio. Habría pecado de ingenua si hubiera pensado por un momento que su padre dejaría correr un cardenal del tamaño de una pelota de críquet en una zona tan visible como lo era el rostro.

Estaba avergonzada por tener que mentirle, y más todavía por echarle la culpa a quien ni siquiera estuvo presente la noche anterior, pero no le quedaba otro remedio. Sobre todo lamentaba verse obligada a llevar a cabo un teatro semejante, pues para que la puesta en escena fuera creíble, tenía que resistirse a confesar. Y eso no se le daba nada bien.

Cuando notó que su padre estaba al límite de la paciencia y su madre parecía al borde del desmayo, Guinevere entrelazó las manos en el regazo, cerró los ojos y se preparó para pronunciar las palabras que mandarían al agresor al infierno.

Pero no fue su voz la que se hizo oír.

—¿Quién va a ser? —bufó Ravenna, que en algún momento había entrado en el saloncito secundario de la planta baja—. La única persona con fuerza y carácter suficientes para obrar tamaño resultado. Es decir: yo.

Guinevere había decidido recurrir a su hermana mediana para no verse en la tesitura de contar la verdad. Sabía que Ravenna la cubriría, aunque el precio fuera recibir un castigo proporcional a la ofensa —en este caso, de consecuencias colosales— y de provocarle una apoplejía a sus dos padres. La joven estaba dispuesta a participar en tramas semejantes aunque el único beneficio fuera obtener el relato de una noche de travesuras.

Esa madrugada, Guinevere se había colado en el dormitorio de su hermana.

—Necesito que le digas a p-papá y a mamá que eres tú quien me ha hecho esto.

—¿El qué? —había preguntado Ravenna, sacando las piernas de la cama para acercarse a la lamparilla. En cuanto la prendió, Guinevere supo que la mejilla había empezado a colorearse, porque más allá de que su hermana fuera increíblemente expresiva, tuvo que contener un

grito de horror—. ¡Neve! ¿Qué diablos ha pasado?

—He ido a una taberna disfrazada de hombre, y después de intentar hacer trampas en una p-partida con los labriegos de la finca, estos me han perseguido y me han dado un p-puñetazo.

—Ah, claro. Suele pasar —respondió sin ápice de sarcasmo. De hecho, sonó como si fuera uno de sus planes habituales, cosa que a Guinevere no le habría sorprendido en absoluto—. Me encantaría ayudarte de forma altruista, pero me matarán si piensan que te he golpeado yo. Sobre todo mamá. Dirá que ya no estás visible para tus pretendientes, o alguna que otra frivolidad…

—… que desembocará en una discusión general, p-porque entonces papá saltará a reprocharle que eso no es lo importante —había apostillado Guinevere, a la que empezaron a darle escalofríos de pensar en verse de nuevo en la línea de fuego.

Y eso fue justo lo que pasó, porque en cuanto Ravenna se hizo cargo al día siguiente de un delito que no había cometido, lady Clarence puso los ojos como platos y arremetió contra ella.

—¡¿Has perdido el juicio, Ravenna Vicenza Varick?! —bramó, levantándose del asiento para dirigirse a toda velocidad hacia la silenciosa Guinevere, que tuvo que soportar que su madre valorara de cerca los daños—. ¿Cómo pretendes que tu hermana se presente en el salón delante de todos los invitados de esta guisa?

—Por el amor de Dios, mujer, ¿cómo puede preocuparte eso? ¿Siquiera tienes idea de lo que duele un cardenal de ese tamaño, y en esa zona? —El conde meneó la cabeza con desaprobación antes de centrarse en la desahogada Ravenna, que se miraba las uñas recostada bajo el umbral. Parecía que hubiera prestado la visita para asumir las culpas, pero no pretendiera quedarse para el castigo—. ¿Se puede saber qué te motivaría a dejarle la cara a tu hermana de esa manera?

Guinevere y Ravenna intercambiaron una mirada rápida.

También contemplaron aquel inconveniente. Por eso dedicaron unas cuantas horas de la madrugada a urdir una trama creíble que justificara el arrebato de Ravenna… Si bien su hermana era la persona ideal para asumir las culpas porque no necesitaba que la injuriaran para soltar un bofetón.

—Podemos decirles que me has visto en una actitud muy cariñosa con un pretendiente que te gustó a ti la temporada pasada —había sugerido Guinevere, dando vueltas pensativas por el dormitorio.

Ravenna, que hacía lo mismo con su nervio inquieto, se detuvo para echarle una mirada hostil.

—No quieres insultar la inteligencia de los condes de Clarence, ¿verdad que no, Neve? ¿Quién se creería que yo le atizaría a mi hermana, y con el puño cerrado, por un lechuguino?

—Tienes razón…, pero ¿es que acaso hay algún agravio capaz de

hacerte reaccionar así?

—Los hay, y a montones. El problema es que tú no serías capaz de herirme de esa manera. Soltaría el puño si alguien se burlara de mí o de algún ser querido, y me temo que el único miembro de la familia que sabe provocarme de ese modo es Miles.

Oh, sí. Milan había recibido tal somanta de palos viniendo de Ravenna que no extrañaba que se tuvieran que sentar en los sillones más alejados de un salón a pesar de quererse con locura. Guinevere a menudo pensaba que dejándose cardenales y cicatrices el uno al otro se demostraban afecto, porque por más que se provocaran, luego eran uña y carne.

En vista de la dificultad de la justificación, Guinevere y Ravenna habían acordado echar mano de una excusa pobre pero creíble: había sido fruto de una equivocación.

—Neve entró en mi dormitorio a altas horas de la madrugada, cosa que no ha hecho nunca, y yo, que estaba un poco afectada por el alcohol de la velada y un rato antes había tenido que disuadir a un caballero para que no me siguiera hasta la habitación, la confundí con quien no era… y reaccioné de forma desproporcionada, lo admito. —Ravenna levantó la mano en señal de disculpa—. Cuando vi que había tumbado a Neve, me quise morir. Pero si ella me ha perdonado, no veo por qué vosotros no podríais hacerlo. ¿No os parece que el azul combina con sus ojos?

—Dios santo —se lamentó lady Clarence, tomando asiento muy despacio.

Los discursos de Ravenna estaban conectados con las débiles rodillas de la condesa, que perdían la habilidad de sostenerla si la hija mediana hablaba más de la cuenta.

—¿Qué clase de bastardo te intentó seguir hasta el dormitorio? —quiso saber el conde con gesto sombrío—. Tuvo que ser uno muy menudo si confundiste a tu hermana con él.

Por supuesto, Ravenna y Guinevere se habían encargado también de aquel detalle.

—El señor Giles —resolvió Ravenna, de brazos cruzados—. Pero como todos ya sabéis, se marchaba esta mañana de vuelta a Londres. No tendremos que lidiar con él nunca más.

El pobre señor Giles no mataría a una mosca, pero era el único hombre al que una Ravenna afectada por el alcohol podría confundir con su hermana por razones de peso y tamaño. También era el único que no sufriría la ira ciega del conde en cuanto contaran su pequeña mentira piadosa, pues solo había podido quedarse en Beltown Manor un par de días.

El conde miró a sus hijas con incredulidad. Era evidente que no se había tragado ni una parte de la historia, quizá porque tendía a pensar

lo mejor de sus criaturas. Si finalmente se decidió a dejar correr el tema, fue porque había vivido situaciones parecidas a lo largo de los últimos años y estaba más que acostumbrado a lidiar con las travesuras de sus hijas. Sabía que le estaban mintiendo, pero que lo hicieran con tranquilidad lo calmaba a él. Significaba un golpe no sabía dado en un ambiente peligroso ni había corrido a cuenta de un enemigo por el que debieran preocuparse.

A juzgar por el horror en la expresión de lady Clarence, ella sí lo había interpretado como la verdad verdadera, y hacía bien, porque aunque Ravenna no fuera la culpable, podría haberlo sido perfectamente.

—Al menos habéis descartado mis peores sospechas —admitió el conde, tomando asiento en uno de los divanes de la salita: el único que podía recoger su corpachón y no hacerle parecer un gigante sentado en la sillita de la mesa de té con la que Guinevere jugaba de niña—. Temía que hubiera sido alguno de los pretendientes que con tanto esmero estuvimos seleccionando para que encajaran en la descripción de príncipe azul. Imaginaos si hubiera metido en Beltown Manor a un ogro —masculló, y tembló como si se hubiera estremecido. Miró a Guinevere fingiendo inocencia, cuando en el fondo su pregunta esperaba una respuesta muy concreta—. ¿Hay algún caballero por el que sientas cierta… preferencia?

Guinevere ocultó una sonrisa, consciente de que estaba ante una trampa. Su padre tenía que haberla visto charlar con Ulysses en más de una ocasión, o de lo contrario no habría hecho una pregunta que podía entenderse como una forma de presionarla a decidirse.

—Quién te ha visto y quién te ve, papá —se rio Ravenna—. Cuando presentaron a Marianne en sociedad, habrías fulminado a todo el que se le hubiera acercado, y a Guinevere le traes los mejores solteros del reino para que se sienta agasajada.

Guinevere y el conde compartieron una mirada cómplice.

Solo ella entendía a su padre en ese sentido.

A todo el mundo le había extrañado que Arian Varick cediera a las peticiones de su esposa y acordara buscarle un marido ideal, pues seguía teniendo una actitud más bien beligerante con el esposo de Marianne por el simple hecho de serlo; apenas un vago reflejo del comportamiento que tuvo con sus pretendientes. Guinevere sabía, aun cuando su padre nunca se lo había dicho, que estaba dispuesto a ayudarla a encontrar el amor por tres razones: porque Guinevere quería seguir los pasos de su hermana mayor y tomar esponsales para llevar una vida sencilla y él no era nadie para negárselo, porque se sentía culpable después de haber saboteado su matrimonio con el barón Richter y tenía la sensación de que debía redimirla de algún modo, y porque no se quedaría solo sin sus hijas una vez ella se

casara, puesto que Ravenna había anunciado que no se sometería a los dictados sociales jamás.

Así era como los condes habían pactado intervenir en la vida de sus hijos teniendo ideas tan contrarias: Marianne hizo y Guinevere haría lo que su madre mandaba, siempre con el beneplácito de su padre, y el futuro de Milan y Ravenna serían responsabilidad del conde, aunque la condesa secundara sus decisiones.

A los aristócratas que estaban en contacto con la familia les extrañaba el método elegido para la crianza, pero por los resultados tan variopintos que había tenido. Ahí donde Marianne era ahora una marquesa influyente y respetada en todos los sectores gracias a su matrimonio, que se había desarrollado ya en sus comienzos de acuerdo al protocolo, Ravenna era un alma libre a la que le habrían cerrado hasta las puertas de Hyde Park si no fuera sido, precisamente, la hermana de lady Lillistone. No sería descabellado decir que Marianne era digna hija de su madre, y Ravenna el producto de los ideales liberales de su padre.

Guinevere era más de la escuela de Venetia Varick, correcta y dispuesta a obedecer sus sugerencias. Milan, por otro lado, era un caballero con todas las letras en público, y un granuja de manual en privado. Es decir: un perfecto aristócrata.

Su padre aún estaba decidiendo qué hacer con él.

—Si mis hijas se tienen que casar, espero que lo hagan bajo mi supervisión y con el príncipe azul nacido de una lágrima —se defendió el conde, cruzando los brazos sobre el amplio pecho—; el héroe perfecto de la leyenda rumana. Y si para garantizar esto debo organizar una charada en mi propia casa y vigilar de cerca a los sujetos, así sea.

—No todo en la vida se desarrolla como un cuento —se quejó la condesa, aunque una sonrisa tierna asomaba a sus labios—. A veces, con que el hombre sea educado y cariñoso, es suficiente.

—Sin duda tú te habrías conformado con que hubiera sido educado y cariñoso, pero tuviste que llevarte al que ni siquiera era un caballero, y al que no podrías moldear a tu antojo sirviéndote de tus malas artes de bruja —se mofó él.

Guinevere se tensó al oír aquella palabra. Venetia podía soportar cualquier clase de insulto a excepción del que empezaba por la letra «b».

Especialmente si era Ravenna quien lo pronunciaba con malicia.

Como cabía esperar, la condesa perdió todo ánimo jovial y apretó los labios.

—A lo mejor encontramos antes al príncipe azul preguntándole a cada uno de los invitados quién bebió una lágrima milagrosa de la Virgen[12] —sugirió Guinevere antes de que su madre estallara,

empezando a sudar por la inminente discusión.

A veces tomaba un simple comentario enunciado sin retintín alguno para llevar la conversación a terreno pantanoso.

El intento de Guinevere no sirvió de nada.

—Mis malas artes de bruja, como tú las llamas, te salvaron de hacer un ridículo estrepitoso por estas mismas fechas hace treinta años. Podrías empezar a valorarlas —replicó la condesa, más entristecida que con tono de reproche. Lástima que se le diera de maravilla enmascarar el dolor con la acritud, y que lo hiciera así porque prefería que su interlocutor la castigara con su rabia antes que recibir su compasión.

—¿Por qué tienes que tomarte todo lo que digo como un ataque? —se quejó Arian, ceñudo—. Solo era una broma. Estaba destinada a hacerte reír.

—Me sorprende que aún no te hayas dado cuenta de que no me divierte que hagas humor a costa de mi carácter o mis decisiones. No me extraña que ni mi propia hija me respete cuando te adora y te aplaude todas las bromas de mal gusto que diriges contra mí.

—Si estás hablando de mí, no me reiría de las bromas si no fueran verdades como puños —se burló Ravenna, todavía apostada bajo el umbral.

Guinevere se estremecía con el desdén que se adueñaba de la expresión de su hermana cada vez que se dirigía a su madre.

¿Dónde estaba Milan cuando se le necesitaba?, se preguntó Guinevere con un nudo en el estómago. El primogénito era un defensor acérrimo de las virtudes de lady Clarence, y siempre conseguía que sus acosadores agacharan las orejas con tres certeras palabras.

Nada inspiraba más al heredero que el amor hacia la condesa. Reivindicar los valores y el honor de su madre era lo único que le instaba a actuar en nombre de la justicia.

—Por favor, no discutáis —rogó Guinevere con la garganta seca—. Nos esperan los invitados en el salón.

—No puedes bajar al salón de esa guisa —determinó su madre—. Antes deberías aplicarte unos polvos, o decir que estás indispuesta durante un par de días.

—De ninguna manera. Se dirá que se ha caído y se ha golpeado con algo y disfrutará de las actividades como todo el mundo —replicó el conde, mirando con fijeza a su esposa—. Ella se encuentra bien, así que no es tan grave como para quedarse postrada en la cama.

—¿Que no es tan grave? —Venetia puso los ojos como platos—. Oh, ¡por supuesto que esa sería tu defensa! Eres quien se empecinó en enseñarle a sus hijas cómo dar los golpes más contundentes. Mira ahora en lo que han derivado tus bellas intenciones. ¡Encima tendrás

el valor de alegar que estás satisfecho!

—Ravi se estaba defendiendo de un pretendiente cansino, que es para lo que las enseñé a atacar —espetó el conde—. Por supuesto que estoy satisfecho.

—Tal vez deberías buscar satisfacción en otra parte, entonces.

Arian se levantó del asiento para enfrentarla.

—¿Y cómo tendría que haber actuado, según tú?

—¡No tienes que defender a Ravenna sin importar las circunstancias! —se desesperó Venetia—. ¡A veces no lleva la razón!

—¡Pero en este caso sí!

Guinevere se tensó de tal manera que no se dio ni cuenta de que apretaba los puños. Cuando su padre alzaba la voz, era el momento de retirarse. Si no lo había hecho antes, era porque se sentía responsable de la discusión: al fin y al cabo, la había desencadenado una mentira piadosa.

Por el bien de su paz mental, decidió marcharse aun así, consolándose con que aquel habría sido el desenlace de todos modos. Si hubiera contado la verdad, su madre habría puesto el grito en el cielo, su padre se habría echado a reír al conocer la aventura, y sus opiniones diferentes habrían acabado chocando igualmente.

Se retiró con la excusa de atender a los invitados, a los que habían animado a salir al exterior de la mansión para patinar sobre el lago helado de la finca. Guinevere ni se molestó en tomar sus patines, consciente de que estaba temblando demasiado como para arriesgarse a sufrir un accidente sobre las cuchillas. Solo pasó por su dormitorio para aplicar polvos y rubor sobre el cardenal hasta que tuvo un aspecto aceptable.

Luego, abrazada a unas copiosas pieles de zorro blanco, hizo acto de presencia en el exterior, esperando que el día mejorara.

Capítulo 14



Érase una vez el punto débil del príncipe azul

Guinevere sonrió aliviada al reconocer a los dos acompañantes de Milan. Con una facilidad que sorprendía, su hermano patinaba con los brazos cruzados a la espalda junto a sus vecinos, los Saintsbury.

Crimson, la inseparable mejor amiga de Ravenna y casi hija adoptiva de los Varick, patinaba con mucha menos agilidad aferrada al brazo de su tutor, el encantador Francis.

—¡Habéis venido! —exclamó Guinevere, yendo hacia ellos con cuidado de calibrar su entusiasmo para no resbalarse. Se quedó a orillas del lago congelado, abrazada a sí misma—. ¡Pensaba que no nos visitaríais hasta el jueves!

Crimson la saludó agitando una mano en cuanto pudo despegar la vista de sus pies, que no colaboraban en su empeño por deslizarse sobre el hielo. Francis tuvo que conducirla con su característica sonrisa paciente hasta el borde, a donde también se acercó Milan vigilando por detrás que Crimson no perdía el equilibrio.

—Eres realmente torpe —se reía su hermano.

—Y tú eres realmente maleducado —rezongó con aquella voz aguda que Dios le había dado para hacerla aún más adorable—. ¿No te han dicho que a una señorita no se le señalan los defectos?

—Solo cuando no se le puede decir nada bueno, pero prometo señalar tus cualidades cuando demuestres ser virtuosa en algo —se burló él.

Crimson bufó de manera poco femenina, provocando que los mechones ondulados que enmarcaban su rostro de porcelana salieran espantados antes de volver a acariciarle las mejillas salpicadas de pecas.

Guinevere sonrió sin darse cuenta. Crimson era una de las pocas personas que provocaban ese efecto en los demás. Llamaba a la simpatía sin pretenderlo, tan solo haciendo gala de una naturalidad encantadora. Esa era la definición de Crimson, a decir verdad. Natural, como gritaba el sencillo moño del que su rebelde cabello escarlata luchaba por liberarse, y encantadora, como gritaba el rubor perenne en el puente de la nariz respingona.

—Oh, Neve, líbrame de la presencia de este hermano tuyo —le rogó en tono exasperado, arrojándose a sus brazos para estrecharla con cariño—. No debería ni haber venido. Ya sabes que odio verme

rodeada de gente, sobre todo si no los conozco..., pero mi lado curioso no se habría perdonado no haber husmeado entre tus pretendientes. —Se separó lo justo para mirarla con aire pilluelo. Levantó las finas cejas caoba—. Hay caballeros bastante atractivos. La pregunta es... ¿alguno tiene madera para ser el príncipe azul de la lágrima?

Más que porque su padre hubiera gritado a los cuatro vientos las que eran sus intenciones para con el futuro marido de Guinevere, Crimson estaba al corriente de la leyenda y el propósito del conde porque pasaba más tiempo en Beltown Manor que en su propia casa, una preciosa mansión que levantó un burgués en Gateshead, justo en los confines de la finca del condado de Clarence.

Sus dos padres la querían por todo lo que no la habían amado los suyos. Era la hija que nunca habían tenido, porque su carácter distaba tanto del de Guinevere, Marianne o Ravenna que parecía un género de mujer aparte. Las tres Varick habían crecido peleándose por los afectos de Crimson, la joven más tierna y divertida de todo el condado de Northumberland. Esta, finalmente, le había otorgado el título de mejor amiga a la hermana mediana, para la inmensa frustración de las otras dos.

Por desgracia, resultaba imposible enfadarse con ella. Más de una vez, Crimson había participado en una travesura, no siempre maquinada por el genio malicioso que era Ravenna, y jamás había sido castigada con la misma mano dura que el resto de los implicados.

—Todavía no hay p-príncipe azul —reconoció Guinevere, aunque su mirada se extravió un instante hacia uno de los caballeros. El inspector Iterley, otro buen amigo de la familia, patinaba con los brazos cruzados a la espalda junto a Ulysses, que, para no variar, era tan ágil sobre el hielo como con cualquier otra actividad, dudosa o no, que deseara emprender. Le sorprendió cazarlo mirando en su dirección, pero no a ella, sino a Francis Saintsbury—, aunque c-cuento con cerrar el negocio esta misma semana.

—¡Cerrar el negocio! —repitió Francis entre risas—. Pero bueno, Milan, ¿cómo le permites a tu hermana que hable en esos términos del futuro amor de su vida? Pensaba que con un padre y una madre como los que tenéis, os sentiríais más inclinados a casaros por amor.

—Precisamente p-porque tengo ese p-padre y esa madre, me inclino más por casarme por conveniencia —reconoció Guinevere. No lo habría admitido delante de los condes, pero sí ante su hermano, que al esforzarse tanto por comprenderla acababa consiguiéndolo, y de Crimson y Francis, que siempre habían empatizado con ella—. Me ahorraría enamorarme c-como ellos, que se quieren tanto que se odian —les recordó con un intento de sonrisa divertida, pero tenía tan reciente la discusión que se le torció hacia la amargura—. La línea que separa un sentimiento del c-contrario se difumina, de manera que

viven absolutamente locos el uno por el otro… p-para bien y p-para mal.

—Oh, ¡no digas tonterías! —exclamó Crimson con jovialidad. Solo ella podía tildar de estúpidos los sentimientos de una persona y que esta se lo tomara más como una inteligente apreciación que como un insulto. Clavó en ella una mirada de ojos brillantes, tan azules que parecían color púrpura—. Amar así tiene que estar en tu carácter, Neve. Tu padre es un hombre muy temperamental, impetuoso y apasionado; tu madre es testaruda, exigente y rencorosa, y dos naturalezas como estas están condenadas a chocar como las lanzas de dos titanes, haciendo temblar la Tierra. Tú estás hecha de otro material, y tu hermano Miles de otro, y tus dos hermanas de uno también distinto; por eso cada uno amará de forma diferente, siempre en la medida en que se lo permita su condición natural, ¿entiendes? Tú no sufrirías lo que ellos sufren porque no piensas ni sientes como ellos; tienes tu propia personalidad, más templada y vulnerable. Así que no te preocupes por eso, y cásate con el hombre que más te guste. —Le guiñó un ojo—. Estarás a salvo.

Guinevere no pudo sino devolverle la sonrisa. Crimson siempre se las arreglaba para apaciguar los males de conciencia, cambiar el parecer del más obstinado y suavizar las trifulcas. No le extrañaba que Milan llevara llamándola Morgana[13] desde que eran niños.

—Solo tú te pondrías a hablar de la metafísica del amor en pleno patinaje —suspiró Milan, meneando la cabeza—. Menudas jovencitas se han ido a juntar; las que no saben mantener una conversación distendida en una velada informal.

Crimson intentó darse la vuelta con el dedo en alto para reprenderle, con la mala suerte de que resbaló. Se habría dado de bruces con el hielo si su hermano no la hubiera sujetado a tiempo en un acto reflejo que solo habría sido posible si le hubiera estado prestando a sus movimientos una atención casi indecorosa.

—Y por no saber, no sé ni mantener el equilibrio —se quejó Crimson, apoyándose primero en los antebrazos de Milan y luego en el costado de Francis, al que corrió a refugiarse de inmediato—. Me sorprende que no hayas aprovechado para apostillarlo.

Milan dejó pasar esa oportunidad y el breve silencio que siguió negándose a aportar otro comentario malintencionado. Retrocedió lo justo sobre los patines y, con disimulo, se frotó una vez las palmas de las manos contra los muslos, como si se estuviera secando un sudor nervioso.

—Bueno —retomó Crimson, cuadrando los hombros y volviendo a centrarse en Guinevere. Se fijó en que el gesto de la joven se ablandaba, que adquiría una dulce timidez—. En parte hemos tardado en venir porque teníamos visita en casa. Y no cualquier visita. El señor

Sadler… —Hizo una pausa para inspirar hondo—. El señor Sadler por fin ha pedido mi mano, y yo le he dicho que sí.

—¡Oh! —exclamó Guinevere, sin saber muy bien cuál era la reacción que Crimson estaba esperando.

La razón por la que había estado valorando la idea de casarse estaba muy alejada del romanticismo que Crimson llevaba como estandarte. La triste realidad era que los Saintsbury estaban arruinados por causas ajenas a su administración y se verían obligados a abandonar su vivienda antes de que llegara la primavera.

A fin de no sentirse un estorbo, una sensación con la que Crimson había cargado toda su vida incluso si no tenía razones para pensarlo, había decidido que el mejor gasto que podría recortarle a su tutor sería el que representaba ella misma. Por esto, había anunciado meses atrás que contraería matrimonio con alguno de sus muchos y solventes admiradores, algunos de los cuales estaban dispuestos no solo a pasar por alto la ausencia de dote y linaje, sino que con gusto le pagarían a Francis una cuantiosa suma para que diera su beneplácito de cara al enlace.

Conociendo las motivaciones de Crimson, no le quedaba claro si debía darle la enhorabuena porque hubiera conseguido su propósito o bien compadecerla. No era la perfecta actriz, al fin y al cabo. La tristeza latente en sus ojos revelaba su sentir respecto a la boda.

Guinevere no tuvo que decir nada. Fue Milan quien habló, todavía de pie sobre las cuchillas a espaldas de la futura novia.

—Entonces estás prometida —dijo con voz hueca—. Enhorabuena.

—Gracias —respondió sin mirarlo, concentrada en la expresión de Guinevere—. ¿Neve?

—Sí, sí, sí, eso es lo que yo quería decir, p-perdona, es que me he… distraído. —Se esforzó por componer su mejor sonrisa—. Felicidades, Crimson, aunque he de admitir que, en parte, la noticia me apena. Me dolerá no encontrarte por aquí cuando venga a pasar el invierno.

—Bueno, tú también serás una mujer casada el año que viene, por lo que no acudirás a Beltown Manor tan frecuentemente y no notarás mi ausencia.

—Por supuesto que se notará, y no le hagáis ningún caso —determinó Francis con solemnidad—. Aún estoy a tiempo de impedir esa dichosa boda. No voy a permitir que se case, por apropiado que sea el bueno de Sadler, solo porque vamos a perder la casa…

La conversación fue interrumpida por el chirrido de unas cuchillas al rajar el hielo. Una figura esbelta pasó por el lado de Milan para detenerse justo delante del grupo. A juzgar por la forma en que había mirado a Francis al frenar de forma abrupta, era a él a quien le había dedicado el estridente sonido de los patines.

—Llevan ya un buen rato acaparando a la dama —comentó Ulysses,

aunque la tensión de su tono delataba que no había patinado hacia allí con el propósito de reclamar su atención—. Va siendo hora de que nos la dejen un rato a los demás.

Guinevere se fijó en que había hablado con la vista fija en Francis, que le observaba a su vez con una expresión a caballo entre la desorientación y la extrañeza, como si supiera quién era pero no pudiera ubicarlo en un lugar y un momento concretos.

—Milord —dijo Guinevere, viendo que el silencio se alargaría mientras no ejerciera de anfitriona—, p-permítame p-pr-presentarle al señor…

—Saintsbury —interrumpió Ulysses en un tono áspero que no le había oído nunca. Tampoco había tenido el dudoso placer de captar un antagonismo ancestral en el brillo de sus ojos.

—¿Saxby? —musitó Francis, cada vez más atribulado.

Ulysses le sonrió sin pizca de afecto.

—Nos tropezamos el uno con el otro hace tanto tiempo que me sorprende que me recuerde. Por lo que veo, señor, usted también quedó lo bastante impresionado conmigo como para reconocerme.

No parecía existir otra persona en la escena para Ulysses, solo Francis, al que lanzaba un mensaje hostil con la mirada. El señor Saintsbury, sin embargo, se recuperó enseguida del ataque para mostrarse seguro de sí mismo.

—Usted lo ha dicho. Coincidimos hace muchísimo tiempo —acotó el tutor de Crimson.

—Me temo que no tanto como para olvidarle, señor Saintsbury. Cuando oí su nombre vinculado con Christie's, la famosa casa de subastas, no me lo pude creer. ¿Cómo es que se ha cansado usted de vivir en tan flamante mansión de campo y ahora desea venderla al mejor postor?

Todos se tensaron, Crimson y Milan incluidos.

Por lo visto, ya no era ningún secreto que el señor Saintsbury había luchado contra viento y marea para sobreponerse a los gastos de unas deudas que no eran suyas. No le había quedado otro remedio que ceder a la ruina inminente y adelantarse a esta vendiendo su propia casa. Y no era cualquier casa; estaba repleta de obras de arte de pintores y escultores de renombre que la casa de subastas más renombrada de Londres se había interesado en su adquisición y posterior venta.

En un principio, Guinevere había pensado que Crimson y Francis habían tenido que posponer su visita a Beltown Manor porque estaban ocupados armando sus baúles y escogiendo unas pocas pertenencias para abandonar su residencia el día uno de enero. Y probablemente estuviera en lo cierto, y solo hubieran recibido al señor Sadler en casa porque tenían con él la suficiente confianza para mostrarle un salón

desmantelado.

—A mi ahijada y a mí nos gustaría desplazarnos a la capital; probar una forma de vida diferente —resolvió Francis, procurando sonar cortés aun cuando el tema de conversación había sido elegido para humillarlo.

—Una forma de vida que le sabrá a poco después de la gloria y las comodidades de una mansión de las características de Arnold Place.

—Confío en que sobreviviremos y disfrutaremos de esta nueva etapa. —Francis intercambió una cálida sonrisa con Crimson antes de volver a mirar a Ulysses, ahora con cierta gravedad; una gravedad solo perceptible para quien lo conocía tan bien como Guinevere—. Espero que usted pudiera decir lo mismo después de que nos… encontráramos en aquella época —agregó, vacilante. Parecía querer añadir algo más, y no un reproche, sino más bien lo contrario, pero tanto él como los demás tenían la sensación de que cualquier comentario sería malinterpretado por el defensivo Ulysses—, y que su familia se encuentre de maravilla.

—Mi familia se encuentra en el cementerio de Highgate, pero les transmitiré sus buenos deseos cuando vaya a visitarlos —dijo para asombro de los presentes. Exageró una genuflexión de agradecimiento a todas luces irónica—. Estoy seguro de que les encantará saber que se ha acordado de ellos al menos un día de todos los que ha pasado sacando rédito de sus propiedades.

Guinevere intentó llamar la atención de Ulysses mirándolo con fijeza, no supo si para exigir una explicación a su comportamiento o para reprenderlo por su falta de control. Desconcertada, acabó buscando la respuesta en Milan. A juzgar por su gesto severo, sabía muy bien de dónde salía aquella mala sangre.

Dicho eso, Ulysses asintió con la cabeza en señal de despedida y se dio media vuelta para regresar junto al inspector Iterley, que había estado observando la escena en la distancia con cara de resignación, como si estuviera ante una catástrofe inevitable.

Guinevere miró al pálido Francis y a la aún más desencajada Crimson. No le dio tiempo a preguntar a qué se debía el ataque: el tutor retomó la conversación en voz baja con la vista fija en Ulysses.

—Neve, has llamado «milord» a ese hombre. ¿Cómo se ha presentado ante ti? —le preguntó tratando de disimular el tono de alarma—. ¿Como un caballero con título nobiliario? ¿Y se supone que ha venido a pretenderte?

Guinevere sacudió la cabeza, agobiada.

—No, no… él… él… Sé que es Ulysses Saxby, independientemente de cómo lo haya tratado, y no lo barajo como un p-posible marido, p-pero… ¿Qué acaba de ocurrir?

Supo que Francis no la sacaría de dudas en cuanto lo vio suspirar y

acordar intercambiando una simple mirada con Crimson que había llegado el momento de marcharse. Guinevere no insistió, pero sí le pidió a Milan poniéndole una mano en el pecho que no tomara medidas respecto al asunto del «marqués de Sutherland» hasta que le hiciera una señal.

Salió en pos de Ulysses, que ya se había cambiado los patines por los zapatos para regresar a la mansión con prisa. Le costó alcanzarlo en una arboleda cercana al portón principal; el vestido pesaba un quintal, y él, más que querer refugiarse bajo techo, parecía desesperado por huir.

—¿A qué demonios ha venido eso, Ulysses? —le increpó—. ¡No p-puedes tratar así a mis invitados! ¡Ni bajo el nombre del marqués de Sutherland ni bajo ninguno!

No supo si fue el tono empleado o el hecho de que hubiera pronunciado su nombre por primera vez, pero consiguió que frenara su abrupto regreso a la casa y la encarara con los ojos lanzando chispas. No esas chispas de jovialidad que se asemejaban a unos fuegos de artificio; chispas del ardor del infierno.

Guinevere quería seguir interrogándolo, pero su expresión la dejó petrificada.

—¿Tampoco puedo tratar así a mis propios enemigos? —contraatacó con frialdad.

—¿Tus… enemigos? ¿C-cómo va a ser Francis Saintsbury tu enemigo? O, peor, Crimson. ¡Son unos vecinos encantadores! Mi familia los c-conoce de toda la vida, o c-casi, p-porque Francis llegó después, y…

—Sí, llegó justo cuando yo me fui —la cortó con desdén, mirándola por encima del hombro. Ni siquiera se había dado la vuelta, señal de que no pretendía compartir con ella el motivo de su rabia—. Lamento tener que romper tu castillo de ilusiones, pero ese hombre no es tan encantador como tú crees. Le faltan escrúpulos y corazón.

Guinevere se envaró.

—No hables así del señor Saintsbury. Le aprecio.

—Entonces tú tampoco eres tan encantadora como yo creía.

Su aseveración le provocó una dolorosa punzada en el pecho. Tardó en reaccionar, y para cuando quiso defenderse, Ulysses ya había reanudado la marcha en dirección a la mansión. Guinevere tuvo que agarrarse las faldas y correr detrás como una vulgar enamorada para alcanzarlo en el recibidor de la casa, vacío ahora que los lacayos estaban ocupados ayudando a poner la mesa.

—¿Se p-puede saber qué te ha hecho? —le preguntó sin aliento.

Ulysses frenó antes de tomar las escaleras que le conducirían a su habitación y clavó en ella una mirada ominosa.

—Quitarme todo lo que tenía y condenarme a mendigarlo; a

robarlo.

—¿Co… cómo? —jadeó con un hilo de voz. A pesar de estar bien tapada con los guantes y la piel de zorro, Guinevere ya no se sentía ni las manos ni la cara—. ¿De qué estás hablando?

—¿No has oído hablar de los Saxby de Gateshead? —Enarcó una ceja para enseguida sonreír con amargura—. Claro que no. En cuanto lo perdimos todo, nuestro apellido dejó de pronunciarse. A la gente se le olvidó enseguida que Saintsbury había conseguido su flamante mansión de campo a costa de desahuciar a una familia de respetables burgueses. Lo que él nunca ha sido —apostilló con desdén—, o de lo contrario habría adquirido sus propiedades con esfuerzo y sudor, no en una maldita partida de cartas.

Dejó de sorprenderle la reacción en principio desproporcionada de Ulysses cuando recordó su conversación del día de la cacería: había tenido en su poder un extinto tarpán de las estepas, un caballo de difícil adquisición. El hecho de que tuviera que venderlo, como confesó con el rostro ensombrecido por un dolor rabioso de los que se enquistaban para siempre, indicaba que había sido dueño de una fortuna propia de un duque… y que la perdió en un golpe de mala suerte.

Lamentablemente para los burgueses, lo único que les hacía dignos de formar parte de la alta sociedad era su dinero. Una vez dejaban de tenerlo, y a diferencia de los aristócratas, que sí gozaban de un título que les ayudaba a mantener el estatus, sufrían el desprecio de quienes hasta entonces habían sido sus buenos amigos.

Guinevere recordaba haber escrito la primera descripción de su villano la noche anterior, con la mejilla todavía latiéndole y la sangre ardiéndole en las venas, señal de que seguía frenética por lo sucedido en la taberna. Para presentar al señor Uriel Wraxby, el ladrón de joyería que obligaría al detective Ignatius Talton a devanarse los sesos en la cuarta entrega de la saga, se había basado en lo que entendía por el curioso carácter de Ulysses. Lo definió como un personaje sacado de una novela de aventuras, cosmopolita y dueño de los impecables modales que un ladrón de su perspicacia sabía que necesitaría para acceder al *beau monde*, donde encandilaría a las víctimas, en su mayoría femeninas, para llevarse el botín; un criminal no tan perverso como travieso que se adaptaba a las situaciones como un camaleón y que basaba la filosofía de su negocio de hurtos en que se lo merecía todo.

Había sido este último detalle el que la había tenido acodada sobre el escritorio un buen rato, acariciándose el cuello con la pluma que le regaló su padre. No ya dudando sobre la definición de Uriel Wraxby, sino sobre la naturaleza de Ulysses, la inspiración.

Aunque existían los hombres de clase baja con un espíritu

revolucionario, estos apenas representaban un porcentaje excepcional. La inmensa mayoría de las personas de condición humilde que Guinevere había tratado —jornaleros, doncellas, criados— habían nacido resignados ante su destino y reaccionaban con pasmo o incluso indignación si se les sugería que merecían más de lo que tenían.

Esa noche, pensando en Ulysses y atando algunos cabos —su querida yegua y que estuviera tan familiarizado con los privilegios de clase como para haber probado los profiteroles y saber bailar el vals a la perfección—, llegó a la conclusión de que se había aficionado al robo de joyería porque tenía la certeza de que se merecía satisfacer cualquier capricho. Aquella no era una actitud frecuente entre la gente que había nacido en la escasez y no había conocido otra vida, por lo que resultó evidente que Saxby no era el apellido de un simple huérfano de Brethnal Green.

Había tenido dinero.

Agregó un rasgo revelador a su villano, este también extraído del contradictorio carácter de Ulysses: trazaba planes imperfectos, no pensaba demasiado en las consecuencias, y eso, más que temerario, le hacía descuidado, lo que indicaba que no siempre había sido ladrón; que aún seguía aprendiendo el oficio.

—Si la ganó en una p-partida de cartas… —balbuceó Guinevere, obligándosee a volver a la realidad—, significa que alguien la apostó, ¿no es así?

Ulysses se tensó al escucharla.

—¿En qué mundo eso lo disculparía? Sigue siendo una sanguijuela que se aprovechó de la falta de juicio de un pobre tarado. Que alguien arroje su vida por la borda en un momento de debilidad no le da derecho a los demás a llevar el agua a su molino.

—Bueno, es p-posible que tengas razón —reconoció con un hilo de voz, intimidada por su actitud—, p-pero si tu… p-padre o tú apostasteis la c-casa en una p-partida y el señor Saintsbury la ganó, no se estaba atribuyendo derechos que no le c-correspondían al reclamarla. Solo tomó lo que ahora era suyo.

Ulysses le sostuvo la mirada a la absurda distancia que Guinevere había dejado entre los dos. La decepción que ensombreció su semblante hizo que se estremeciera y fuera víctima de una repentina debilidad: una que la instó a desdecirse para ganarse su aceptación. No lo hizo porque creyó que perdería la dignidad, y porque además de apreciar de corazón al señor Saintsbury, estaba convencida de que no habría obrado por maldad.

—Puede que yo peque de desahogado al interrumpir los momentos de tensión con comentarios burlones, pero tú tampoco eres mucho mejor consolando a nadie —determinó él en un tono vacío que provocó que le picaran los ojos.

Guinevere cuadró los hombros, decidida a defenderse de la acusación, pero Ulysses la dejó allí con un palmo de narices, y ella se negó a ir tras él para hacerle sentir mejor. No por una cuestión de orgullo, como asumió en un principio, sino porque el asombro le echó raíces en la tierra.

Y es que el hecho de que quisiera consolarlo y que volviera a mirarla como siempre lo hacía, solo podía significar que se había metido en un problema.

Capítulo 15



Érase una vez mi buen amigo Francis

Ulysses guiñó un ojo para medir la trayectoria de la piedrecita y la arrojó con fuerza.

Aterrizó en el alféizar de la ventana.

Mala suerte. Tendría que buscar otra con mayor densidad y lanzarla enérgicamente.

A poder ser, prefería no romper el cristal con todas las complicaciones que eso traería, como despertar a la vecina de dormitorio y verse en la obligación explicar por qué estaba a los pies del balcón de lady Guinevere a altas horas de la noche.

Siempre podía aportar como razonable excusa que trataba de conquistarla al estilo de Romeo. A fin de cuentas, ¿no era eso lo que habían ido a hacer los invitados?, ¿robar el corazón de la dama, y no espantarla con un arrebato sentimental y la peor elección de palabras que se le pudiera ocurrir a un enajenado?

Ulysses tenía que ganarse su perdón después de haberla desairado con su comportamiento, y no se le había ocurrido nada mejor que sorprenderla cumpliendo otro de los requisitos de su lista; en concreto, aquel que rezaba «aprender a trepar los árboles». Pensaba hacerle una demostración impecable si le abría la ventana, pero en vista de su escasa puntería, no parecía que eso fuera a suceder esa noche.

Quien sí se asomó fue la mujer que ocupaba el dormitorio de al lado. La reconoció como lady Lillistone por el cabello blanquecino, que bajo el influjo de la luna adquiría un tinte plateado. Parecía la ninfa de los ríos de una leyenda mitológica.

—¿Puedo preguntarle qué se propone? —inquirió Marianne en un tono lo bastante bajo para que Ulysses diera por hecho que no pretendía reprenderle; o no sin antes darle una oportunidad para explicarse.

No pudo sino sonreír ante la pregunta que había elegido para romper el hielo.

—Secuestrar a su hermana y llevármela a vivir aventuras. ¿Podría hacerle el favor de tocar a su puerta y comentárselo? No sé si me está ignorando o es que anda en el séptimo sueño, pero en cualquier caso, mi romántica iniciativa no está siendo lo bastante contundente… y estoy empezando a pasar frío.

—Menudo Romeo de pacotilla es usted, que no persiste en sus empeños —se lamentó lady Lillistone en tono malicioso. Señaló a la

habitación de Guinevere—. Si quiere sorprenderla, ¿qué se lo impide? No seré yo la que le haga el trabajo sucio.

Dicho aquello, dio media vuelta y cerró la ventana, condenándolo a seguir tiritando en la noche más gélida de diciembre.

Lejos de refunfuñar en desacuerdo, Ulysses se mordió el labio para contener una carcajada y le tomó la palabra a la dama. Si contaba con el beneplácito de Marianne, eso quería decir que no cometería una imprudencia al colarse en el dormitorio de Guinevere. Así pues, y en parte para sacudirse el frío de los huesos, se frotó los muslos y las manos y se preparó para escalar el árbol que convenientemente habían plantado junto al balcón de su objetivo.

Apenas se demoró tres minutos; lo que le tomó recuperar el equilibrio sobre una de las primeras ramas y hacer cálculos mentales para ejecutar el último salto hasta el barandal, no fuera a ser que se abriera la crisma y la sorpresa que le tenía preparada a lady Guinevere acabara horrorizándola.

Cuadró los hombros y se sacudió el polvo de las prendas, cómodas y flexibles —las apropiadas para una clase de escalada—, antes de tocar a la ventana con los nudillos.

Al ver que estaba entornada, se abrió paso.

Encontró a Guinevere sentada en el escritorio de madera maciza que recordaba de su primera incursión en el ala de las hijas de Clarence. Se acariciaba la cara con la punta de una pluma mientras pensaba. Solo le hacían compañía un par de lamparillas de gas, pero eran suficientes para iluminar su expresión concentrada y la majestuosa caída de la melena castaña, que no contenta con descansar sobre su espalda, seguía derramándose por los lados del sillón.

Ulysses se frotó las yemas de los dedos en silencio para contener el impulso de acariciarlo, y como si ella tuviera el oído tan afilado como para captar la fricción de sus manos, giró la cabeza en su dirección.

—¡Dios santo! —se sobresaltó, poniéndose una mano en el pecho—. ¡Ulysses! ¿Qué haces aquí? ¿Có… cómo has entrado?

—Utilizando mis manos, mis piernas y mi agilidad para innobles propósitos; ya sabes cómo me las gasto. —Se abrió paso en la habitación con toda naturalidad para asomarse a lo que Guinevere había estado escribiendo con su laboriosa caligrafía—. ¿En qué anda trabajando mi bello amigo? Sabes que «Bellamy» viene de *bel ami*, «bello amigo» en francés, ¿verdad?

Guinevere descansó la pluma sobre las hojas de papel y se giró hacia él.

—No me diga que era necesario c-conocer las lenguas romances p-para ejercer el oficio de ladrón.

—Si quieres robarle a un francés, lo mínimo que puedes hacer es hablarle en su idioma, ¿no te parece? Hay que tener consideración con

las víctimas.

—¿La misma c-consideración que has tenido c-conmigo esta mañana, c-cuando te he reprochado tu c-comportamiento y me has tratado c-con desprecio?

Ulysses suspiró con cansancio, como si fuera un asunto mil veces debatido.

—Tenía la esperanza de que no perdiéramos el tiempo discutiendo por esa nimiedad. Sobre todo cuando podríamos estar invirtiéndolo en otra clase de actividades que te ayudarían a adquirir el conocimiento que necesitas. —Señaló el balcón con el pulgar—. He trepado un árbol para hacerte una demostración y animarte a imitarme.

Guinevere no se molestó en contestarle. Se le quedó mirando con fijeza y las manos descansando sobre los muslos, protegidos por la fina tela del camisón. Esperaba una explicación que Ulysses había dado por hecho que no tendría que dar. Comprendió que no se saldría con la suya sin una disculpa y suspiró de nuevo antes de dejarse caer con dramatismo en la cama deshecha de Guinevere.

Su olor lo envolvió como un abrazo, y se le escapó una sonrisa. Apostaba lo que fuera a que fingía meterse bajo las sábanas para que cuando su padre pasara a desearle unas buenas noches no la regañara por seguir leyendo. O escribiendo en secreto.

—Siento haberte hablado así —dijo al cabo de un rato, cubriéndose la cara con los antebrazos como si un sol cegador lo mirara desde el cielo—. A veces puedo ser insoportable.

—No esperaba que te disculparas, sino que me dijeras qué te p-pasó.

—Vosotras las mujeres de clase alta lo queréis todo —se quejó.

—Yo en c-concreto solo quiero sinceridad y tranquilidad.

—Pues qué aburrimiento. Las mentiras y los problemas se me antojan más divertidos.

—Entonces da gracias al cielo de que no te c-considere un digno p-pretendiente, p-pero lamenta que te vea c-como un p-posible amigo, p-porque de la gente c-con la que c-comparto mi vida espero c-cuanto menos cierta honestidad.

Ulysses rompió la postura para incorporarse sobre los codos y mirarla con el ceño fruncido. De nuevo arrancaba con la perorata de que él no era un digno pretendiente, y si le tiraba de la lengua, seguro que repetiría los mismos argumentos pasados de moda que en previas ocasiones: que si no podía confiar en un hombre que se había presentado como el marqués de Sutherland, más que dispuesto a mentirle para siempre con tal de obtener su dote; que si era un tipo caprichoso y su frivolidad no casaba con los que eran sus principios… Nada más que puras tonterías, pensaba Ulysses. No era justo que le rechazara simplemente porque no era perfecto. No todo el mundo

podía ser bondadoso por naturaleza, dueño de una belleza que trascendía a lo físico y adorable como lo era ella.

«Dichosas mujeres exigentes», se lamentó.

—¿Qué esperas que te cuente? —masculló, irritado, pero no por lo que Guinevere pudiera pensar. Si creía que le costaba hablar de la partida de cartas que arruinó su vida, estaba muy equivocada. No era su tema predilecto, pero preferiría debatirlo a escuchar de nuevo que no era digno del amor de su majestad lady Guinevere—. Nací en el seno de una familia rica, los Saxby de Northumberland, y un buen día mi padre, un obseso de los juegos de azar con una peligrosa adicción al riesgo, decidió apostarse todos sus bienes, incluida su esposa y su hijo, para que el crupier volviera a repartirle siete cartas. No tuvo suerte y, por ende, yo tampoco. Fin de la historia.

—¿Qué quieres decir c-con que os apostó a tu madre y a ti?

—No sería la primera vez que sucede en la historia del mundo. El ganador, en este caso el señor Francis Saintsbury, decidió despreciar el premio de ejercer de padre de un servidor y de gozar de los encantos de la dama, por lo que fuimos libres enseguida, pero se quedó la casa y todo lo que contenía. Igual que rechazó el cuerpo de mi madre o la posibilidad de convertirme en un ayuda de cámara, un lacayo o un esclavo, podría haber rechazado Arnold Place, pero no lo hizo. Me temo que lo defiendas como lo defiendas, nunca será mi buen amigo Francis —apostilló, no con tanta sorna como desdén.

—No tiene p-por qué serlo, pero justamente p-por aquella época, su ahijada Crimson llegó a él p-pidiéndole c-cobijo. Aceptar la casa fue su única salida p-para darle un hogar digno. Francis era un trotamundos sin un p-penique en el bolsillo hasta que acogió a Crimson. Solo jugando a las cartas podría haber c-conseguido p-poner un techo sobre sus c-cabezas.

Ulysses bufó de forma sonora.

—¿Y a mí qué? ¿Se supone que tengo que sentir lástima por ese par de sanguijuelas cuando yo me vi de buenas a primeras en la calle, robando para sobrevivir? Ese tipo me convirtió en un miserable ladrón cuando yo podría haber vivido como un marqués. Y en cualquier caso… ¿cómo sabes todo eso? —indagó con una ceja enarcada—. ¿Has estado preguntando por ahí?

—Sí, a mi hermano. Era lo bastante mayor para enterarse de la historia cuando sucedió, y ha tenido a bien p-ponerme al c-corriente.

—¿Sabe que no soy el marqués de Sutherland?

—Me ha p-prometido que no dirá nada.

—Tienes una familia a la que le encantan los problemas, ¿sabes?

—Sí, soy c-consciente. —Hizo una pausa que Ulysses supo que utilizaría para tratar de cambiar su parecer respecto de Saintsbury. Y no se equivocó—. P-puede que Francis no sea p-perfecto, y p-puede

que yo le vea c-con buenos ojos p-porque he crecido junto a él, es c-como mi segundo p-padre… o un hermano más, mejor dicho, porque no llega a los cuarenta y cinco años, p-pero ¿no te has p-parado a p-pensar que el verdadero irresponsable de la historia es…?

—¿Mi padre? ¡Por supuesto! —aclaró con vehemencia—. Distribuyo mi odio por igual entre Francis y él. El problema es que el señor Saxby lleva unos cuantos años muerto, y me temo que eso me obliga a pagar mis frustraciones con la única persona restante. —Se incorporó de un salto y puso los brazos en jarras—. Ponte algo cómodo y vamos a trepar un rato. Si seguimos con la conversación, entraré en un severo estado depresivo, y te aseguro que no quieres verme triste.

—¿Eres c-capaz de p-ponerte triste?

—Solo si quiero despertar la compasión de una mujer bonita. Por lo demás, es imposible.

Le hizo un gesto frenético a Guinevere, instándola a ponerse en marcha. Ella obedeció, aunque vacilante, sin saber si era lo correcto dejar la charla en un punto tan interesante. Guinevere se preocupaba por los demás, estaba en su naturaleza, pero Ulysses sospechaba que le interesaba hurgar en su pasado por motivos ajenos a la compasión, y sí relacionados con su afán por documentarse para su novela.

—No p-pasa nada, ¿sabes? —le sorprendió diciendo de pronto.

Ulysses pestañeó.

—¿Cómo?

—Que no p-pasa nada si te muestras vulnerable ante mí, o ante alguien en quien p-puedas confiar. No p-pasa nada si cuentas una historia que aún hoy te hace daño, q-que te duele, sin engolar la voz y narrarla con grandilocuencia, c-como si la desgracia no fuera tuya. No p-pasa nada si dejas caer una lágrima o esperas c-compasión de los demás.

Ulysses abrió la boca con la réplica habitual en la punta de la lengua —«ah, ¿también quieres verme llorar?»—, pero la tristeza que vio en la expresión de Guinevere le disuadió de siquiera intentar mantener la pose de desahogado. Parecía apenada por él, porque fuera incapaz de aceptar su dolor.

No dijo nada, y no tanto para complacerla como porque no pudo hablar. No le habrían salido las palabras.

—Date la vuelta —le ordenó Guinevere unos segundos después. Ulysses reaccionó después del golpe bajo y volvió en sí mismo levantando las cejas con sorna, dando a entender que esperaba algo mejor que un episodio de mojigatería por su parte, pero ella se mantuvo en sus trece—. Ahora.

—Eres una aguafiestas, *Naive* —se quejó antes de girar en redondo, dándole la espalda mientras ella se cambiaba.

Que Guinevere se sumiera en el silencio le permitió apreciar con un

detalle estremecedor los sonidos que hacían las telas al entrar en contacto con su cuerpo. Se pudo imaginar con absoluta nitidez el algodón deslizándose por sus caderas, y aunque su imaginación le bastaba en muchas ocasiones para contentarse, ese día prefirió no resignarse y se dio la vuelta para ver que ella también le daba la espalda.

Estaba lo bastante alejada de las lamparillas para que Ulysses no pudiera apreciar más que los contornos de la espalda desnuda, un rasgo atractivo para un hombre al que le gustaba besar todas las partes de un cuerpo femenino. Lo que sí quedaba cerca de la luz era el último capítulo de la novela. El hecho de que la proyección de las lámparas apuntara a los garabatos atrajo la atención de Ulysses, que renunció a la contemplación de su cuerpo para hurgar en los misterios de su mente imaginativa.

Una parte de él ardía en deseos de leer de nuevo las historias del detective Ignatius Talton, pero esta vez teniendo en mente a Guinevere tal y como la conocía, por si acaso hubiera dejado alguna pista relacionada con su forma de ver la vida o su realidad en los relatos.

Se había propuesto leer solo un par de frases para confirmar que el narrador hablaba en el mismo tono que Guinevere, pero como le había sucedido con todas sus novelas, se enganchó y no pudo parar hasta que llegó al final de la primera hoja. Para su sorpresa, no solo no encontró huellas que pudieran llevarle hasta el carácter o la rutina de lady Guinevere, sino que se vio a sí mismo descrito con tal detalle que un hombre más aprensivo que él lo habría encontrado inquietante.

—¡¿Se p-puede saber q-qué haces?! —jadeó Guinevere al cazarlo con las manos en la masa. Apenas le había dado tiempo a ponerse los pololos y la camisola interior—. ¡¿Q-quién te ha dado p-permiso p-para husmear entre mis c-cosas?!

—El mismo que me dio permiso para cogerte el collar. ¿Por qué te molestas, criatura? Si es porque temes que no te compre el libro después de haber leído las primeras páginas, descuida; tus novelas son lo único que pago al contado y con verdadero gusto… —Ulysses dio un salto ágil con la hoja en alto para evitar que Guinevere se la arrebatara—. Ah, no, señorita, no he acabado, y soy de los que nunca dejan un capítulo a medias.

—Ulysses —lo advirtió con una mirada hostil.

—Uriel, según esto —corrigió él, señalando el texto—. Uriel Wraxby. Se parece bastante a mi nombre, Ulysses Saxby, ¿no te parece? ¡Y menuda casualidad de que sea un infiltrado en la alta sociedad al que le gusta tomar prestadas las joyas de las damas, en concreto los anillos de compromiso! Según esto, también tenemos algunos rasgos en común. —Se aclaró la voz para leer con la

entonación ideal—. «No extrañaba que las damas se sintieran inclinadas a tenderle su mano al ladrón, ni que mientras que muchas de ellas no se daban cuenta de que el símbolo de su próxima boda desaparecía sin dejar rastro, otras decidieran pasarlo por alto con tal de permanecer un segundo más en su compañía. Uriel Wraxby era la última definición del galán moderno que defendía la belleza clásica luciendo unos rasgos que eran la herencia del David; era un hombre cuya adaptabilidad lograba que resultara atractivo desempeñando cualquier actividad, que pareciera diez caballeros distintos y a la vez el mismo alma: cuando montaba a caballo parecía un guerrero competitivo; cuando brindaba en los grandes salones, un duque recatado; cuando besaba los nudillos de una mujer, el pirata canallesco. Pero, sin duda, lo que le hacía absolutamente irresistible, como a su vez escurridizo, era la mirada de pillo. Uno nunca sospecharía que un hombre que reía con los ojos estaría…».

—¡Basta! —exclamó Guinevere, ruborizada—. No tienes derecho a leer nada de lo q-que he escrito. No t-te he dado p-permiso, es maleducado, d-desconsiderado, y… ¡y no te he d-descrito a ti, solo da la c-c-c-casualidad de que c-coincidís en algunos aspectos!

—Sí, en el aspecto físico y en el aspecto personal —se mofó Ulysses, divertido. Dejó la hoja sobre el escritorio y se acercó a ella para encerrarla entre sus brazos en un movimiento sorpresivo. Guinevere llevó enseguida las manos a su pecho, quizá con el propósito de alejarlo en un primer momento. Quedó de sobra disuadida cuando él rozó su nariz—. No tienes de qué avergonzarte, *Naive*. —Y añadió en voz baja, inclinándose para besar la esquina de la mandíbula—: Yo te habría descrito incluso con más pasión.

El estremecimiento placentero que la sacudió fue lo que Ulysses interpretó como la señal perfecta para tomar sus labios.

No se había dado cuenta de hasta qué punto ansiaba volver a abrazarla hasta que la tuvo de nuevo a merced de sus caricias, momento en el que se dejó ir con un suspiro de alivio. La besó con la sonrisa intacta, la sonrisa de incredulidad por lo que su cuerpo le pedía, y también de ternura por la manera en que ella respondía, con una timidez acorde al carácter que tanto le gustaba.

Ulysses ronroneó cuando sintió que Guinevere le acariciaba los mechones más largos de la nuca y bajaba las manos para recorrer sus hombros, sus brazos.

En vista de que se tomaba libertades, decidió tomarse él las suyas propias y le rodeó las caderas para detenerse en la generosa curva de las nalgas. Fue después de que Ulysses le hundiera los dedos en los cachetes y ella gimiera que entró en razón:

—Qué… qué… estamos… ¿q-qué estamos… haciendo? —jadeó entre un beso y el siguiente, y el posterior al siguiente, y todos con los

que Ulysses la interrumpió para aplacar un ansia que no hacía sino crecer, llenándolo de una angustia que dejó de ser agradable para convertirse en una tortuosa necesidad de liberación. Avanzó con ella entre sus brazos para restregarse contra sus caderas—. Uly… Ulysses…

—No estamos haciendo nada malo —le prometió, e intentó guiñarle un ojo o sonreírle, pero no podía; estaba enajenado, preso de su propia desesperación, y ni siquiera él era tan cínico como para mantener la pose en esas circunstancias. Se lo dijo mientras le quitaba el blusón que se había puesto a sus espaldas y se inclinaba para besarle las clavículas y los pezones erectos. Oírla suspirar y hundir más los dedos en su cabellera lo excitó de tal manera que gimió en voz alta—. Ah, joder… No es nada malo, cariño. Déjate llevar.

—C-creía que habías venido p-para enseñarme a escalar.

—Puedo enseñarte algo muchísimo mejor —le aseguró con voz ronca. Se separó lo justo para comprobar que tenía los ojos brillantes y los labios hinchados. La tomó de la mandíbula y la levantó con suavidad para que lo mirara a la cara—. A tu lista le faltaba un tipo de acción bastante demandada en ciertos sectores, *Naive*… ¿No te gustaría que te enseñara a hacer el amor? Porque me parece que a tus libros les falta pasión.

—Estás lo… loco… ¿Cómo voy yo a escribir eso… eso…? —Cerró los ojos en cuanto sintió que la mano de Ulysses descendía por su vientre desnudo para introducirse directamente en los pololos. La sensación de la suave seda de la prenda no tuvo ni punto de comparación con la tersura de su piel, con la textura del triángulo de vello y los tiernos pliegues que le recibieron ya humedecidos—. Oh…

—Oh —repitió él con una nota de risa en la voz—. Eso digo yo, Neve; *oh*.

Ella alzó la barbilla para pillarlo mordiéndose el labio. Ulysses la acarició de arriba abajo hasta que supo que se había acostumbrado a la sensación y entonces centró toda la fricción en el pliegue superior, que empezó a estimular con pequeños y rítmicos movimientos. Guinevere entreabrió la boca sin apartar la vista de él, como si en función de su expresión pudiera averiguar lo que haría a continuación, anticiparse a un beso o a lo que quiera que le estuviese haciendo entre las piernas.

Ulysses sí estaba interpretando a la perfección el gesto anhelante de la muchacha. Era consciente de que no tenía ni la menor idea de lo que estaba sucediendo, pero le gustaba demasiado como para interrumpirlo con preguntas, y no le daba miedo que su cuerpo hubiera tomado el control de la situación.

—Haces lo q-que q-quieres c-conmigo —balbuceó, acusándolo con la mirada. Pero se movía contra la mano traviesa que insistía en

llevarla a la locura, y cada vez hundía más los dedos en sus hombros, a los que se aferraba con miedo a que desapareciera.

Ulysses la premió por su confianza con un suave beso en los labios.

—En absoluto, pequeñita —susurró en tono malicioso, rozándose con su boca entreabierta—. Hago lo que quieres que haga contigo, solo que todavía no lo quieres aceptar… pero vas a tener que darte cuenta tarde o temprano de que soy el único pretendiente adecuado, y de que tú y yo solo podemos acabar casados.

—No digas t-tonterías. —Un gemido cortó su queja, que de todos modos había sonado insegura. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, una magnífica invitación que Ulysses no desaprovechó para cubrir su cuello de besos—. Yo no me c-casaría jamás c-con un hombre que me volviera… loca…

—¿Me estás diciendo que solo me quieres para las aventuras, pero no para formalizar una relación seria? —Fingió ofenderse. Estaba tan sumido en su propia excitación que ni siquiera se dio cuenta de que una punzada en el pecho le advertía de justo lo contrario: de veras le afectaba que así fuera—. Eso duele, *Naive*.

—Me gusta c-cuando me llamas así —reconoció con un hilo de voz.

—Pues claro que te gusta. Te gusta todo lo que hago porque me quieres y todavía no te has dado cuenta.

—No digas estupideces.

—Creía que eran tonterías.

—Tú dices de todo menos c-cosas c-con sentido.

—Culpable —ronroneó en su oído.

Chasqueó la lengua antes de volver a tomar sus labios, dando por concluida la conversación que le distraía de su objetivo primordial. Guinevere cruzó los codos detrás de su cuello y se arrimó más a él por necesidad; empezaban a temblarle las piernas como resultado del orgasmo inminente.

Ulysses sintió una ridícula emoción al sospechar que podría ser el primer clímax de Guinevere, y que él había sido el único responsable del acontecimiento.

Por desgracia, el destino tenía otros planes para aquella noche.

—¿Buttercup? —la llamó una poderosa voz masculina.

Una que no había salido del interior de Ulysses, aunque se le dieran de maravilla las imitaciones y todo lo que fuera falsear la realidad.

Provenía del pasillo, y su propietario se disponía a entrar.

Capítulo 16



Érase una vez una visita inoportuna

Guinevere y Ulysses compartieron una mirada, la de ella aterrada, la de él no mucho más entusiasmada porque el conde hubiera decidido prestar una visita justo en ese condenado momento.

A continuación, fue brutalmente empujado hacia la cama, y con una vehemencia que habría encontrado sugerente de no haber sido consciente de que se estaba jugando la vida. En el último momento, Guinevere se lo pensó mejor y abrió el ventanal del balcón para expulsarlo a la intemperie.

Eso ya no era tan sugerente, a no ser que la sugerencia fuera invitarlo a morir de frío.

—¡Me voy a congelar! —se quejó en voz baja.

Ella hizo un frenético gesto de desaprobación que en otras circunstancias le habría resultado cómico —¿qué diablos? ¡Seguía siendo cómico!— y él se resignó a aceptar las órdenes encaramándose a la baranda con un salto ágil. Un solo segundo más tarde, el chasquido de las bisagras y unos pasos seguros rompieron el silencio. Ulysses lo supo porque el miedo a morir a manos de un padre ofendido le agudizaba los sentidos. Sentía que escucharía el batir de las alas de una mariposa en América incluso tambaleándose en el borde del alféizar.

Se limpió el sudor de la frente.

Había esquivado una bala.

—¡Papá! —oyó que exclamaba Guinevere con una efusividad sospechosa—. ¡No te esperaba!

—Me ha parecido oír voces.

—¿Voces? ¿Qué voces?

—Susurros —especificó el conde, al que se podía imaginar husmeando por la habitación en busca de un elemento fuera de lugar.

Aguantando incluso la respiración, Ulysses caminó por la cornisa para acercarse más a la habitación vecina. Y no la que pertenecía a lady Lillistone.

—Ah, sí, tienes razón —comentó Guinevere con el que probablemente fuera su mejor tono desahogado. De ser así, Ulysses debía darle un consejo para mejorar su actuación—. Estaba recitando unos p-poemas en voz alta… a dos voces —especificó—. Como si fuera el que habla y el que responde. Igual que en el teatro.

—¿Poemas? —repitió, incrédulo—. ¿A medianoche?

—Sí, unos… unos que me han escrito los p-pretendientes.

—No me digas que todavía está en boga eso de dedicarle unos versos a la amada —oyó que se mofaba el padre—. Parece una costumbre que nunca pasa de moda. Yo venía a traerte un libro que me han hecho llegar esta misma tarde y que creo que podría gustarte.

Ulysses se resistió a poner los ojos en blanco porque ese fuera el asunto tan urgente que traía a Arian Varick a los aposentos de su hija. No lo hizo porque habría pecado de cínico, y en el fondo a él mismo le habría gustado que un familiar tuviera semejante detalle.

Sus padres jamás supieron qué clase de literatura le gustaba consumir.

—¿De qué se trata? —indagó Guinevere, esta vez sin fingir la curiosidad.

—¿Te acuerdas de la novela publicada por entregas de aquella revista infantil, *Young Folks*?

—¿*La isla del tesoro*? —Se le escapó una nota de emoción—. ¡No me digas que al fin han p-publicado la historia del señor Stevenson!

—Aún no, pero lo harán. Saldrá a la venta oficial el año que viene, pero me ha hecho llegar un primer ejemplar algo rudimentario para que le dé mi opinión sobre cómo queda. Ya sabes que tiene mi opinión en alta estima.

El conde se las arregló para sonar más sorprendido que soberbio, como si treinta años después de haber heredado una de las fincas más provechosas del norte de Inglaterra, haberse consagrado como el enemigo de los parlamentarios conservadores y haber sido requerido para escribir las columnas más interesantes de revistas tanto políticas como artísticas no se hubiera acostumbrado aún al éxito y el afecto del vulgo.

—Sé que te perdiste algunas de las publicaciones porque nos marchamos de Londres, así que quería que lo tuvieras desde el principio hasta el final. Luego, si quieres, podemos comentar lo que nos ha parecido. Es una novela de aventuras pura y dura —continuó el conde. Ulysses tenía los sentidos tan agudizados que sintió cómo tomaba asiento en el borde de la cama aun con la brisa soplándole en el oído como una amenaza de muerte—. Personajes interesantes, acción, rigor histórico… y recuerda que a pesar de ser, teóricamente, una novela para la juventud, el señor Landscroft la valoró de forma positiva en la revista.

Ulysses entrecerró los ojos con sospecha.

Conque acción y valoraciones positivas de parte de una revistilla que había criticado con ahínco a A. M. Bellamy…

Si Guinevere no hubiera afirmado que ningún miembro de su familia conocía su doble identidad, Ulysses habría pensado que su padre estaba al corriente de su inmersión en el mundillo literario e

intentaba echarle una mano para que perfeccionara sus puntos fuertes.

Por desgracia, la dificultad a la hora de mantener el equilibrio le impidió ahondar en sus meditaciones. Bajó la mirada para comprobar que la caída podría ser estrepitosa y no podía saltar hacia la rama del árbol cercano sin captar la atención del conde, al que sentía de nuevo dando vueltas por la habitación.

Tampoco quiso hacerlo cuando oyó que la conversación viraba hacia otros temas más interesantes, incluso si el coste de escucharla era abrirse la crisma.

—¿Y qué hay de esos poemas? ¿Alguno que merezca sobrevivir a la quema? ¿Tenemos a un poeta entre nosotros? Porque yo con un hombre que te merezca me conformo, no pasa nada si no incursiona exitosamente en las artes.

—Aún no c-conozco muy bien a nuestros invitados —se justificó Guinevere.

—Eso es cierto —le concedió el conde—, pero me da la impresión de que en parte es tu culpa. No les prestas atención porque ya andas muy ocupada con un sujeto en particular. ¿Qué te traes con el marqués de Sutherland? —Ulysses no tuvo que mirarlo para saber que había torcido el gesto—. Por cierto, ¿no se suponía que era rubio?

«Dios santo… ¿Por qué diablos es tan importante ese detalle? ¿Es que quiere un nieto como ricitos de oro?», se desesperó Ulysses. «A este paso voy a tener que hacer como los egipcios y mezclar cenizas de madera de haya para teñirme».

—El marqués es mi… mi amigo.

Aquella lamentable aclaración sacó lo peor de él. Le dio ganas de saltar al balcón y golpearse el pecho.

«Y un cuerno. Di lo que estabas haciendo con *tu amigo* hace un momento, a ver qué le parece a tu padre».

—Un amigo muy querido, por lo que veo. ¿Debería citarlo en mi despacho?

—¡No! —exclamó Guinevere, y por un momento Ulysses se ofendió con su vehemente negativa. Segundos después comprendió que había gritado en un fútil intento por alejarlo de la ventana, pues el conde acababa de pasar por allí—. Quiero decir que todavía es muy pronto. Yo no… no lo c-conozco apenas. Solo lo vi una vez en una velada de sociedad antes de que se p-presentara aquí.

—El amor, o por lo menos la curiosidad y la atracción, no entienden ni de horas ni de lugares. A mí me bastó con ver a tu madre una vez para saber que no volvería a ser el mismo. Distinto es que el orgullo y la obstinación se interpusieran en mi camino y me hicieran perder el tiempo.

»Si le aceptas un consejo a este viejo que ha vivido lo suficiente para saber que los años vuelan, te diré que más te vale tomar lo que

quieres siempre que puedas. Es mejor que te lamentes de haberte equivocado que arrepentirte de no haberte arrojado a la aventura.

«Gran perla de sabiduría, milord», quiso aplaudirle, aguantando el equilibrio con precariedad sobre la cornisa. «Ahora, por lo que más quiera, ¡márchese!».

—¿Tú nunca te has arrepentido de… c-casarte c-con mamá? —tanteó Guinevere transcurridos unos segundos. Preciados segundos que podría haber dedicado a recordar que Ulysses estaba luchando por su vida en el balcón y a actuar en consecuencia mandando a su condenado padre a la cama.

Pero las confesiones familiares no habían hecho más que empezar.

«Voy a morir aquí», comprendió con resignación.

—Por supuesto que no. Y sobre la discusión de esta mañana… —continuó con tiento—. Tu madre es muy susceptible en general, pero se vuelve intratable cuando le toca ejercer de anfitriona con la aristocracia. No le tengo en cuenta los exabruptos durante estos días, del mismo modo que ella sabe dejar de escucharme en cuanto me pongo obtuso. Se trata, como ves, de que encuentres a una persona con la que encajes. Alguien con quien todo sea llevadero.

—¿Sientes todo eso c-con mamá?

Incluso Ulysses se percató de que sonaba incrédula.

Por fortuna, el conde no se lo tomó mal y se rio.

—Cada uno sabe lo que quiere, Buttercup, y yo siempre he querido que no me dejen ponerme cómodo, que me obliguen a replantearme mis opiniones y principios, que me señalen lo que hago mal aunque me cueste aceptarlo. Tal vez tu madre no sea fácil; es lo que tiene vivir con los pies en la Tierra, que ves lo mal que funciona todo y, si tienes un poco de corazón, y de eso ella tiene mucho, te afecta. Pero me da lo que necesito. Me recuerda que el mundo nunca será tan idílico como yo lo planteo y que no puedo hacer lo que me venga en gana. No habría soportado convivir con una mujer que me dijera que sí a todo.

—Pero todas esas p-peleas…

Ulysses oyó al conde suspirar.

—No nos peleamos tanto como crees. Eso que viste no es una pelea para nosotros, créeme. Simplemente somos de los que alzan la voz, y perro ladrador, poco mordedor. Me temo que siempre te marchas antes de ver cómo nos reímos el uno con el otro.

—¿Os reísteis en c-cuanto me fui?

—Por supuesto, Buttercup —aclaró con dulzura.

—Me cuesta c-creerlo, si te soy sincera.

—Sé siempre sincera —le pidió él—. Conmigo y con cualquiera, pero conmigo y con tu madre sobre todo, porque resolveremos tus dudas siempre. Y, de acuerdo, tal vez no prediques con nuestra forma

de comunicarnos, así que ignora lo que te he dicho y toma este consejo: acepta al hombre que te haga sentir como quieres sentirte siempre. Si es al borde del asiento, estupendo; si es en calma y satisfecha, perfecto; si es con el corazón en carne viva, magnífico también. Confío plenamente en tu criterio, Buttercup. Incluso a la hora de elegir marido.

»Ahora, si no te importa, me voy a ir a la cama. Este cuerpo no resiste las noches en vela como solía hacerlo.

«Sí, por favor», rogó Ulysses. «Eso es lo que tiene que hacer. Irse».

Pero en el fondo le conmovía haber presenciado un momento de ternura entre Guinevere y su padre. Era una nueva faceta de la muchacha que quedaba revelada ante él, una faceta que descubrió que le gustaba por su dulzura y su vulnerabilidad.

—Buenas noches, papá —oyó que decía antes de cerrar la puerta. Apenas segundos después, escuchó que corría las pesadas cortinas y se arrojaba hacia el balcón para localizarlo al borde del precipicio. Ulysses confirmó el peligro que había corrido al ver el terror en los ojos de Guinevere—. ¡Dios santo! ¡Ven aquí! Vamos, ya se ha ido…

—Y gracias al cielo —bufó, ignorando que una gota de sudor corría por su sien. Si sacudía la cabeza para librarse de ella, perdería el equilibrio—. Por un momento pensé que se quedaría a contarte un cuento, y que tú le pedirías que empezara desde el principio hasta tres veces.

—Habría sospechado si hubiera intentado librarme de él —se justificó, apoyando todo el pecho sobre la baranda del balcón y alargando un brazo hacia él—. ¿Puedes llegar hasta mí?

—Eso creo —jadeó, pero verla de nuevo no había tenido el efecto esperado: no le había recorrido un subidón de energía capaz de hacerle saltar como un gato. Había pasado tanto rato allí colgado que de pronto fue consciente del cansancio y, acercar un pie hacia ella, trastabilló y se le cayó el zapato—. Maldita sea… Ahora tendré que bajar a recogerlo antes de que un criado lo vea y dé parte al conde. A no ser que mis sesos se estrellen allí abajo, cosa que sin duda distraerá la atención de… Oh, mierda —soltó al reconocer una figura masculina a los pies del balcón. Un hombre ataviado con un gabán y el cabello revuelto de haberse levantado de la cama para despejar la mente los estaba mirando. Se había agachado para recoger el zapato—. Dime que no es él, *Naive*.

—Por los c-clavos de Cristo, ¿cuáles eran las p-posibilidades? —se lamentó ella, encaramándose más a la baranda para estirarse en su dirección—. El duque de Richmond debe de pensar que estoy loca.

Ulysses pensó en decir algo para aplacarla, pero tenía razón. El aristócrata la había visto apretar el gatillo en dirección a un noble y acto seguido intentar robarle el reloj al mismo.

—Buenas noches, excelencia —le dijo Ulysses en voz baja, esperando que el eco le hiciera llegar la cortesía—. ¿Le importaría devolverme mi zapato?

—Para eso debería usted bajar hasta aquí —respondió después de retirarse el habano de los labios.

En un primer momento, Ulysses no se había fijado en el brillo escarlata del fuego; solo pudo caer en la cuenta de que había salido a fumar cuando por fin plantó los pies en el balcón y estuvo a salvo en brazos de Guinevere, que lo palpó de arriba abajo para cerciorarse de que estaba de una pieza.

Sentir su cálido tacto y su genuina preocupación hizo que se olvidara del zapato, del duque y de la visita intempestiva del anfitrión. Se concentró en los ojos brillantes de Guinevere y en sus conmovedores nervios, y en cuanto hizo contacto visual con ella, sonrió y dijo:

—¿Por dónde íbamos?

Le rodeó la nuca con los dedos y la besó bajo el umbral del balcón, donde los mirones del exterior no podrían verlos. Guinevere jadeó contra sus labios y acunó su rostro entre las manos para devolverle el primero y el segundo beso, y todos los que fue enganchando a partir de ahí hasta que no les quedó otro remedio que separarse para recuperar el aliento.

—Creo que p-por hoy hemos tentado lo suficiente a la suerte —dijo Guinevere, pasándose los dedos por la boca inflamada. Sus ojos titilaban como las estrellas, con una ilusión juvenil que le cautivó—. Será mejor que te vayas a tu alcoba.

Ulysses sonrió, porque no le quedaba aire en los pulmones para hablar, y le hizo un gesto para que lo siguiera con la mirada mientras se escabullía.

—Atenta a tu lección rápida de escalada.

Se encaramó a la barandilla y, de un salto, se colgó de la rama más alta y cercana al balcón. Por el gusto de hacerla sonreír, gesto que se tuvo que imaginar porque le daba la espalda, se balanceó dos veces con cierta arrogancia antes de pasar a la siguiente, abrazarse al tronco y dejarse caer hasta poner los pies en tierra.

Ya desde abajo, miró en su dirección a tiempo para captar que la joven se había aferrado al barandal para verlo con detalle.

Estaba seguro de que sonreía, aunque era difícil saberlo porque ni la luz de la luna la alumbraba.

Ulysses le lanzó un beso desde abajo.

—Sueña conmigo, *Naive* —le pidió en voz baja, de manera que no pudo ni escucharlo.

Capítulo 17



Érase una vez el marqués de Lillistone

Todo el que mirara a Guinevere se daría cuenta de que estaba nerviosa, y no por las razones obvias —se acercaba la fecha en la que habría de elegir a su futuro marido—, sino porque tenía mucho en lo que pensar.

No había hecho otra cosa desde que se había levantado, y la culpa no la tenía otro hombre que el que le lanzaba miraditas divertidas desde la otra punta del salón. Amenazaba con acercarse a ella a pesar de que Guinevere hacía todo lo posible por aumentar la distancia entre los dos.

No estaba molesta con las libertades que se había tomado. Más bien no quería que le nublara el juicio de nuevo.

Como si eso pudiera decidirlo, cuando a la vista quedaba que Ulysses Saxby había pasado de resultarle simpático a convertirse en una presencia necesaria en aquellos días, en un aderezo de su tediosa rutina, en una tentación demasiado poderosa para ignorarla. En un digno aspirante a marido, en pocas palabras, y no marido como podía serlo Lillistone para Marianne. Marido en el pleno sentido de la palabra.

A raíz del fiasco que fue el barón Richter, Guinevere se comprometió a casarse con un hombre que no apelara a la mujer romántica que había dentro de ella. Tenía miedo de que su relación pudiera convertirse en el infierno por el que tomaba el matrimonio de sus padres. Pero como Crimson o el conde le habían dicho, y con una seguridad que había hecho que se tambalearan sus principios, aquello no podría ser posible con su carácter templado. Y menos si escogía como esposo a un hombre que tampoco sentía debilidad por los enfrentamientos.

La mañana anterior, Ulysses se había enfurecido con el mundo. Con el caer de la noche, ya estaba disculpándose y actuando como si no hubiera pasado nada.

Con él, estaría a salvo de conflictos.

Guinevere no podía creerse estar planteándose la boda con Ulysses Saxby. Y, aun así, allí estaba después de una noche entera pensando en cuánto se divertía en su compañía, en cuánto anhelaba sus besos y ese misterio del amor que había más allá, en cuánto valoraba su conversación, sus curiosas y a veces sabias apreciaciones, y cuánto le

había dolido pensar por un solo segundo que pudiera haberle decepcionado.

Si quería ceñirse a su idea de matrimonio conveniente, más le valía huir de él. Pero si quería ser fiel a los ideales románticos que nunca había terminado de abandonar, pues a fin de cuentas escribía novelas plagadas de pasión hacia la vida y ella misma ansiaba descubrirla en todas sus facetas, Ulysses era el hombre perfecto. Era, de hecho, el príncipe azul nacido de la lágrima, con su curiosa definición de honradez y sus ansias de aventuras.

Barrió el salón, por donde se habían desperdigado los invitados, en busca del protagonista de sus últimas meditaciones. Ulysses charlaba con el inspector Iterley con la sonrisa canallesca que le caracterizaba, acariciando distraído el borde de su copa casi vacía con la yema del dedo índice. Hacía mil aspavientos, su rostro brillaba como si el simple hecho de estar allí, vivo, acompañado, le llenara de ilusión. No temía alterar la calma de la reunión riendo a carcajadas.

Guinevere sonrió sin darse cuenta. Nada podría haberla distraído de su contemplación excepto la persona que se había decidido a buscar esa mañana para saciar una duda urgente.

Francis Saintsbury le dirigió una sonrisa apesadumbrada en cuanto intercambiaron miradas, como si supiera de antemano que Guinevere exigiría respuestas. Que no se negara en redondo a hablar de los Saxby prendió una luz esperanzada en Guinevere.

Preferiría no modificar su opinión sobre alguien a quien quería tanto.

Lo tenía por una especie de tío lejano, pero también le había llegado de oídas que se pensaba en Francis como un soltero muy codiciado hasta su ruina económica. Y, aun así, gracias a su encanto y un atractivo que hacía sonrojar a las mujeres, había alguna que otra con poco interés en lo material que aún estaba dispuesta a prometerle su cuerpo y su alma.

Y es que, a decir verdad, el señor Saintsbury era agradable a la vista; el modelo de caballero esbelto y elegante con el que el tiempo había sido benévolo. A pesar de haber pasado los cuarenta y tener el pelo del tono plateado de las canas, favorecedor en contraste con su piel cetrina, no lucía una sola arruga y seguía manteniendo la complexión atlética de la que tanto se había enorgullecido en su juventud.

—Siento que ayer tuvieras que vivir un momento tan incómodo —se disculpó en cuanto llegaron a la misma altura, separados tan solo por medio metro de distancia y las pulgadas que el alto Francis le sacaba—. Reconozco que a mí también me pilló desprevenido.

—No te disculpes ni te preocupes. Miles me contó lo que pasó hace años y entiendo… o al menos p-puedo entender por qué actuaste c-

como lo hiciste. No vengo a hacerte reproches; solo una p-pregunta que lleva rondándome desde que me he despertado esta mañana.

Francis se cruzó de brazos, intrigado.

—¿De qué se trata?

—Verás… —Guinevere se rascó el cuello, nerviosa. Francis era un hombre inteligente. Captaría al vuelo lo que significaba que una joven como ella se preocupara por los sueños y esperanzas de un hombre. Temía su reacción, pero decidió arrojarse al vacío recordando que se trataba de su vecino—. Ulysses… Es decir, el señor Saxby, me mencionó hace unos días un caballo que le regalaron cuando era niño. Se trataba de una raza valiosa y en teoría extinta, un tarpán de las estepas. Me dijo que lo vendieron cuando se vieron en la ruina, p-pero en vista de… lo que sucedió en realidad con sus bienes, me gustaría saber si con «venderlo» se refería a que… Bueno, a que fue a parar a tus manos.

—Ah, sí… Ítaca, ¿verdad? —Francis sonrió con resignación al recordar a la yegua—. No fue a parar a mis manos a raíz de la apuesta, me temo, pero se lo compré con el dinero que conseguí en otras mesas de juego porque su madre lo necesitaba para empezar de nuevo en la capital. Lo pagué muy por debajo de su valor real, pero era lo que tenía por aquel entonces, y lo que ella estaba dispuesta a aceptar con tal de no marcharse de vacío.

—¿Y la sigues teniendo contigo? —inquirió con agitación—. No me extrañaría que no la pasearas por el p-pueblo p-porque no eres dado a la ostentación, p-pero tampoco recuerdo haberla visto en Arnold Place cuando he ido de visita.

—Lo vendí tiempo después a un criador de caballos del sur de Inglaterra que por casualidad estaba en el condado realizando unas compras. Yo no necesitaba esa clase de lujo, y sí dinero en mis arcas para mantener una casa como Arnold Place… y a Crimson, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Guinevere, decepcionada.

Se mordió el labio, preguntándose cuál podría ser su siguiente paso para localizar a la criatura. Francis tuvo que leerle el pensamiento, porque sonrió con calidez.

—¿Quieres que te diga a quién se lo vendí?

Guinevere alzó la mirada con el corazón encogido de esperanza.

—¿Crees que sigue vivo? No el tipo, sino el c-caballo.

—Era una yegua sana y joven, y en las manos adecuadas, como en las de un criador tan experimentado como el señor Allen, no debería de haber contraído ninguna enfermedad. Y dudo que se deshiciera de él. Es una joya de animal.

—¿El señor Allen, dices? ¿John Allen? —repitió con la garganta atorada—. ¿El hombre con el que trabaja mi tío Alban?

—Pues ahora que lo dices, sí, es ese mismo. No se me había ocurrido hacer la asociación. A veces se me olvida que tu padre se codea con los individuos más peculiares.

Guinevere se controló para no dar un salto con el puño alzado.

Recordaba haber visitado el criadero de John Allen cuando era niña. Ni a su padre ni a su madre les gustaban especialmente los caballos, sobre todo desde que el conde sufrió un accidente que por poco le costó la vida, pero uno de los sementales que entrenaba Alban acababa de ganar la copa de Ascot y quisieron ver con sus propios ojos en qué se había convertido el negocio inicialmente modesto de los dos amantes de los equinos. A fin de cuentas, tanto el señor Allen como Alban Beauchamp habían empezado su carrera como mozos de cuadras en Beltown Manor, y bajo la supervisión y mando del conde de Clarence, que les tenía especial afecto.

Guinevere adoraba a sus tíos —aunque el señor Allen no lo fuera por consanguinidad, lo consideraba un miembro de la familia—, y lo que era más importante: sus tíos la correspondían. No resultaría complicado ponerlos entre la espada y la pared al pedirles un favor que a otra persona le habrían negado sin contemplaciones.

En el fondo, Guinevere prefería no acorralarlos, pero no se le ocurría ninguna manera de llevar a Ulysses hasta el criadero, para lo que tendría que cruzar media Inglaterra. Habría de hacerlo al revés si quería darle la sorpresa: traer Ítaca hasta Ulysses, al contrario de como lo narraba *La Odisea*.

Aunque, desde luego, conseguirlo sería toda una odisea.

Le dio las gracias a Francis, a lo que este asintió con la cabeza y se dejó arrastrar hacia la mesa de aperitivos por un viejo conocido. Guinevere no tuvo ni un respiro; enseguida oyó una voz masculina cerca de su oído.

—No me digas que el señor Saintsbury figura en tu lista de posibles maridos. Yo que tú me lo pensaría mejor. Tengo entendido que al tipo le gustan demasiado las apuestas, y no querrías que tu dote acabara en manos de un sujeto indeseable…, ¿verdad que no?

Guinevere se giró para enfrentar a Ulysses.

Aunque no hacían ni veinticuatro horas desde la última vez que se habían visto, tuvo que contener un estremecimiento. Los recuerdos que acudieron a su mente eran demasiado tórridos como para que una señorita pudiera sentirse cómoda rememorándolos en público.

—El señor Saintsbury no sería el único indeseable de los p-presentes, o, por lo menos, no el más indeseable —replicó después de inspirar hondo.

—Tienes razón —confirmó con desahogo—. Bevers es patético.

—No me estaba refiriendo a Bevers, precisamente.

—¿Al duque de Richmond, tal vez? —se hizo el desentendido,

llevándose un dedo dubitativo a los labios—. Puede que no incurriera en el agravio, pero no haberte defendido cuando Bevers se comportaba como un animal le resta puntos, ¿o piensas negarlo porque te ciegan su fortuna y su atractivo?

—No soy tan superficial c-como para valorar a un pretendiente por esas dos razones.

Ulysses bizqueó con dramatismo.

—Oh, no me tomes por idiota, *Naive*. A todo el mundo le gusta la gente guapa.

—Entonces deberían estar pretendiendo a mi hermana Ravenna y no a mí.

—Tengo entendido que lady Ravenna no está en el mercado. Si no, otro gallo cantaría.

Guinevere se encontró con su mirada chispeante y todo amago de ofensa se desvaneció bajo la intensa oleada de cariño que la sobrevino de pronto.

—Eres un idiota —se quejó con una sonrisa despuntando en los labios—. Deberías haberme dicho que no existe en este mundo mujer más bella que yo.

—Te lo habría dicho si fuera tu pretendiente, pero me expulsaste de la carrera por tu corazón, ¿recuerdas? —Suspiró con la mano sobre el pecho—. Solo estoy aquí en calidad de ayudante, de conejillo de indias… y de consejero —apostilló, echando una ojeada alrededor antes de tomar asiento en uno de los cómodos sillones de cuero de las esquinas. El material crujió bajo su peso—. Si no vas a casarte conmigo, considero que deberías valorar al señor Farrow. Es el segundo tipo más interesante de toda la fiesta.

—¿El segundo más interesante? —repitió Guinevere, perpleja. Asumió que con el primero se referiría a sí mismo, y prescindió de hacer la pregunta obvia. Tomó asiento a su lado en el sillón compañero, ignorando las miradas de los invitados—. El señor Rathborne ha estado en Egipto.

—Donde no ha estado es en la cama de una mujer —se mofó Ulysses.

—¿Cómo lo sabes?

—No hay más que verlo. —Se encogió de hombros—. En cambio, al vizconde Torrington se le han pegado tantas sábanas ajenas que me extraña que no le hayan salido erupciones por todo el cuerpo. Para separarlo de la cama de una casada haría falta un disolvente químico… o un duelo al amanecer.

—Eso sí lo había oído —comentó Guinevere, observando de lejos al caballero mencionado—, pero me cuesta creerlo. No es lo que se diría un… hombre hermoso.

—Es un hombre con labia, considerablemente más peligroso. Ya ves

que el duque de Richmond posee una belleza innegable y, sin embargo, apuesto mi alma a que se estrenó con una prostituta por orden de su padre y no ha vuelto a tocar a una joven desde entonces.

—No deberías hacer esos c-comentarios en voz alta —le censuró Guinevere, avergonzada porque hubiera plantado semejante imagen mental en su pensamiento—. Estás en p-presencia de una dama… —Hizo una pausa antes de apostillar—: que opina lo mismo que tú.

Él soltó una carcajada.

—Míranos —siguió riéndose Ulysses, apoyando el tobillo sobre la rodilla contraria y abrazándosela con aire informal. Oteaba la estancia con una sonrisilla canallesca—, conjeturando sobre las relaciones de nuestros allegados y echando abajo sus magníficas reputaciones. Uno se lo esperaría viniendo de un ladrón, pero no de una princesa como tú.

Aunque Guinevere estaba acostumbrada a que la llamaran así por difusión de uno de los apodos de su padre —princesa de Beltown Manor—, el corazón le dio un vuelco al escucharlo.

—Hay toda una serie de c-comportamientos que nadie p-podría explicar viniendo de mí.

—Por eso estarías mejor conmigo que con nadie —comentó con su desahogo habitual—. Si te soy sincero, lo que todavía no comprendo es qué hace aquí mi buen amigo Keith. —Miró a Guinevere a la caza de una acotación que no llegó, y que tuvo que hacer él a regañadientes—. Esperaba que respondieras algo así como «pues yo entiendo menos aún por qué es "tu buen amigo Keith". ¿No se supone que sois naturalezas opuestas, y que deberíais llevaros como el perro y el gato?».

Guinevere sacudió la cabeza con la tranquilidad que otorgaba el pleno conocimiento.

—Independientemente de que haya acabado c-cogiéndole el gusto a la captura de los villanos, sé que Keith no es inspector vocacional, así que no me sorprende que no sienta un odio acérrimo hacia los delincuentes como tú —se rio.

—Ah, ya, lo dices por eso de que nació en el seno de una familia burguesa. Lo había olvidado por completo, porque no me lo imagino compartiendo un puro con un aristócrata sin tener que pedir disculpas para salir a vomitar. Sus orígenes explican que tu familia lo conozca tan bien —seguía meditando—. Se movió entre la alta sociedad durante unos cuantos años y debisteis coincidir en más de una ocasión.

Guinevere se giró hacia él con incrédula curiosidad.

—Creo que la palabra «coincidir» se queda bastante c-corta considerando que estuvo pretendiendo a mi hermana Marianne durante meses. Mi padre no estaba dispuesto a permitir que su

primogénita se c-casara con nadie, ni con un rey ni con un mendigo, pero el inspector Iterley le gustaba tanto que ni siquiera gruñía cuando aparecía en casa con un ramo de flores.

Ulysses se quedó tan pasmado que ni siquiera atinó a halagarla por su razonable mejora respecto del tartamudeo, que con el desarrollo de la conversación había ido menguando hasta prácticamente desaparecer.

—¿Keith? ¿Un ramo de flores? —Intentó imaginarlo, y, para ayudarse, barrió el salón en busca de los amplios hombros del inspector. Lo localizó charlando con el conde de Clarence con una de esas sonrisas de controlada aprobación que se le escapaban cuando un aristócrata exponía un argumento con el que estaba muy de acuerdo, pero no quería darle la razón. Acabó volviendo a Guinevere, que estaba disfrutando de su desorientación como una niña—. ¿Qué?

—¿Cómo es p-posible que no te lo haya dicho? El inspector Iterley estaba muy enamorado de mi hermana. En aquel entonces yo apenas tenía nueve o diez años, pero me acuerdo como si fuera ayer de que se le iluminaba la cara al verla bajar las escaleras. Y creo que ella también se sentía muy halagada por las atenciones de tu amigo —vaciló—, pero con Marianne es difícil decirlo con absoluta certeza. Es increíblemente celosa de su intimidad. Tanto que a veces p-parece que no tiene intimidades.

—Todo el mundo tiene intimidades —se oyó decir Ulysses, pensativo. Devolvió la mirada a Keith, que en ese momento daba un rápido sorbo a su copa para enseguida rebatir un comentario del conde con sus aspavientos «de discusión política», aquellos más entusiastas de la cuenta—. Ahora que lo pienso, a lo largo de los últimos días ha ido soltando comentarios fugaces pero reveladores. «Cómo se nota que nunca te han roto el corazón» —citó—. «Si cualquier mujer que te interesara te hubiera desdeñado de veras, estarías llorando ahora mismo». —Sacudió la cabeza para volver a centrarse en Guinevere—. ¿Y dices que la pretendió? ¿Por qué no salió adelante la boda?

—Mi hermana eligió al marqués de Lillistone. —Guinevere se encogió de hombros—. Y ya ves que el inspector Iterley asumió su decisión con deportividad, porque se llevan de maravilla.

—Tanto que me habría resultado imposible adivinar lo que me acabas de contar.

—No me digas que te ha entristecido que el inspector no c-confiara en ti para contártelo.

—Por supuesto que me ha entristecido. No es que sea mi… único amigo, porque cuento con… con… ¡con Johnny! Sí, con Johnny, entre otros tantos amigos, pero… —Ulysses lanzó una mirada rencorosa a Keith— pensaba que él y yo teníamos una relación especial. Ahora veo

que me equivocaba, y que un humilde servidor era el único que contaba sus andanzas y confesaba sus íntimos secretos…

—¿Tienes íntimos secretos? —se burló ella.

—Ya veo que hemos llegado a ese punto en el que puedes hacer mofa de mi sufrimiento.

—Oh, no seas así —le reprendió Guinevere de buen humor. Incluso se animó a ponerle una mano sobre el muslo y dejarla durante unos segundos, ignorando que ella era el centro de atención (o debía serlo, al menos) y estaban en un salón repleto de invitados—. Estoy segura de que no es nada p-personal. No soy la que mejor conoce al inspector, p-pero no le tengo por un tipo malicioso que se rodea de personas a las que no quiere en realidad. Simplemente se trata de un hombre reservado. Como la mayoría de los hombres —puntualizó—, a excepción de ti, c-claro, que eres el único al que conozco que no tiene miedo de decir lo que siente.

Ulysses sonrió.

—Aunque acabas de llamarme «hombre sensible», un insulto con todas las de la ley, te las has arreglado para hacerme sentir halagado. Tal parece que admitir las debilidades propias le convierte a uno en un ejemplo de bondad y no en un idiota vulnerable.

Ella lo miró a los ojos antes de atreverse a responder:

—Quizá sea la clase de mujer a la que le atraen los idiotas vulnerables.

Ulysses fue a abrir la boca para replicar, pero el portón de entrada al salón se abrió de sopetón y un caballero impecablemente vestido apareció con paso firme. Marianne lo seguía con las faldas agarradas pero con la espalda erguida, disimulando en la medida de lo posible que estaba intentando detener el avance imparable de quien muy pronto Ulysses asumió que era su marido, el marqués de Lillistone, porque palideció de forma notable. Justo como ella, que empezó a prever el problema que se avecinaba.

Un aristócrata como lord Harold Ainswick no se presentaría lanzando miradas perdonavidas a un desconocido si no hubiera averiguado ya que el susodicho tenía por costumbre hacerse pasar por sus amigos de Cambridge.

—Me temo que este tipo me va a reprochar algo más que no ser rubio —dijo Ulysses para sí, tratando de leerle los labios en la distancia.

Por la forma en que Arian Varick se giró en su dirección, y con el ceño fruncido, Guinevere supo que la ira de Beltown Manor caería sobre él antes del aperitivo. Porque el conde de Clarence no era un hombre que perdiera el tiempo. En cuanto Lillistone terminó de ponerle al corriente sobre lo que estaba ocurriendo bajo su techo, tanto él como el marqués y su hija Marianne se encaminaron hacia

Ulysses.

El ladrón no había tenido miedo en su vida, o, por lo menos, no había tenido miedo desde los doce años, cuando el señor Saintsbury apareció a las puertas de Arnold Place para explicarle en pocas palabras que tenía que marcharse de su casa cuanto antes, pues ya no le pertenecía. Pero al ver a Arian Varick, coloquialmente llamado Jigou del Himalaya[14] por sus dimensiones físicas, a punto de abalanzarse sobre él, pensó que más le valía encomendarse al Señor con un rezo.

«No se atreverá a agarrarme del pescuezo en plena velada, ¿verdad?», se preguntó con una sombra de temor. Dudaba que el conde perdiera los estribos cuando su estricta mujer andaba tan cerca, pero siempre podía tomarle el relevo el propio Lillistone, que estaba colorado por la ofensa como si le hubiera suplantado a él y no a su buen amigo, el marqués de…

—Sutherland, si no me equivoco —fue lo primero que dijo Arian Varick al plantarse ante él con los párpados entrecerrados—. Me parece que no hemos tenido la ocasión de charlar, usted y yo.

—¿Cómo se atreve? —le ladró Lillistone con los puños apretados. Ulysses no daba crédito a la reacción del aristócrata. ¿Por qué se lo tomaba tan a pecho? Sabía que uno podía meterse en problemas por presentarse con un nombre que no constaba en su partida de nacimiento, ¡pero tampoco era tan grave!—. ¿Se creía que no nos íbamos a dar cuenta?

—Tranquilícese, Lillistone —le ordenó el conde, alargando un brazo para evitar que se abalanzara sobre Ulysses. Nadie apartaba la mirada del incauto. Marianne lamentaba lo sucedido en silencio, más porque la privaría de un rato de diversión asegurada que porque temiera cómo represaliaran a Ulysses; Lillistone contaba con matarlo de un vistazo fulminante, y el conde, por más que intentaba castigarlo con su frialdad, ante todo parecía muerto de curiosidad—. Creo que puedo encargarme yo solo de poner en su sitio a los desvergonzados que se infiltran en mi casa. Voy a tener que pedirle que recoja sus pertenencias y se marche de aquí de inmediato.

Lillistone se giró hacia el conde, pasmado.

—¿Ya está? ¿Se va a limitar a echarlo?

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que lo cuelgue desnudo del árbol más próximo? A mí nadie me ha notificado que hayan desaparecido joyas o dinero, por lo que no ha venido con intenciones perversas… —Arian ladeó la cabeza para estudiarlo desde otra perspectiva, una desde la que tuvo que parecerle considerablemente más encantador, porque

añadió—: Y, según creo, la travesura ha estado divirtiendo a mi hija, así que solo le exigiré que se vaya.

—No, por favor —rogó una voz femenina—. Deja que se quede.

Todo el mundo se quedó de una pieza al oír a Guinevere. Incluso Ulysses, que no había esperado que saliera en su defensa.

Al menos, no en público.

La única que parecía complacida porque la escena se estuviera desarrollando de acuerdo a sus expectativas era Marianne, que fingió rascarse el lateral del cuello para poder dirigir a otro lado su sonrisa satisfecha.

—¿Tú lo sabías? —inquirió Arian, pasmado.

—Conocí al señor Saxby en la fiesta que cerró la pretemporada de diciembre, y en cuanto se presentó aquí con otro nombre, lo desenmascaré. Le permití que se quedara porque… p-pues p-porque… —Guinevere se miró las manos entrelazadas, no en busca de las agallas que ya tenía, sino de una pausa para hablar con propiedad— p-porque valoro su c-compañía.

—Por el amor de Dios… —jadeó Lillistone—. ¡Es un impostor, Neve!

—Harold —intervino Marianne con suavidad, tomándolo del brazo como si fueran a dar un paseo. Utilizó aquel tono aterciopelado que Ulysses conocía tan bien. Lo usaban todas las mujeres con nociones de manipulación para dirigir a sus maridos sin que estos se dieran cuenta —, solo ha sido una pequeña trastada. Estoy segura de que el señor Saxby y el marqués de Sutherland se conocen y, si bien él no estaba al corriente de la travesura, se reirá cuando sepa quién la ha perpetrado.

—A Sutherland no le hará ninguna gracia —masculló Lillistone, zafándose del brazo de Marianne. Recordó entonces dónde estaba y en compañía de quién, e infló el pecho con una profunda inspiración para serenarse—. Pero estamos bajo el techo del conde de Clarence, por lo que él sabrá cuál es la decisión pertinente. Me fío de su criterio.

—Muchísimas gracias, Harold, aprecio tu aprobación —respondió Arian con una brevísima genuflexión en la que concentró todo el sarcasmo del mundo.

Ulysses tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. Un paso en falso bastaría para que el conde ignorara la petición de su hija y lo echara con cajas destempladas.

—Papá —insistió Guinevere en cuanto Lillistone se había dado la vuelta para rehacer sus pasos, más ofendido que al principio. Por lo que se decía de él, no tenía un pelo de tonto; dudaba que le hubiera pasado desapercibida la ironía de su suegro—, sé que esta no ha sido la manera más c-correcta de conseguir una invitación a Beltown Manor, p-pero no me gustaría tener que despedirme tan pronto del señor Saxby.

Ulysses se giró hacia Guinevere, que estaba mirando a su padre con la esperanza de convencerlo. Tuvo la extraña sensación de que estaban manteniendo una conversación mental; de que todo cuanto pedía el conde de Clarence para tomarse en serio las peticiones de sus hijos era que las expresaran con firmeza.

—El señor Saxby —repitió Arian, paladeando cada sílaba. No le respondió a Guinevere, sino que se concentró en el afectado con cautela—. Tiene usted a la persona más importante de la casa hablando en su favor. Aun así, y si no ve inconveniente, me gustaría conversar a solas con usted.

—Faltaría más, milord —se apresuró a responder.

Arian volvió a mirar a Guinevere, más para advertirla de que ella sería la siguiente que pidiendo su permiso para dejarla sola en el salón, y acto seguido le hizo un gesto a Ulysses para que le siguiera hacia el pasillo.

Capítulo 18



Érase una vez mi suegro

Ulysses tenía unas cuantas razones para estar asustado, y ninguna de ellas estaba relacionada con que el conde pudiera haber descubierto que la noche anterior había estado haciendo equilibrismos en el balcón de su hija.

Los motivos se basaban en lo que se conocía de él.

El conde de Clarence, antes de ser nombrado aristócrata por la gracia del azar, había llevado la vida de un juglar. Muchas de las historias que contaba para hacer las delicias de sus invitados le habían ocurrido a él mismo. Como aquella en la que dejaba sordo a un fanfarrón de un solo y conciso golpe en un oído. O como aquella en la que se cayó encima de un pobre bastardo y le dejó cojo.

No hacía falta viajar a la juventud de Arian Varick para imaginarlo partiendo una pierna. Tenía el cabello más plateado que rubio y unas arrugas en los ojos que denotaban lo mucho que se había reído a lo largo de su vida, pero aún conservaba los brazos recios de un estibador y la edad no le había templado la sangre, como Ulysses pudo comprobar después de verle tomar asiento tras el escritorio de su despacho con ningún otro propósito que amedrentarlo.

Bueno, quizá tuviese otro objetivo: estudiarlo de cerca en la intimidad de una habitación.

Ulysses creyó apreciar un atisbo de curiosidad mal disimulada en sus ojos, idénticos a los de Guinevere. El parecido le ayudó a relajarse, como si la belleza del gris diamante no pudiera ser también letal.

—¿Usted de dónde ha salido? —fue lo primero que preguntó.

—Pensaba que *Naive* había resuelto esa duda por usted. Soy Ulysses Saxby, de los Saxby de…

—De los Saxby que no tuvieron mucha suerte en la vida, sí —le cortó con impaciencia para acto seguido dejar correr un silencio pensativo. El conde se frotó la barba naciente—. Yo no diría mi apellido con ese orgullo si fuera tú, chico, pero respeto la valentía ajena y desde luego la has demostrado viniendo aquí con otro nombre.

—Yo tampoco diría mi apellido con ningún orgullo, pero ya ve que el título de Sutherland no le ha gustado a nadie.

Observó que Arian se tomaba un momento para decidir si interpretar su desfachatez como una burla o aplaudirle la broma. Acabó cambiando de postura en el asiento por una más informal y

haciéndole un gesto para que se sentara frente a él.

—Has sido afortunado por todo lo que no lo fue tu padre —le señaló—, porque no te voy a denunciar. Creo en el dicho que reza que el enemigo de mi enemigo es mi amigo, y todo lo que resulte en la irritación de Lillistone es bienvenido en mi casa.

—¿Significa eso que me va a permitir quedarme?

—Te voy a dar la oportunidad de explicarte —corrigió, pero enseguida lo apuntó con un dedo acusador—. Y no me vengas con monsergas de que te enamoraste de Neve nada más verla y tuviste que usurpar la identidad de un palomo, llegando a exponerte a la horca, para volver a encontrarte con ella.

—Ya veo de quién ha heredado la dama su escaso amor propio. Si ni su padre la cree capaz de postrar a un hombre a sus pies en un primer encuentro…

Ulysses se calló al recibir la mirada perdonavidas del conde.

—Mi hija es una delicia para los sentidos, y por eso los hombres sensibles podrían caer rendidos ante ella en un abrir y cerrar de ojos. La cuestión es que usted no es ningún hombre sensible. No le mueven ni la belleza ni el arte.

—¿Cómo está tan seguro de eso? —rezongó, ofendido por primera vez porque lo hubieran descrito tal y como era.

—En mi casa hay cuadros de Delacroix y, aun así, lo que intentó robar fueron las joyas de mi hija Ravenna. Un codicioso sin ambiciones culturales no apreciaría a una hija como la mía ni en mil años. Por si no lo sabe, no está hecha la miel para la boca del asno.

«Está claro que le encantan los refranes», pensó con vaguedad antes de asimilar lo que acababa de decirle.

Más que perder el color por el bochorno, sintió un ramalazo de admiración hacia él.

—¿Cómo ha sabido que yo…? —Arian sacudió la mano, impidiéndole continuar la conversación por ese camino. Ulysses se resignó, pero lo hizo irguiéndose con un orgullo tal vez inoportuno—. Soy codicioso, pero tengo un gusto exquisito, de lo que podrá dar fe su hija cuando le confirme que escogí su collar de rubíes birmanos para hacerme de oro en el último baile. Lo que no soy es un redomado idiota. Robarle dos joyas a una mujer que no las valora no llamaría tanto la atención como descolgar un Delacroix, y cada ladrón tiene su especialidad. Lo mío no es el arte. Demasiado complicado, y además me tentaría quedármelo en lugar de venderlo.

El conde enarcó una ceja con sorna.

—¿Y no era complicado sustraer una gargantilla milenaria del cuello de una mujer?

Ulysses recordó la primera noche con Guinevere y su expresión se suavizó sin darse cuenta.

—Cometí el error de tomar a *Naive* por una presa fácil —reconoció, entrelazando las manos sobre el regazo—. Me puso en mi sitio en el acto y se lo tuve que devolver.

Arian se incorporó con lentitud para mirar a su invitado con la barbilla erguida y los ojos entrecerrados. Su respuesta le había gustado por una razón que no acertó a comprender.

—Si la sigue llamando *Naive*, debe de seguir tomándola por una presa fácil. ¿O no he entendido bien el apodo?

—La llamo *Naive* más por lo cándido que por lo ingenuo, en el sentido tierno de la palabra.

—¿Ella también le ha puesto un apodo a usted?

—Me ha llamado idiota, estúpido, canalla… y alguna que otra cosa más hasta la fecha, pero aún no he recibido ningún apelativo original, si es a lo que se refiere.

—Parece que habéis pasado mucho tiempo juntos —valoró en tono pensativo—. Debéis de haberlo hecho, al menos, porque aunque Neve suele defender a los desamparados, no acostumbra a responder por nadie a quien no le tenga afecto.

Ulysses no se dio cuenta de que sonreía.

—El afecto es mutuo, milord.

—¿Ah, sí? —Arian apoyó una mano sobre el escritorio y tamborileó los dedos despacio, sin apartar la vista de él—. ¿Surgió antes o después de aparecer aquí con el objetivo de conquistarla para ganarse su dote?

—No lo diga con ese tono, como si ella no estuviera al corriente —se quejó—. Sabe que uno de los muchos encantos que la hacen atractiva a mis ojos es su dinero, y no la entusiasma demasiado, no, pero estoy comprometido con la verdad y la justicia.

—Por supuesto, Sutherland. No esperaba menos de usted —se mofó Arian, apartando la mirada un instante para fijarla, meditabundo, en la pared de delante—. Si le dijera que en realidad la dote es un cebo y estamos en la ruina, usted…

—… pensaría que el gran cuentacuentos del norte no es más que un fraude, porque lo mínimo que uno esperaría de él es que no repitiera la misma jugada dos veces.

Arian lo enfrentó con asombro.

—¿Buttercup le ha hablado de Richter?, ¿o se enteró de la historia en Londres?

«¿Buttercup?», pensó Ulysses, controlándose para no soltar una carcajada.

—No me movía demasiado por el West End cuando *Naive* estaba interesada en *Poorer*, me temo. Claro que me lo ha contado ella.

Había confiado en que el conde se riera con la ocurrencia del cambio de nombre, pero se había quedado tan sorprendido con el

descubrimiento que todavía lo estaba asimilando.

Ulysses se juró que le haría reír en otra ocasión. Era verdad que a los hombres se les conquistaba a través del estómago, pero no por la comida, sino por las cosquillas. Y él tenía que ganarse no solo el respeto de su suegro, sino su afecto incondicional. Era demasiado ambicioso como para darse por satisfecho con una relación cordial. A fin de cuentas, estaba ante un hombre al que admiraba.

—Lo que no creo que le haya contado, puesto que no lo sabe, es lo que le hice a Richter en cuanto se batió en retirada. —Arian fijó en él una mirada gélida—. Dudo que oyera hablar del caballero después del quince de junio del año setenta y seis. No es nada que no esté dispuesto e incluso encantado de hacerle a usted si sus intenciones no son honorables. Confío en no estar poniendo en evidencia a mi hija al decir que usted le gusta. Parece la clase de muchacho espabilado que a estas alturas de la historia ya se ha dado cuenta. Pues bien: no voy a permitir que nadie la haga sufrir como ese malnacido.

—Oiga, seré un ladrón, un descarado, un arrogante, un trapacero, un socarrón y un bastardo; un mujeriego jubilado y un pobre que no tiene donde caerse muerto y un idiota que no ha ido a Oxford —recitó hasta quedarse sin aliento—, pero no sé qué le hace pensar que yo le haría el menor daño a su hija. Lo que cabe preguntarse es si no sería ella quien me heriría a mí de muerte con su rechazo. Hasta ahora, Buttercup ha sabido sortear mis defectos con maestría; los saca a bailar hasta que mis virtudes se los quedan mirando con envidia malsana.

No supo ni cómo fue capaz de referirse a Guinevere como Buttercup sin morirse de la risa. Quizá ayudara que el conde estuviera repitiendo su respuesta para sus adentros antes de decidir si era un vil canalla o un canalla a secas.

Al final solo decretó, lacónico:

—Todas las envidias son malsanas…, Ulysses.

—Las hay peores que otras. —Se encogió de hombros—. El mayor ejemplo es este: yo envidio la fortuna de su hija, y envidio la relación que tiene con sus padres y hermanos, pero no la engañaría miserablemente para disfrutar de todo ello.

—Usted tiene una mentalidad más generosa, ¿no? Quedarse su fortuna y su familia, pero a medias.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Que habría reparado en ella incluso si no me hubieran mencionado que vale cincuenta mil libras? Es probable que no, milord, pero porque yo voy donde está el dinero. Ahora bien: si su hija hubiera sido un esperpento, no habría habido fortuna en este mundo que me hubiera convencido de pretenderla. Y ahora mismo, si le soy sincero, estaría dispuesto a casarme con ella incluso por la mitad. O por un tercio de la dote.

Le sorprendió tanto su propia declaración que se quedó sin habla. El conde se dio cuenta y esbozó una sonrisa sabedora.

—Conque un tercio de la dote.

—Y con un cuarto. Porque sé que me voy a casar con ella —declaró, y con una seguridad en sí mismo tan apabullante que incluso se mareó y le temblaron los labios, una reacción corporal que determinó la fidelidad a su promesa—. Esto no puede acabar de ninguna otra manera —añadió para sí mismo.

Y lo decía de corazón. Lo comprendió en ese preciso instante.

Ulysses no era un hombre que se tomara a pecho los obstáculos del camino, pero su carácter fácil no era la razón por la que se había sentido cómodo pretendiendo a Guinevere. Lo estaba porque tuvo la certeza de que era la mujer perfecta en cuanto le exigió que pusiera las manos en alto si no pensaba devolverle el collar por las buenas. Tuvo la certeza de que estaban hechos el uno para el otro tan pronto como ella le echó en cara su necedad después de que intentara engañarla con la identidad de marqués. Y también tuvo la certeza de que no la dejaría escapar ni borracho cuando la besó en su dormitorio y Guinevere le dijo que lo quería para escalar un árbol, no para desnudarla.

—De todos modos —prosiguió Ulysses, secándose el sudor de las manos en los pantalones—, preferiría las cincuenta mil libras… a poder ser.

Arian soltó una carcajada y lo miró con un brillo de la familia de la simpatía en los ojos.

—Faltaría más, canalla. ¿Qué te pasa? —Se inclinó hacia él con un codo apoyado en el escritorio—. ¿Te has asustado de pronto con tus propias palabras? Te has quedado blanco como el papel, chico. No me digas que te da miedo el matrimonio.

—Claro que no —bufó Ulysses, pasándose una mano por la frente. Seguía mareado, y ese sudor que empezaba a empaparle la cara no auguraba nada bueno—. Aunque tampoco me imaginaba casado antes de los treinta. No por superstición ni por ninguna promesa que me hiciera, era simplemente una… estúpida concepción que tenía, pero que… —Se tiró del cuello de la camisa—. ¿No hace de pronto un calor espantoso?

—En absoluto —atajó el conde, procurando disimular su hilaridad—. Está nevando fuera y esta habitación apenas se ha caldeado en lo que llevamos aquí dentro.

—Vaya, entonces… entonces… —Ulysses se agarró al borde del escritorio y se levantó con dificultad. Notaba las piernas flácidas, incapaces de sostenerle… y no le sostuvieron por mucho más rato.

En cuanto abrió la boca para anunciar que iba a tomar el aire, perdió el equilibrio y cayó redondo a un costado del asiento. El

conocimiento no lo abandonó del todo, pero por unos momentos no pudo apreciar nada que no fuera una amalgama de colores, unas voces de fondo y el latido de su corazón, que parecía querer romperle el pecho para salir corriendo.

Ulysses no supo qué sucedió a continuación. Le pareció que el conde le estaba hablando al tiempo que lo sacaba de su despacho y le pedía ayuda al primer sirviente que encontró, de nombre Fellowes. ¿Sería el mayordomo?, se preguntó desde su burbuja impenetrable, una de la que dejó de intentar salir en cuanto descubrió que se estaba muy cómodo sin admitir que estaba enamorado de una mujer a la que podría perder ante una horda de pretendientes.

—¡Traiga sales, por Dios! —bramaba el conde. O eso le parecía.

—¿Sales, milord? ¿Las que se utilizan para las mujeres…?

—¿Cuáles van a ser, si no? ¿Es que hay otras sales que no cuestionen la hombría de uno?

—¿El rapé, quizá? —sugirió Ulysses entre balbuceos—. Con eso me apañaría.

—Voy enseguida, milord —infirió el mayordomo con solemnidad.

—Enseguida habrías ido si hubiera sido tu idea, pero supongo que no se te puede pedir que tengas la condenada visión de Bowler —mascullaba Arian—. Si aún estuviera entre nosotros, habría resucitado a este canalla de un bofetón.

«Me alegro entonces de que esté muerto», pensó Ulysses.

—¿Qué ocurre? —inquirió otra voz masculina—. ¿Uly?

—Qué bien que estés tú aquí. Hazte cargo de este idiota, ¿quieres? Es lo mínimo que puedes hacer después de haber intentado burlarte de mí con la historia del marqués de Sutherland.

—Oh, ¿en serio? ¿Eso también? ¿Cómo es posible que lo sepa usted todo? —logró articular Ulysses, tirándose de la camisa empapada de sudor.

—Resulta que tengo un hermano que es el diablo y me ha dado unos cuantos trucos para ser omnipresente. Y créete a ti mismo cuando dices que lo sé todo, muchacho —agregó muy cerca de su oído. Ulysses lo oyó con tanta claridad que se pudo imaginar su expresión macabra—. Porque sé, incluso, que tienes un equilibrio espectacular sobre las cornisas de Beltown Manor.

El comentario, que representaba una amenaza velada, terminó por convencerlo de que lo mejor sería perder el conocimiento. Y así lo hizo: durante unos instantes, que no supo si fueron segundos o minutos, Ulysses suspendió todo contacto con la realidad.

El hombre que lo sostenía entre sus brazos la emprendió a violentas palmaditas que lo espabilaron por las malas. Le costó enfocar la vista, pero en cuanto reconoció la mirada oscura de Keith y su insistente vello facial, presente incluso el primer día de rasurado, se le pasó el

mareo y reaccionó propiándole un puñetazo en el pecho.

—¡Ay! —se quejó el inspector. Lo dejó caer por venganza y para frotarse la zona afectada.

A Ulysses no le importó, porque golpear el suelo de espaldas lo terminó de despertar.

—¿Se puede saber por qué no me dijiste lo de lady Lillistone? —le espetó sin miramientos. Y sin ocultar su indignación; eso también—. ¿Qué diablos soy para ti, Keith —prosiguió, ofendido—, sino un amigo y un confidente al que transmitir tus secretos?

—Pues, por lo visto, un cuentista —gruñó el inspector, todavía masajeando con gesto contrariado el pecho malherido—. Fíjate qué rápido se ha recuperado el jovencito.

—Nada como una puñalada trapera para abrir bien los ojos una última vez —espetó con rencor.

—Por el amor de Dios —bizqueó el inspector—. Eres la hipérbole personificada.

—¡Y tú eres un pésimo amigo! —le escupió, apoyándose en la pared para incorporarse—. ¿Ni siquiera vas a responder ahora? ¿Vas a hacer lo propio?, ¿fingir que no has oído la pregunta y seguir a tu aire hasta que empiece a dudar de mis facultades mentales, o incluso a pensar que lo he soñado todo?

Keith se cruzó de brazos, un gesto que hablaba por sí solo.

—Deberías llevar años dudando de tus facultades mentales.

—¡No me lo puedo creer! —Ulysses se llevó las manos a la cabeza —. ¡Vas a simular que no me has escuchado! Si no respondes, voy a gritar el nombre de lady Lillistone hasta invocarla —le amenazó con el dedo en alto—. ¡Arrieros somos, y en el camino nos encontraremos!

—Ese refrán no está usado correctamente en este contexto.

Ulysses le sostuvo la mirada al incordio que tenía por amigo, advirtiéndole que tenía una última oportunidad para sincerarse. Como este ni se inmutó, el ladrón cumplió su palabra.

Que no se dijera que era un hombre sin honor.

—¡Marianne! —gritó Ulysses, manteniendo la mirada fija en Keith. En un primer momento, no surtió ningún efecto. El inspector permaneció en el sitio con el gesto relajado, pero se fue crispando conforme el joven insistió—. ¡Marianne! ¡Marianne! ¡MARIANNE! ¡MARIANNE MARIANNE MARIA…! ¡ARG!

Keith se había abalanzado sobre él para cubrirle la boca con una de sus manos de bárbaro e intentar inmovilizarlo contra la pared del pasillo. Ulysses se debatió entre sus brazos y trató de morderle un dedo, pero no había manera de separar los labios. Buscó el rostro del agresor con la palma para abofetearlo.

Debería haber imaginado que no convenía alterar a un hombre que se ganaba la vida reduciendo a criminales escurridizos.

Ulysses emitió una serie de sonidos guturales cuyo significado varió entre las peores blasfemias, insultos que era inconcebible dirigir contra un amigo y palabras malsonantes que ruborizarían a una dama. Conforme fue comprendiendo que no lograría zafarse de sus brazos, que lo mantenían aprisionado contra el pecho, los gemidos se convirtieron en gorjeos suplicantes.

Keith decidió interpretarlos como una disculpa y lo soltó.

Ulysses se separó dando torpes zancadas. Hizo graves esfuerzos para recuperar el aliento y el equilibrio. Le lanzó una mirada con los ojos inyectados en sangre desde la pared contraria del pasillo, y por un instante solo se midieron de lejos como dos enemigos.

—¿Me vas a responder? —inquirió el ladrón una vez se alisó las arrugas del chaqué.

—Jamás.

—Pues entonces ya sabes lo que te espera.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió Keith con el dedo en alto. En sus ojos pardos brillaba una promesa sangrienta.

Ulysses enarcó una ceja con un significado muy claro: «Por supuesto que se me va a ocurrir. Ya se me ha ocurrido, de hecho». Carraspeó sobre el puño cerrado, como una cantante de ópera, y abrió la boca preparado para pronunciar la primera sílaba.

—Ma…

—¡De acuerdo, tú ganas! —bramó Keith, alargando los dos brazos e incluso dando un paso al frente para detenerlo con su propio cuerpo si fuera necesario. Los dejó caer a los costados con un suspiro hastiado al comprobar que Ulysses sonreía victorioso.

—Tus jamases son más breves que el rabillo de una manzana. Con tan poco compromiso con tus principios, el comunismo que pregonas está condenado al fracaso.

—Cállate de una vez y dime qué quieres saber. ¿Qué ocurrió con lady Lillistone? Que se casó con otro hombre, ¿o acaso no lo has visto con tus propios ojos? ¿Por qué no te lo he contado? —Cambió el peso de pierna, tan acalorado como Ulysses después del forcejeo, pero no particularmente afectado—. Porque ocurrió hace catorce años.

—Mi padre se arruinó hace catorce años y te lo he contado.

—Quizá porque la gente tiende a hacer partícipe a sus amistades de lo que sea que tenga en el pensamiento, y tú abanderas la perniciosa costumbre de vivir en el pasado. Yo prefiero centrarme en el presente.

Ulysses fue a espetarle que eso no era así porque se había fijado en cómo miraba a lady Lillistone, porque lo había visto irse a la cama llorando con el corazón roto cada noche desde que lo conocía, porque no se fiaba de las mujeres, pero lo cierto era que estaría mintiendo como un bellaco para sonsacarle la historia que su alma romántica prefería oír: que había callado porque aún le dolía el desamor. La

cruda verdad era que ni miraba a lady Lillistone de forma inapropiada, ni lo había visto acostarse sufriendo, ni era un cínico dispuesto a pagar sus fracasos amorosos con la totalidad del bello sexo.

—Eres tan aburrido como cabría esperar en un funcionario —determinó Ulysses.

—A ver si adivino. Habrías preferido que te dijera que aún amo a lady Lillistone con locura, y que no puedo ni conjurar su nombre porque el atrevimiento me rompe el corazón en mil pedazos. Con amigos como tú, ¿quién diablos quiere enemigos?

—No soy un mal amigo por desearte cierta profundidad emocional, Keith. El amor estimula los sentidos, te borra el cinismo de un plumazo y te devuelve la voluntad de vivir.

—Y eso lo sabes porque te quieres tanto a ti mismo que no ves ni por dónde pisas, ¿no?

—Entre otras cosas —reconoció sin ápice de vergüenza. Terminó de arreglarse la chaqueta, recordando que había una fiesta al final del pasillo que no sería lo mismo sin su presencia. Más le valía lucir un aspecto presentable a su regreso—. En fin, en vista de que no me espera ninguna confesión interesante, me marcho al salón, donde de seguro alguien me contará una historia inolvidable.

Keith le hizo una reverencia con el brazo doblado a la espalda.

—Que le aproveche, señor Saxby.

Ulysses sacudió la cabeza, dándolo por perdido. Mejor no ahondar en la tenebrosa cuestión de que aún tuviera la vergüenza de fingirse ofendido cuando había sido él quien le había ocultado información sensible.

Mientras se encaminaba a la fiesta, ignorando con deliberación la presencia de Keith, que le seguía para llegar al mismo destino, pensó en lo suculento que se le habría antojado el chisme un tiempo atrás.

¿Keith pretendiendo a la hija mayor del conde de Clarence? Eso habría sido…

—¡Espera! —dijo en voz alta después de detenerse de golpe. Giró sobre los talones para mirar al inspector con sospecha.

—¿Qué ocurre ahora? —se desesperó él, bizqueando.

—Marianne ha leído *Persuasión* diecinueve veces, una novela en la que una joven indecisa se deja manipular por sus seres queridos para romper toda relación con el hombre al que ama, y todo por la excusa de que no es el pretendiente apropiado.

—Sí, me lo comentaste hace un par de semanas, si no recuerdo mal. Te lo contó su criada, vaya usted a saber cómo y por qué.

—¿Y bien? —Hizo un aspaviento impaciente—. ¿No ves ahí cierto paralelismo con la que fue vuestra situación? ¿Y si Marianne no es ni romántica ni práctica como tú y yo habíamos pensado? Si está

enamorada del inspector de Scotland Yard, desde luego ni elige lo que le conviene ni tampoco le excitan los héroes apasionados.

Keith puso los ojos en blanco.

—¿Quieres llegar a alguna parte con tu hipótesis, o puedo ir a servirme un whisky?

—¿No tienes nada que decir al respecto? ¡Estoy planteando un supuesto improbable en el que lady Lillistone está enamorada de ti, tarugo! —Le golpeó con el dorso en el hombro—. ¿Acaso ese supuesto improbable no aviva las cenizas del amor frustrado que aún debe perdurar dentro de ti?

—Ulysses —suspiró cansinamente—, si lady Lillistone estuviera enamorada de mí, le daría mi más sentido pésame.

El ladrón se inclinó hacia él para preguntar en voz baja:

—¿He oído «mi más sentido bésame»?

—Por Dios bendito. —Se pasó una mano por la cara—. Existe un supuesto aún más improbable que el que tú planteas, y es aquel en el que este humilde servidor se enreda con una mujer casada.

—Del marido de Marianne podríamos encargarnos. Y con «podríamos» me refiero al conde de Clarence y a mí. Parece que no le cae en gracia. Y a mí tampoco. Podría haberme delatado de mil maneras, todas ellas originales y trepidantes, y se decantó por la menos interesante. —Chasqueó la lengua.

Iba a decir algo más, pero Keith lo interrumpió poniéndole una mano en el hombro y hablándole como los padres sabios a punto de dar un consejo.

—Considerando que te has desmayado de solo pensar en haberte enamorado de lady Guinevere, quizá deberías plantearte tus propios supuestos sobre el amor y las bodas, Ulysses, aunque solo sea para prepararte para el futuro.

Dicho eso, y con una sonrisa satisfecha después de haber dejado a Ulysses con la palabra en la boca, Keith le palmeó la espalda con condescendencia y lo esquivó para regresar al salón.

No se fue solo. Le acompañaba toda la razón del mundo.

Capítulo 19



Érase una vez una escapada al sur de Inglaterra

—De Milan me lo habría esperado, porque es todo un déspota —reconoció el conde con un suspiro—, pero no de ti. Pedirme que me sirva de mi estatus para que un hombre haga lo que yo le exija no es para nada tu estilo, Buttercup.

Guinevere apartó la mirada del paisaje que se extendía al otro lado de la ventana.

—¡No es eso lo que vamos a hacer! —se quejó, horrorizada—. Yo había pensado en ofrecerle una jugosa recompensa a c-cambio. Es decir, p-pagarle. No se me habría ocurrido nunca hacer algo así, y ni mucho menos involucrarte cuando sé que no te gusta aprovecharte de nadie.

—Conoces tan bien al señor Allen como yo mismo. Sabes de sobra que no le mueve el dinero, sino la dedicación, y si es cierto que tiene el último ejemplar de tarpán de las estepas en su poder, no te lo cedería ni por todo el oro del mundo. —El conde se apoyó sobre los muslos para inclinarse hacia su hija, a la que le dirigió una mirada de advertencia—. Voy a tener que utilizar los puños. Eres consciente, ¿verdad?

Ella enrojeció hasta las puntas de las orejas.

—¡Claro que no! Yo… yo… se lo p-pediré p-por favor. —Viendo que su padre sonreía con candor, como si encontrara adorable su ingenuidad, apostilló—: Si no lo convenzo, entonces le rogaré que me permita traerlo a Beltown Manor bajo la p-promesa de que se lo devolveré al cabo de unos días. No creo que sea la primera persona en Inglaterra que le ruega montar un rato a un caballo en teoría extinto.

—Y no serías la primera a la que le concedería un deseo tan razonable, pero me apuesto la vida a que solo te permitirá dar una vuelta alrededor de sus caballerizas. Además, ¿te crees que ese hombre no sabe diferenciar a un apasionado de la equitación de una muchacha con un propósito oculto? —Enarcó una ceja—. Es más; ¿te crees que *yo* no sé diferenciar a un apasionado de la equitación de una muchacha con un propósito oculto? Puede que no lleve más de cuarenta años criando y adiestrando caballos de carreras, pero sí llevo veinticuatro cuidándote a ti y sé de buena tinta que no me has contado toda la verdad. No me estás obligando a acompañarte hasta la otra punta de Inglaterra porque te hayas enterado por casualidad de

que aún existe un tarpán de las estepas y desees verlo de cerca. Es la clase de capricho que se le metería entre ceja y ceja a la Dama Malvada, no a ti.

Se mordió el labio, lamentando que la vida le hubiera dado visión de lince.

Tenía toda la razón del mundo. Ravenna era la verdadera amante de los animales de la familia Varick. A Guinevere le encantaba montar a caballo para despejarse, pero había heredado la sencillez y la modestia de su padre. No le importaba si cabalgaba a lomos de un semental árabe o de una vieja yegua.

Esa mañana, Guinevere se había abalanzado sobre su padre con una actitud mimosa impropia de ella; la que había visto que Ravenna blandía contra su sensible progenitor para que escuchara sus descabelladas propuestas… o para simplemente salirse con la suya. Le había comentado con voz melosa que había descubierto que el señor Allen contaba en su criadero con un caballo extinguido y que verlo de cerca era lo que más deseaba en la vida, un pequeño capricho que esperaba cumplir antes de pasar por el altar. Como el conde no le habría negado jamás un gusto a la única hija que nunca le pedía favores, había ordenado prepararlo todo para partir esa misma mañana.

Había sido posible gracias a la línea más cercana del ferrocarril. El conde se había aficionado a viajar sobre raíles desde el éxito de la ruta entre Londres y Bristol. Una vez se apearan en la capital, tomarían un carruaje a las afueras, donde el señor Allen había establecido décadas atrás su famoso criadero.

Guinevere contaba con regresar esa misma noche con las riendas del caballo en la mano.

—Buttercup —la llamó su padre, viendo que había vuelto a distraerse con el paisaje.

—Sí… sí —musitó ella después de carraspear. Se secó las palmas sudorosas en el sencillo vestido de lana gris que había escogido para el viaje—. Yo… La verdad es que me ilusiona ver en persona uno de esos c-caballos de leyenda, pero quiero llevarlo a Beltown Manor porque… porque… aparte de que creo que a Ravenna le encantaría, y se acerca su cumpleaños, hay… —Ser consciente de que se estaba sonrojando no la ayudaba. Pero en cuanto intercambió una mirada con su padre, que sonreía de lado como si ya supiera el porqué de su fijación, recordó que estaba hablando con alguien que nunca la juzgaría—. Conoces la historia de los Saxby, ¿verdad? Se quedaron sin nada de la noche a la mañana, y después de hablar con Ul… el señor Saxby, me dio la impresión de que lo que más le apenó fue despedirse de su caballo. Me he enterado por Francis de que es el señor Allen quien lo tiene en su poder, y… Me entristeció tanto el relato que… En fin. Resultándome

tan sencillo reunir a un hombre con la que fue su yegua, sería un delito no hacerlo.

—Debería haber imaginado que estaría relacionado con ese Ulysses —suspiró Arian, aunque no con acritud, sino con la tierna exasperación que le suscitaba la ingenuidad de su hija—. Es todo un detalle, cariño, pero ¿tú crees que él haría lo mismo por ti de llegar a invertirse los papeles?

—No lo hago esperando nada a c-cambio.

Pero mentía, porque esperaba, y con unas ansias que la carcomían, presenciar la reacción de Ulysses. Estaba convencida de que se quedaría pasmado. Aunque era tan risueño por naturaleza que una sonrisa suya no debería antojársele un regalo, Guinevere sospechaba que le arrancaría un tipo de emoción nunca antes vista.

La ilusionaba pensar en sorprenderlo, en hacer algo por él. Era una ilusión parecida a la que la embargaba cuando empaquetaba los regalos de los miembros del servicio durante el Boxing Day, o cuando se recorría los grandes almacenes londinenses o la calle Bond en busca del presente perfecto para el cumpleaños de alguno de sus familiares. A Guinevere le gustaba agasajar a sus seres queridos, ser en parte responsable de su felicidad, y tanto si se sentía preparada para aceptarlo y actuar conforme a ello como si no, Ulysses se había convertido en una de esas personas a las que ansiaba complacer.

—¿Te has enamorado de él? —le preguntó su padre sin rodeos.

Guinevere alzó la barbilla de golpe. Abrió la boca para responder, pero se quedó unos instantes boqueando, a merced de la mente en blanco. Solo sintió que le subían los colores.

—¡Papá! —fue todo lo que se le ocurrió contestar.

—No me pongas el tono ofendido de tu madre —se quejó él—, que puede que sea muy descortés abordar así a una dama y preguntarle por sus sentimientos, pero tú eres mi hija y estoy en mi derecho de indagar.

—¡Precisamente p-porque soy tu hija es vergonzoso!

—No te he preguntado qué hacía en tu dormitorio cuando fui a dejarte el primer libro de uno de tus escritores preferidos, sino si pretendes convertirlo en tu marido —apostilló con los ojos entrecerrados. Guinevere se ruborizó aún más si cabía, gesto ante el que el conde acabó compadeciéndose—. Por más que a ese canalla le guste llamarte *Naive*, no tienes un pelo de tonta. Por eso confío a ciegas en las razones por las que decidieras invitarlo a tu dormitorio. Sabe Dios que estaría pecando de hipócrita si lo condenara cuando ni yo ni ninguno de mis seres queridos ha sido jamás un caballero.

—¿Ni siquiera el tío Cass? —se asombró, evocando la figura del familiar más respetable.

Del único familiar respetable, si se paraba a pensarlo. Su tío Fox y

su tía Josephine, su tío Bast y su tía Merry, y, sobre todo, su tía Malorie, ni siquieran tenían permitido formar parte de la sociedad londinense.

El conde rompió a reír.

—Especialmente el tío Cass. Si yo te contara —se mofó, lanzando una mirada melancólica por la ventanilla del vagón. Retomó la conversación volviendo a apoyar las manos entrelazadas en los muslos —. La cuestión es que sé que eres responsable y tienes la cabeza sobre los hombros. De mis hijos, eres la que menos me preocupa en ese sentido. Nunca has tomado una mala decisión.

—¿Y no te p-preocupa que el señor Saxby pueda ser la primera? ¿No crees que él p-podría ser… menos responsable que yo?

El conde bufó con desdén.

—Saxby se cree un villano, pero no es más que un muchachito travieso. Uno se da cuenta en el preciso momento en que lo mira a la cara. Mucho ruido y pocas nueces.

—¿Esa fue la impresión que te llevaste de él durante vuestra… c-conversación? —tanteó Guinevere por fin.

No solo le había pedido a su padre que la acompañara en el viaje porque necesitara una carabina, preferiblemente masculina, para recorrer algo menos de trescientas millas. También esperaba sonsacarle información sobre la reunión en su despacho.

Aun sabiendo que era la ansiedad lo que estaba haciendo que su hija se mordiera el interior de la mejilla, el conde fingió pensárselo para prolongar su agonía.

—Puedo entender por qué lo adoras —reconoció al fin, frotándose la mejilla con gesto nostálgico—. Hay personas que desbordan carisma, y si uno no es inmune al encanto ajeno, lo raro sería que no se enamorara a primera vista de ellas. En ciertos aspectos me recuerda a tu tía Malorie, en el descaro, en la naturalidad, en la sonrisa pilla —prosiguió con una sonrisa risueña. Contagió a Guinevere con el gesto; la sola mención de la aludida prendía un foco de calidez dentro de ella —. Tengo el día que la conocí grabado en el pensamiento. La quise en cuanto me tendió la mano. Era inevitable, como fue inevitable que me gustara tu señor Saxby. Sabes que agradezco de corazón la franqueza, sobre todo en este mundo de apariencias, y ese chico es transparente.

—A quien no le gustará es a mamá —murmuró Guinevere, demasiado conmovida por la reflexión de su padre como para seguir negándose que se estaba planteando aceptar el inusual cortejo de Ulysses.

—Oh, por Dios, tenéis que dejar de percibir a vuestra madre como el diablo. Si a lady Venetia le gusté yo, Buttercup, convencerla será pan comido para vuestros pretendientes.

Guinevere no estaba tan segura de eso, pero era incuestionable que

su padre era la persona que mejor conocía y descifraba a la condesa, más por el esfuerzo y la dedicación que le ponía que porque hubiera nacido con esa facilidad.

Así pues, por eso y porque ansiaba tener esperanzas, le creyó.

—Intentaremos conseguir ese caballo —dictaminó el conde. Enseguida le lanzó una mirada severa a su hija, que se puso firme en el acto—. Pero no vuelvas a ponerme en esta posición, Guinevere. Estoy muy orgulloso de no conducirme por la vida con el nepotismo por bandera. Si la próxima vez quieres algo que pertenece a otra persona, no me pidas que utilice mi nombre para abrir esa puerta, ni te humilles tú para que te concedan el deseo. Me estarías decepcionando, y lo que es peor: te estarías decepcionando a ti misma.

A Guinevere no le extrañaba que Ravenna hubiera renunciado a formar su propia familia. Ninguna persona con un árbol genealógico tan abundante como aquel del que gozaban los Varick tendría tiempo para atender a todos sus seres queridos si, además de contar con toda una prole de tíos, tías, primos y primas, añadía un marido e hijos.

En opinión de la tía Florence, que se había negado a alumbrar más de un crío, «sería una obscenidad seguir sumando familiares a la lista».

Solo en el criadero del señor Allen trabajaba su tío Alban, el marido de la hermana menor de su madre, Dorothy, y su tío Cass, uno de los hermanos mayores de su padre, que se encargaba con mucho gusto de las cuentas. Además, su tío Danny, al que todos llamaban O'Hara, invertía en el criadero para no separarse del mundillo en el que había operado los años previos a su boda, más relacionado con las apuestas de las grandes carreras que con los animales en sí.

A pesar de la barrera que, por profesionalidad y principios, el señor Allen había puesto entre sus antiguos jefes y él, el amor que le profesaba a la familia Varick era latente en el modo en que la trataba a ella y a sus hermanos. Quedó manifiesto una vez más cuando los localizó a punto de cruzar la valla que separaba la zona peatonal de la finca del terreno de adiestramiento.

Hasta ese momento, el dueño en persona había estado batallando con un rebelde potrillo.

John Allen era más joven que su padre. Haber dedicado la vida al ejercicio físico extremo, lejos de haberle envejecido, hacía que a su edad luciera unos músculos macizos que sonrojaban hasta a las jovencitas; incluida su hermana Ravenna, que se divertía flirteando con él de forma implacable a costa de la salud mental de la condesa.

Esa mañana, el adiestrador iba más tapado de lo habitual debido a

las bajas temperaturas. Llevaba botas de caña alta y una bufanda, pero el ejercicio le estaba haciendo sudar y por comodidad se había remangado a la altura de los codos. Así enseñaba unos antebrazos morenos y tan velludos como lo era todo él: conservaba la misma melena negra de antaño, más larga de lo que dictaba la moda, con tan solo unas pinceladas blancas en las patillas y la barba.

«Barba de salvaje», como despotricaba siempre su esposa, a la que Guinevere llamaba tía Sybil.

—¡Dichosos los ojos! —comentó John en cuanto logró tranquilizar al potro, que seguía relinchando, furioso, sobre las patas traseras. Le dio unas cuantas palmaditas entre los ojos para apaciguarlo, y no se atrevió a caminar hacia el borde del recinto hasta que tuvo la seguridad de que el animal no se volvería contra él. Padre e hija lo vieron acercarse a la valla y apoyar allí los codos después de secarse la frente, donde se le había pegado un mechón rebelde. Plantó un pie en uno de los barandales de la valla y le hizo un guiño a Guinevere antes de mirar a su padre—. ¿A qué se debe la sorpresa? Me temo que Alban no viene los miércoles a trabajar, ni tampoco durante el período festivo. Le obligo a quedarse en casa todo el invierno, que es cuando… Ya sabe. Cuando a la señora Beauchamp le entra el frío en los huesos.

Guinevere vio que su padre asentía con gravedad, como cada vez que se mencionaba la delicada salud de la tía Dolly. Todo el mundo la adoraba por razones obvias: era la más joven, la más frágil, y, al mismo tiempo, defendía sus ideas con un temperamento indomesticable que más de una vez podría haberle costado la vida.

Aunque Dolly era la Marsden que John Allen más quería con diferencia, se negaba a llamarla por su nombre de pila incluso años después. A decir verdad, podían contarse con los dedos de una mano las veces que se había referido a la familia de aristócratas en términos informales.

Pese a los favores prestados, las situaciones vividas y las preocupaciones compartidas, John Allen seguía pensando que ante la casta debía mostrar un respeto concreto, y no porque los considerara más importantes, sino porque jamás había perdido de vista que los ricos, los nobles y los propietarios en general eran por naturaleza traicioneros. La experiencia le había enseñado que así era, y por eso Guinevere llevaba todo el viaje nerviosa, temiendo que John confirmara sus pesquisas y rompiera toda relación con los Varick por aprovecharse de su confianza.

—Venetia se cartea con ella y se supone que anda mejor —comentó Arian—, pero conociendo a Dolly, le mentirá cada vez que le pregunta cómo se encuentra. Tú debes de saberlo; vives con la señora Allen y con tus hijos en la casa de al lado.

—Hombre, ya sabemos que es delicada —John chasqueó la lengua

—, pero tiene a los especialistas de Londres cuidándola con absoluta dedicación, y ya sabes que ni la doctora Josephine Keats ni el doctor Jeremy Martin van a permitir que la paciente sufra una recaída de más de tres días. Como mucho se queda en cama una mañana entera y un fin de semana leyendo junto al fuego, pero siempre acaba apareciendo por aquí con una energía que no tengo ni yo —se rio con cariño. Con sospecha, se cruzó de brazos—. No me diga que le ha mandado lady Clarence para contrastar la información que recibe en sus cartas.

—De hecho —suspiró—, he venido para ponerte en un compromiso, John.

Guinevere se fijó en cómo el gesto del señor Allen perdía el brillo risueño y adquiría un aire cauteloso. Cambió la postura informal sobre la valla por una pose más diplomática. Temiendo que fuera su padre quien recibiera la peor parte después de una petición a todas luces injusta, porque John había conseguido aquel caballo por medios perfectamente legales y no dudaba que lo estuviera cuidando mejor de lo que lo hizo el mismo Ulysses, Guinevere se adelantó dando un paso al frente.

—Me he enterado de que tiene usted un tarpán de las estepas en sus establos, señor Allen, y ya sabe que me encanta todo lo relacionado con la equitación. Me p-preguntaba si no sería un exceso rogarle que me p-permitiera verlo con mis propios ojos. Tenía entendido que se habían extinguido.

Lejos de relajarse por la inocente petición, Allen se envaró y clavó en Guinevere una mirada desconfiada.

—¿Quién se lo ha mencionado? Porque no es un caballo sobre el que ni yo ni mis trabajadores vayamos hablando a la ligera. Lo saco de los establos de noche para que nadie lo vea, y no permito que cualquier empleado entre en su caballeriza.

Aquello extrañó al conde.

—¿Para qué quieres un tarpán de las estepas si no vas a disfrutarlo?

—Porque luciéndolo me estaría exponiendo a que todos los aristócratas caprichosos de Europa llamaran a mi puerta para ofrecerme sumas desorbitadas a cambio de entregárselo, y no voy a permitir que ese animal se extinga. Estoy siguiendo todas las pistas que llegan a mis oídos sobre la existencia de otros tarpanes en lugares recónditos del mundo para traer un macho al criadero e intentar que se reproduzcan para salvaguardar la especie. Por ahora no he tenido éxito —reconoció con tristeza—, y es improbable que lo tenga incluso si existiera otro tarpán, porque la yegua ya tiene veinte años, no está en su etapa reproductiva ni de lejos, pero pretendo intentarlo. Y me gustaría intentarlo en paz —añadió, mirando a Guinevere de hito en hito—, sin que me agobiaran un aluvión de cartas plagadas de cifras

obscenas y firmadas por la nobleza. Así pues… ¿quién le ha hablado del tarpán, milady?

—El hombre que se lo vendió, Francis Saintsbury, y el que fue su propietario antes que él, Ulysses Saxby —contestó muy despacio—. No ha sido muy difícil seguirle la pista. No ha p-pasado por tantas manos.

Para sorpresa de Guinevere, que se estaba preparando para lidiar con la decepción de John hasta que la conversación finalizara con un no rotundo, el criador alzó la barbilla como si un detalle de su respuesta le hubiera complacido.

—¿Conoces a Saxby? ¿El muchacho que domesticó a la yegua? Interesante —murmuró John, retirándose de la valla muy despacio.

—¿Por qué es interesante? —inquirió su padre.

El señor Allen vaciló, como si se debatiera entre dos respuestas posibles.

Cuando se trataba de su preciado negocio, en el que se volcaba por vocación y no porque le reportara unos beneficios asombrosos, el afable John Allen se convertía en un tipo intransigente y casi desagradable.

—Vengan conmigo —dijo al fin, y les hizo un gesto después de abrir la verja y conducirlos a las caballerizas. Allí, Guinevere había jugado tantas veces con sus primos, entre los que incluía a la descendencia del señor Allen, que no pudo evitar sonreír con nostalgia.

Cuando por fin consiguió reunir suficiente capital para empezar su propia empresa, cosa que hizo después de aburrirse de hacerse un nombre como encargado de las carreras más importantes de Inglaterra, John Allen construyó un establo con capacidad para acomodar a tres caballos. Décadas después, tenía más de una veintena de animales a su cargo, y no aceptaba más en su finca porque cuanto mayor fuera la cantidad, menos tiempo de cuidado le correspondería a cada animal, y estaba comprometido con sacar lo mejor de cada uno con independencia de cuál fuera su destino: las carreras o las caballerizas de una gran finca.

Aunque los establos de Beltown Manor eran lo bastante amplios para que Guinevere no se quedara impresionada con la propiedad de John Allen, siempre le sorprendía recorrer el pasillo del criadero.

El tarpán se encontraba al final del corredor, y era el único animal que bufaba y golpeaba con los cascos el suelo salpicado de heno. Era tan bello como Guinevere había visto en los ojos de Ulysses al hablar de él. No era demasiado alto o grande, sino más bien compacto. Tenía el pelaje castaño claro y la crin muy corta de un precioso negro que se iba degradando conforme se acercaba a las puntas.

—Ítaca —la llamó John. La yegua sacó la cabeza del establo y le relinchó con violencia a un palmo de la cara. No tuvo que hacer una

segunda demostración para que a Guinevere le llegara el mensaje. El criador se giró hacia ella para sonreírle con resignación—. Lleva aquí más años de los que puedo contar y todavía se comporta así conmigo, y soy un domador con más de tres décadas de experiencia. El resto de los trabajadores, incluido Alban, no se pueden ni acercar a ella si no quieren sufrir las consecuencias.

»Aunque se supone que del tarpán estepario han derivado todas las razas euroasiáticas del caballo doméstico, esta yegua en concreto es absolutamente indomesticable, y es la primera vez en mi vida que catalogo de esta manera a un animal. —Se giró hacia Ítaca, que parecía estar escuchándolo. Había dejado de bufar, pero seguía golpeando el suelo con impaciencia, haciéndole saber que no se lo pondría fácil—. Siempre digo, de hecho, que no hay caballo rebelde, sino mal domador… Y seguro que Ítaca no es rebelde, sino fiel a su dueño. Hay bestias así. Solo dejan que los monte un jinete, y si ese jinete desaparece… se vuelven criaturas salvajes. —John miró a Guinevere antes de agregar en otro tono—: Si Saxby anda por ahí y estuviera dispuesto a prestarme una visita para enseñarme a lidiar con ella, estaría muy agradecido.

El corazón se le aceleró de pensar que sus deseos pudieran cumplirse a pesar de haberlo tenido todo en contra. Guinevere tragó saliva de forma compulsiva para refrescarse la garganta, que se le había quedado seca de solo imaginarse discutiendo con John.

—No le quiero mentir, señor Allen —reconoció Guinevere. Hizo una pausa para mirarse las manos, cohibida, antes de volver a enfrentarlo para que viera en su expresión que no pretendía satisfacer un capricho—. Quiero que sepa que me parece encomiable que su objetivo sea preservar la raza, que no pretendo ser un impedimento p-para tal faena, y que me entristecería que pensara que me aprovecho de nuestra… amistad para ponerlo en un compromiso. Había venido aquí para pedirle que me permitiera tomar prestada a la yegua para que su antiguo dueño volviera a verla. Me consta que la cuidó como si fuera su c-criatura, y que la quería con locura a pesar de haberla domesticado siendo tan solo un niño. Es… es una persona tan preciada para mí que me gustaría que c-comprobara con sus propios ojos que Ítaca sigue viva.

—Me creo que la cuidó como si fuera su criatura —admitió John pasados unos segundos—. Saintsbury me dijo que ni siquiera había intentado montarla, y me la vendió en unas condiciones inmejorables, así que él no pudo ser responsable de la melancolía de la bestia. Pero sería muy cruel llevársela como si fuera un regalo para luego obligarlo a verla partir de nuevo, ¿no le parece, milady?

—Porque usted no… —musitó ella con timidez— no estaría dispuesto a vendérmela, ¿verdad? Es decir… a él. La p-pagaría yo,

pero se la quedaría el señor Saxby.

Para su sorpresa, el señor Allen soltó una carcajada teñida de ternura. También su mirada se llenó de calidez al dirigirse a ella con gesto socarrón.

—No me gustaría deshacerme de Ítaca, si le digo la verdad, pero no es nada personal contra usted y sus más que nobles objetivos. Sé lo que es querer a un caballo como si fuera tu mejor amigo, y si yo fuera el señor Saxby, agradecería con el alma que tuviera ese detalle conmigo.

—¿Entonces? —insistió ella con el alma en vilo.

John inspiró hondo y clavó la vista en Ítaca, que había dejado de manifestar su contrariedad golpeando el suelo. Parecía que hubiera comprendido la conversación palabra por palabra y solo la mención de su antiguo dueño, o de su único dueño, tuviera el poder de apaciguarla.

—Puedo permitirle que se la lleve a Beltown Manor —decidió un rato después—, siempre y cuando me prometa que hará el viaje tal y como yo disponga: en las condiciones más óptimas para que no sufra el menor daño, no exista el riesgo de que se escape y nadie se entere de que existe. Para garantizar su seguridad, tendré que viajar yo mismo hasta Beltown Manor. Y no negaré que en parte deseo hacerlo para ver cómo interactúan Ítaca y su domador. No soy tan obtuso ni nunca me ha cegado la ambición como para no entender que hay veces que un caballo solo puede estar con su dueño.

Guinevere dio un grito de júbilo y, antes de pensarlo, saltó a los brazos de John para estrecharlo con entusiasmo. No saltó lo bastante alto para colgarse de sus hombros, situados a casi dos metros del suelo, pero él correspondió su atrevimiento posando una mano sobre su espalda.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Estaré siempre en deuda con usted!

—No diga tonterías —replicó John, separándose de la muchacha—. Habría tenido que concederle su deseo incluso si hubiera estado en contra, y solo por todo lo que su padre ha hecho por mí.

—No sea usted el que dice tonterías ahora, Allen —rezongó el conde, que había permanecido en un segundo plano para vigilar cómo se desenvolvía Guinevere en los negocios. Miraba al criador con sorna —. No siente que me deba nada, ni a mí, ni a nadie.

John le dirigió una sonrisa de camaradería que confirmaba que así era.

Ahí donde muchos de los empleados de su padre estaban agradecidos por la oportunidad de haber trabajado en Beltown Manor, de haber recibido regalos, de haber gozado del talante amistoso de un patrón comprometido con sus empleados, había otros, como John Allen o el difunto Bowler, que siempre supieron que estaban

realizando un trabajo y que era Arian Varick el que salía beneficiado se mirara como quisiera mirarse. John desempeñó su trabajo en las caballerizas hasta que presentó su renuncia, se empleó a fondo en las carreras hasta que también se marchó para cumplir sus planes a largo plazo, y con sus ahorros y sin la ayuda de nadie distinto a un puñado de inversores que disfrutaban de las rentas tanto como él, fundó su empresa.

Desde luego que no le debía nada a nadie.

Era, además de un hombre trabajador y honrado, un hombre al que su padre admiraba. Incluso lo envidiaba en cierto modo, porque se había ganado con esfuerzo y sudor todo cuanto tenía; no lo había recibido de golpe y porrazo después de que muriera el noble que decidió escribir su nombre en el testamento.

—Lo iré poniendo todo en marcha —anunció John—. Mientras tanto, pueden esperar en el salón de la casa. Sybil debe de andar por ahí. No le gusta dejarme solo cuando vengo al criadero en días festivos.

Guinevere le dio las gracias otra vez antes de darse la vuelta y seguir a su padre a la salida, con el que intercambió una mirada ilusionada.

Estaban a punto de salir de las caballerizas cuando el señor Allen la llamó.

—No sé a qué se deberá, milady, pero permítame decirle que su tartamudeo ha mejorado de forma considerable —comentó con una sonrisa orgullosa.

Ella se ruborizó de placer porque alguien más lo hubiera notado, aunque también se le encogió el estómago al comprender lo que significaba. Porque ella sí sabía a qué se debía su nueva seguridad al hablar, y no tenía tanto que ver consigo misma como con el hombre que había dejado en Beltown Manor.

Capítulo 20



Érase una vez un hombre con un destino

Un día sin Guinevere era simplemente insoportable, concluyó Ulysses después de ponerse la segunda bota con un movimiento airado. Según le habían informado, la dama se había marchado de buenas a primeras esa mañana en compañía de su padre para atender una misteriosa urgencia. Y por más que Ulysses había indagado, no había conseguido averiguar de qué demonios se trataba.

Jamás habría imaginado que sería tan susceptible a su ausencia. ¡Estaba en una finca aristocrática, por Dios! ¡Las posibilidades de ocio eran infinitas! Sí, había bebido y comido a manos llenas, holgazaneado como el buen noble que estaba fingiendo ser y jugado a las cartas hasta hacerse con un nada desdeñable botín, pero se había sorprendido lanzando miradas ansiosas hacia la ventana más cercana, esperando que Guinevere apareciera en el momento más insospechado para bendecirle con su compañía.

Según parecía, ya no había vino o pastelito en el mundo que pudiera sustituir a su persona favorita.

Claro que, en parte, había lamentado su desaparición porque Francis Saintsbury se había aprovechado de esta para abordarlo a propósito del pasado. Había sucedido después de que Ulysses desplumara por quinta vez a los jugadores empedernidos. Por lo visto, el arribista había estado aguardando con la paciencia de quien no tenía nada mejor que hacer a que Ulysses se desocupara.

—Señor Saxby —lo llamó justo cuando salió al pasillo desierto. Francis rompió la postura dejada contra la pared para enfrentarlo con los hombros enderezados y la mirada de un inocente—. Me gustaría tener unas palabras con usted.

—Y a mí me gustaría ser rico, señor Saintsbury, pero hay cosas que no están al alcance de nuestra mano.

Fue a rodearle sin miramientos, pero Francis se interpuso en su camino.

Había tardado escasos segundos en desvelar su verdadero talante. De pronto lo miraba con fijeza, como si esperara manipularlo mediante hipnosis con sus extraños ojos grisáceos.

—Demuestre que hay una mínima fibra razonable en su carácter, Saxby.

—Yo soy muy razonable, señor. Soy razonable y, sobre todo, consecuente con mis actos. Dudo que usted pueda decir lo mismo, o no esperaría que le dirigiera la palabra después de desahuciarme. Si

tanto le preocupaba lo que este humilde servidor opinara de usted, podría habérselo pensado antes.

Francis esbozó una sonrisa fría.

—Lo que ahora demuestra es su necedad. Me importa un carajo en qué consideración me tenga. Lo que me preocupa es que esté pretendiendo a Neve por dinero y nadie le haya confrontado al respecto.

—¿Que le preocupa, dice? —Ulysses fingió asombro—. Antes de inquietarse por los defectos del resto, podría ocuparse de los suyos, ¿no cree? No sería yo el único advenedizo indeseable de este pasillo.

Francis se pasó la punta de la lengua por el labio superior, impaciente, y dio un paso adelante.

—Mire, Saxby —empezó en voz baja, aunque no por ello menos intimidante—, no he venido a discutir el resultado de una apuesta justa que ya ha cumplido más de diez años. A lo mejor Neve no está al tanto de sus objetivos, pero a mí no deja de parecerme sospechoso que haya aparecido deshaciéndose en amores por la muchacha cuando apenas quedan unos días para la subasta de la casa. Por su bien, espero que no se le ocurra conseguir su dote valiéndose de artimañas.

—¿De las artimañas de las que usted suele valerse? La apuesta que me dejó a mí sin techo sobre la cabeza no es la única de la que salió beneficiado, señor Saintsbury. He seguido muy de cerca sus golpes de suerte en los tapetes, y resulta cuanto menos curioso que siempre gane. De hecho, he oído por ahí que esas deudas que le han obligado a vender mi casa vienen de los numerosos problemas que tiene con los propietarios de los casinos, a los que intentó timar, solo que sin éxito, echando mano de los mismos trucos que utilizaba para desangrar a los pobres incautos.

Si Francis se dio por aludido con la acusación, no lo demostró. Le sostuvo la mirada casi con aburrimiento, como si solo esperara a que acabase para pronunciar su amenaza.

—Por primera vez, señor Saxby, estamos de acuerdo: su padre era un pobre incauto, y, por lo que estoy viendo, su necedad ha resultado ser hereditaria. —Dio un paso adelante, esta vez sí con la intención de intimidarlo, y apostilló—: Aléjese de Neve antes de salir escaldado, porque no dude ni por un segundo de que, de ser necesario, me serviré de esos «trucos» que menciona para arruinarle la vida.

Francis se marchó antes de darle la oportunidad de responder, gusto con el que Ulysses habría tenido que quedarse después de que se le formara un nudo de impotencia en la garganta. No podía creerse la desfachatez del fulano; que se atreviera a hablarle en esos términos, no con orgullo pero sí con arrogancia, cuando ganar aquella apuesta llevó a una familia a la miseria.

No contento con eso, y como Ulysses pudo comprobar unas horas

más tarde, al subir a su dormitorio, Francis le dejó una nota debajo de la puerta. En esta reafirmaba su amenaza y le advertía que, si para el día siguiente no estaba de patitas en la calle, informaría al conde de Clarence de las que eran sus intenciones. A Ulysses no le cupo la menor duda de que si el padre de Guinevere tomaba por cierta la versión de Francis, se arriesgaría a retarlo a duelo por el honor de su hija. Aun así, esto no le disuadió de responder a la carta de Francis con un desdén y una violencia que le habría sonrojado si la hubiera leído después de ponerle punto y final.

Horas después, cuando el reloj marcaba la medianoche, Ulysses se había vuelto a calzar las botas para devolverle la carta a Francis y, ya que estaba, ir en busca de Neve. Había oído mencionar a un par de doncellas que ya había regresado a Beltown Manor, acompañada de un hombre con un nombre demasiado vulgar para memorizarlo y de un misterioso botín.

¿Guinevere desapareciendo de pronto para realizar un viaje exprés, y todo para que su padre le comprara un regalo de, por lo visto, dimensiones épicas? No sonaba en absoluto a algo que lady Guinevere Varick haría.

Ulysses cometió el grave error de salir de su dormitorio sin incrementar la vigilancia, y el destino decidió aprovecharlo para hacerle pagar por sus trastadas. Apenas había cruzado el primer pasillo cuando se topó de frente con el duque de Richmond. La luz débil de las lamparillas de gas apenas iluminaba el pasillo, pero habría reconocido su elegante figura en cualquier parte. Al igual que él, aún llevaba el frac, lo que significaba que los jugadores le habían retenido en el salón hasta tarde.

Aunque el aristócrata no hizo ningún comentario sobre su sospechosa actitud, el ladrón bufó como si le hubiera ofendido.

—Dios santo, ¿cómo es posible que esté usted presente siempre que quiero hacer alguna canallada? —se desesperó Ulysses.

Con una ceja enarcada, el aludido soltó el pomo de la puerta que estaba agarrando.

—Dado que se dedica fundamentalmente a hacer canalladas, no debería sorprenderle que, por una mera cuestión de estadística, alguien acabe cruzándose en su camino.

—En eso puede que tenga usted razón —cabeceó con una sonrisa de resignación cuando, de pronto, recordó un detalle importante—. Por casualidad no habrá conservado el zapato que perdí una de estas noches, ¿verdad? Cuando cayó, tuvo que hacerlo muy cerca de su cabeza.

—Le pedí a una doncella que se lo llevara a su habitación alegando que lo había dejado usted olvidado después de asearse. Suelen subir la bañera a la habitación que se encuentra junto a mi alcoba —aclaró

con paciencia—. No creo que le pareciera descabellado que me lo encontrara, o no tanto como se lo parecerían las verdaderas circunstancias en las que me topé con su calzado.

Ulysses se puso la mano en el pecho.

—Es usted un caballero de los que ya no quedan.

Y lo decía tan en serio que, por supuesto, sonó irónico.

—Buenas noches, señor Saxby —anunció el duque, indiferente a la supuestamente sarcástica apreciación de Ulysses.

—¡Espere! —exclamó él, alzando una mano. No pensaba quedarse con la curiosidad, y poco le importaba si tenía que sacrificar la vida de un gato—. ¿Por qué no me amenaza con contarle al conde lo que milady y yo…? Bueno, lo que presenció… y sigue presenciando.

—Porque no es mi asunto.

—Hombre, ha sido invitado a Beltown Manor para conquistar a lady Guinevere. Si tiene el menor interés en conseguirlo, desde luego que sería su asunto que un sinvergüenza intentara sacarle ventaja a su cortejo y al de los demás visitándola a horas intempestivas. ¿O acaso piensa de milady lo mismo que lord Bevers? —Enarcó una ceja, retándolo a repetir los insultos que el aristócrata escupió durante la caza.

—En absoluto —resolvió el duque sin pestañear—. Tengo a milady en la mejor de las consideraciones.

—¿Y por qué no la defendió delante de aquel imbécil? ¿Por qué le contestó con normalidad? ¿No sabe que el que le habla a un necio, aunque sea prudente, parece también necio? —contraatacó, ceñudo. Todavía recordaba el daño que le había causado aquella conversación a Guinevere. Observó que el duque se sorprendía—. Vaya, ¿le extraña que pueda citar a Eurípides de Salamina? Me llamo Ulysses, por Dios, ¿cómo no voy a conocer a los pensadores griegos?

—Lo que me extraña es que esa sea su interpretación de lo sucedido. Supongo que se debe a que se quedó en los pensadores griegos y no leyó a los escitas. Fue Anacarsis quien dijo que «los inteligentes deliberan, y los necios deciden». Es imposible cambiar la opinión de un necio, puesto que este es, por definición, incapaz de reflexionar. Lo mejor que se puede hacer es invitarlo a marcharse en el único idioma que conoce… o, en su defecto, asustarlo con un disparo —cabeceó, conforme—. Pero yo suelo inclinarme por la opción diplomática.

—Ya… —murmuró con desconfianza—. Entonces no pretende casarse con milady.

—No con lady Guinevere, no —aclaró con aquel tono sereno que sin querer sacaba de quicio al resto de los mortales.

Él, tan regio e inexpugnable, no parecía siquiera humano.

—¿«No con Guinevere»? —repitió Ulysses, consciente del aire

enigmático de su respuesta. Cada una de sus palabras era elegida con deliberación. Si había abierto la puerta a un posible significado oculto, debía haberlo hecho adrede—. ¿Qué se supone que quiere decir con eso?

—Que en mí no encontrará a un enemigo, sino a un familiar.

El duque se despidió con un amable cabeceo y se internó en su habitación, que, cómo no, cerró con tal discreción que solo se oyó el leve chasquido de las bisagras.

Ulysses relajó los hombros y meneó la cabeza, sin más remedio que asumir su inferioridad con respecto de su excelencia. Giró en redondo y prosiguió su camino de puntillas, tan impaciente por llegar a su destino que olvidó confirmar que no captaba intrusos saliendo de ninguno de los cuatro puntos cardinales. La mala suerte quiso que una puerta del lateral se abriera de pronto y estuviera a punto de romperle la nariz.

Ulysses retrocedió a tiempo, y estaba preparándose un exabrupto cuando reconoció los ojos castaños de Marianne.

—¿Hoy también va a secuestrar a mi hermana para llevársela a vivir aventuras? —le preguntó la dama, que justo daba la casualidad de que salía de su dormitorio. Se cubrió pudorosamente y se retiró la melena rubia de los hombros para dejarla caer a su espalda, como si Ulysses no fuera digno de verla en todo su esplendor.

—Oh, no, hoy me conformaré con una agradable conversación. ¿Planea oponerse? —inquirió él, sabiendo que se estaba arriesgando a recibir una reprimenda. Lady Lillistone parecía la clase de mujer que se reservaba sus opiniones por prudencia hasta que consideraba que habían abusado de su confianza.

«Un perfil que encaja de maravilla con el carácter de Keith», pensó con regocijo.

Tenerla delante le recordó la discusión que había mantenido con su amigo la tarde anterior, aunque sería más justo decir que no había podido alejarla de su pensamiento. Marianne no había parado de pasearse por el salón en todo el día, avivando sin saberlo el irrefrenable deseo de Ulysses de hacerles a ambos preguntas invasivas.

—Siempre y cuando mi hermana desee dicha conversación, mis labios estarán sellados. Para su inmensa fortuna, señor Saxby, no le tengo por un hombre peligroso.

Le hizo una breve venia y lo esquivó para continuar su camino pasillo abajo.

—¿Necesita escolta? —le sugirió Ulysses—. ¿O va a reunirse con algún pretendiente en la biblioteca desierta? Una mujer solo se escabulle de noche para celebrar una cita clandestina en un lugar romántico.

Ulysses imaginó que su atrevimiento la escandalizaría o, con suerte,

la divertiría lo suficiente para soltar una carcajada. Tal vez incluso dejara el misterio al aire en un alarde de coquetería.

Marianne solo le sonrió, enigmática.

—Sería muy desconsiderado por mi parte celebrar una cita clandestina cuando mi marido está bajo este mismo techo, ¿no le parece?

—¿Desconsiderado… —tanteó con curiosidad— o solo arriesgado, pero no por ello descartado?

Lady Lillistone se encogió de hombros, un gesto informal que de algún modo se las arregló para que pareciera elegante.

—Elija lo que más le guste.

Ulysses quedó gratamente sorprendido con la respuesta, y se dio media vuelta a la vez que la dama para reanudar la marcha. Empezaba a pensar que nunca llegaría a su destino, y hacía bien en exasperarse, porque al cabo de unos segundos oyó que alguien lo llamaba.

—Señor Saxby.

Ulysses puso los ojos en blanco con dramatismo, y, al límite de la paciencia, se giró hacia el origen de la voz.

—Por el amor de Dios… ¿Quién queda por interrumpirme en mi prudentísimo trayecto hasta las… cocinas de la casa? —improvisó sin la menor intención de darle credibilidad a la mentira—. ¿El fantasma de mi padre muerto…? —Torció el gesto al reconocer al pobre hombrecillo que dirigía Beltown Manor… o lo intentaba—. Ah, es usted. ¿Qué quiere?

El mayordomo pestañeó repetidas veces.

—Querría, señor Saxby —replicó, y no con la ironía que debería haber imprimido a su tono para resultar amenazador o, al menos, un sujeto interesante. De hecho, sonaba más angustiado de lo que lo estaría el propio conde de Clarence—, que no se le viera merodear por el pasillo de la habitación de lady Lillistone a horas intempestivas.

Ulysses entrelazó los dedos en el regazo.

—Querido señor Fellowes —expresó como si estuviera tratando con un idiota—, no tiene que preocuparse por milady. No es esa hija del conde a la que pretendo molestar.

El mayordomo se quedó de una pieza, detalle que asombró a Ulysses.

Vivía con lady Ravenna y con el mismísimo Arian Varick. ¿No estaba acostumbrado aún a la irreverencia?

Dedujo que era relativamente nuevo en el servicio, y este se lo confirmó al retorcerse las manos en el regazo.

—Escuche, señor… —El mayordomo se disculpó con la mirada—. Necesito… necesito ganarme el aprecio de milord, y creo que me vería con mejores ojos si le informara de… de esto que está ocurriendo.

Ulysses desestimó su preocupación con un ademán.

—Yo no conozco tan bien al conde como lo hará su mayordomo, pero me da la sensación de que se disgustaría con usted si le tomara por un pobre ingenuo que no se da cuenta de lo que tiene lugar bajo su techo. Le aseguro que milord sabe que pretendo conquistar a su hija a mi manera, y no apreciará que intente usted conseguir su respeto insultando su inteligencia.

Había sido un tiro muy largo para librarse del apesadumbrado Fellowes, pero, para su gran alivio, este suspiró con resignación.

—Tiene razón —se lamentó el mayordomo.

—Pues si ya hemos acabado, Fellowes —le dio una palmada en el hombro—, yo voy a ir pasando a los aposentos de milady. Descuide —agregó cuando ya lo había dejado atrás, guiñándole un ojo—, que me portaré de maravilla.

Estuvo tentado de hacer el resto del trayecto corriendo para evitar encontronazos indeseados. Por suerte, se contuvo, y Dios premió su prudencia permitiéndole abrir la puerta del dormitorio de Guinevere sin más incidencias.

—Dios santo, Naive —jadeó en cuanto la localizó junto al escritorio. Cerró la puerta tras él y cruzó la estancia como Pedro por su casa, haciendo aspavientos dramáticos—, no te puedes ni imaginar el mal día que he tenido. ¿Se puede saber dónde te has metido, y por qué te crees en el derecho de desaparecer de una fiesta que se celebra en tu honor? ¿Tu madre no te ha explicado lo sumamente descortés que es eso? —bufaba, exagerando su indignación—. No sé si te has dado cuenta, pero por culpa del claro favoritismo que despliegas hacia mí, y sin ningún tipo de sutileza, me he convertido en el enemigo número uno de todos los invitados, y cuando no estás presente para ser el escudo que me protege de tanta malicia, la incomodidad se intensifica de tal manera en el ambiente que se puede cortar el aire con un cuchillo. ¿No tienes piedad de tu pobre amigo Ulysses? —culminó, poniéndose una mano en el pecho antes de dejarse caer sobre la cama—. ¡Qué perversas sois las mujeres!

—Un p-pretendiente decente habría aprovechado mi ausencia p-para inventarse c-cuánto me ha echado de menos a lo largo del día —le replicó ella con retintín… y con cierta diversión.

Ulysses se incorporó lo justo para ver que se había girado hacia él en la misma silla, y que le sonreía con una calidez familiar que le encogió el corazón. No se dio cuenta hasta ese preciso momento de que se había abierto paso en su dormitorio sin dudar, sin ser consciente ya de lo inusual que era hacer aquello, de todos los riesgos que corría. Con ella todo fluía con naturalidad, y no tanto por su propio carácter como por lo fácil que se lo ponía Guinevere.

—No me lo tengo que inventar. Es tan cierto como el aire que

respiro. Casi me muero de pena sin ti.

Guinevere puso los ojos en blanco.

—Adulador…

Pero no sonó tan exasperada como siempre. Utilizó la voz aguda de los nerviosos o los embusteros, y en tanto que la joven no era ninguna mentirosa, se estaba frotando los muslos con notable crispación y su tartamudeo había empeorado al darle la bienvenida, dedujo que algo la tenía en un sinvivir.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió enseguida, levantándose de la cama y yendo hacia ella—. Sé lo de tu viaje relámpago, pero no se me ha ocurrido pensar que pudiera deberse a un acontecimiento desgraciado. ¿Alguien ha muerto, acaso?

—No, no, es solo que… Estoy impaciente p-por mostrarte algo. Debería esperar a mañana, a la p-plena luz del sol, p-para que lo veas bien, p-pero… —Se mordió el labio, y Ulysses comprendió que había interpretado erróneamente su nerviosismo. No estaba preocupada, sino entusiasmada; el brillo en sus ojos clamaba al cielo—. Oh, ¡qué demonios! ¿Me acompañarías a… a… al exterior?

Tentado por el misterio y por la euforia de Guinevere, Ulysses le tendió la mano.

—Y hasta Camelot, reina Guinevere.

Capítulo 21



Érase una vez un regalo con declaración de intenciones

Guinevere se estaba arrepintiendo de haberse guiado por un impulso, aunque fuera por los terribles nervios de los que era víctima.

Jamás había tenido tanto miedo de equivocarse.

¿Y si Ulysses no lo interpretaba como un gesto de cariño, sino como una ostentación de poder? A fin de cuentas, no todo el mundo podía recuperar un caballo turcomano de las garras de John Allen, que era muy celoso de sus criaturas.

O, peor… ¿Y si Ulysses lo interpretaba como lo que era, un gesto de cariño?

Mientras cruzaba la amplia extensión de terreno hasta las caballerizas, no dejó de lanzarse dolorosas acusaciones, todas ellas guiadas por el miedo de que la creyera patética.

Aquel caballo era una declaración de amor. No se tomaría esas molestias por alguien que le fuera indiferente. Y no estaba segura de querer revelar ante Ulysses que se había convertido en su debilidad, pero ya era demasiado tarde para dar media vuelta.

Por lo menos podía agradecer la insistencia de Ulysses, que al no haber dejado de hablar en todo el trayecto, la había mantenido ocupada.

—Espero que la sorpresa no sea someterme a una hipotermia mortal —comentaba con humor—, aunque antes me matará todo este secretismo. ¿De qué se trata, *Naive*? No me digas que me vas a regalar una porción de tierra en barbecho. Por más que admire Beltown Manor, no sé si sabría sacarle provecho. Estas manos que ves aquí no están hechas para el trabajo de campo…

—¿Por qué tienes que ser tan impaciente? —se quejó Guinevere en cuanto llegaron a las puertas del establo.

Utilizó unas llaves de reserva que su padre le había entregado a cambio de la promesa de que nunca cabalgaría de noche. Las manos le temblaron al girar la cerradura y hacerse a un lado para que Ulysses pasara primero.

Este le lanzó una mirada entre lasciva y divertida.

—¿Me has traído hasta aquí para seducirme? —inquirió mientras se abría paso en el amplio pasillo. Olía sorprendentemente bien, lo que significaba que ese día habían limpiado las cuadras en profundidad. Lo interpretó como una señal de que estaba haciendo lo correcto—. Porque creo que estaríamos más cómodos en tu dormitorio.

—¡Qué idioteces dices! —mascculló por lo bajini, cerrando a su

espalda.

Resistió la tentación de recostarse contra el portón de madera. Sentía el corazón latiendo en los oídos, en la garganta, entre las sienes. Se desmayaría si no acababa de una vez por todas, pero, al mismo tiempo, no estaba preparada para afrontar la enormidad de su regalo y quería posponerlo lo máximo posible.

Ulysses pensaría que lo amaba, y lo peor era que no se estaría equivocando.

—Vaya, vaya… Qué conveniente —oyó que comentaba Ulysses.

La extrañeza de Guinevere solo aumentó al ver que pasaba de una mano a otra una gruesa cuerda enroscada sobre sí misma.

—¿Qué haces con eso?

—¿No te lo puedes imaginar? Te recuerdo que teníamos pendiente un ámbito de la investigación literaria. Querías que te enseñara a librarte de unos nudos marineros en las muñecas y en los tobillos, ¿o ya se te ha olvidado? —Una sonrisa lobuna curvó sus labios—. Ven aquí.

Obedeció, atraída por el temible brillo de sus ojos. Parecía un niño con un juguete nuevo; había hallado algo lo suficientemente interesante para dejarse seducir por ello y olvidar lo que les había llevado al establo. Guinevere estaba dispuesta a permitir que se distrajera con tal de posponer el momento de la verdad.

Temía tanto su reacción que estaba temblando cuando le ofreció sus manos a Ulysses.

—Pobre criatura —susurró él en tono compasivo, caminando hacia ella. Disfrutó de tenerla acorralada, y más aún de colocarle las manos sobre la cabeza para proceder a anudarlas con una maña sorprendente —. ¿Has cogido frío durante el paseo…? —No esperó a que Guinevere respondiera y se inclinó para besarla en la punta de la nariz, en la mejilla, en la esquina de la ceja, en la frente; en los rasgos faciales que parecían merecer su afecto, que daba la casualidad de que eran todos ellos.

—Eres un desvergonzado —musitó ella con un nudo en la garganta —. No solo te atreves a aparecer en mis aposentos a altas horas de la madrugada, sin previa invitación y p-para tenderte en mi c-cama c-como si te perteneciera; ahora también te c-crees en el derecho de tocarme a tu antojo.

—Cuando mi antojo es también el tuyo, ¿cuál es el problema? —contraatacó, y no sin razón. A Guinevere no le quedó otro remedio que suspirar, todavía con el corazón ardiéndole.

Aprovechando que Ulysses se agachaba para atarle los pies, lanzó una mirada nerviosa a la última caballeriza.

—Deberías haberme envuelto con la c-cuerda mientras estuviera sentada en una silla…

—Eso está muy visto, *Naive* —desestimó él, incorporándose con la sonrisa de un niño travieso—. ¿No era originalidad lo que buscabas para tu villano en la cuarta entrega? Pues así es como este villano tuyo inmovilizaría a un enemigo… y a una amiguita, también.

El relincho de un caballo le interrumpió. ¿Sería posible que Ítaca hubiera oído la voz de Ulysses y lo hubiese reconocido? Lo dudaba. Cuando se la arrebataron, no habría desarrollado aún la voz grave de adulto.

¿Era su olor, quizá? Guinevere reconocería su olor en cualquier parte del mundo.

Levantó la mirada para comprobar que Ulysses había anudado el extremo de la cuerda que mantenía sus muñecas unidas a un gancho situado un palmo sobre su cabeza.

—Muy conveniente —murmuró ella.

Quizá debería tenerle respeto cuanto menos al hecho de estar maniatada en un establo parcialmente iluminado, pero lo entendía como una más de tantas travesuras de Ulysses. Y todo lo que estuviera relacionado con Ulysses contaba, para bien o para mal, con su absoluta confianza.

—¿Qué le pasa a esa bestia? —rezongó Ulysses, viendo que Ítaca no se callaba. Soltó la cintura de Guinevere, que había estado tentando con caricias sugerentes, y se dirigió hacia el animal con gesto exasperado.

No era esa la posición que Guinevere había esperado tener cuando Ulysses se reencontrara con Ítaca, pero no le importó, porque la vaga iluminación del establo le permitió apreciar su cambio de expresión.

En un primer momento, Ulysses se quedó paralizado. Alargó una mano hacia la criatura, que sacó el morro para olisquearlo y, en cuanto lo reconoció como su legítimo dueño, emitió un alegre relincho y aproximó el hocico hacia él para darle un empujón amigable en el hombro.

Guinevere había esperado que Ulysses se riera, encantado, pero estaba sumido en una conmoción. O lo estuvo hasta que pudo juntar los labios, que habían estado emulando una mueca de asombro, y miró a Guinevere.

—¿Es…? —intentó vocalizar—. ¿Es…?

—Todavía no estoy segura de que el c-cuidador que ha accedido traerla hasta aquí vaya a p-permitirme regalártela —se apresuró a dejar claro—, p-pero quería que la vieras, que supieras que te q-quiere todavía, p-porque si ni el señor Allen ni Francis mienten, no ha dejado que nadie la monte desde que os separaron.

—Neve… —balbuceó él, incapaz de moverse del sitio o siquiera pestañear.

Asustada por lo que él pudiera decir —«Esto ha sido excesivo», por

ejemplo, o «no puedo corresponder este generoso gesto porque no puedo corresponder tus sentimientos»—, Guinevere se lanzó a balbucear débiles justificaciones con un hilo de voz.

—No p-puedo devolverte todo lo que amabas c-cuando eras niño, p-pero no dudes que lo intentaría si p-pudiera, p-porque aunque seas… aunque seas ladrón de p-profesión, descarado por definición y medio c-canalla por gusto, entiendo que de todas las p-personas de este mundo, eres la que más merece ser feliz. Y no p-porque se te arrebatara la c-comodidad, la seguridad y a tu misma familia de un fatídico revés, sino p-porque repartes alegría de forma indiscriminada allá por donde p-pasas; como ves, es una c-cuestión de justicia, y… y qué diablos —jadeó. El corazón le latía desbocado—, también es una c-cuestión p-personal mía: deseo tanto ser responsable de una ínfima parte de tu felicidad que haría c-cualquier cosa. Supongo que eso… eso es el amor, no solo p-participar en las alegrías del otro, sino urdir cada día nuevas tramas p-para garantizarlas. Y si tu bienestar p-pasa por recuperar lo que p-perdiste —concluyó, ya sin aliento—, supongo que esta es mi p-primera… mi p-primera aportación a tu tesoro.

Guinevere pretendía darle una breve explicación, restarle importancia al detalle, pero el corazón la había traicionado en el último momento y había tenido que resignarse a confesar su verdad. Ahora esperaba con el alma en vilo a que él cogiera el guante o bien la abandonara a su suerte.

Por un instante, no pareció que fuera a hacer ninguna de las dos cosas. Ulysses no había dejado de mirarla desde que comenzara a hablar, pero permaneció donde estaba con la mandíbula apretada, conteniendo a duras penas un acceso de emoción desbordante. Transcurridos unos tensos segundos, reunió el valor para ir hacia ella y cubrirle la cara con las manos.

Su rostro fue todo cuanto Guinevere tuvo en su campo de visión. Era, asimismo, todo cuanto quería que estuviera en su campo de visión; los bellos ojos azules rebosando una ternura conmovedora, y un deseo furioso que le quebró la voz al decir:

—Tú eres todo mi tesoro.

Se inclinó para tomar sus labios con el aire aún apretado en los pulmones, como si no quisiera que un solo sonido interrumpiera el erótico silencio del beso. Pero Guinevere necesitó emitir un gemido de alivio. Al sacar el pecho para entrar en contacto con el suyo, se oyó el roce de las telas de sus prendas, que tan poco los habían protegido del frío durante el paseo y que, sin embargo, ahora sobraban.

Ulysses se desprendió de su boca rápido para trazar una línea de besos desde la barbilla hasta el escote, que subía y bajaba como resultado de los nervios. Intentó alargar una mano hacia su suave cabello castaño, pero la sujeción de las cuerdas lo impidió.

—¿No me vas a desatar? —musitó ella. Parecía que hubieran acordado tácitamente ser discretos delante de los animales—. Sé que fui yo la que te p-pidió que la enseñaras a librarse de esto sin ayuda, p-pero…

—Y te enseñaré —le prometió él con voz ronca, deslizándose por la cintura y las caderas femeninas hasta quedar arrodillado delante de ella. El pulso se le aceleró al verlo en una posición tan vulnerable—, pero antes te voy a mostrar por qué a veces es mucho más morboso seguir atado.

Guinevere jadeó al notar que Ulysses tiraba del lazo que mantenía la bata en su sitio y a continuación agarraba el borde del camisón para enrollarlo hacia arriba. Ya la había tocado íntimamente antes, pero ocurrió en la oscuridad, y ahora que no tenía más que piel desnuda que mostrarle, temió que no se deleitara con la visión.

No solo no pareció decepcionado al enfrentarse a sus muslos temblorosos, sino que los besó con devoción, como a la frente de dos recién nacidos, y acto seguido alzó la nariz para rozarla con su entrepierna.

Guinevere enrojeció, pero no podría haberse quejado porque el temblor de su cuerpo pedía justo lo que él estaría encantado de hacer. Algo que a ella jamás se le habría ocurrido hasta que sintió la humedad de la lengua, primero contra la ingle, y enseguida abriéndose paso entre los pliegues sensibles.

Gimió y lanzó una mirada de auxilio al techo, donde la luz de las lamparillas proyectaba juegos de luces y sombras. Los ojos se le cerraron conforme Ulysses alternó besos, lamidas y succiones, y ella no solo se mordió la lengua para reprimir el impulso mojigato de pedir una explicación innecesaria, sino que separó las rodillas para que él pudiera acomodar mucho mejor la boca sobre su sexo, que devoraba con un mimo enloquecedor.

Las piernas le fallaron, y tuvo que agradecer que le hubiera inmovilizado los brazos sobre la cabeza. Así, en el peor de los casos, podría quedarse colgando como una de esas brujas que ardían en tiempos medievales. Porque se sentía arder bajo los cuidados de Ulysses, que aún la tentó con labios, lengua y dientes hasta que Guinevere no pudo soportarlo más.

Un brutal escalofrío la sacudió como una ola; la hizo volar y la dejó tan exhausta que durante los siguientes segundos solo pudo jadear descontroladamente.

En cuanto comprobó que Ulysses se había incorporado para desnudarse con lentitud frente a ella, manteniendo una expresión más solemne que canalla, se obligó a recuperar la compostura.

—No he traído a Ítaca para que hagas… me hagas… esto —le aseguró, ruborizada—. Lo único que quería era…

Él sonrió, sabedor.

—A mí, ya lo sé —habló contra su boca mientras terminaba de desatarle las manos—. Y me vas a tener, Neve. Me vas a tener para siempre, si es lo que quieres.

Ulysses la tomó entre sus brazos en cuanto ella estuvo liberada de las cuerdas, y no sin antes extender la bata y el camisón que acababa de quitarle, la tendió en el mismo suelo de heno para a continuación cubrirla con su cuerpo.

El contacto piel con piel, la sensación de soportar vagamente su peso, la caricia indirecta de su vello corporal; todos esos detalles eróticos la hicieron suspirar, anhelante. No se lo pensó a la hora de rodearle los hombros con las manos y elevar la barbilla lo justo para pedirle un beso. Ulysses se lo racaneó posando primero los labios sobre su mentón, y desplazando desde allí la punta de la lengua por toda la línea redondeada que desembocaba en el lóbulo de su oreja. Si no hubiera ardido casi al borde de la explosión, se habría preguntado cómo era posible que un roce tan inocente pudiera erizarle la piel. Se habría preguntado, también, si cualquiera podría lograr tal hazaña o era una habilidad solo suya; si solo su aliento y sus manos traviesas obrarían semejante resultado.

Ulysses le acarició una de las rodillas antes de separarlas un poco más, solo lo justo para encajarse entre sus caderas y presionar su sexo con la dureza de la erección. Guinevere se estremeció, jadeando entrecortada, y por instinto se arqueó hacia él. Quiso también cerrar las piernas para proteger la deliciosa sensación de su miembro rozándose tentadoramente contra los pliegues inflamados de su intimidad.

—No puedo esperar más —jadeó él, arrebatado como no lo había visto antes. Se apoyó en los codos, uno a cada lado de la cabeza de Guinevere, para fomentar la fricción entre sus cuerpos y volverla loca con los latigazos de placer que esta disparaba por todo su ser—. Necesito estar dentro de ti.

En su inocencia, ella respondió:

—Ya estás… dentro de mí.

Ulysses la miró a los ojos. La luz ambarina de las lámparas dotaba su mirada de una fiereza animal, y hacía resplandecer aquellas partes de su cuerpo sombreadas por el sudor. Se perdió en la contemplación de aquella criatura tan bella, que ya el primer día la impresionó, y no fue hasta que comenzó a notar una dulce presión entre las piernas que se percató de lo que iba a suceder. Nada menos que lo que quería, lo que ansiaba; que la echara a perder y quedaran vinculados para siempre.

Los pensamientos románticos no la acompañaron demasiado rato. Su cuerpo expulsó toda sensación distinta a la pasión más primitiva

conforme él la fue penetrando haciendo acopio de toda su paciencia. Parecía sufrir al prodigarle un trato delicado, uno que ella no necesitaba porque se notaba tan terriblemente húmeda, tan preparada para lo que quisiera hacerle, que no experimentó el dolor del que le habían hablado. Nada más lejos de la realidad, lo que solo podía significar que ni los nervios ni la fragilidad del cuerpo humano podían borrar un hecho tan elemental como que Ulysses Saxby era para ella.

—Joder, Neve —gruñó él, apoyando la frente en la suya—. Debes de ser el rincón más cálido del mundo.

—Pues entonces qué… quédate donde estás.

—Descuida —articuló con dificultad—. Para desenterrarme de tu cuerpo vamos a necesitar al rey Arthur.

Guinevere se aferró a sus hombros entre risas entrecortadas y volvió a buscar su calor curvando la espalda. Ulysses interpretó su movimiento como pura impaciencia y la penetró hasta la empuñadura de un último empujón. Su gruñido de alivio se mezcló con el jadeo incontenible de Guinevere, y, a partir de ese momento, se convirtieron en dos cuerpos al servicio de una bestia hambrienta; hambrienta de la carne que Ulysses mordía para marcar su territorio, sedienta de los besos que le robaba, arañándola en el proceso, y, sobre todo, angustiada por si el orgasmo los alcanzaba antes de darse por satisfechos.

Además del criminal movimiento de caderas que la ruborizaba y enardecía a partes iguales, Guinevere sentía muy dentro que Ulysses estaba tan desesperado por poseerla como ella por ser poseída. Le dejaba hacer participando en su banquete con las mismas necesidades primarias: chuparlo, lamerlo, besarlo. De lo demás, de hacer de su cuerpo un lugar cálido e irresistible para que él la llenara una y otra vez, se encargaba el deseo.

—Te quiero —jadeaba Guinevere, aferrada al cabello húmedo de él. Su otra mano apenas podía sujetarse a los músculos flexionados; su piel estaba tan resbaladiza como sus torsos—. No me abandones… No me abandones.

—Entonces no me rechaces —susurró Ulysses contra su oído. Guinevere estuvo a punto de no escucharlo cuando ambos alcanzaron el deseado clímax casi al mismo tiempo—. No me rechaces.

Capítulo 22



Érase una vez un hombre que podría haberlo tenido todo

—De verdad eres tú —susurró Ulysses con cuidado de no despertar ni a Guinevere ni al resto de las bestias alojadas en el establo.

Eran solo Ítaca y a él, de la que se había acordado a los pocos minutos de despertarse con un dolor paralizante en el cuello, resultado de una noche durmiendo en la peores condiciones imaginables… pero con la mejor compañía.

Ulysses había adquirido la costumbre de aquellos sin oficio ni beneficio, que consistía en levantarse a horas tardías. Pero esa mañana, como si hubiera sabido que su vida acababa de dar un imprevisto giro de ciento ochenta grados, se había despertado con el amanecer.

Se sirvió de un puñado de mantas que encontró en el almacén del establo, de cuya utilidad sospechó en tanto que no parecían necesarias para el mantenimiento de los caballos, y cubrió a la dormida Guinevere antes de levantarse para saludar a su criatura. A su Ítaca, que se dejó guiar obedientemente a las puertas de las caballerizas.

Allí estaban un rato después, observando cómo el resplandor del alba emergía entre la línea de cipreses del horizonte.

Recorrió su magnífico pelaje patinado con los dedos.

—Te recordaba más alta. Más robusta —confesó Ulysses con una sonrisa—. Pero supongo que soy yo el que he crecido. Cuando nos separamos, todavía no podía ver qué había detrás de tu lomo. Necesitaba ayuda para montarte. No di el estirón hasta unos años después…

Se calló, y no porque le resultara ridículo conversar con una bestia, sino porque le pareció que una silueta masculina aparecía entre la vastedad de la finca. No lo reconoció ni como un criado ni como un miembro de la familia, pero con la mano todavía acariciando la crin de Ítaca, permaneció en silencio mientras este se aproximaba.

La inmensidad del gesto de Guinevere había superado con creces la emoción de recuperar un recuerdo de su infancia. No pudo resistirse a agradecérselo a su manera. Si no estuviera más que dispuesto a enmendar su atrevimiento, por el que el conde de Clarence bien podría colgarlo por los tobillos, estaría preocupado. Pero casarse con Guinevere había sido su intención desde el principio, con la pequeña

diferencia de que ahora incluso lo anhelaba. Estaba deseando que despertara para narrarle los recuerdos que llevaban toda la mañana acudiendo a su mente; el día que su padre apareció con la tozuda Ítaca tirando de las riendas, el día que estuvo a punto de caerse de su lomo porque aún no había aprendido a tratarla y estaba enfureciéndola con su arrogancia; el día que se molestó con su madre, que le regañó por una razón que ya ni siquiera recordaba, y decidió huir de la vivienda familiar, para lo que se preparó un morral con una cuña de queso, un par de camisas y su juguete de la suerte y montó a Ítaca para que lo llevara al pueblo más lejano.

Si la yegua hubiera podido hablar entonces, se habría burlado de su extrema sensibilidad.

Sin darse cuenta, Ulysses recibió al forastero con una sonrisa nostálgica. Se trataba de uno de esos hombres más gigantes que humanos con las manazas de un gladiador. Parecía capaz de usar la fuerza contra quien le ofendiera, pero el quid de la cuestión era que no sería fácil hacerlo. En sus chispeantes ojos azules y su expresión serena vio a un buen tipo que llevaba la sencillez por bandera.

—Por fin conozco al gran y único domador de Ítaca —comentó el desconocido, deteniéndose a una distancia cortés de él. Se fijó en cómo la yegua, como si quisiera presentarlos al uno y al otro, empujaba el morro contra el hombro de Ulysses—. Hiciste un trabajo espectacular al ganarte su confianza, muchacho.

—Supongo que usted es el criador con el que negoció milady para traerlo hasta aquí.

El hombre cabeceó con la justa humildad. No se acercó para tenderle la mano: al llamarlo «muchacho», y al estar unidos por la última criatura magnífica de la raza de tarpanes, quedaba anulada toda ceremoniosidad.

—John Allen —se presentó. Echó una ojeada alrededor, fijándose en el suelo seco de una tierra que no volvería a florecer hasta la primavera—. Nunca he sido capaz de levantarme después del alba, y me apetecía dar un paseo por Beltown Manor… Para recordar de dónde vengo, que nunca es mala idea. Trabajé aquí tanto tiempo que se siente un viaje al pasado.

Ulysses lo miró con simpatía.

—Depende de dónde venga uno y hasta qué punto haya llegado, ¿no? De si se observa un crecimiento o una caída en picado. —Se giró hacia Ítaca, relajada ahora que su dueño había regresado—. Ha cuidado usted muy bien de ella, señor Allen. Dudo que tuviera este aspecto cuando era yo quien se encargaba de mantenerla limpia y sacarle brillo… porque no dude que no se dejaba ni cepillar por otro —apostilló con sorna.

John Allen puso los brazos en jarras.

—Eso sí nos lo ha permitido a un par de trabajadores, pero no a muchos más. ¿Se dejaría montar? —tanteó con curiosidad.

—Podemos comprobarlo ahora mismo.

Ulysses no perdió el tiempo ensillándola. Cuando aprendió a galopar como un profesional, empezó a prescindir de la silla y de las protecciones necesarias para probar una equitación más libre, para conectar con esas tribus salvajes que veneraban a los caballos y los montaban piel con piel.

Ni siquiera tuvo que ayudarse de un escalón para saltar a lomos de la criatura. El tarpán de las estepas era un caballo menudo por definición, y él conservaba la agilidad de antaño. Se enrolló las riendas en la muñeca y se apoyó en el propio animal hasta quedar erguido.

Criador y dueño dejaron correr unos segundos de silencio para confirmar que Ítaca no se revolvía. Ulysses confiaba ciegamente en ella, y, de hecho, se rio cuando el caballo relinchó, feliz, y empezó a golpear el suelo con los cascos, ansioso por ponerse en marcha.

—Si no lo veo, no lo creo —murmuró John, más emocionado que celoso por no haber podido lograr aquel efecto—. Está claro que hay mujeres de un solo hombre —bromeó.

Ulysses soltó una carcajada y azuzó a Ítaca con un grito que la activó en el acto.

No pretendía llevarla muy lejos porque estaba esperando que Guinevere despertara. No le gustaría que abriera los ojos y creyera que la había abandonado. Suerte que los alrededores de la mansión se extendían más allá del horizonte y no había construcciones o arboledas que pudieran dificultar la carrera.

Bajo la mirada brillante de John, para quien debía de haber sido duro ver morir un poco más cada día la vitalidad de una criatura sin igual, Ulysses recorrió la finca poniendo a prueba la resistencia de su montura. No supo cuánto tiempo dedicó a habituarse a la flexión vertebral de su lomo, que notaba donde estaba sentado; a la caricia de su crin mecida por el viento, a la sensación de libertad.

Recordó la conversación que tuvo con Guinevere sobre la preferencia de Ulysses por el lujo, y se reafirmó en sus palabras: no había nada mejor que cabalgar sobre un tarpán estepario. Pero también tuvo que darle la razón a ella, porque no era solo un tarpán estepario.

Era *su* tarpán estepario.

Cuando regresó al cobertizo, John Allen ya se había marchado. Atisbó sus espaldas a lo lejos, las de un hombre que nunca le había temido al trabajo duro, y dio por hecho que no tenía nada más que añadir: se marcharía esa tarde con la tranquilidad de haber dejado a la yegua con su legítimo dueño.

Desmontó a Ítaca con la respiración agitada y el fuego corriéndole por las venas. El deporte le había espabilado, y ya no podía esperar ni un minuto más a que Guinevere lo hiciera también.

Tenían mucho de lo que hablar.

Ulysses no se había preparado una disertación porque confiaba en su facilidad para improvisar, y porque no iba a decirle nada más que la verdad pura: que él también la quería, y que no estaba seguro de poder soportar que ella siguiera sin considerarlo apto para el matrimonio.

Empujó la puerta del establo, agradeciendo una vez más que ese fuera el día libre de los mozos de cuadras —o eso parecía, en vista de que nadie había llegado con prisas por alimentar a las bestias—, y un escalofrío placentero le recorrió al ver a Guinevere incorporada sobre el lecho de heno, mantas y prendas.

También sufrió un poderoso golpe de realidad al recordar lo sucedido la noche anterior.

Le habría gustado recrearse en los momentos más eróticos, pero justo entonces, Guinevere alzó la barbilla hacia él con los ojos anegados en lágrimas. Su rostro desfigurado por el dolor le cazó con la guardia baja y le dejó momentáneamente sobrecogido, pero no tardó en comprender que no se había arrepentido de lo sucedido: la vio levantarse presionando contra el pecho una de las pesadas mantas… y una cuartilla de papel.

Entonces, vino a él un recuerdo de sí mismo encorvado sobre el escritorio de su alcoba, vomitando con un pluma como soporte el odio que sabía que haría temblar de rabia a Francis Saintsbury… incluso si para lograrlo debía proferir mentiras escandalosas. A eso había dedicado la tarde anterior, la tarde sin Guinevere: a buscar la forma de ofender al hombre que le robó la vida.

Incluso si para eso debía ofender a otras personas en el proceso.

—Puedo explicarlo —se apresuró a decir, avanzando un par de pasos con la mano por delante, como si debiera apaciguar a una bestia.

Guinevere sacudió la cabeza, dando a entender cuánto lo dudaba. Ni siquiera pudo convencer a su cuerpo paralizado de expresarse verbalmente. Esa fue la primera y terrorífica señal para Ulysses; aunque tuviese dificultades para hablar, Guinevere siempre lo intentaba.

Ahora no podía. La conmoción la había bloqueado.

—Neve —insistió Ulysses con una nota de pavor en la voz—, escúchame. Se suponía que no deberías haber leído esa carta, que era para…

Guinevere lo miró a caballo entre la incredulidad y la rabia.

—Por supuesto que no d-d-d-debería haberla leído. Incluso tú, c-c-

con todo tu op… op… optimismo, habrías sido c-consciente de que esp-pantaría hasta a una… una… —Miró la carta, como si lo necesitara para recordar los términos en los que Ulysses la había descrito— una solterona d-desesperada. Y no p-p-podías p-p-permitir que afectara a tu negocio, ¿verdad? —le reprochó con los puños apretados; el que sujetaba su carta, también. Lanzó una mirada vidriosa al techo de las caballerizas, sonriendo con amargura—. Dios, he sido una estúpida.

—¡No! Neve, escucha… —Al ver que pretendía marcharse de allí, aunque para eso tuviera que salir a la intemperie con una manta anudada al pecho, Ulysses extendió los brazos y trató de impedirle el paso. Guinevere procuró esquivarlo, llorando con la mayor dignidad posible, hasta que él le puso las manos sobre los hombros desnudos—. Claro que no eres una estúpida, Neve. Eso era… era para Saintsbury. Intentó hablar conmigo ayer, mientras tú estabas fuera, y como no fui el interlocutor más receptivo, me escribió una carta y la metió por debajo de la puerta. Me decía… me decía que me arruinaría la vida si te utilizaba para conseguir la dote, si te hacía daño para vengarme de él, y pensé… pensé… Dios, pensé que era un imbécil si se creía tan importante, pero también pensé… que la única manera de hacerle daño yo a él era hacerle creer que no me importabas, y que sí, que te iba a… Me dejé llevar por el deseo de verlo desesperado y sin poder hacer nada para ayudar a un ser querido, como lo estuve yo; me dejé llevar por… por… Neve —la llamó con voz ahogada. Ella le rehuía la mirada—. Neve, no pienso nada de lo que escribí. Lo exageré todo porque le odio, porque quería sintiera remordimientos por haber echado a los Saxby de su casa, aunque solo fuera porque años después yo le habría devuelto el golpe…

No terminó la frase, pero no hizo falta, porque Guinevere concluyó por él.

—… rompiéndome el corazón, ¿no? —Lo enfrentó con los ojos cristalizados. Lágrimas como puños habían abierto surcos todavía húmedos en sus pálidas mejillas—. No te creo —sentenció con desprecio, aunque la voz le tembló—. No habrías sido capaz de describirme como un… un esperpento, o como una persona a la que es imposible querer si me apreciaras en lo más mínimo.

—¡Y no lo soy! ¡Escribí esa sarta de tonterías en plena enajenación mental! Saintsbury acababa de hablarme como si fuera un maldito… cazafortunas, como si fuera mucho peor que él, y…

—Y no te quepa la menor d-duda de que lo eres, ¿o no te p-presentaste c-como tal en c-c-c-cuanto nos c-c-c-conocimos? —Su tartamudez había empeorado tanto en cuestión de segundos que Ulysses se sintió miserable por lo que eso significaba: que se sentía incómoda en su presencia—. Lo único que olvidaste mencionarme era

q-que q-q-querías mi dote p-para algo muy c-c-concreto. Si hubieras sido sincero desde el p-p-principio y no me hubieras utilizado, me habrías dicho que p-p-pretendías c-c-casarte c-c-conmigo antes de la fecha de la subasta p-p-para huir c-con mi dinero. Pero te lo c-callaste, y muy c-c-convenientemente.

—Es cierto que ese era mi propósito al principio —reconoció, abochornado de sus propias intenciones. Con un tono de voz impregnado de ternura, añadió—: Pero eso fue antes de conocerte, *Naive*.

Ella compuso una expresión entre asqueada y burlona hacia sí misma que sacudió a Ulysses. Temió haber destruido en un segundo la confianza que había intentado ganarse, no solo para que ella se enamorara de él, sino para que se enamorara de sí misma… y confirmó su mayor temor al oír la respuesta.

—¿En qué modo c-conocerme p-podría haber cambiado tus objetivos? En tus palabras, soy una joven mediocre que, p-por no saber, no sabe ni hablar.

Le arrojó la carta al pecho y consiguió pasar por su lado antes de que él pudiera detenerla. Ulysses no perdió ni un minuto y salió en pos de ella, ignorando que Ítaca seguía fuera del establo esperando una orden.

—¡No pienso nada de lo que puse por escrito! ¡Y lo sabes! ¡Sabes que…! —le explicó a voces, intentando alcanzarla. Guinevere caminaba descalza sobre el suelo congelado a una velocidad que solo la rabia podía motivar—. ¡Tienes que creerme, Neve!

—¿Por qué? ¿Porque tú no mientes? —le respondió sin darse la vuelta—. ¡No has hecho otra cosa desde que te conocí, y está escrito con tu letra! ¡Está firmado con tu nombre!

—Sé que no tengo perdón de Dios, pero… —Se detuvo en las inmediaciones de la mansión para recuperar el aliento, afectado desde la cabalgada y empeorado por el miedo a perderla por un condenado malentendido—. Te quiero, *Naive*.

Aunque no lo gritó, Guinevere llegó a escucharlo y frenó de manera abrupta. La esperanza le hizo cuadrar los hombros y esperar con la respiración contenida a que ella respondiera, pero cuando se giró para encararlo, no vio en su expresión sombría ni un atisbo de emoción.

—¿Cómo p-podrías querer a alguien que te p-parece tan insulso? ¿A alguien que hace una semana ni siquiera c-conocías? —Sacudió la cabeza, avergonzada de sí misma—. Después de todo, el apodo me va que ni pintado. Soy una maldita ingenua.

—Sabes tan bien como yo que una semana puede cambiarlo todo, porque tú eres la primera que lo ha sentido —replicó enseguida, avanzando hacia ella con tiento para no espantarla—. No dejes que esto interfiera entre los dos, te lo ruego.

Guinevere dio media vuelta, como si no pudiera soportar seguir mirándolo a la cara, y reemprendió la marcha, peleándose con la única manta que la cubría para no sentirse aún más vulnerable.

Su cabello castaño, suelto a la espalda y enredado por la noche pasada en las caballerizas, le produjo una nostalgia insoportable. Apostaba por que aún tenía agujas de heno atravesadas entre los mechones, agujas de heno que había pasado parte de la madrugada retirándole de la melena mientras ella dormía.

Por un instante se quedó perplejo en el sitio, incapaz de comprender cómo podía priorizar una sarta de palabras sin sentido sobre todo lo que habían vivido. Después recordó al barón Richter, esa historia tenebrosa de pretendientes con un don para fingir que la amaban y luego abandonarla a su suerte… y se sintió aún más despreciable.

—Por supuesto que no q-quieres que esto interfiera entre los dos —la oyó decir entre hipidos—. ¿Cómo si no vas a enc-encontrar el dinero que necesitas a t-t-tiempo? Te deseo la mejor de las suertes c-c-con tu empeño.

—Ya no se trata del dinero, ya no… ya no… —Apretó los labios, forzándose a calmar los nervios antes de volver a hablar. Cada palabra importaba, se dijo. Cada palabra era crucial—. Mira, sé que te he golpeado donde más te duele. Y lo siento, ¡lo siento, ¿me oyes?! —insistió, reanudando la marcha hacia la mansión. Sospechaba que, en cuanto Guinevere atravesara el portón, perdería su oportunidad de hacerla razonar—. ¡Siento haberte utilizado para cobrarme una venganza! Si tan solo entendieras que era importante para mí hacer… Maldita sea, Neve —masculló al ver que ella apretaba el paso para llegar cuanto antes a la fuente principal. Trotó hacia la joven con el corazón en vilo, y la agarró del brazo—. Neve, por favor…

Guinevere se soltó de su agarre con un vigoroso tirón.

—¡Déjame en paz! —gritó a pleno pulmón. Su violento arrebato lo dejó perplejo y disparó su angustia hasta tal punto que sintió el deseo de vomitar; un deseo que se intensificó al verla romper a llorar de nuevo, y esta vez sin consuelo—. ¡Monta a tu maldito c-c-c-caballo y márchate de aquí! ¡No quiero ver tu c-cara, ni escucharte…!

—¿Qué diablos está pasando? —rugió una voz masculina desde las puertas de la mansión.

Ulysses ni siquiera alzó la mirada para comprobar de quién se trataba. En cuanto tuvo a Guinevere bien sujeta por los hombros, le rodeó la espalda con un brazo y la acercó a su pecho en un intento desesperado por convencerla de que no mentía. Al menos, el cuerpo no podía hacerlo, no las caricias, no ese corazón que latía al borde del infarto por el miedo al desenlace.

No había sentido una impotencia semejante desde que se vio

obligado a meter toda su vida en una bolsa y marcharse a Londres con lo puesto.

No pudo hacer nada entonces, y parecía que tampoco podría hacerlo ese día.

—Neve, aunque ahora mismo me odies —balbuceó con los labios pegados a su mejilla húmeda. Guinevere se revolvía contra él sin apenas fuerzas, sollozando como un animal herido—, por favor, piensa en todos estos días, piensa en la noche que nos conocimos, piensa en todo lo que te he dicho y todo lo que me has dicho tú, piensa… piensa en mí, Neve. Tienes derecho a estar furiosa ahora, pero no me cierres la puerta. Sabes que yo no soy malo. Sabes que yo…

Sintió que alguien arrancaba a Guinevere de sus brazos, y de buenas a primeras se topó con los ojos inyectados en sangre de Milan Varick, su hermano mayor. Tenía un pésimo aspecto, quizá porque había pasado la noche de juerga y no había llegado a acostarse, pero su expresión iracunda era fruto único y exclusivo de la situación, que no había manera de malinterpretar: Guinevere lloraba tanto que no podía ni hablar y estaba desnuda, y era evidente que venía de un punto muy alejado de su dormitorio.

Había oído historias terribles sobre el temperamento de Milan, el hermano sobreprotector, pero supo que no se enzarzaría en una pelea física con él mientras esto le obligara a dejar a su hermana sola e indefensa. Rodeándola con sus brazos como si pudiera ponerla a salvo del mundo, Milan le lanzó a Ulysses una mirada de odio que podría haberlo petrificado.

—Lárguese o le juro que le mataré —le advirtió con una voz bronca y primitiva.

No le costó creerse su promesa.

Aun así, Ulysses no reaccionó en un primer momento. Se quedó donde estaba mientras Milan conducía a la vulnerable Guinevere a la entrada de la mansión, a la que se había asomado un adormilado conde de Clarence. Solo se activó al asimilar lo sucedido.

Ulysses echó a correr en la misma dirección sin pensar en las consecuencias. Tendría que haber previsto que llamar a gritos a Guinevere no serviría de nada, y que tan pronto como Milan dejara a la joven al cuidado de su padre, se giraría hacia él.

Ulysses tardó en comprender cómo había acabado aterrizando de espaldas al suelo con una mejilla ardiendo. El barón lo miraba desde su impresionante altura con desprecio y el puño todavía crispado; puño que le había dejado la cara palpitando.

—Ándese con cuidado —le dijo—. Yo nunca amenazo en vano.

Capítulo 23



Érase una vez una princesa sin su príncipe azul

—Ha sido una suerte que los invitados tuvieran programado marcharse esta mañana —murmuraba Venetia, dando vueltas por el salón. Parecía que sus pies conectaran directamente con su raciocinio: siempre que debía enfrentarse a un problema de dimensiones épicas, porque, con sus hijos, ningún problema eran de dimensión razonable, empezaba a recorrerse el perímetro de la estancia hasta que una gran idea la iluminaba—, y que nadie hubiera sido ubicado en los dormitorios cuya ventana da a la fachada de Beltown Manor. Bueno, creo recordar que el duque de Richmond ha ocupado la única habitación con vistas a la entrada, pero le tengo por un hombre sensato…

Ravenna cerró el libro que había estado ojeando para aparentar normalidad y censuró a su madre con una mirada fulminante.

—¿En serio eso es todo lo que tienes que decir ahora que sabes que a tu hija le han roto el corazón? ¿Que, gracias a Dios, los invitados nos han dejado antes de que se corriera la voz? —Su tono indignado fue en aumento hasta que no pudo contener la rabia estando sentada. Se puso en pie, arrojando la novela a un lado, y espetó—: ¡Eres de lo que no hay! ¿Es que solo te importa la reputación?

—Me parece que los ánimos no están para emprenderla a recriminaciones, Raven —intervino pacíficamente Marianne. Sentada con elegancia al lado de la hermana mediana, alargó una mano hacia ella y trató de instarla a tomar asiento de nuevo—. Todos estamos muy nerviosos y no hablamos con propiedad. Estoy segura de que lo que mamá ha querido decir es que la situación es preocupante, pero no límite, porque nos hemos ahorrado el aditivo de las habladurías.

A raíz de la escandalosa discusión que había tenido lugar en torno a seis o siete horas atrás, el conde había reunido a todos los miembros en el salón principal para que Guinevere explicara lo sucedido y, a partir de ahí, pudieran tomar decisiones. Pero para ella no existía solución. Llevaba un buen rato abrazada a sus rodillas con la espalda recostada en la repisa interior del ventanal.

—Creo que todos sabíamos que Buttercup estaba encantada con el señor Saxby pese a su… curiosa manera de ganarse una invitación —retomó Marianne en cuanto Ravenna hubo tomado asiento de nuevo, suspendiendo las acusaciones… por un rato. Desde su posición, la

hermana mayor miró hacia la ventana, el punto aislado donde Guinevere había pasado la mañana viendo morir las horas—. Supongo que por esto le habría concedido… determinados privilegios. La pregunta es, Neve… El estado en el que Milan te encontró era bastante elocuente por sí mismo, pero…

—¿Pasaste la noche con él? —preguntó Venetia sin tapujos. Había frenado su frenético recorrido para encarar a su hija menor con el alma en vilo.

Guinevere ni siquiera tenía que mirarla a los ojos para saber que encontraría en ellos una profunda decepción, además de la preocupación que definía su concepto de maternidad y que dirigía sus días desde que se levantaba hasta que se acostaba. Si no hubiera estado sumida en la conmoción que le había dejado leer la carta de Ulysses, se habría estremecido de pena y rabia hacia sí misma por darle a su madre razones para echarse las manos a la cabeza. No solo la había defraudado con su comportamiento, sino que había confirmado uno de los peores temores de Venetia: que sus hijas sufrieran el ostracismo y la vergüenza que ella experimentó en su juventud al entregarse al hombre equivocado.

En el fondo, se alegraba de estar demasiado herida para culparse de nada más. De lo contrario, habría tenido que afrontar sentimientos igual de intensos, como el bochorno de que su hermano la hubiera visto en semejantes condiciones.

Después de salvarla de las persuasivas manos de Ulysses, Milan no había proferido un comentario distinto de «estoy aquí, contigo» y «todo se solucionará». Su padre había optado por el silencio mientras la estrechaba entre sus brazos.

Horas después, ambos seguían aferrados a ese silencio; lo único que Milan y el conde habían compartido en mucho tiempo.

Guinevere tuvo que decir ni media palabra para que su madre hallara la respuesta a su pregunta. Se abrazó más las rodillas, deseando esconder el rostro de quienes pudieran juzgarla, y giró la cara hacia la ventana.

El sol empezaba a ponerse por el oeste, cubriendo la finca con un manto de cálidos colores.

—Oh, Dios mío —sollozó Venetia.

—¡Ese sigue sin ser el problema principal! —insistió Ravenna, cada vez más fuera de sí—. ¡Estamos en 1882, por el amor de Dios! ¡Y aunque Neve tuviera que casarse con un rey medieval y soportar que toda la corte se apostara en su dormitorio para verla sangrar, hay trucos más viejos que el mundo para fingir que una conserva la virtud intacta! ¡La pregunta no es qué va a pasar a partir de ahora, ni qué ocurrió anoche, sino qué demonios ha sucedido esta mañana!

—Basta, Ravenna —replicó Venetia con voz trémula—. Los que

sean los sentimientos de Neve, le pertenecen a ella. Si no quiere hablar del asunto, está en su derecho. Nuestra labor como familiares es tratar de protegerla de ahora en adelante, y para ello hay que considerar todos los aspectos del problema, y…

—Tonterías —bufó Ravenna—. A ti lo único que te preocupa es que la respetabilidad de la familia sea puesta en entredicho.

—Si eso fuera lo único que me preocupara, llevaría veintiséis años sin pegar ojo, que son los que tú llevas en el mundo —respondió Venetia con aspereza.

Ravenna se tensó con la réplica. Su madre no era dada a devolver los golpes, pero, cuando lo hacía, siempre en situaciones límite, nunca se quedaba corta.

—¿Acaso se puede decir que duermas a pierna suelta? —contraatacó la mediana.

Guinevere cerró los ojos para aislarse de la discusión. Pero la alternativa a prestar atención a lo que sucedía a su alrededor era revivir el contenido de la carta que Ulysses había pretendido mandarle a Francis Saintsbury, y esa remembranza amenazaba con derrumbarla.

Era difícil de creer que un pedazo de papel pudiera encarnar sus mayores pesadillas, pero que él lo hubiera escrito a sabiendas del dolor que Guinevere sintió cuando el barón Richter la utilizó, las secuelas que le dejó, le resultaba sencillamente intolerable.

Quizá fuera en exceso sensible, lo que Ulysses parecía haber dado a entender con sus torpes e inverosímiles justificaciones; quizá no fuera tan importante. Pero él no tenía un pelo de tonto. Si había dejado por escrito crueles descripciones de su carácter y el claro objetivo de huir con su dote, era porque pretendía que ella se enterase tarde o temprano. No podía ser tan estúpido como para no pensar que, tan pronto como Francis leyera la carta, se la entregaría a Guinevere para advertirla del peligro que corría con un sujeto tan traicionero.

Porque había resultado ser tan traicionero como Richter, con la diferencia de que el dolor que Guinevere sentía ahora era indescriptible. No sabía si algún día llegaría a recuperarse.

Tonta de ella por haber llegado a pensar que él la apreciaba de veras, cuando la veía como todos los demás: como una «criatura mediocre, asustadiza y difícil de soportar, no se dijera ya querer, cuya compañía era tolerable tan solo por el premio de las cincuenta mil libras».

Cuánto daño le habían hecho las dichosas cincuenta mil libras. Pensando en ellas, la sobrevino un latigazo de odio hacia su padre, al que se le ocurrió la magnífica idea de convertir la fortuna en su único atractivo.

Alzó la barbilla para contemplar la escena. Marianne trataba de apaciguar la discusión entre Ravenna y Venetia, a la que por fin se

habían unido tanto Milan como el conde de Clarence. Observó la resignación impotente en el gesto moderado de Marianne al ver que mediar no servía de nada; el rostro enrojecido por la rabia de la hermana mediana y la madre, que sabían cómo buscarse las cosquillas; se fijó, también, en que su padre se hacía oír alzando la voz, y que Milan no permitía que lo dejaran atrás levantando el tono.

Cualquier otro día, Guinevere se habría deslizado sigilosamente fuera del salón para huir del escándalo, pero esa tarde había llegado a su límite en todos los sentidos.

—¡Basta! —gritó con los puños apretados. La familia entera se giró hacia ella, asombrada no solo porque hubiera abierto la boca por primera vez desde la mañana, sino porque nunca antes la habían oído chillar. Guinevere se retiró de la ventana y se puso en pie para mirarlos de forma alternativa—. ¿No os da vergüenza tratar de haceros con el protagonismo de una situación en la que yo y solo yo me he visto involucrada?, ¿de la que yo y solo yo soy la víctima, si es que se me ha de atribuir algún rol? Estoy c-cansada de no poder estar tranquila cinco minutos, ¡cinco minutos!, sin que la emprendáis a voces, pero que ni siquiera se me permita estar triste sin soportar recriminaciones es el c-colmo.

—Lo siento, Buttercup —dijo el conde con una mirada triste, escarmentado.

—¡No, no lo sientes! ¡Ninguno de vosotros puede sentirlo porque no se trata solo de hoy! ¡No os dais cuenta de que discutís día y noche, de que es insoportable vivir con esta familia de locos bajo el mismo techo! Si hay que buscar culpables de lo que ha pasado con el señor Saxby —continuó, lanzando una mirada furiosa a Ravenna, a la que había oído arremeter contra lady Clarence—, no solo lo sería nuestra madre por obligarme a casarme, sino todos vosotros por generarme la necesidad de salir de aquí de una maldita vez. ¡Sorpresa! —Extendió los brazos—. ¡No me importa pasar por el altar si con ello me libraré de gritos y peleas en las que llevo toda mi infancia negándome a participar! Hacéis de mi vida una sucesión de exabruptos e impertinencias, y estaba tan desesperada por cambiar eso, aunque fuera a costa de mudarme a la casa de un desconocido, que no es de extrañar que me haya dejado embaucar por un cazafortunas. Quizá, y después de todo, visto lo visto, no sea tan mala idea perdonarlo. Será mejor que seguir formando parte de este circo.

Dicho aquello, Guinevere cruzó la estancia a paso rápido. Le pareció oír a su madre balbuceando su nombre con voz débil, pero Venetia sabía que no atendería a razones y, en ese estado, que se refugiara en su habitación sería lo mejor para todos.

Allí se dirigió prácticamente corriendo, cubriéndose la cara con los mechones del pelo suelto para que ningún criado se percatara de que

las lágrimas habían empezado a rodar por sus mejillas.

Una vez en sus aposentos, cerró de un portazo y se arrojó sobre la cama para llorar hasta desahogarse. Ni siquiera se planteó celebrar haberse atrevido a plantarle cara a su familia y decir lo que pensaba.

En contra de su voluntad, se preguntó dónde estaría Ulysses. ¿A dónde habría ido ahora que lo había echado? ¿Se habría llevado a Ítaca? Por supuesto que sí. Si la vendiera a un coleccionista o a un rico caprichoso, sacaría una auténtica fortuna; dinero de sobra para ganar la subasta de su casa de la infancia.

Por lo visto, había resultado ser frío y calculador. No le extrañaría un ápice que sacrificara al caballo por sus propios intereses financieros.

«¿De qué estás hablando? ¡Claro que no haría nada parecido!», le reprochó la voz interior, que no había dejado de estar de parte de Ulysses ni un momento. «Y tú lo sabes, ¿o acaso no viste su cara cuando reconoció a Ítaca? ¿La expresión de su rostro al entrar en las caballerizas esta mañana con las riendas en la mano, feliz de haber cabalgado con ella de nuevo? Él sabe perfectamente que el amor y los recuerdos de la infancia son impagables».

—Me alegro de que adore a su maldito c-caballo. Con eso demuestra que es c-capaz de albergar sentimientos por alguien distinto de él mismo —balbuceó contra la almohada.

Parecía muy segura de que Ulysses se merecía que lo juzgara con dureza, pero la verdad era que una parte de ella, la débil y enamorada, se inclinaba por disculpar lo que él había descrito como «un momento de enajenación mental».

Pero ¿perdonarlo no comprometería su dignidad? No podía soportar estar en presencia de un hombre capaz de dedicarle palabras tan despreciables. Y menos delante de él, que la había inspirado a valorarse con sus románticas declaraciones para luego romperle el corazón.

Aun así, si romperle el corazón hubiera sido su intención, ¿por qué había salido corriendo detrás de ella, arriesgándose incluso a que Milan lo estrangulara? Si ella no le importara, ¿lo lógico no habría sido desaparecer antes de que la familia tomara represalias, y no enfrentarse al hermano mayor?

Unos toques a la puerta la obligaron a desperezarse. Antes de decidir si estaba preparada para enfrentarse a alguien o no, la condesa entró con pies de plomo y se acercó a la cama con gesto afligido.

De todas las personas que podrían haberla visitado en semejante estado, su madre y Marianne eran las únicas a las que les habría abierto la puerta. Ravenna no era la mejor consolando, y no se atrevería a mirar a la cara ni Milan, ni a su padre.

Guinevere se incorporó, apoyando la espalda contra el cabecero

labrado en madera, y esperó a que su madre tomara asiento y encontrara las palabras adecuadas para expresarse.

Lady Clarence alargó una mano y la posó con delicadeza sobre su empeine desnudo.

—En primer lugar —empezó con voz tenue—, quiero que sepas que la reputación me importa, pero no por las razones que acostumbra a repetir tu hermana. La forma en que te miro y el amor incondicional que siento hacia ti no variarán en lo más mínimo sin importar las decisiones que tomes, y ni mucho menos si es tu corazón quien conduce tus pasos. Me inquietaba que los invitados fueran testigo de tu martirio porque sé que eres introvertida y prefieres desatar tus emociones en privado, donde ni siquiera tu familia puede verte. Y eso está bien —aclaró con suavidad, apretándole cariñosamente el pie—. También me aterran las habladurías porque conozco tu sensibilidad, e intuyo que te resultaría insoportable que un asunto que te duele estuviera en boca de todos. A cualquiera le resultaría insoportable. En este mundo en el que vivimos, por desgracia, lo que nuestros allegados entiendan sobre nosotros determina nuestro presente y nuestro futuro, y no quiero que nada se atreva a truncar tu vida o la de cualquiera de mis hijos. Dicho esto… —Venetia agachó la mirada e inspiró hondo—. Siento si he tratado el tema con frivolidad, y siento no haberme expresado de la forma más civilizada; no solo hoy, sino desde que tienes uso de razón. Mi severidad a la hora de educaros choca frontalmente con la ideología de tu padre, que es igual de legítima, pero con la que a veces me cuesta hacer las paces… y no siempre consigo contener mi lengua cuando Ravenna insiste en sacarme de quicio. Tal vez sea yo quien comienza esos rifirrafes, quien se equivoca de algún modo… —Sacudió la cabeza, como si acabara de recordar que su hija rebelde no era el problema que le urgía resolver, y miró a Guinevere con los ojos vidriosos—. Me rompería el corazón que nos dejaras por necesidad y no por gusto, Neve, y no te quepa la menor duda de que anhelo que te cases porque sé que puede ser una de las grandes dichas de la vida de una mujer. Aunque puede que esta sea una mentalidad muy anticuada —meditó con un tímido cabeceo, curvando los labios en una sonrisa temblorosa—. Hay mujeres, mujeres como tú, que tienen mucho más que un marido al que contentar o unos hijos a los que cuidar; que tienen una esplendorosa carrera literaria y no solo no echan de menos un hombre a su lado, sino que prefieren tener la cama para ellas solas. Si quieres ser una de estas… —Se enderezó y entrelazó los dedos sobre el regazo en esa postura de firme patrona que tan bien la definía. En contra de sus principios, opiniones personales y deseos, dijo—: No me opondré.

Guinevere había dejado de escuchar con atención después de oír «una esplendorosa carrera literaria».

El pasmo logró imponerse al resto de emociones.

—¿Lo sabes? —balbuceó con un hilo de voz—. ¿Sabes que soy…?

—¿A. M. Bellamy? Por supuesto que sí. Reconozco que carezco de la perspicacia de tu padre para reconocer la prosa de su hija pequeña en un escritor de altos vuelos, pero también tengo mis métodos para enterarme de lo que se cuece en mi propia casa… —Venetia pretendía mantener el misterio, pero una mirada insistente por parte de Guinevere bastó para dar su brazo a torcer. La condesa suspiró y admitió, avergonzada—: Mandabas demasiadas cartas a Londres, y, creyendo que el destinatario sería un admirador secreto, me encargué de investigarlo para cerciorarme de que era un buen hombre. Descubrí que se trataba de un señor de setenta y un años que regentaba la mejor editorial londinense, y di por hecho que el contenido de las cartas versaba sobre vuestros negocios. No era ningún misterio que de niña te encantaba poner por escrito los cuentos de tu padre y aderezarlos a tu manera, y que antes de los dieciséis ya ideabas los tuyos propios.

—Entonces lo sabe todo el mundo —murmuró ella.

—Solo tu padre y yo. Lo ocultamos el uno del otro porque suponíamos que, si no lo contabas, era porque querías permanecer en la sombra, pero un día lo vi en la cama leyéndose *Lazos de sangre*, riéndose como un idiota, y no pude resistirme a decirle que conocía al autor. Él me respondió que ya iba siendo hora de que me enterara.

Puso los ojos en blanco, un gesto informal que Guinevere raras veces veía en su madre y que le provocó una pequeña sonrisa. Muy pronto, la mueca se le torció hacia el recelo.

—Y supongo que eso os costó otra discusión —replicó en tono amargo—. Quizá tú también podrías tener algo más que un marido al que contentar y unos hijos a los que educar si dedicaras el tiempo de las discusiones a emprender alguna afición.

—Oh, tengo cientos de aficiones —desestimó con un aspaviento. El movimiento hizo que Guinevere se fijara en un punto a la espalda de su madre, cerca de la mano que acababa de agitar, y reparara en que su padre estaba recostado bajo el umbral de la puerta, escuchando la conversación. No le molestó su indiscreción al ver que las observaba con calidez—. Me gusta la costura, experimentar probándome peinados, la caza; me gusta bailar, decorar, cabalgar…, pero nada se compara a la dicha que siento estando rodeada de mi familia. Es lo que siempre he tenido, incluso antes de que tú nacieras. Hay personas cuyo sino es amar y, con un poco de suerte, ser amado, y estoy orgullosa de ser una de esas privilegiadas.

—Dudo que te sientas privilegiada cuando Ravenna te saca las canas verdes… o cuando papá sale por la tangente con alguno de sus comentarios desagradables —apostilló, aprovechando que el aludido

estaba delante.

El conde enarcó una ceja, fingiéndose ofendido.

—No negaré que tengo una espinita clavada con tu hermana. Me haría inmensamente feliz entenderme con ella, aunque solo fuera en las cuestiones superficiales —confesó con tristeza—, pero tu padre… —Lanzó una mirada exasperada al techo—. Tu padre es tu padre, Neve, y no le cambiaría ni un pelo de la cabeza. Me imagino que tiene que ser chocante vernos discutir; ni siquiera tu tío Cass se ha acostumbrado todavía a los interminables argumentos en los que nos enzarzamos y se siente impelido a salvarnos del otro, como si no fuera nuestra forma de comunicarnos…, pero tienes que entender que a nosotros no nos hace ningún daño, y que ninguna pelea cambiará el hecho de que tu padre es lo mejor que me ha pasado en la vida. Lo amo con locura, y espero de corazón que algún día puedas decir lo mismo; sobre un hombre, sobre un amigo, sobre un hijo… o sobre aquello a lo que te dedicas.

Guinevere sonrió al ver que el conde se acercaba con sigilo por detrás y rodeaba a Venetia por la cintura. Ella respingó por la sorpresa, pero enseguida dedujo de quién se trataba y dejó que Arian se acurrucara en el hueco de su cuello y la besara en la delicada piel.

—¡Arian! —lo regañó con las mejillas ruborizadas, rodeándole las muñecas con las manos para apartarlo—. ¡Te recuerdo que tu hija está presente!

El conde puso los ojos en blanco, exagerando una exasperación que por lo menos en ese momento no sentía, y apartó los brazos antes de que Venetia la emprendiera a manotazos.

Presenciar un intercambio cómplice entre sus padres le recordó los últimos días con Ulysses, en los que ella se sintió como si llevara décadas conviviendo con él, con su alma gemela; con alguien que la comprendía, sabía de qué manera tratarla y se sentía en la suficiente confianza para gastarle bromas.

El corazón se le arrugó al pensar en cómo se había torcido el final feliz.

—Respeto esa relación vuestra ahora que tengo vuestros dos… puntos de vista —reconoció Guinevere con la garganta atorada—, pero yo no podría vivir así. Yo siempre he sabido que necesitaría un marido con el carácter templado, un hombre tranquilo y que huyera de los conflictos, convencida de que solo una personalidad así podría complementarme. Y me equivocaba a medias, porque el señor Saxby… —Sacudió la cabeza, a sabiendas de que no tenía sentido hablar de él con solemnidad—. Bueno, no se p-puede decir que Ulysses sea templado. Es un aventurero, un sinvergüenza, pero eso no significaba que no se ajustara a mis preferencias. Pensé que en él había hallado a la p-p-persona p-perfecta, p-porque era… es divertido, no se toma

nada a pecho, desprecia las discusiones; ni siquiera le daba importancia a mis arrebatos, y eso, lejos de irritarme, me animaba a revisitar las razones de mi enfado para c-concluir que c-carecía de sentido perder el tiempo con absurdas niñerías. —Hizo una pausa para tragar saliva, y por fin miró a sus padres, que la habían estado escuchando con dedicación. Los ojos se le anegaron en lágrimas—. ¿Cómo no me iba a enamorar de él, si es…? ¿Si era…? —Agachó la cabeza para que no la vieran llorar y fingió preocuparse por alisar las arrugas del vestido—. Era el p-príncipe azul, demasiado bueno para ser cierto.

Venetia tenía que saber que en ese momento no existía alivio posible. Podía servirse de los tópicos vacíos que se les repetían a las mujeres con el corazón roto: había otros muchos hombres en el mercado, era muy joven y se le presentaría de nuevo la oportunidad de enamorarse, si bien el matrimonio, a su edad, empezaba a complicarse…, pero su madre no solía perder el tiempo con consuelos inútiles. Optó por darle lo que Guinevere más necesitaba: un abrazo protector que bastó para recordarle que había personas en el mundo que la querían con locura y la acompañarían en su sufrimiento. Personas que resultaba que eran a las que Guinevere tenía como prioridad, y que a pesar de todo la hacían sentir afortunada.

Su padre, en lugar de unirse al gesto, se puso de pie mientras las miraba con determinación.

—No te preocupes por nada, Buttercup —le dijo con seguridad—. Si de verdad es un príncipe azul, todo esto acabará con un final feliz.

Capítulo 24



Érase una vez el príncipe azul que desteñía

—Han pasado veinticuatro horas desde el altercado —anunció Ulysses con la vista fija en el reloj de pared de la taberna.

También había pasado alrededor de un día desde que arrastró sus huesos hasta el pueblo más cercano y se sentó en una mesa a esperar que lo peor pasara. Su tendencia a meterse en problemas de proporciones épicas le había enseñado que el primer paso después de ofender a una persona era darle espacio para que lo asimilara por su cuenta.

—¿Qué me quieres decir con eso? —exigió saber Keith, que en ese momento no era uno de sus seguidores más fieles. En sus palabras, le estaba acompañando en aras de su amistad, no porque aprobara una sola de sus decisiones.

—Que ha llegado la hora de volver a Beltown Manor.

La mano con la que Keith sostenía su primera copa de brandy se quedó suspendida en el aire un instante. En cuanto procesó sus palabras, clavó el canto de cristal en la mesa con un golpe ofendido.

—¿Te has vuelto loco? —le recriminó con los ojos fuera de órbita —. Lo que debes hacer es dejar en paz a la pobre criatura, que bastante trastorno le has ocasionado ya.

—Y un carajo. No hemos hecho más que divertirnos juntos, contarnos confidencias y robarnos besos… —Al sentir la mirada sombría de Keith sobre él, suspiró—. Bueno, quizá algo menos inocente que unos besos, pero sostengo mi defensa. —Se levantó de la banqueta de madera donde había pasado la noche después de narrar una historia tremebunda para que el tabernero se apiadara de él—. Esa condenada carta no va a arruinar nuestro futuro.

—Dudo bastante que lady Guinevere esté de acuerdo con esa afirmación… o los miembros masculinos de su familia, si a esas vamos. ¿No vieron con sus propios ojos el estado en el que dejaste a la muchacha? ¿Cómo piensas lograr que te abran las puertas de nuevo…?

Keith lanzó una maldición al aire al ver que Ulysses lo ignoraba y emprendía la marcha. Lo alcanzó en la entrada de la taberna, donde se había detenido para tratar de recordar en qué dirección quedaba la mansión.

Le esperaba un trayecto difícil: los caminos estaban helados, y no

había tenido la desfachatez de llevarse a Ítaca cuando ya no la consideraba tanto su yegua de la infancia como un tierno regalo de Guinevere. Regalo que no aceptaría hasta que tuviera la certeza de que ella lo aceptaba a él.

Así pues, le tocaría regresar sobre sus pasos a pie, y con nada menos que lo puesto, una camisa fina y una chaqueta elegante de sus apacibles noches de velada en Beltown Manor.

Sintió que su amigo lo agarraba del brazo antes de que pudiera dar dos pasos. Estaba preparado para espetarle que le soltara, pero al toparse con la mirada sombría de Keith, se lo pensó dos veces.

—Te recuerdo que le prometí a lady Lillistone que respondería por tus actos, Ulysses —dijo en tono severo—. Si crees que voy a permitir que vuelvas a hacer el ridículo cuando tu nombre sigue vinculado al mío, estás muy equivocado.

—¿Qué demonios dices? —bramó Ulysses, deshaciéndose de su agarre con un tirón. Debía admitir que ni Keith ni Guinevere eran los únicos que andaban irritables las últimas horas; él mismo estaba perdiendo su sentido del humor—. ¿Vas a priorizar la consideración en la que lady Lillistone te tenga sobre mi voluntad de arreglar la situación con *Naive*? ¡Válgame un santo de palo! —exclamó, ofendido, antes de echar a andar con convicción.

—Esto no tiene que ver con milady —oyó que decía Keith a su espalda—, sino con lo que creo que está bien. No me has pintado el contenido de esa carta como un par de comentarios desacertados pero fácilmente perdonables, Ulysses. Si la muchacha te dijo que no quería volver a verte, has de respetarlo, y no ponerte en ridículo.

Ulysses ni siquiera se dio la vuelta para responderle. Se abrazó los hombros para contrarrestar las ráfagas de aire gélido que ya le habían insensibilizado la nariz y las mejillas.

—No sé qué pensarás tú, Keith, pero, para mí, amar es insistir. Insistir en disculparse, insistir en hacer lo correcto… Ninguna mujer de este mundo quiere que uno se dé por vencido con ella.

—La cuestión es que parece que es ella la que se ha dado por vencida contigo.

—Pues insistiré igual. Insistiré en que está equivocada.

—Por los clavos de Cristo… —suspiró Keith, pidiendo auxilio divino con una mirada a las nubes—. Eres un imbécil redomado. Espero que Dios te ayude.

Ulysses era muy consciente de que eso era, en eso se había convertido o, por lo menos, para eso se había quedado: para ser un imbécil redomado, porque ningún hombre en su sano juicio habría cometido un error tan catastrófico cuando herir era todo lo contrario a su intención. Pero que su amigo, el que debería de estar animándolo, se hubiera posicionado en su contra, terminó de ponerle de uñas y se

giró un momento para espetarle:

—¿Sabes? Si tú no fueras de los que se rinden a la primera, a lo mejor ahora estarías casado con Marianne Ainswick, y no persiguiéndome bajo la nieve para reprocharme que esté enamorado e intente hacer algo al respecto.

Si le había cabido la menor duda de que estaba equivocado al albergar sus sospechas sobre los sentimientos de Keith, estos se disiparon en cuanto pronunció aquellas palabras.

Las primeras veces que Ulysses mencionó a Marianne, su amigo pudo prepararse para sortear las acusaciones y pesquisas con la facilidad de quien conocía el modo de proceder durante los interrogatorios. Pero ahora lo había cazado con la guardia baja, e incluso a pesar de la niebla y la distancia, vio con claridad que Keith contenía un gruñido rabioso apretando la mandíbula.

Lejos de mandarle al infierno, el inspector se limitó a dar media vuelta y regresar a la taberna. Ulysses ni siquiera se planteó ir tras la segunda dama ofendida; se consoló con que Keith al menos estaría cómodo y a salvo junto al hogar del establecimiento, y con que no era el comentario más desagradable que había dirigido contra él. Acabaría disculpándolo, y, si no, tampoco se le caerían los anillos por ir en su busca acto seguido para pedirle perdón.

Tampoco sería la primera vez. Ulysses estaba encantado con su encomiable habilidad para desquiciar hasta al más inescrutable, pero sabía cuándo dar su brazo a torcer.

Para cuando estaba llegando a su destino, en torno a hora y media después, Ulysses dudaba seriamente que pudiera mover dicho brazo; no se dijera ya torcerlo. El frío le había paralizado los hombros y las manos, cuyos dedos le dolía doblar. No sabía qué temperatura hacía, pero sospechaba que habría muerto de hipotermia si no hubiera caminado a un ritmo sostenido.

Quiso la casualidad que Ulysses alcanzara las puertas de Beltown Manor justo cuando el mayordomo abría paso al conde de Clarence. El orgulloso caballero sí iba vestido acorde al tiempo: llevaba el gabán cerrado bajo el cuello y unas botas de caña alta.

Aunque el ala del sombrero proyectaba una sombra sobre su rostro, Ulysses pudo ver la sorpresa de Arian Varick.

—No me lo puedo creer —masculló con sequedad—. A usted iba a ir yo a buscar.

—P-p-p-p-pues aquí me t-t-t-tiene —logró balbucear a pesar del castañeteo de los dientes.

El conde permaneció donde estaba mirándolo desde su grandiosa altura con una ceja enarcada. El hecho de que dejara correr los segundos mientras Ulysses temblaba de frío era un castigo en sí mismo; así fue como comprendió que Arian no pretendía marcarle la

única mejilla sana ni colgarlo por los tobillos. Él tenía otros métodos incluso más crueles, sin duda aprendidos de esos años que se rumoreaba que había vivido en las calles.

No sabía que Ulysses también había tolerado las heladas bajo la marquesina de una panadería del West End, y que estaba más que preparado para capear una ventisca.

El conde se quitó el sombrero y lo dejó en manos del pálido mayordomo. Ambos se erguían bajo el umbral del portón, sobre la línea que separaba el calor del hogar del frío siberiano.

Ulysses no podía cruzarla y ponerse a salvo.

—Algo me decía que volvería a dar guerra —reconoció con una voz lánguida que ocultaba su profunda decepción—. No me fío un pelo de usted, así que vayamos al grano. ¿Cuánto dinero quiere a cambio de dejarla en paz para siempre?

Ulysses abrió la boca para responder, pero un escalofrío violento lo paralizó.

Suerte que el conde no tenía ninguna prisa.

—¿Cree q-que me he arrastrado hast-t-ta aquí para p-p-pedir dinero?

—Ya lo hizo una vez; no veo que tenga mucho que perder intentándolo una segunda.

—¿Q-que no t-t-tengo mucho que perder? ¿Q-qué le p-p-parece mi vida? Debe de hacer una t-t-temperatura de menos t-t-tres grados.

Su respuesta no impresionó a Arian, que permaneció allí de pie con los párpados entrecerrados.

—Lo dicho. Nada particularmente valioso.

—Solo q-q-quiero ver a *Naive* y hablar c-con ella.

—Me temo que no va a ser posible, y me parece que usted lo sabe porque la misma Guinevere se lo dijo. No quiere volver a verle.

—Y un c-c-carajo —masculló entre dientes.

—Señor Saxby —dijo Arian en tono engañosamente dulce—, haría bien en asumir su lugar y no seguir molestando. No la he emprendido a golpes con usted porque mi mujer me enseñó a resolver los problemas con diplomacia y no me gusta contrariarla… demasiado, pero le aseguro que sufrirá peores consecuencias si intenta vulnerar los deseos de mi hija. Y, créame: se lo digo con gran pesar. Es usted de las mayores decepciones que he sufrido en un pasado reciente. No suelo equivocarme anticipando el talante de los demás, y con usted cometí un grave error. No permitiré que suceda de nuevo.

Hacía años que Ulysses no tenía padre, y no podía decirse que hubiera mantenido un contacto estrecho con el conde, pero su sinceridad le cayó como un jarro de agua fría. Haber decepcionado a un hombre al que admiraba por su implicación política, su amor por la cultura y sus principios a la hora de tratar a su familia le dolió de

veras. Sobre todo porque tenerlo en contra significaba que ahora era más difícil ganarse el perdón de Guinevere.

—Déjeme v-v-v-verla —le rogó con voz infantil.

—Lo lamento —dijo el conde—. No puedo darle a Buttercup, pero puedo entregarle lo que vino usted buscando: la casa de sus amores. Le daré lo que vale y más si a cambio se esfuma de nuestra vista.

—Maldita sea, ¡me imp-p-porta un ardite el dinero! —gritó, y al percatarse de que su voz se propagaba hacia el interior de la casa, provocando un eco atronador, Ulysses se dijo que tenía una oportunidad. Retrocedió unos pasos, confiando en la sonoridad de los alrededores de la mansión, y miró hacia la ventana de su dormitorio —. ¡¿Me oyes, *Naive*?! ¡ME DA IGUAL EL DINERO!

Se humedeció los labios cuarteados por la temperatura y pensó, no sin dificultad porque el frío empezaba a afectarle al raciocinio, que Guinevere era lo bastante lógica dentro de su sensibilidad como para tomar por buena una explicación sentimental. Los «te quiero» no habían servido; quizá hacerle saber cuánto había significado la casa para él pudiera ablandarla.

—Bueno, eso no es del todo c-c-cierto —tartamudeó a un tono razonable. Era una suerte que no fuera necesario aullar para garantizar el eco, porque apenas le salía la voz—. Sabes que soy frívolo y que me gusta t-t-todo lo b-b-bonito, t-todo lo que brilla; te lo dije, ¿t-te acuerdas? Y no m-mentía, porque sí, me encanta ir b-b-bien vestido y montar un g-gran caballo, pero, en realidad, lo que me gusta es la t-tranquilidad. Lo que me gusta es saber q-que no me las veré b-buscando sombra bajo un puente en verano, o despertándome con las p-pestañas escarchadas en invierno p-porque he dormido a la intemperie.

Se arrebujó en la chaqueta, aferrándose aún más los hombros. Fue en parte una postura defensiva, porque se había fijado en que el conde daba un par de pasos adelante con la intención de echarlo de allí.

Suerte que se detuvo, quizá tentado por la historia.

Por cualquier buena historia.

—*Naive*… —balbuceó con la mirada fija en su ventana cerrada a cal y canto. La niebla le impedía ver con claridad si ella se había asomado, pero rezaba para que así fuera—. Seguro que c-crees que no p-puedes entender mi ambición p-porque piensas q-que a ti no te importaría p-perder tus privilegios, ya que no eres c-capricosa o p-p-pedigüeña, p-pero… No se me puede negar que lo material t-t-tiene valor sentimental p-para todos nosotros. ¿No atesoras algún juguete de la infancia aún? ¿No guardas en tu t-tocador un cepillo p-preferido, o unas cintas favoritas? ¿No sientes que te m-m-morirías si p-perdieras un libro c-c-concreto…? Yo t-tuve que meter en una bolsa lo indispensable antes de m-marchame de mi c-casa, dejando atrás t-t-

todo cuanto amaba, y la mera p-p-posibilidad de recuperarlo… yo… Cuando me enteré de que se subastaría, no p-pensaba en nada más que en que t-tenía la oportunidad p-perfecta para… ¡Dios estaba de mi p-parte! ¡Por p-p-primera vez en años! No m-m-me podía imaginar c-cuánto hasta que te conocí, p-pero supongo que ahora no te vale mi p-palabrería, q-que, para colmo, no sale con la elocuencia habitual —acabó mascullando, frustrado.

»Tal vez interpretaras la c-carta c-como una travesura cruel. En p-parte es mi c-culpa porque no me he presentado ante ti c-como un hombre con p-propósitos más o menos decentes; p-porque p-parece que carezco de sentimientos y solo me imp-p-porta nadar en la abundancia, p-pero todo esto… t-todo… T-todo cuanto he hecho ha sido… luchar p-por mi vida, o p-por mi felicidad, p-porque aquellos fueron los únicos días que puedo decir que merecieron la p-pena desde que n-nací: los que pasé en esa casa, c-con mi familia; p-porque no he vuelto a experimentar nada p-parecido desde entonces y lo ansiaba c-con desesperación… hasta q-que apareciste tú y nada más me importó. Estaba p-persiguiendo una sombra, ahora lo sé. Estaba b-buscando venganza, no la alegría de antaño, p-porque si es p-por alegría, eso lo t-tengo a tu lado, si me…

Una de las ventanas del piso superior se abrió, pero no fue Guinevere la que se asomó. Lo primero que Ulysses vio fue el cañón de una escopeta de caza, y luego se fijó en el copioso anillo señorial de la mano que aferraba el arma.

—Me parece que te han dicho que desaparezcas —bramó Milan, apuntándolo con el ojo puesto en la mirilla.

Unas manos femeninas lo rodearon por detrás.

Ulysses creyó oír la voz de Marianne.

—¡Miles, por el amor de Dios! ¡Baja eso! ¡Esto ni siquiera tiene que ver contigo! Deja que Neve resuelva esto por su cuenta…

—Tiene que ver conmigo cuando soy el que recoge los despojos. Si no pierdo de vista a ese hijo de perra, no me responsabilizo de mis actos.

—Pues ve p-p-preparando la puntería, p-porque no me pienso mover de aquí hasta que Guinevere acceda a hablar conmigo, así intentéis echarme utilizando la f-f-fuerza —determinó con seguridad.

Milan no había esperado toparse con su resistencia, porque no reaccionó durante los segundos que Ulysses tardó en encontrar un hueco lo bastante seco para sentarse, justo a las puertas de Beltown Manor, y cruzarse de brazos.

Oyó los juramentos del hermano mayor; juramentos a los que el conde puso fin desde el pie de la ventana con una simple mirada que Ulysses no atinó a ver. Por un momento pensó que Arian se apiadaría de él y lo invitaría a pasar y tomarse un té caliente junto al fuego,

pero nada de eso sucedió.

Tampoco se aprovechó de su indefensión para patearle las costillas, por otro lado. Eso fue una victoria, aunque no tan satisfactoria como verle sonreír, complacido con el modo en que se había desenvuelto.

—Estoy apostando por ti, chico —le confesó el conde en voz baja, justo cuando fue a entrar en la casa—. Sigue haciéndolo así de bien y puede que tengas otra oportunidad.

Capítulo 25



Érase una vez el príncipe que se quedó azul (pero por la hipotermia)

—¿No vas a bajar a hablar con él? —preguntó Marianne. Acababa de presentarse en el dormitorio de Guinevere con notable preocupación—. No tienes que perdonarlo si aún no estás convencida, pero, Neve… hace frío fuera, y lleva horas sentado frente a la casa.

Guinevere era muy consciente de las condiciones climatológicas adversas. Llevaba ese número de horas exacto sentada frente a la ventana, observando cada movimiento de Ulysses con una mezcla de irrefrenable compasión y rabia.

Al principio, justo después de escuchar su sentida declaración, estuvo convencida de que se marcharía al cabo del rato para ponerse a cubierto en un lugar cálido. Pero con el correr de los minutos, Guinevere había empezado a inquietarse, porque Ulysses no solo no se había movido del sitio, sino que parecía encontrarse cada vez peor.

—Está nevando, Buttercup —señaló Marianne.

—Mamá ha mandado a un par de lacayos a vigilarlo para cerciorarse de que no se desmaya. Y, en cualquier caso, se marchará en cuanto no pueda soportarlo —replicó Guinevere con impostado desdén.

En el fondo, estaba en una encrucijada. Le aterraba que pudiera enfermar por culpa de su orgullo, pero, por otro lado, ¿acaso ese orgullo suyo no importaba? ¿Acaso no tenía razón de ser? Era cierto que se había ablandado después de escucharlo hablar con sinceridad. Ulysses solía evitar los sentimentalismos; solo se victimizaba en aras del humor, y ahora no le había importado ponerse en evidencia delante de su familia con tal de hablar con ella.

—No sé qué es lo que te ha hecho con exactitud —insistió Marianne. Se había acercado para posar sus manos mágicas sobre los hombros de Guinevere. Quizá fuera porque había tenido instinto maternal desde muy niña, pero los abrazos y consuelos de la hermana mayor siempre surtían efecto—, pero si no te adorara, no estaría ahí. Tampoco se arriesgaría a morir de frío si no tuviera razones para pensar que lo perdonarás.

—Tiene razones para pensar que lo perdonaré porque es bochornosamente optimista.

Marianne le sonrió.

—¿Y no quieres a alguien bochornosamente optimista en tu vida? Yo no le diría que no. —Le guiñó un ojo, y viendo que eso no bastaba para que Guinevere diera su brazo a torcer, suspiró—. Buttercup, cuando lo conociste, intentó robarte el collar; luego se presentó aquí suplantando la identidad de un marqués, ¡un marqués!, y ha estado pavoneándose como el sinvergüenza que es durante todos estos días. Ya sabías que no era un buen cristiano.

—Pero no sabía que podía llegar a ser perverso. Déjame sola, por favor, Marianne.

La hermana mayor abrió la boca para replicar, pero tuvo que comprender que Guinevere necesitaba paz, porque solo suspiró y se marchó por donde había venido.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire, si bien no era el mejor de los argumentos para defender la causa de Ulysses. Si algo la inclinaba a perdonarlo, era saber que no pretendió hacerle daño y que su padre, al que valoraba como juez de carácter, lo había descrito como un hombre transparente y más que apto para convertirse en el señor de lady Guinevere. Parecía tan ofendido por lo sucedido y decepcionado con Ulysses como ella misma.

Iba a apartarse de la ventana, cansada de estar triste, cuando dos conversaciones agitadas a la entrada de la mansión le pusieron el vello de punta. Volvió a mirar, y observó que los lacayos que vigilaban a Ulysses se precipitaban hacia él.

Había perdido el conocimiento.

El corazón se le encogió de pura angustia y salió corriendo del dormitorio para encontrarse con el espectáculo en el mismo recibidor de la mansión. Los criados cargaban a un Ulysses rígido de tan congelado, pálido como un muerto y con el pelo y la ropa cubiertos de la nieve que había estado cayendo de forma intermitente.

—¡Preparad un baño caliente! —gritaba Venetia, ayudando a los lacayos a llevar al joven hasta el salón principal, donde el fuego del hogar podría hacerle entrar en calor.

Guinevere presenció el revuelo desde el último peldaño de la escalera, tan sobrecogida por la visión del Ulysses vulnerable que no podía moverse.

La culpabilidad se lo impedía.

¿Cómo había podido jugar de esa manera con la salud de un hombre? ¡Y simplemente para hacerle pagar por su desaire! Ningún delito merecía la muerte.

Todavía tardó unos segundos en ponerse en marcha.

No lo encontró en el salón. Por razones de lógica, habían tendido a Ulysses frente al hogar de una salita de descanso reservada al uso personal de Venetia. Al ser más pequeña y estar caldeada, concentraba mejor la temperatura, lo que le permitiría entrar en calor más rápido.

Guinevere se arrodilló junto a él y lo palpó. El horror desfiguró su expresión al sentir su piel de cristal helado, como la de un cadáver. Tenía las pestañas escarchadas y los labios teñidos de un azul insalubre.

—Dios mío, eres tan… tan… tan… estúpido —sollozó Guinevere, luchando contra la rígida chaqueta. Uno de los lacayos le retiró los zapatos y los calcetines, empapados de agua, y el otro se encargó de sacarle los pantalones—. ¿C-c-c-cómo se te ocurre p-ponerte en semejante… situación?

En otras circunstancias, su madre le habría ordenado que se apartara: una señorita no podía encargarse de un asunto tan delicado. Pero en vista de que Guinevere estaba familiarizada con la desnudez masculina —al menos, con la de él— y se encontraba al borde del colapso por el miedo de que fuera demasiado tarde, nadie se atrevió a decirle que dejara el problema en manos ajenas.

—Aquí están las mantas, milady —anunció uno de los criados. Se agachó para dejar el montón junto al inconsciente Ulysses.

Guinevere desplegó un par de ellas y lo cubrió hasta la nariz.

—¿Cuánto le queda al baño?

—Aún están hirviendo el agua —confirmó el muchacho, mirando a Ulysses con gesto aprensivo—. Lo tendrán listo en unos minutos. Ya están trayendo la bañera y unas prendas viejas del barón.

A pesar de sentir el corazón en un puño, Guinevere esbozó algo parecido a una sonrisa al imaginarse la reacción de Ulysses cuando supiera que habían tenido que prestarle ropa antigua de Milan. No era ni de lejos tan robusto como su padre, pero había heredado de él la altura y los hombros anchos.

Un hombre orgulloso como Ulysses tendría que esforzarse por fingir que no le afectaba tener la talla del Milan de diecisiete años.

Al cabo de un rato que Guinevere dedicó a frotarle las extremidades con urgencia para desentumecerlas, los criados aparecieron cargando la bañera. Una hilera de doncellas los seguían con baldes de agua caliente. En la puerta, comandando la operación, se encontraba la condesa de Clarence, a la que Guinevere se dirigió en cuanto todo estuvo dispuesto.

—Puedo encargarme yo —le dijo con seguridad.

Venetia vaciló, no tanto porque no se fiara de su habilidad para solucionar problemas como por lo escandaloso de la situación. Debió resolver que ya no tenía caso preocuparse por la honorabilidad de Guinevere, y menos en su propia casa, porque se marchó llevándose consigo a todos los miembros del servicio que no eran necesarios.

El lacayo más fornido la ayudó a meter a Ulysses en la bañera humeante; después, la dejó a solas con él, teniendo la gentileza de cerrar la puerta a su espalda.

—Vamos —musitó ella, formando un cuenco con las manos para llenarlas de agua y echársela en la cabeza. Recorrió su rostro gélido con los dedos, que ardían por la temperatura—. Ya debería estar rebajando el frío… Necesito que estés c-consciente, Uly.

Pero él no reaccionaba.

Guinevere se repitió que era porque no había pasado el tiempo suficiente. Se encargó de que el agua permaneciera a la temperatura adecuada, y después de empaparle el pelo, procedió a secarlo despacio, cuidando que permaneciera en equilibrio en el agua. Estaba empezando a temerse lo peor, desesperada porque él no despertaba, cuando oyó su voz pastosa.

—Un hombre t-t-t-tiene que morirse para que lo p-p-perdones, *Naive*.

Guinevere se enderezó abruptamente. Fue ahí cuando se dio cuenta de que había adoptado una postura dolorosa para atenderlo; le costó estirar la espalda y el cuello.

Aunque una oleada de alegría la recorrió y sintió la tentación de suspirar de alivio, disimuló como pudo y dijo:

—Nadie ha dicho que te haya p-perdonado. Simplemente no habría soportado c-cargar con el p-peso de una muerte sobre mis hombros. ¡Y ni siquiera habría sido una muerte inocente! —apostilló, armada de nuevo con el rencor ahora que sabía que estaba fuera de peligro. Suavizó el tono, aun así, para preguntar—: ¿Te encuentras mejor?

Ulysses abrió los ojos despacio, como si temiera realizar un movimiento brusco, y se giró hacia ella. Guinevere tuvo que aferrarse a los puños y a la indignación para no envolverlo en un abrazo. Parecía tan vulnerable que su primer instinto fue protegerlo, incluso a pesar de que la rigidez de las articulaciones y la congelación no impidieron que sonriera con su descaro habitual.

—He c-c-c-conseguido mi p-p-propósito, ¿no? —logró articular. Todavía le castañeteaban los dientes—. Que me recibas en Beltown Manor y me d-dejes explicarme una vez más…

—Voy a p-permitir que describas tus síntomas, no que me sigas aturullando con excusas.

Ulysses se aferró a los bordes de la bañera para incorporarse despacio. El objetivo no era asearlo, por lo que no había espuma o jabón que cubriera su desnudez: la totalidad de su cuerpo se transparentaba gracias a la superficie clara del agua.

Guinevere fue repentinamente consciente de esto y se ruborizó.

—Si ibas a rechazarme, bien p-podrías haberme dejado morir.

—¡Ya vas a empezar con tus ridiculeces!

Ulysses le lanzó una mirada seria con la que le costó reconocerlo. Empezaba a recuperar el color en las mejillas.

—Neve, la subasta de la c-casa se celebra mañana. No tengo tiempo

m-m-material para viajar a Londres y pujar, pero p-p-podría haberlo hecho porque me invitaste a marcharme con Ítaca, y por un tarpán estepario que se cree extinto podrían haberme pagado una auténtica fortuna; más que suficiente p-p-p-para recuperar la mansión. Ni se me ocurrió emprender el camino porque ganarme tu p-p-perdón era y sigue siendo mi prioridad.

Guinevere apartó la mirada, a sabiendas de que era cierto. Ella misma lo había pensado. Gritarle que tomara a su querida yegua y desapareciera de su vista había sido deliberado: aun en plena conmoción tras la lectura de la repugnante nota, una parte de sí misma se negó a creer que todo hubiera sido mentira y lo sometió a una última prueba. Una prueba digna de todas las que su padre improvisaba para cerciorarse de que los futuros maridos de sus hijas eran decentes.

La había superado. Y con creces, porque, para colmo, se había sentado bajo una nevada con el riesgo de morir congelado.

Guinevere no equiparaba la temeridad con los gestos de amor, ni consideraba romántico el susto que le había dado, pero en el fondo se sentía halagada.

Mientras estuvo con la mirada perdida en la alfombra, Ulysses salió de la bañera y alargó una mano hacia la manta más cercana, pero no se cubrió con ella. Se la echó sobre el hombro y, como si acabara de darse cuenta de su estado, se miró de los pies al pecho con fingido asombro.

—¿Me has d-desnudado delante de tus p-p-padres? ¿De tu padre? —repitió, anonadado.

Guinevere lo enfrentó con el ceño fruncido.

—Mi padre no es ese abominable hombre de las nieves por el que todo el mundo lo toma… a no ser que se enfade, c-claro está. Lo que quiero decir es que es bastante razonable, y sabía que era primordial quitarte las p-prendas húmedas.

Él enarcó una ceja, todavía sin taparse.

—¿Cómo has sabido p-p-proceder en un c-caso agudo de hipotermia?

—He sabido hacerlo p-porque, en p-primer lugar, no soy idiota. Además, cuando de niños salíamos a la intemperie a jugar con la nieve y alguno de mis hermanos o yo nos resbalábamos y acabábamos empapados, mi madre nos c-convocaba inmediatamente para cambiarnos de ropa; así evitábamos resfriados que p-pudieran derivar en algo peor. Lady Clarence lleva toda la vida informándose sobre las enfermedades más c-comunes y peligrosas para los niños y p-poniéndoles remedio en la medida de lo p-posible. Creo que es porque mi tía Dolly enfermó siendo muy joven de escarlatina, y sufrió tanto de ver así a su hermana que… —Guinevere tragó saliva—. Estoy

hablando mucho p-porque estoy preocupada. Si has salido de la bañera, debe de ser p-porque te encuentras mejor. ¿Has entrado en calor?

Ulysses le tendió la mano para ayudarla a levantarse; había permanecido toda la conversación arrodillada junto a la bañera. Ella la aceptó sin pensarlo, y quizá le habría convenido, porque tenerlo a un beso de distancia la desestabilizó.

Sobre todo cuando él bajó la mirada a los labios que se estaba mordisqueando con impaciencia.

—Se me ocurre una forma más rápida de entrar en c-c-calor. —Como si supiera que Guinevere iba a censurar de lleno su insinuación, añadió, con una sonrisa burlona—: Fíjate; ahora soy yo el que t-t-tartamudea. Tenías razón; es m-m-muy molesto.

—Voy a pedirle a la doncella que suba un té. Necesitas tomarte algo caliente para dejar de temblar…

Guinevere ya se había dado la vuelta para ir en busca del servicio, pero Ulysses la agarró de la mano antes de que diera un paso en falso y la atrajo hacia su cuerpo. Esta vez, por cuestiones de equilibrio, la joven tuvo que apoyar una mano en su pecho. La complació notar que tenía una temperatura aceptable… y que su piel era suave como el melocotón. Y que debajo seguía latiendo con obstinación ese corazón de pirata suyo.

Tragó saliva y cometió el error de mirarlo a los ojos mientras él le rogaba:

—No me dejes solo.

Ella dio un paso atrás.

—¿Por qué? ¿Acaso te da miedo? ¿A qué p-podría temerle un canalla como tú?

—A que encuentres más razones para odiarme en tu paseo por el pasillo —reconoció en voz baja. No siguió hablando enseguida; antes se humedeció los labios e intentó acercarse a ella de nuevo—. Neve, no sé… No sé de qué otra manera disculparme. Se me acaban los recursos. Te he explicado por qué era importante para mí joder a Saintsbury, o, por lo menos, preocuparlo; te he repetido que lo que puse por escrito fue fruto de un arranque iracundo hacia alguien que ni siquiera eres tú, de ahí que recurriera a tópicos indeseables para definirte, y… y he renunciado a mi pasado y a la venganza. ¿Qué más puedes querer de mí para aceptar que no me importa el dinero? Tu padre me ofreció una fortuna a cambio de desaparecer de tu vista, y heme aquí. Y si me disculpas y te quedas conmigo, te juro que renunciaré a tu dote. Las cincuenta mil libras serán tuyas, Neve. No me importa. Montaré caballos cojos, cenaré brea y dormiré debajo de un conglomerado de goteras durante el resto de mi vida, si es lo que quieres; abandono aquí y ahora mi pretensión de convertirme en el

mismísimo Creso. No será una gran pérdida, ni para mí, ni para nadie —le aseguró, y encogió un hombro—. Puede incluso que este fuera mi destino desde el primer día. A fin de cuentas, tengo demasiada personalidad para convertirme en un simple ricachón, y con un amigo funcionario y este gusto desmesurado por la francachela barata, no iba a dar la talla en el mundillo burgués. Tú eres el único capricho lujoso que necesito que se me conceda, y al que creo que podría estar a la altura… Y si no lo estoy, lo intentaré.

Guinevere se quedó muda después de su declaración.

—Pues p-para tartamudear p-por el frío —articuló a regañadientes, molesta porque la hubiera conmovido—, la declaración te ha quedado muy elocuente.

Ulysses aleteó las pestañas.

—El amor me inspira.

Guinevere sacudió la cabeza, hastiada.

—No tienes remedio.

Ulysses cerró un ojo y la miró entre esperanzado y anticipando un golpe frontal.

—¿Pero…?

—No he acabado con todo lo que hay que decir antes del pero. Eres un sinvergüenza, no le gustas un p-pelo a mi hermano y vas a tener que ganarte de nuevo el aprecio de mi padre. No hay nadie en esta familia dispuesto a apoyarte; ni siquiera yo, eso que te quede claro… y si te casaras conmigo, no p-podrías permitirte el lujo de llevarme lejos de Beltown Manor con tal de no verte en presencia de los Varick. Para hacerme feliz, tendrías que relacionarte continuamente con c-cada uno de los miembros de esta casa.

—¿Estás dudando de mis encomiables habilidades para meterme a la gente en el bolsillo, *Naive*? —Enarcó una ceja, asombrado—. Te recuerdo que hice que me adoraras la misma noche que te robé el collar.

—Porque eras una inspiración excelente p-para mi próximo libro, pero no todo el mundo es escritor en Beltown Manor.

—Créeme —le aseguró con una mirada decidida—, puedo redimirme ante tu familia. Quizá no ante tu hermano mayor, pero porque sospecho que odiará a tu marido sea quien sea. Los demás… —esbozó una sonrisa maligna mientras se frotaba las manos— que se preparen. Y, ahora, si no recuerdo mal, teníamos un «pero» pendiente. Soy un sinvergüenza, los Varick me mandarían a la horca, pero… —recalcó, y lo dejó al aire.

Guinevere se miró las manos para rehuir aunque fuera un instante aquella mirada esperanzada y conmovedora a la que no se podía resistir.

En el fondo, ¿qué más quería? Tenía las disculpas, la declaración, la

demostración de afecto. Y lo tenía a él, Ulysses Saxby, a quien debía admitir que deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo.

Lo enfrentó con determinación.

—Pero eres insoportablemente adorable —reconoció, y no tan a su pesar como hizo ver—, y te he querido incluso antes de que fueras Ulysses Saxby. Te quería ya cuando eras el marqués de Sutherland.

Ulysses soltó una potente carcajada, y aprovechó que Guinevere se había quedado a media frase con los labios entreabiertos para besarla.

Temiendo que ella pudiera sentirse tentada de apartarlo, guiada por los resquicios de un orgullo justo pero venenoso, la rodeó con los brazos y la apretó contra sí, exprimiendo cualquier residuo tóxico relacionado con el rencor.

Aunque debía sentirse torpe todavía por la reciente parálisis generalizada, logró cargarla y llevarla hacia el amplio canapé. Guinevere no se quejó de su elección porque se encontraba muy cerca del fuego, y eso le convenía a su estado. Lo que quizá no le conviniera fuera arrojar a un lado la manta con la que debería haberse cubierto, como tampoco tenderla boca arriba y situarse encima de ella, aplastándola, para evitar que lo rechazara.

Guinevere no iba a hacerlo, y no porque hubieran establecido grosso modo las bases de su futuro. Era débil cuando se trataba de Ulysses Saxby, y lo deseaba tan locamente que no podría desaprovechar la oportunidad de envolverse con sus brazos.

—Neve, perdóname… —jadeó él contra sus labios, contra su cuello —. Perdóname, mi vida.

Le rogaba que lo disculpara, pero no le permitía abrir la boca si no era para responder sus besos urgentes, besos fríos por la temperatura de sus labios y, al mismo tiempo, abrasadores como un paseo por el desierto.

Permanecer desnudo no era lo más saludable para él, pero la habitación estaba caldeada y, aunque no lo hubiera estado, les habría importado un rábano. Guinevere dejó que Ulysses le diera la vuelta y empezara a tirar de las cintas que mantenían el cómodo vestido de tarde en su sitio. No quiso preguntarse por qué tendría tanta facilidad para las labores de una doncella, y disfrutó de cada beso con el que Ulysses calentó su piel después de descubrirla: dejó su impronta en el hombro desnudo, en el centro de la espalda, en la nuca, incluso en los brazos… y una vez la tuvo completamente desnuda y todavía de espaldas, también se desplazó hacia abajo para besarla y morderla en una de las nalgas. Guinevere se arqueó hacia atrás, movimiento que él interpretó como una petición que correspondió cubriéndole los cachetes con las manos.

—No deberías… —musitó—. Tienes que taparte. Todavía no te has recuperado del frío…

Guinevere sintió que él se inclinaba sobre ella hasta rozarle la espalda con el pecho. Su vello le hizo cosquillas, como también la caricia de sus labios traviesos cerca del oído.

—Tú me vas a hacer entrar en calor —le prometió con la voz ronca. Le dio un pequeño mordisco en la oreja que la hizo estremecerse entera, y no se apartó enseguida—. Neve, Neve… Me vuelves loco de pasión —confesó, agitado, mientras recorría la curva de su cintura con una mano áspera—. No permitiré que dudes de mis sentimientos de nuevo.

Guinevere quería girarse para ver su rostro, ese rostro hambriento porque no había podido comer por la culpa; ese rostro marcado por la violencia, porque no había querido abandonarla sin luchar contra Milan; ese rostro que siempre trataba de mirarla con picardía y diversión, porque era el talante con el que se sentía cómodo y seguro, pero que acababa revelando su ternura y su debilidad. Guinevere la sentía en las caricias que le prodigaba, en las que iba implícita una disculpa.

—Te quiero —susurró él contra la nuca de ella.

Guinevere tembló al escucharlo, y luego tembló al sentir el empuje de las caderas masculinas contra las suyas. Gimió de alivio y desesperación al notar la ya familiar presión de su miembro entrando en su cuerpo. Supo que no experimentaría sensación igual a la de su carne dilatándose para acoger a una parte de Ulysses. Meneó las caderas sutilmente, jadeando entrecortada, y colocó las manos a cada lado del pecho, como si fuera a incorporarse para imitar la postura de una esfinge; pero no se movió. Solo agarró las sábanas con fuerza y cerró los ojos, apretando los párpados, para dejar que la engulleran las sensaciones que él empezó a provocar al penetrarla a un ritmo devastadoramente lento, pero ahondando a una profundidad que la hacía sollozar.

—Más —rogó ella con la boca seca.

—¿Más? —quiso imitarla con esa sorna amistosa que la irritaba y divertía a partes iguales, pero él mismo estaba demasiado aturullado para que su voz saliera entera.

—Sí… sí… —lograba musitar con los labios entreabiertos—. Sí… así…

—Así —repitió él, encontrándose con sus caderas cada vez más rápido, más agresivo.

Ulysses hundió la nariz en su pelo, de manera que ella pudo escuchar los gemidos que enterraba entre sus mechones; un sonido gutural que no podía fingirse, como tampoco la poderosa dureza que introducía una y otra vez en su cuerpo trémulo. Se sentía colmada y extrañamente poderosa.

—Déjame… —balbuceó— verte, p-por favor…

Ulysses tardó dos embestidas en complacerla. Se retiró despacio, haciéndola añorar cada centímetro de su erección, y le dio la vuelta como si fuera una muñeca. Guinevere lo miró a los ojos, ruborizada, mientras él le separaba las piernas para volver a penetrarla con dolorosa lentitud. En las caballerizas no pudo ver con absoluta claridad su expresión de éxtasis, pero esta vez no se le escapó ni un detalle de su rostro ruborizado, completamente subyugado por la visión del cuerpo desnudo del que no podía apartar las manos.

—Parece que esto te… te… gusta —musitó ella, alargando los brazos hacia él para sujetarlo por detrás del cuello. Ulysses emitió una risa ronca y erótica que le puso todo el vello de punta.

—Tanto como a ti —le respondió en tono juguetón antes de inclinarse para morderle el labio inferior—, pero sí… Sí, Neve… —gruñó, cubriendo uno de sus pechos con la mano y apretándolo entre los dedos. Le dirigió una mirada abrasadora—. Me gustas tanto que quiero hacer esto contigo el resto de mi vida.

Guinevere cerró los ojos y se entregó a un apoteosis en el que se juntaron el placer físico y la alegría de saber que, a veces, las cosas podían salir tan bien como uno quería.

Epílogo



Érase una vez un legendario ladrón inglés apodado…

—¡Deditos Mágicos! —Ulysses prorrumpió en carcajadas al llegar a una de las páginas que Guinevere había marcado específicamente para garantizar el disfrute de su marido. Se incorporó del cómodo butacón donde se había repantigado para leer la última entrega de A. M. Bellamy, y le lanzó una mirada divertida—. ¿Cómo has sabido que andaba desesperado por un apodo épico? ¿Te lo ha dicho Keith?

Guinevere se encogió de hombros.

—Es posible que lo c-comentáramos en una ocasión, cuando vino a cenar, pero dio la casualidad de que yo ya había escrito eso de «Deditos Mágicos» —admitió con una sonrisa tímida. Aunque Ulysses llevaba meses deshaciéndose en halagos hacia su prosa, Guinevere no terminaba de acostumbrarse a que le celebraran el talento—. Le encantó la idea y me prometió que quedarías entusiasmado.

—¿Entusiasmado? ¡Estoy extasiado! ¿Y dices que ya ha salido la crítica del señor Landscroft?

—Ajá. Aún no la he leído. Creo que voy a esperar a que vengan los demás.

—Lectura conjunta… Entiendo. Esperaba tener un poco de intimidad contigo antes de que aparecieran los invitados, gozar de la exclusiva, pero ya veo que siempre vas a preferir a tu padre.

Guinevere no le tuvo en cuenta el comentario porque lo pronunció con la exagerada afectación que compartía con Uriel Wraxby, el ladrón que había conquistado las librerías. Supo que sería un éxito en cuanto su editor le escribió expresándole su más sincera enhorabuena por haber escrito un libro redondo. Le encantaría sobre todo a la aristocracia, porque, esta vez, el detective Talton tendría que infiltrarse en Mayfair y descubrir qué había detrás del misterioso robo del collar de rubíes birmanos.

—No importa, en realidad —continuó Ulysses con desahogo, palmeando los brazos del sillón antes de detenerse a acariciarlos con aire inocente—. Yo también prefiero a tu padre antes que a ti.

Guinevere se echó a reír.

No sería para menos. El conde de Clarence no solo le permitió quedarse sentado a las puertas de Beltown Manor, entrar más tarde y tomar la mano de su hija incluso a pesar de lo sucedido, que, por lo que supo unos días después, Arian había catalogado de «pelea de

enamorados». Mientras Ulysses y ella resolvían sus problemas, el conde había estado camino de Londres para pujar por la mansión de marras, en la que apenas se gastó un tercio de la dote de Guinevere y que les cedió como regalo de bodas unos meses después.

Jamás olvidaría la cara de Ulysses al recibir las llaves, como tampoco la mirada que echó alrededor una vez estuvo en el recibidor. Ahora estaban acomodados en la sala de estar donde él había jugado con sus soldaditos de madera. Ulysses se había aficionado a sentarse en el mismo butacón que solía ocupar su padre para fumar.

Guinevere tuvo sentimientos encontrados con el regalo de su padre. Aunque era justo que Ulysses recuperara su casa, ella no se sentía del todo cómoda pasando el resto de su vida en la mansión que Crimson y Francis ocuparon en su día, y de la que se habían visto obligados a marcharse. Arian la apaciguó prometiéndole que había hablado con ambos al respecto, y se quedó tranquila cuando los propios Saintsbury se lo confirmaron.

—Nunca le tuve cariño a la casa —le aseguró Francis—. A pesar de todo, me alegro de que la haya recuperado su legítimo dueño. Mentiría si dijera que ya en su día no la sentí como un regalo envenenado.

Aparte, su padre estaba orgulloso de no haberse equivocado juzgando el carácter de Ulysses. Y lo que era más: para espanto del marqués de Lillistone y del mayordomo, Fellowes, que llevan años tratando de ganarse su respeto, Arian manifestaba una clara debilidad por su nuevo yerno, con el que podía debatir sobre las cuestiones sociales que le preocupaban y, además, le hacía reír a carcajadas.

Ulysses no mintió cuando le dijo que se metería a los Varick en el bolsillo. Con Arian y con Marianne no tuvo que esforzarse, y Ravenna cayó rendida a sus pies en cuanto mantuvieron la primera conversación.

Tenían tanto en común que parecían hermanos, si no de sangre, al menos de travesuras.

Milan y Venetia, en cambio, fueron un hueso duro de roer. Por suerte, a esas alturas, hasta su madre se dejaba halagar y se preocupaba de que el joven estuviera a gusto en Beltown Manor.

Tal y como Ulysses predijo, el único que no le había perdonado ni parecía que fuera a hacerlo pronto, era el primogénito… Otro motivo de fricción entre el heredero y su padre.

—Si aplicaras esa mano dura con los errores que cometes tú en materia de mujeres, te habrías descomulgado de la iglesia y prohibido todos los placeres hace tiempo —comentó Arian con dureza en una ocasión—. Habría que ver en qué estado has dejado a la mayoría de tus amantes, que tampoco quieren volver a verte.

Guinevere pasó unos días avergonzada por el espectáculo. Temía

que Milan dejara de verla como su hermana pequeña. Ravenna bromeó al respecto con que se beneficiaría bastante si el primogénito empezaba a considerarla una adulta con derecho a tomar sus propias decisiones, y, en cierto modo, tenía razón, porque le concedería unas libertades que el mayor siempre había puesto en jaque. Pero a Guinevere no le importaba contar con la sobreprotección de Milan a perpetuidad. De hecho, la echaría de menos.

Suerte que la actitud de este hacia ella no cambió un ápice, del mismo modo que el comportamiento de Keith alrededor de Ulysses siguió siendo el mismo aun después de su pelea.

Este último le contó con vaguedad la razón de su último rifirrafe.

—Incluso si el señor Iterley no está enamorado de mi hermana, deberías reservarte ese tipo de comentarios. Tuvo que interpretarlo como una patada a su ego —opinó Guinevere.

Y se sorprendió de no haber tartamudeado ni una sola vez.

Seis meses después de la boda, Guinevere podía anunciar con orgullo que solo tropezaba al hablar cuando se molestaba. El resto del tiempo era capaz de mantener una conversación, trabándose, como mucho, con palabras particularmente obstinadas. Era una de tantas señales de la seguridad en sí misma que había ido reforzando con el paso del tiempo. Nada era tan fácil como sentirse querida al lado de Ulysses.

Lo que sí resultaba difícil era aburrirse.

En las dos últimas semanas, y a fin de que Guinevere pudiera documentarse para la quinta entrega de su saga de aventuras, Ulysses se ofreció a ser maniatado a una silla y arrojado a un tanque de agua. Toda la familia asistió al curioso experimento: Venetia aterrorizada, Ravenna muerta de curiosidad, Marianne con una especie de diversión aprensiva, Arian con orgullo hacia su yerno, y Milan con un regocijo sospechoso, pues no creyó ni por un segundo que Ulysses sobreviviría. Pero no solo sobrevivió, sino que durante el almuerzo pudo detallar con detenimiento cómo había conseguido deshacerse de las cuerdas.

De vuelta al presente, Ulysses se levantó de la butaca y la besó en la mejilla para ir a recibir a los invitados. Se quejaba porque prefería tener la exclusiva, pero fue él quien propuso reunir a toda la familia y a los amigos cercanos de Guinevere para anunciar que era A. M. Bellamy, celebrar la publicación editorial y, a continuación, leer en voz alta la valoración del crítico Daniel Landscroft. Los únicos que aún no sabían del alter ego de Guinevere eran Milan, Ravenna, Marianne y Crimson. Francis también lo había estado sospechando y solo por eso merecía un asiento en el salón, pero, por razones obvias, había declinado la invitación en deferencia a Ulysses, quien estaba esforzándose por dejar atrás el pasado, pero aún no había llegado ahí.

Guinevere salió en pos de su marido atusándose las arrugas del

vestido. Logró adelantarlo para ser quien condujera la velada en el rol de anfitriona.

Justo cuando iba a abrir la puerta ella misma, obviando el ademán del nuevo mayordomo —todo seguía siendo nuevo en la casa—, Ulysses dijo en voz baja:

—Solo quiero que sepas… —Guinevere se giró hacia él a tiempo para verle decir con gesto pillo— que me tomé la libertad de leer el artículo en cuanto salió, y ya sé lo que dice.

Con un ojo guiñado, Ulysses esperó que Guinevere estallara en recriminaciones. Y los reproches no se hicieron de rogar, pero cesaron antes de tiempo porque le pudieron las ansias de saber qué contaba la gaceta.

—¿Y bien? —exigió—. Bueno, no, ¡espera! No me lo digas. No me lo digas… O sí. Dame una pista, solo una pista.

Ulysses se rio al verla nerviosa y le rodeó la cintura con un brazo. Volvió a besarla, esta vez en los labios, y susurró:

—Digamos que te has llevado todos los premios, *Naive*. Tienes a la familia perfecta, al príncipe azul, el futuro éxito de ventas… y el amor incondicional del señor Landscroft.

Aunque el brazo de Ulysses la tenía atrapada, Guinevere se las arregló para dar un saltito.

—Si tengo esto último, lo demás no me importa mucho.

—¿Ah, no? Como te oiga tu padre…

—O como me oiga mi marido…

—Oh, no te preocupes por él. —Le guiñó un ojo—. Está tan seguro de tu amor como solo podría estarlo un hombre al que le has creado un alter ego. Puede que algún día dejes de quererme, pero a Uriel Wraxby lo llevarás siempre en tu corazón. Al final, te ha catapultado al éxito siguiendo punto por punto la lista.

—En estos últimos tiempos hemos tachado unos cuantos objetivos, pero te has dejado uno importante. Ya va tocando que el detective caiga en las redes del amor, y tú sigues sin enseñarme cómo se enamora a una mujer.

Ulysses curvó los labios en una sonrisa arrogante.

—Si todavía no sabes cómo se enamora a una mujer, *Naive*… —Afianzó la mano con la que la rodeaba—, es que no has estado prestando atención.

Nota de autora



Seguramente, las nuevas os habréis percatado de mi fijación por mencionar personajes ajenos a los protagonistas: el padre, la madre… Bueno, digamos que la familia de Guinevere viene de hace mucho tiempo, de cuando era joven y tierna, y he querido homenajearlos por los cuatro años que se cumplen desde la publicación de su libro, en septiembre de 2019.

La novela de los condes de Clarence, Arian y Venetia, podéis leerla en Amazon: se titula *Si te traiciona el corazón* (*spoiler*: le traiciona). Hay personajes, como John Allen, que me he tomado la libertad de que hagan un cameo (con fecha de hoy, no tiene novela propia), así como he mencionado por encima a personajes como Dorothy y Alban, también protagonistas de una novela, *Serás mío*. Todos forman parte del mismo universo, y el orden de lectura viene determinado por las sagas.

Quería escribir un libro breve (esto se me jodió por el camino) y simplemente MAJO. Esto me parece importante especificarlo (lo he hecho en la sinopsis y durante la temporada publicitaria) para que la gente no empiece la lectura esperando un apoteosis magnífico que no iba a llegar. El objetivo era haceros pasar un rato simpático, reuniros con la tropa y haceros reír, no crear una obra maestra. Es Navidad y queremos libritos *feel good*.

¡Disfrutad de las fiestas! Y si da la casualidad de que te lo estás leyendo en una piscina con un mojito en la mano en pleno julio, pues que te aproveche.

Mil besos.

Índice

[1] En castellano los conocemos como Arturo y Ginebra, pero por razones de contexto (estamos en Inglaterra), los nombres no se traducirán del inglés.

[2] De «*Ave Caesar, morituri te salutant*», el lema de los gladiadores pronunciado antes de comenzar la batalla en las arenas: «Salve César, los que van a morir te saludan».

[3] William Burke y William Hare, asesinos irlandeses del siglo XIX.

[4] Mary Anne Geering, asesina inglesa del siglo XIX.

[5] El aforismo aparece por primera vez en el libro *Essayes: Religious Meditations. Places of Perswasion and Disswasion. Seene and Allowed* (1597) del filósofo inglés Francis Bacon.

[6] *Naive* en inglés significa «inocente», «ingenuo» o «cándido». No suele tener connotaciones peyorativas, aunque depende del contexto. El sonido es similar al de su apodo: «Neve» se pronuncia /nif/, y «Naive», /naif/.

[7] *Boxing Day* en inglés; de ahí la alternancia entre el término inglés y el castellano a lo largo del capítulo.

[8] Catalina «La Grande» fue conocida durante mucho tiempo por sentir una pasión erótica hacia los caballos; incluso por haberlos montado en un sentido prosaico.

[9] Ahora P&O Cruises, originalmente *The Peninsular and Oriental Steam Navigation Company*, empresa de transporte y logística británica que data de principios de 1837. El SS Ravenna fue uno de sus barcos de crucero.

[10] En inglés, «Richter» suena y se escribe casi como «richer», que significa «más rico»; Ulysses cambia su título por *Poorer* («más pobre») para hacer el juego de palabras.

[11] También conocido como «agua tofana», llamado así en honor a Giulia Tofana.

[12] Así es como empieza la leyenda rumana del siglo XIX a la que se refiere el conde, *El príncipe azul de la lágrima*, o *Fát-Frumos din lacrima*, del poeta Mihail Eminescu (1849-1889), publicada en 1870. Es de aquí de donde surge la figura conceptual del príncipe azul.

[13] Poderosa hechicera de la leyenda artúrica.

[14] Actualmente se conoce como el Yeti o Abominable Hombre de las Nieves.